ÍNDIGO II - INFIERNO
Louise Cooper

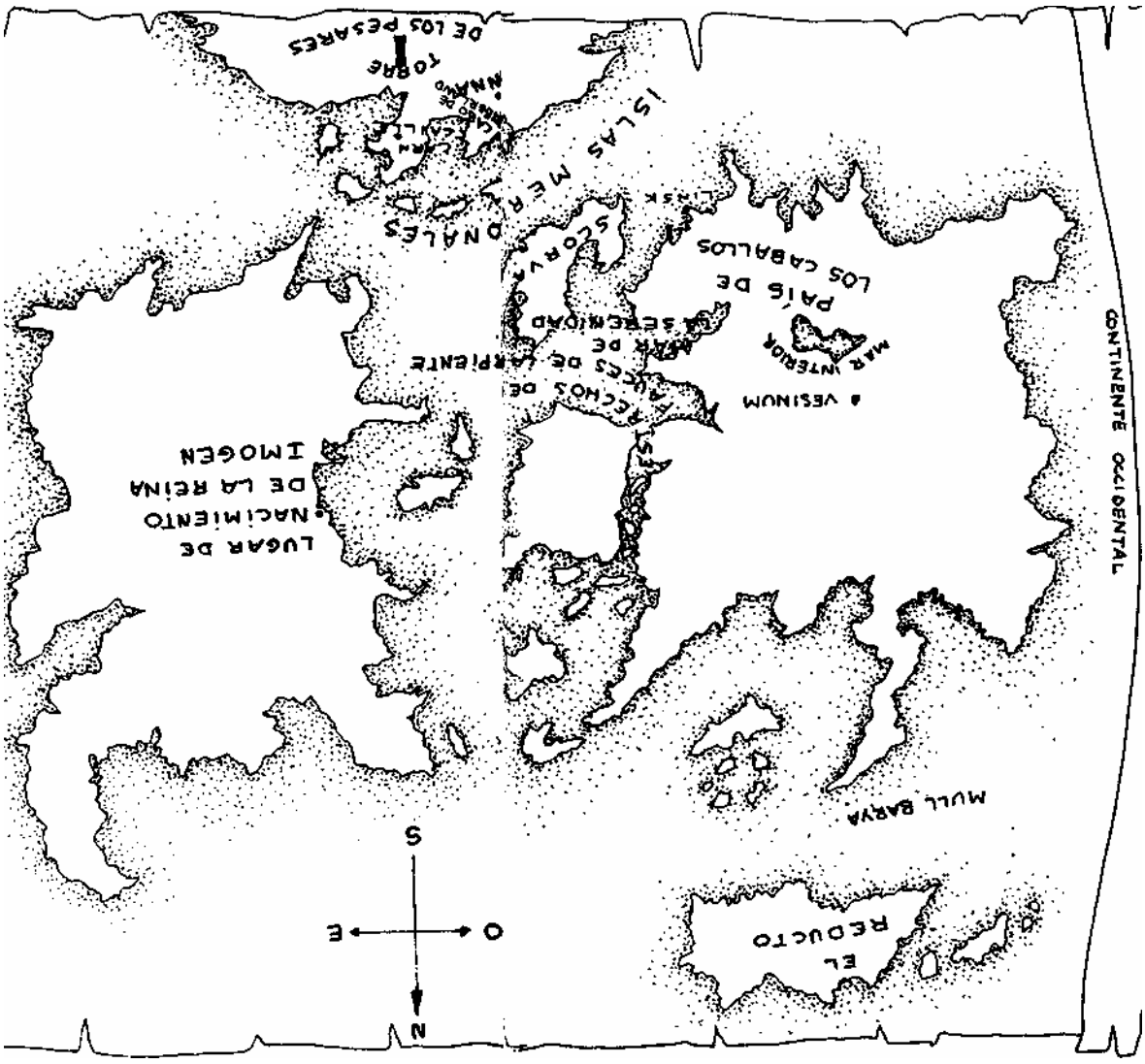


LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Bailamos sobre un volcán.
Narcisse Achille Salvandy, 1795-1856

Para Gary, quien consigue que
el baile merezca la pena.

Librodot


CONTINENTE OCCIDENTAL
ISLAS MERIDIONALES
PAÍS DE LOS CABALLOS
MAR INTERIOR
VESINUM
LUGAR DE NACIMIENTO DE LA REINA IMOGEN
MULL BARYA
EL REDUCTO
S
E
O
N

PRÓLOGO

En una solitaria y yerma extensión de tundra, allí donde los límites de un pequeño reino se encuentran con las enormes murallas heladas de los glaciares meridionales, las ruinas de una torre solitaria arrojan su perversa sombra sobre la llanura. La Torre de los Pesares —no tiene ningún otro título—fue la obra de un personaje cuyo nombre quedó olvidado hace muchísimo tiempo, ya que, según cuenta la antigua historia barda, la suya fue una época antiquísima, anterior incluso a aquella en la que los que ahora vivimos bajo el sol y el firmamento empezamos a contar el tiempo.

En aquella época remota, la estupidez y la codicia de la humanidad condujeron este mundo al borde de la ruina. Al fin, la misma Naturaleza se alzó contra ella, y la Madre Tierra descargó su venganza sobre los hijos que habían traicionado su confianza. Pero durante la sombría noche de su desquite, la torre permaneció incólume. Y cuando todo hubo terminado, y una humanidad más sabia levantó la cabeza de entre los restos de su propio desatino para iniciar la vida de nuevo en un mundo purificado y sin mácula, la torre se convirtió en un símbolo de esperanza, ya que entre sus muros estaban encerrados por fin los demonios que el hombre había creado.

Así pues, durante siglos la Torre de los Pesares se alzó solitaria sobre la llanura, y ningún hombre ni mujer se atrevió a volver la cabeza hacia ella, por temor a la antigua maldición contenida en su interior. Y así hubiera continuado, de no haber sido por la imprudencia de la temeraria hija de un rey.

Su título era en aquel entonces princesa Anghara hija-de-Kalig; pero ahora ha perdido el derecho a ese nombre y a su herencia. El motivo es que violó una ley que había perdurado desde los albores de la historia de su pueblo, al quebrantar la santidad de aquella antiquísima torre en un intento por descubrir su secreto.

Oh, sí; la princesa consiguió lo que deseaba y descubrió el secreto. Pero, al soltarse sus cadenas, la Torre de los Pesares se partió en dos y la antigua maldición de la humanidad surgió profiriendo alaridos de entre las tinieblas para aferrarse de nuevo al mundo y al espíritu de Anghara hija-de-Kalig.

En aquella lóbrega noche en que la maldición volvió a despertarse, Anghara perdió su casa y su hogar, su familia y su amor, frente a aquel siniestro poder. Y con la llegada del nuevo amanecer tomó sobre sus jóvenes hombros el peso que ahora la atormenta día y noche, dormida y despierta. La Madre Tierra ha decretado que, para reparar su crimen, la muchacha debe buscar y eliminar a los siete demonios que cayeron, entre carcajadas obscenas, sobre el mundo cuando la Torre de los Pesares se derrumbó.

Siete demonios; siete seres maléficos que, a menos que se los destruya, arrojarán a la humanidad de nuevo a la tenebrosa historia de su propia estupidez. Anghara ya no es Anghara. Su nombre ahora es índigo —el color del luto— y su hogar es el mundo entero, ya que ha perdido todo derecho sobre la casa en la que nació.

índigo no puede morir. Ni tampoco puede envejecer o cambiar, pues mientras su búsqueda permanezca incompleta está condenada a la inmortalidad. Tiene una amiga que no es humana. Y tiene una enemiga que seguirá sus pasos dondequiera que vaya, ya que forma parte de ella misma y ha sido creada a partir de las profundidades más tenebrosas de su propia alma. El octavo demonio es su Némesis.

Han transcurrido cinco años desde que índigo contemplara por última vez las viejas piedras de Carn Caille, la fortaleza de los reyes de las Islas Meridionales y su antiguo hogar. Ahora gobierna allí un nuevo señor, y la leyenda de la Torre de los Pesares ha dejado de existir; la Madre Tierra ordenó que todo recuerdo de la caída de la torre, así como el conocimiento de su auténtico propósito, quedase borrado de la memoria de la gente. Es por ello que el rey Ryen pide a sus bardos que compongan tristes baladas sobre las fiebres que acabaron con las vidas de la antigua dinastía de Kalig. Y las llora como es justo y propio que haga, sin sospechar que un miembro de esa vieja dinastía sigue con vida.

Pero Carn Caille le está prohibido a índigo. En su lugar ha vuelto el rostro hacia el norte, hacia, las calurosas tierras centrales del enorme continente occidental, en busca del primero de los demonios: la primera de sus pruebas. Guiada tan sólo por la piedra-imán, regalo de la Madre Tierra, índigo viaja y busca.

Y allí donde la conduzcan sus vagabundeos, Némesis la sigue siempre de cerca...

CAPÍTULO 1

El árido calor de la noche dificultaba el sueño de la loba *Grimya.* Estaba tumbada al abrigo de un saliente de roca, el hocico sobre las patas delanteras, la cola se agitaba, de vez en cuando, incómoda; miraba ladera abajo, más allá de las matas de arbustos raquíticos y mal alimentados, hacia la vacía y polvorienta carretera y el lento río, que discurría algo más lejos. Había visto salir la luna, llena y distorsionada, con la forma y el color de una naranja ensangrentada en la reluciente atmósfera, y había observado cómo avanzaba por el firmamento, entre un diluvio de estrellas desconocidas, hasta quedar inmóvil en el aire, un ojo feroz y hostil, sobre su cabeza. Entre las rocosas grietas, pequeños reptiles se movían perezosa e intermitentemente, como si la luna molestara sus sueños. *Grimya* estaba hambrienta, pero la lasitud podía más que el deseo de caza. Cerró los ojos intentando pensar en lluvia, en nieve, en los verdes prados y los fríos e impetuosos torrentes de su país. Pero el tiempo y la distancia se interponían entre ella y sus recuerdos: los bosques del País de los Caballos estaban demasiado lejos y, desde hacía demasiado tiempo, se hallaban perdidos entre recuerdos para siempre vagos y nebulosos del lejano sur.

El poni bayo, que permanecía sujeto a un matorral a pocos metros de allí, sacudió la cola, al tiempo que arañaba la piedra con uno de los cascos, y la loba abrió los ojos de nuevo. No había ningún motivo de alarma; el poni dormitaba, con la cabeza gacha, y el movimiento no había sido más que un reflejo. *Grimya* lanzó un cavernoso bostezo. Luego, como si la inquietase algún oscuro instinto, volvió la cabeza para mirar por encima del hombro a la figura que se encontraba a sus espaldas, acurrucada sobre una gastada manta.

La joven dormía con la cabeza apoyada en la silla del poni. Sus largos cabellos, que mostraban mechones de un cálido tono castaño entre el predominante tono gris, quedaban apartados de su rostro, y la vacilante luz de la luna le confería, momentáneamente, un aspecto plácido. Las arrugas, producto de la tensión nerviosa, quedaban borradas; el rictus de la boca aparecía relajado y el eco de una inocencia y una belleza perdidas parecía brillar en los contornos de sus mejillas y mandíbula. Pero aquella tranquilidad era una ilusión, que, en cuestión de segundos, se hizo añicos cuando los labios de la muchacha temblaron y la vieja sombra regresó a su rostro. Una mano se crispó de forma inconsciente y se cerró con fuerza; luego volvió a abrirse y se extendió hacia afuera como si quisiera tomar y retener los dedos de un compañero invisible. No encontró nada, y mientras la mano retrocedía de nuevo dejó escapar un gemido, como si sintiera un gran dolor.

Perdida en otro mundo aún más cruel, custodiada bajo la calurosa luna por su única amiga, índigo soñaba.

¿Cuánto tiempo ha transcurrido, índigo, antes llamada Anghara?

—Cinco años... —El suspiro se elevó como aire gélido y se perdió en la nada.

Cinco años, criatura. Cinco años desde que tu delito colocó esta carga sobre tus hombros. Has andado mucho desde esos días perdidos en el tiempo.

Vio los rostros, en aquel instante, igual que los había visto tantas veces con anterioridad, moviéndose en lenta procesión en los ojos de su mente. Kalig, rey de las Islas Meridionales, su padre. Imogen, la reina, su madre. Su hermano Kirra, que habría sido rey cuando le hubiera llegado el momento. Y también otros: guerreros, cazadores, sirvientes, todos los que habían muerto junto a su señor en Carn Caille. Una triste procesión de fantasmas.

Y entonces, como ya sabía que iba a suceder, apareció otra figura: los oscuros ojos atormentados, los negros cabellos lacios por el sudor, la energía de su cuerpo destrozada y retorcida por el dolor. Sintió un nudo en su interior e intentó gritar contra aquella visión y desviar la mirada. Pero no pudo. E involuntariamente sus labios formaron un nombre.

—¿Fenran...?

Su prometido la miró a los ojos, una vez, y había tanto anhelo en su expresión que índigo sintió cómo sus propios ojos, en su sueño, se llenaban de lágrimas. Sólo faltaba un mes para

que contrajeran matrimonio cuando lo perdió. Ahora haría mucho tiempo que estarían casados, y serían felices, si no...

Extendió la mano, como si buscara algo que no estaba allí; y sus manos se cerraron en el vacío mientras Fenran se desvanecía y desaparecía.

—No. —Apenas podía articular palabra; aunque la pesadilla le resultaba familiar, nunca había conseguido acostumbrarse a ella—. No, por favor...

Así debe ser, criatura. Hasta que los siete demonios que liberaste de la Torre de los Pesares no hayan sido destruidos, tu amor no puede quedar libre. Ya sabes que forma parte de tu carga y de tu maldición.

Volvió la cabeza. Odiaba la voz que le hablaba, la voz del resplandeciente emisario de la Madre Tierra, aunque sabía perfectamente que ningún poder en el mundo podría negar la veracidad de sus palabras.

Cuando lo hayas conseguido, índigo. Cuando los demonios hayan dejado de existir. Entonces conocerás la paz.

Sintió cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos, cómo la garganta le ardía y le producía una sensación de ahogo.

—¿Hasta cuándo? ¿Gran Madre, *hasta cuándo?*

Todo el tiempo que sea necesario. Cinco años. Diez. Cien. Mil. Hasta que se haya concluido.

En la penetrante luz de sus sueños la pregunta y la respuesta eran siempre las mismas. El tiempo no tenía ningún significado, ya que ella no envejecería. Era la misma que había pasado aquel último día en la tundra meridional, más allá de Carn Caille: aquel día en que la cólera, la imprudencia y la estupidez habían conspirado para conducirla a la antigua torre y a la caprichosa destrucción de su mundo. Volvió a escuchar la titánica voz de la piedra que se resquebrajaba mientras la Torre de los Pesares se desplomaba; vio de nuevo la hirviente y estruendosa nube de oscuridad, que no era humo sino algo mucho, muchísimo peor que brotaba del tambaleante caos en que se habían convertido aquellas ruinas; sintió de nuevo el insensato aguijón del pánico mientras huía azotando con las riendas el cuello de su caballo, de regreso a la fortaleza, de regreso junto a los suyos, de regreso a...

La carnicería y el horror, mientras criaturas deformes que no tenían lugar en un mundo cuerdo se arrojaban como un maremoto sobre los muros de Carn Caille para destrozar, desgarrar y quemarlo todo. Las pesadillas, aquellas cosas repugnantes, se acercaban. Se acercaban y no había ningún lugar donde esconderse, ningún lugar al que huir, ningún lugar...

Salió de su sueño lanzando alaridos, su cuerpo se irguió y cayó luego hacia atrás víctima de un espasmo muscular, de modo que su espalda fue a estrellarse con gran fuerza contra la roca que había tras ella. El mundo de su pesadilla se hizo pedazos y, jadeante, índigo abrió los ojos al cielo color púrpura y a las indiferentes y desconocidas constelaciones, al abrumador silencio y al calor que se arrastraba como un ser vivo por su torso y sus muslos y se introducía por las membranas que unían sus dedos.

Y se encontró con la reluciente mirada dorada de la loba, de pie junto a ella, temblorosa de preocupación.

—*Grimya...* —El alivio de sentir que el sueño se había roto era tan fuerte que por un momento se sintió mareada. Se sentó con dificultad en el suelo, desagradablemente consciente de que sus ropas estaban pegadas, empapadas por la humedad, a su cuerpo, y extendió un brazo para rodear con él el lomo del animal.

Las extremidades de *Grimya* se agitaron.

—¿So... soñabas?

Las palabras que brotaban de su garganta eran entrecortadas y guturales, pero claramente reconocibles, ya que *Grimya* había nacido con la extraordinaria habilidad de comprender y hablar las diferentes lenguas de los humanos. La mutación la había convertido en un paria entre los suyos; pero, desde su primer encuentro con Índigo —hacía ya mucho tiempo, en una tierra que ahora era poco más que un recuerdo de zonas verdes y arboladas en la mente de la

loba—, aquella calamidad se había transformado, por el contrario, en una bendición, porque la había unido a la única amiga verdadera que había conocido en toda su vida.

—Soñaba. —Índigo repitió la palabra que había pronunciado *Grimya y* apretó su rostro contra la suave piel de la loba hasta que la amenaza de las convulsiones desapareció—. Sí. Era el mismo sueño otra vez, *Grimya.*

—Lo... lo sé. —El animal le lamió el rostro—. Te vi... vigi... laba. Pe... pensé en despertar... te, pero... —Su lengua se movía con un doloroso esfuerzo mientras intentaba formar las sílabas para las que no había sido diseñada su laringe, Índigo la abrazó de nuevo.

—Todo va bien ahora. Ya se ha marchado.

Contuvo un escalofrío que intentaba asaltarla a pesar del opresivo calor. Luego miró a su alrededor, parpadeando a causa del escozor que sentía en sus ojos cansados. Al este, las estrellas brillaban todavía con fuerza; no había la menor señal de claridad en la vasta cortina aterciopelada del firmamento.

—Deberíamos intentar dormir un poco más —dijo.

—Pero y si los su... sueños reg... gresan...

—No creo que lo hagan. —No ahora; no ahora. Conocía muy bien el modelo, y en todo el tiempo que llevaban viajando no había variado.

Pero y si...

Esta vez no pudo evitar el escalofrío, y hundió las uñas de una mano con fuerza en el dorso de la otra, enojada consigo misma por dejar que el sombrío temor que acechaba en el fondo de su mente la afectara de nuevo. Tal y como había hecho a menudo durante las últimas noches, Índigo miró en dirección norte al lugar donde el paisaje quedaba roto por las escarpadas siluetas de los picos montañosos, que se elevaban en la distancia. Detrás de las primeras cimas, y perfilándolas con una fosforescencia, el cielo mostraba un débil y fantasmal resplandor, como si alguna enorme pero semicubierta fuente de luz se agazapara justo debajo de la línea del horizonte. Pero ningún sol, luna o estrella había brillado jamás con tan frío resplandor nacarado: aquella luz pálida parecía traicionera, anormal, una —la palabra penetró en la mente de Índigo como lo había hecho antes, y ningún razonamiento pudo borrarla por completo— una abominación.

Apenas consciente del gesto, se llevó una mano a la garganta y sus dedos se cerraron alrededor de una tira de cuero muy gastada, de la que pendía una pequeña bolsa también de cuero. En su interior había una piedra, aparentemente no era más que un pequeño guijarro marrón con vestigios de cobre y pirita. Pero en las profundidades del mineral había algo más, algo que se manifestaba como una diminuta punta de alfiler que despedía una luz dorada: algo que la conducía, inexorablemente, hacia una meta de la que no podía —ni osaba— desviarse. La piedra era su posesión más preciada y odiada. Y cada día, mientras el sol se hundía en el recipiente de latón que era el firmamento, aquella diminuta luz dorada empezaba a agitarse en su prisión, llamándola, instándola a avanzar hacia el norte. En dirección a las montañas. En dirección a aquella luz nacarada. En dirección a aquella abominación.

El poni golpeó en el suelo, inquieto, y rompió el incómodo trance de Índigo. Esta apartó bruscamente la mano de la tira de cuero; la bolsa con su precioso contenido golpeó ligeramente su esternón y le hizo desviar la mirada de las lejanas montañas. *Grimya* la observaba, y cuando un nuevo escalofrío recorrió el cuerpo de Índigo la loba le preguntó, inquieta:

—¿Ti... tienes frrrío?

La muchacha sonrió, conmovida por la inocente preocupación de su amiga.

—No. Pensaba en lo que puede aguardarnos mañana.

—Mañana será otro día. ¿Por qué pen... pensar en él hasta que sea neces... sano?

A pesar de su estado de ánimo, Índigo rió con suavidad.

—Me parece que eres más inteligente que yo, *Grimya.*

—N... no. Pero a veces quizá... veo con más clar... ri-dad. —La loba apretó su hocico contra la mejilla de la joven—. Ahora debes dor... dormir. Yo vigilaré.

Librodot

Sintiéndose como una criatura mimada por una nodriza afectuosa —y la sensación era reconfortante, incluso a pesar de que despertaba viejos y tristes recuerdos—, Índigo se tumbó de nuevo sobre la manta. *Grimya* dio media vuelta. Escuchó el sonido de unas zarpas que se deslizaban suavemente sobre la piedra. Sintió cómo la sombra de la loba, bajo la luz de la luna, se proyectaba sobre ella. Y el perfume de la piedra seca, de la ropa polvorienta y de su propia piel sudada se entremezclaban en su *nariz.* Otro amanecer, otro día. No pienses en ello hasta que sea imprescindible...

Sus dedos se contrajeron con fuerza, se relajaron, y un árido mundo se desvaneció cuando cerró los ojos y se hundió en un sueño sin pesadillas.

A media mañana, la quietud que cubría la tierra era total. Durante un breve instante, una débil y caprichosa brisa había alborotado un poco el polvo, pero ahora incluso ésta había sido derrotada por el terrible calor. Entretanto el sol, un ojo amenazador en un firmamento del color del hierro fundido, miraba airado a través de una atmósfera sofocante e inmóvil.

Índigo sabía que pronto deberían detenerse y buscar un lugar donde resguardarse de las ardientes temperaturas del mediodía; pero se sentía reacia a abandonar la carretera hasta que no hubiera más remedio. Por las piedras talladas colocadas a intervalos a lo largo del sendero adivinaba que no les quedaba más de ocho kilómetros de camino hasta llegar a la ciudad situada más adelante, y no deseaba prolongar el agotador viaje. Anhelaba encontrar una sombra, algún lugar donde descansar que no fuera una roca reseca. Y por encima de todo, ansiaba encontrar agua fresca y limpia con la que quitarse el sudor y el polvo que sentía incrustados en cada uno de los poros de su piel.

Habían transcurrido seis días desde que se habían puesto en camino por la carretera septentrional desde la ciudad de Agia, y su ruta las había llevado a través del territorio más estéril que Índigo viera jamás. En su tierra natal, allá en el sur, estarían celebrando ahora el *Mes* del Espino, la época de las hojas nuevas, de la hierba fresca, del nacimiento y desarrollo de los animales jóvenes; pero en este país tales conceptos no tenían el menor significado. A lo largo de varios kilómetros más allá de las murallas de Agia se habían efectuado valientes esfuerzos para cultivar e irrigar el delgado suelo marrón rojizo; había terrazas de vides, bosques de robustos árboles frutales de hojas oscuras, parcelas carmesí o de un brillante tono verde allí donde las cosechas de verduras desafiaban el abrasador calor. Pero, pronto, incluso éstas perdían su dominio, cediendo terreno a la roca, el polvo y el matorral que se extendían hasta las distantes estribaciones de las montañas. Y cuando los últimos sembrados quedaron atrás y desaparecieron en la neblina provocada por el calor, no hubo nada más que ver excepto inacabable esterilidad.

El ritmo del paso lento pero constante de su poni resultaba hipnótico y varias veces, durante los últimos minutos, Índigo se había visto obligada a sacudir la cabeza para salir de un pesado sopor provocado por el calor. En un intento por mantener a raya el cansancio, cambió de posición sobre la grupa de su montura y, luego, contempló el río que fluía a menos de veinte metros de distancia siguiendo la trayectoria de la carretera. El día anterior, cuando el curso del río y la carretera convergieron por primera vez, había sentido el impulso de descender por la rocosa orilla y sumergirse en aquellas aguas; pero la apremiante advertencia de *Grimya* la había contenido. *Sucia* —había dicho la loba—. *Son aguas muertas: ¡te harán daño!* Y, al contemplar ahora el torrente marrón y revuelto de su corriente, Índigo se dio cuenta de lo acertada que había estado su amiga. Unos extraños colores se movían en las profundidades de las aguas, efluvios de las enormes minas que había en las montañas volcánicas, de donde provenía el río, y que se alzaban amenazadoras en la distancia. Nada podía vivir en aquellas aguas contaminadas: la única vida que transportaba el río ahora eran las tripulaciones humanas de las grandes y lentas barcazas que sacaban sus cargamentos de mineral fundido de la zona minera.

Uno de aquellos convoyes había pasado junto a ellas el día anterior: cuatro enormes y sucias embarcaciones amarradas una detrás de otra y la barcaza que iba en cabeza, conducida

por ocho taciturnos remeros que impulsaban su navío con habilidad por el centro de la corriente. Estos no habían dedicado más que una única mirada desinteresada al solitario jinete de la carretera: vestida con una túnica suelta sujeta por un cinturón —atuendo rutinario de hombres, mujeres y niños por igual en aquellas tierras tórridas—, la cabellera oculta bajo un sombrero de ala ancha cubierto con una tela blanca de hilo para protegerla del sol, Índigo podría pasar por cualquier buen ciudadano de Agia dirigiéndose a un mercado, a una feria, a una boda o a un entierro. Y la peluda criatura gris que andaba a paso rápido a la sombra del poni no era más que un perro extraordinariamente grande, un guardián que podía acompañar a cualquier viajero sensato para protegerlo de ladrones o vagabundos.

Ahora, no obstante, el río y la carretera carecían de todo tráfico, y la quietud, a medida que avanzaba el día, era intensa. No cantaba ningún pájaro; ni un lagarto se movía entre los guijarros que flanqueaban la carretera. La luz del sol se reflejaba centelleante sobre la resbaladiza superficie del río, e Índigo desvió la mirada del agua, los ojos doloridos por el resplandor.

«Deberíamos detenernos pronto.»

El calor había dejado a *Grimya* sin resuello para hablar en voz alta; en lugar de ello recurrió al vínculo telepático que ambas compartían. Su voz mental se introdujo en la amodorrada mente de la muchacha y ésta se dio cuenta de que había estado a punto de dormirse de nuevo sobre la silla.

«El poni está cansado. Y el sol está empezando a afectarte también a ti.»

Índigo bajó los ojos hacia la loba y asintió.

—Tienes razón, *Grimya.* Lo siento: esperaba poder llegar a la ciudad sin tener que descansar de nuevo, pero era una idea estúpida. —Tanteó a sus espaldas y tocó el reconfortante odre de agua—. Buscaremos alguna sombra y nos acomodaremos allí hasta que mengüe el calor.

«Puede que haya algunos árboles detrás de aquel saliente», dijo *Grimya. «Ofrecen mejor protección que las rocas. Estoy hambrienta. Me parece que cuando baya descansado iré...»* Se interrumpió.

—¿Grimya? —Índigo tiró de las riendas del poni al ver que su amiga se había detenido y miraba con gran atención hacia la vacía carretera que tenían delante—. ¿Qué es? ¿Qué sucede?

Las orejas de la loba estaban erguidas e inclinadas hacia adelante; mostraba los colmillos con expresión indecisa.

«Alguien se acerca.» Ensanchó los ollares. *«Los huelo. Y los oigo. ¡Esto es algo que no me gusta!»*

El pulso de la muchacha se aceleró arrítmicamente. Echó un vistazo a su alrededor. La prudencia la instaba a buscar un sitio donde ocultarse, pero no había ningún lugar entre las rocas donde pudiera esconderse ni siquiera *Grimya,* y mucho menos un caballo. Fuera lo que fuese lo que se acercaba, tendrían que encontrarse con ello.

Miró a la loba de nuevo y vio que los pelos del cuello se le habían erizado. Despacio, obligándose a permanecer tranquila, extendió una mano a su espalda, desató la ballesta que colgaba de ella y se la colocó delante, sobre el regazo. El metal de las saetas de su carcaj estaba demasiado caliente para tocarlo; aun así consiguió ajustar una de ellas en el arco y tensó la cuerda. El sonoro chasquido que indicaba que la saeta había quedado bien colocada resultaba reconfortante, pero esperó no tener ocasión de utilizarla. Hasta ahora su viaje había sido muy tranquilo; meterse en líos tan cerca de su destino resultaría dolorosamente irónico. Luego, con gran cautela, espoleó el poni hacia adelante.

Oyó a los recién llegados, al igual que *Grimya,* antes de verlos. La primera indicación de que venían hacia ellas llegó con los fragmentos de un peculiar y ululante cántico que subía y bajaba en caóticas discordancias, como si un estrafalario coro intentara entonar una canción que le era desconocida. Entonces, donde la carretera torcía abruptamente para seguir al río, rodeando una escarpadura poco profunda, una delgada nube de polvo rojo empezó a hincharse

Librodot

y agitarse en el reluciente aire, y a los pocos momentos el grupo que se acercaba hizo su aparición.

Eran diez o doce personas, hombres, mujeres y niños, y el primer pensamiento de Índigo fue que debía de tratarse de un grupo de cómicos de la legua, ya que iban vestidos con ropas extraordinariamente chillonas y parecían bailar una curiosa y nada coordinada giga: saltaban y brincaban, agitando las manos alocadamente en actitud de súplica hacia el cielo. Luego, a medida que se iban acercando y pudo verlos algo mejor a través del polvo que levantaban con sus pies danzarines, se dio cuenta, con un sobresalto, de que no conocía ningún cómico parecido a aquellos.

Mendigos, religiosos, faquires... Los conceptos daban vueltas en su mente; pero mientras se esforzaba en asimilar aquellas posibilidades, sus ojos le decían otra cosa, y el sudor que empapaba su piel pareció convertirse en un millón de reptantes arañas de hielo. Escuchó a *Grimya* gruñir junto a ella, y el sonido se cristalizó y reunió las caóticas imágenes en su cerebro mientras la joven contemplaba, atónita, el grupo que se acercaba.

Las abigarradas ropas que los saltarines viajeros llevaban no eran más que una tosca colección de harapos, y cada uno de los danzantes sufría de algún repugnante mal. Los dos hombres que encabezaban el grupo tenían la piel del color de un pescado podrido; uno carecía por completo de pelo, el otro estaba cubierto de llagas supurantes. Detrás de ellos iba una mujer cuya nariz parecía haberse hundido hacia adentro y cuyos ojos estaban blancos y sin expresión a causa de las cataratas; la boca le colgaba abierta como la de un idiota. La piel de otro mostraba grandes manchas de un azul grisáceo, como contusiones recién hechas, sobre extensas zonas de su cuerpo; otro mostraba unos miembros tan distorsionados como las ramas de un viejo endrino. Incluso las criaturas —Índigo contó a tres— no estaban libres de desfiguraciones: una tenía la piel blanquecina *y carecía, de* pelo, como su cabecilla; otra cojeaba: su paso, parecido al de un cangrejo, estaba motivado por el hecho de tener una pierna la mitad de larga que la otra; la tercera parecía haber nacido sin ojos.

—¡Que los ojos de la Madre me protejan!

El juramento de las Islas Meridionales se ahogó en la garganta de Índigo *y se* mezcló con bilis, lo que casi logró que se atragantara mientras obligaba a su poni a girar la cabeza con un violento tirón de las riendas y lo detenía. Mentalmente escuchó el grito silencioso de sorpresa y disgusto proveniente de *Grimya,* e intentó apartar la vista de aquella visión.

Pero no podía. Una terrible fascinación se había apoderado de ella, y tenía que mirar, tenía que ver. El grupo siguió avanzando, dando saltitos hacia ella con una horrible inexorabilidad que hizo que su corazón se acurrucara tras sus costillas; y vio, ahora, que mientras cantaban y chillaban se azotaban a sí mismos y entre ellos con trallas cuyas atroces puntas parecían relucir con un tono nacarado, anormales luciérnagas azules y verdes bajo la deslumbradora luz del sol.

El poni resopló, dando un quiebro, y percibió una carga de miedo en los músculos cubiertos por su suave pelaje. Sujetó con fuerza las riendas, en un intento por mantener *al animal controlado sin soltar la ballesta, y lo* condujo tan fuera del camino como le permitía la acumulación de guijarros que lo bordeaban. Una sensación de náusea se apoderó de su estómago cuando su trastornada mente descifraba palabras en medio de los farfulleos de su canción; palabras en el monótono sonsonete de aquella lengua que ella había aprendido a hablar de una forma aceptable durante su estancia en Agia: gloria, gracia, los bienaventurados, los bienaventurados —y otra palabra, una que no conocía—, ¡Charchad! ¡Charchad!

Por un instante pensó que pasarían junto a ella sin detenerse, demasiado absortos en su propia locura privada para prestarle la menor atención. Pero su esperanza fue efímera, ya que, en el mismo instante en que por fin consiguió tranquilizar al poni, uno de los hombres que encabezaban la grotesca procesión alzó una mano, con la palma hacia afuera, y gritó como en señal de triunfo. A su espalda, sus compañeros efectuaron una caótica parada: los ciegos tropezaron con los tullidos, uno de los niños cayó al suelo y gritos de confusión y

mortificación reemplazaron el ululante cántico. Un monstruoso escalofrío interior sacudió a Índigo, que tiró aún más de las riendas, cuando contempló con atónita repulsión cómo el cabecilla del grupo, el hombre sin pelo y de piel blanquecina, levantaba la cabeza, la miraba directamente a los ojos y le dedicaba una amplia sonrisa que descubría una lengua negra y partida, como la de una serpiente, que se balanceaba sobre su labio inferior.

—¡Hermana! —La deforme lengua convertía su habla en algo grotesco—. ¡Bienaventurada sois vos, cuyo camino se ha cruzado con el de los humildes servidores de Charchad! —La mueca se amplió aún más, de una forma imposible y repugnante, y de repente el hombre se separó del grupo y corrió hacia ella moviéndose como si se tratara de un inmenso y deforme insecto. Índigo lanzó un grito inarticulado y alzó la ballesta; el individuo se detuvo, meneó la cabeza en dirección a la joven y le dedicó una obsequiosa reverencia.

—¡Tened fe, hermana! ¡Bienaventurados son los que tienen fe! ¡Bienaventurados son los elegidos de Charchad! —Al ver que la muchacha seguía sujetando con firmeza la ballesta, retrocedió un paso—. ¡Os saludamos y os instamos a que os dejéis iluminar, afortunada hermana! ¿Compartiréis nuestra bendición? —Y abrió las manos, revelando algo que había permanecido oculto en una de las palmas. Era un pedazo de piedra, pero relucía, como las puntas de sus trallas, con el mismo resplandor cadavérico que iluminaba el cielo septentrional cuando el sol abandonaba su puesto.

La mente de *Grimya* estaba paralizada por la conmoción. Índigo no podía llegar hasta ella, no podía comunicarse. Todo lo que podía hacer era rezar para que la loba no se dejara llevar por el pánico y atacara al hombre, porque una intuición tan certera como nada que hubiera conocido jamás le decía que hacerlo resultaría mucho más peligroso de lo que ninguna de las dos podía imaginar.

—¡La señal, hermana! —El demente hizo una finta con la mano que sostenía la piedra, amuleto, sigilo, o lo que fuese. Entonces, al ver que Índigo se encogía, cloqueó—: ¡Ah, la señal! ¡La luz eterna de Charchad! ¡Mirad la luz, hermana, y al venerarla vos, también podéis alcanzar la bendición! ¡Mirad y dad!

Podía matar a dos, quizás a tres, antes de que el resto cayera sobre ella..., pero Índigo se tragó el pánico, consciente de que tal acción sería una completa locura. Creía tener lo que aquella grotesca criatura quería: sus palabras eran una amenaza disimulada como una súplica de limosna. Tenía comida, algunas monedas; un donativo con aparente buena fe podría persuadirlos de seguir su camino y dejarla tranquila.

Tragándose el amargo sabor de las náuseas que le subían por la garganta, asintió con la cabeza y llevó la mano a su alforja.

—Os... doy las gracias..., hermano, por vuestra bondad... —Su voz no era firme—. Y yo... lo consideraría un privilegio si me permitierais que... que hiciera una ofrenda... —Sus dedos buscaban a tientas, sin saber apenas lo que hacían; un rincón de su mente registraba los objetos sobre los que se cerraba su mano. Una pequeña hogaza de pan ázimo, un pedazo de miel solidificada, tres pequeñas bolsas con monedas: no sabía cuántas contenían y no le importaba.

—¡Hermana, Charchad os bendice tres veces! —Se abalanzó hacia adelante y le arrebató las cosas antes, incluso, de que ella se las pudiera mostrar. El hedor de un osario asaltó la nariz de Índigo y ésta se sintió a punto de vomitar, al tiempo que el poni golpeaba el suelo con los cascos y *Grimya* lanzaba un gañido. El hombre retrocedió, mostrando todavía su horrible sonrisa; detrás de él sus seguidores permanecían inmóviles, los ojos clavados en la muchacha y en su caballo—. ¡Bienaventurada! —repitió el cabecilla—. La luz de Charchad os ha bendecido. ¡La luz, hermana, la luz! —Y con un agudo alarido se dio la vuelta, alzando ambos brazos en dirección al cielo y mostrando sus trofeos al resto del grupo, que empezó a murmurar, luego a farfullar, y por fin a cantar como lo habían hecho antes.

—¡Charchad! ¡Charchad!

Índigo ya no pudo soportarlo más. Fuera o no un acto inteligente, tenía que alejarse de allí, y hundió los talones con fuerza en los flancos del poni, de modo que el animal salió al galope

Librodot

con *Grimya* tras él. Tan sólo cuando llegaron al contrafuerte donde la carretera y el río torcían, detuvo el caballo y miró atrás. El corazón le palpitaba con fuerza.

A sus espaldas se alzaba una nube de polvo, y la carretera quedaba oculta. Pero por entre la roja nube pudo distinguir las figuras, afortunadamente ahora tan sólo formas borrosas, de aquellas ruinas humanas que, arrastrando los pies, dando brincos y canturreando, seguían su camino.

Más tarde, ni Índigo ni *Grimya* se sintieron capaces de discutir el extraño encuentro. Detrás del saliente, tal y como *Grimya* había pensado, un pequeño grupo de árboles intentaba combatir el calor; allí se detuvieron y refugiaron hasta que el sol empezara a declinar. La conversación resultaba conspicua por su ausencia; Índigo no podía desterrar de su mente las imágenes del grupo de fanáticos religiosos y, en particular, la del loco de piel blanquecina y negra lengua partida. El recuerdo hizo que el agua que bebía adquiriese un sabor nauseabundo en su garganta. Por su parte, *Grimya,* a pesar de sus anteriores declaraciones sobre el hambre que sentía, había perdido las ganas de cazar y yacía tumbada cuan larga era sobre el ardiente suelo, las orejas gachas y los ojos centelleando furiosos, como si mirara a otro mundo y no le gustara lo que veía.

De vez en cuando, mientras descansaban, Índigo sacaba la piedra-imán de su bolsa y la estudiaba de nuevo. El diminuto ojo dorado estaba más quieto ahora de lo que había estado durante los últimos días. Tan sólo se movía cuando volvía la piedra, para señalar en dirección norte. Las montañas situadas detrás de la ciudad que había más adelante quedaban ahora ocultas por el espeso follaje y los polvorientos árboles; pero, no obstante, la joven era consciente de su omnipresencia en el horizonte y del extraño resplandor frío que, cuando la noche cayera de nuevo, teñiría el cielo con su peligrosa fosforescencia.

Y no podía librarse de la sensación de que el talismán que llevaba el hombre de la lengua bífida que había encontrado en la carretera compartía un origen común con aquella luz sobrenatural.

Pasaron las horas y llegó el momento en que las sombras empezaron a alargarse de forma perceptible. Índigo se puso en pie y colocó de nuevo la manta sobre el lomo del poni. *Grimya* despertó de su ligero sueño, se relamió, se incorporó y sacudió con fuerza todo su cuerpo.

«Me dormí.» No había la menor satisfacción en su declaración; en el fondo implicaba que hubiera preferido permanecer despierta. *«¿Y tú?»*

—No. —Índigo sacudió la cabeza.

La loba parpadeó.

«Quizás eso fue lo mejor.»

Fue la única referencia, aunque muy indirecta, que pasó entre ambas con respecto al encuentro sufrido con anterioridad, antes de ponerse de nuevo en camino. Y una hora más tarde, mientras el sol empezaba a deslizarse por el cobrizo cielo, llegaron a los primeros puestos avanzados de la ciudad minera de Vesinum.

Índigo detuvo el poni y giró la cabeza de modo que el ala de su sombrero ocultó el sol que se ponía. Desde lejos, la ciudad parecía componerse tan sólo de una destartalada colección de edificios bajos, desperdigados sin orden ni concierto y divididos por la polvorienta carretera. Más allá de estas extensas afueras, no obstante, pudo distinguir los contornos más consistentes de almacenes que bordeaban el río, aunque cada detalle estaba oscurecido por una neblina producida por el polvo mezclado con los cada vez más bajos rayos del sol. Sonidos demasiado distantes para identificarlos llegaban a sus oídos; bajó la mirada hacia *Grimya,* que permanecía sentada junto al poni contemplando con interés la escena que tenían delante.

—El final de nuestro viaje. —Sentía menos alivio del que hubiera experimentado horas antes—. Buscaremos alojamiento para pasar la noche; luego veremos qué puede hacerse por la mañana.

Las mandíbulas de *Grimya* se abrieron en una cavernosa sonrisa.

«Me alegraré de poder descansar de verdad», le comunicó. *«¿Podemos seguir adelante ya?»*

Índigo chasqueó la lengua y el poni se puso en marcha de nuevo. Iba tan absorta en la contemplación de la ciudad que tenía delante que no vio la pequeña estructura de madera situada junto al camino hasta que estuvieron casi encima de ella; cuando finalmente apareció en la periferia de su campo de visión, tiró de las riendas con tal violencia que su montura lanzó un relincho de protesta.

—¿Ín... digo? —Sobresaltada por la inoportuna acción de su amiga, *Grimya* lanzó un gutural gruñido—. ¿Qu... qué sssu... cede?

Índigo no le contestó. Sus ojos estaban clavados en los pedazos rotos y astillados de lo que en una ocasión había sido una pequeña plataforma cubierta, alzada sobre un poste de madera entre la carretera y el río. Para cualquiera que no estuviera familiarizado con las costumbres religiosas de aquella región, su utilidad habría resultado un misterio; pero, a pesar de que había sido casi convertido en astillas, ella sabía lo que era, o más bien lo que había sido. Y un jirón de deshilachada tela roja que sobresalía por entre dos galos rotos lo confirmó.

—¿Índigo? —inquinó *Grimya* de nuevo—. ¿Qué...?

—Es una capilla. —La boca de la joven se quedó reseca de repente—. En honor de Ranaya. ¿Recuerdas la fiesta a la que asistimos en la ciudad? Ranaya es el nombre que estas gentes dan a la Madre Tierra...

Grimya comprendió lo que le decía y contempló con atención la destrozada estructura.

—Pero... —La lengua golpeó inquieta su hocico—. Es... tá rrrota. De... destruida: no... no conozco la palabra exacta...

—Profanada.

Y un nombre, *Charchad,* resonó de nuevo en la mente de Índigo. Miró rápidamente por encima de su hombro, como si esperara ver al grupo de enloquecidos y deformes celebrantes danzando carretera abajo y dirigiéndose hacia ellas una vez más.

Los ojos de *Grimya* se habían tornado de color naranja a causa de una rabia que no podía articular.

—¿Por qué? —gruñó.

—No lo sé. Pero es un mal augurio, *Grimya.* —Índigo tocó la piedra-imán suavemente con el dedo, y se estremeció interiormente—. Si estos hombres han abandonado el culto a la Madre Tierra, entonces quién sabe qué clase de poder anda suelto por aquí.

—¿Cómo pu... puede al... guien dar la espal... da a la Tierra? —Una dolorosa confusión se había deslizado ahora en el tono de voz de *Grimya—.* La Tierra es... vi... vida. —Se lamió el hocico de nuevo—. Nnno comprendo a los humanos. Cre... creo que nunca podré.

Índigo empezó a desmontar.

—Debo repararlo —dijo con voz áspera—. No puedo dejar un lugar sagrado mancillado de esta forma...

—¿De qué servirá?

—¿Qué? —Se detuvo.

La loba sacudió la cabeza apenada.

—He dicho: ¿de qué servirá?, Índigo. Lo... hecho, hecho es... tá. No pu... puedes cambiarlo. —Y, de repente, sus pensamientos aparecieron con toda claridad *en* la mente de la muchacha.

«¿Crees que por decir algunas palabras o esparcir un poco de sal, agua o monedas de oro, lo solucionarás? Puede que tranquilice tu conciencia, pero no conseguirás nada más. La enfermedad que ha hecho que esto suceda necesita una medicina más fuerte.»

Los ojos de la muchacha se cruzaron con los de su amiga por un instante; luego desvió la mirada al suelo.

—Me avergüenzas, *Grimya.*

«No es ésa mi intención. Sólo te digo lo que pienso que es la verdad.»

—Y tienes razón. —Miró de nuevo a la profanada capilla; comprendió que no había nada que pudiera hacer—. Vamos. —Hizo girar al poni—. Lo mejor será que prosigamos nuestro camino.

Mientras dejaban la pequeña y triste ruina a sus espaldas, no volvió ni una sola vez la

cabeza para mirar atrás.

Librodot

CAPÍTULO 2

Parecía como si Vesinum hiciera muy poco para justificar su reputación y posición como centro de próspera actividad. Tras pasar por una primera zona de feos edificios, habían llegado a los muelles, donde enormes malecones de piedra se introducían en la lisa corriente del río, y almacenes construidos sin prestar la menor atención a la estética se elevaban desafiando el tórrido cielo. Aquí, aunque había suficiente ruido y actividad para satisfacer al más duro de los capataces, Índigo percibió una atmósfera de sumisión. Los hombres se apresuraban en el cumplimiento de sus tareas con la cabeza gacha y la espalda encorvada, apartando los ojos de un innecesario contacto con los de sus compañeros; los capataces gritaban sus órdenes de forma concisa; y no había la menor señal de las gentes ociosas, mirones, buhoneros o prostitutas de puerto que casi siempre frecuentaban las vías fluviales.

Trastornada por aquella atmósfera, Índigo se desvió y penetró en el centro de la ciudad. Los edificios de aquella zona resultaban más agradables a la vista: casas de comerciantes que se abrían paso en las anchas calles entre posadas, pequeños almacenes, soportales de pizarra donde los vendedores de comestibles, ropas, arreos y utensilios exponían sus mercancías sobre esteras tejidas... Pero la atmósfera predominante era la misma. Se respiraba inquietud, inseguridad, la sensación de que el vecino desconfiaba del vecino. No había niños jugando en las calles, no resonaban risas en los soportales y nadie demostraba el menor vestigio de lo que hubiera sido una curiosidad natural hacia un forastero aparecido entre ellos. Era como si —aunque Índigo no pudo definir qué la incitó a escoger tal palabra— toda la ciudad estuviera asustada.

Detuvo al poni en el extremo de una amplia plaza dominada por una estrafalaria escultura central hecha de muchos metales diferentes. En el otro extremo, un hostal —sólo el segundo que había visto— se proclamaba a sí mismo como la Casa del Cobre y del Hierro. Era un edificio bajo, construido en el severo estilo anguloso de la región, con la fachada quebrada por una serie de arcos ribeteados de descuidado mosaico; pero, aparte de eso, no tenía el menor adorno. Índigo se deslizó por el lomo del poni y, doblando los entumecidos músculos, miró a *Grimya.*

«Esto servirá tanto como cualquier otro sitio, supongo.» Proyectó su pensamiento en lugar de hablar en voz alta; a pesar de su aparente indiferencia, los habitantes de la ciudad podrían no reaccionar muy bien ante una forastera que al parecer hablaba sola.

Grimya tenía la cola entre las patas.

«No *me gusta este lugar»,* gimió suavemente.

«A mi tampoco. Pero se nos ha conducido hasta aquí por un motivo, Grimya.» Se llevó la mano a la tira de cuero que rodeaba su cuello y sintió la familiar mezcla de tranquilidad y resentimiento que la piedra-imán siempre provocaba en ella. «No *podemos volvernos atrás ahora.»*

Grimya olfateó con cautela el aire.

«El aire huele a cosas malas.»

«Son las minas; el polvo es...»

«No», la loba la interrumpió con energía. «No *es eso. Conozco esos olores, y aunque no me gustan he aprendido a aceptarlos. Esto es algo más. Algo...»* Luchó durante un breve instante por encontrar la palabra adecuada, luego añadió con énfasis: *«Corrupto».*

Corrupto. La inquietud de Índigo cristalizó de repente y comprendió que la interpretación de *Grimya* del sentimiento que compartían era muy acertada. La oprimida atmósfera de la ciudad, la imperante sensación de temor, la capilla profanada, los enloquecidos celebrantes de la carretera... Algo no iba nada bien en Vesinum.

Posó una mano sobre la cabeza de la loba con la esperanza de tranquilizarla con su caricia.

—Vamos. Comeremos y descansaremos; luego veremos qué más podemos averiguar.

Empezaron a andar en dirección a la Casa del Cobre y del Hierro, y estaban en medio de la plaza cuando las sobresaltó un repiqueteo, como si una docena de diminutas campanas

repicaran discordantes a la vez. Los pelos del cuello de *Grimya* se erizaron, e Índigo se dio cuenta de que el ruido provenía de la estrafalaria escultura situada en el centro de la plaza. En la cara norte de la estatua dos pesos de bronce se movían lentamente, uno hacia arriba y otro hacia abajo, colgados de cadenas; mientras que en la parte superior una serie de pequeños discos metálicos habían empezado a girar. Hileras de diminutos martillos colocados sobre pequeñas palancas golpeaban los discos a medida que éstos giraban, y el fino e irregular sonido de su campanilleo resonaba por toda la plaza.

«¿Qué es esto?»

Mostrando los dientes *Grimya* se apartó de la escultura, e Índigo se echó a reír.

—Es una especie de reloj.

El alivio se reflejó en su voz tras la momentánea sorpresa; toda la estructura, ahora podía verlo, era un complicado mecanismo de relojería, obra de un hábil e ingenioso artesano.

—No puede hacerte daño, *Grimya.* No es más que un juguete.

La loba no estaba tan convencida.

«Un juego es correr, o perseguir hojas en el otoño, o fingir una pelea. ¿A qué se puede jugar con algo así?»

Divertida por la ingenuidad de su amiga, la muchacha abrió la boca para explicárselo lo mejor que pudiera; pero se detuvo al escuchar el sonido de muchos pies que se arrastraban por el suelo. Se volvió y pudo ver a un grupo de hombres que hacían su entrada en la plaza y se dirigían apresuradamente hacia una calle que salía de la ciudad en dirección norte. Por sus andrajosas ropas y sus rostros mal alimentados dedujo que debían de ser mineros; sin lugar a dudas se dirigían a cumplir con su turno de trabajo en las montañas. Y con un frío sobresalto interior se dio cuenta de que cada uno de ellos mostraba alguna señal de enfermedad o deformidad. Sus males no eran tan repugnantes como los que arrostraban los celebrantes de Charchad, pero, de todas formas, las señales estaban muy claras: caída de cabello, ojos nublados, desfiguraciones en la piel que parecían enormes y feas señales de nacimiento, aunque no lo eran. Y el reloj, como un frío capataz de metal, los había convocado.

Involuntariamente se echó hacia atrás mientras los mineros arrastraban los pies por la plaza y pasaban a pocos metros de ellas. Ni uno solo levantó la vista para mirarlas. Índigo y la loba se quedaron contemplando en silencio cómo desaparecía el grupo.

—Charchad... —dijo, por fin, la joven en voz baja.

«¿Charchad?» —Grimya olvidó la desconfianza que le producía la escultura.

La muchacha sacudió la cabeza, negando el pensamiento antes de que pudiera materializarse, y consciente de una sensación de cólera indeterminada que se encendía en lo más profundo de su mente.

—No importa. No importa...

La Casa del Cobre y el Hierro, al parecer, tenía pocos huéspedes. A pesar del poco negocio que hacía, el delgado y obsequioso propietario aún se sintió inclinado a poner alguna objeción con respecto a *Grimya.*

—... No es nuestra costumbre —dijo mientras se retorcía las manos como si se las lavase— permitir la entrada de animales en nuestra casa.

Pero, al darse cuenta de la apasionada chispa de enojo que se ocultaba tras la sugerencia de su cliente de que podría ir a alojarse a cualquier otro sitio, cedió con tanta amabilidad como fue capaz de reunir. Las condujo a una habitación pequeña, pero aceptablemente cómoda, con una ventana con postigos que daba a la plaza. *Grimya,* que jamás había podido superar la antipatía natural que le producía permanecer entre las paredes de cualquier edificio, se puso a pasear por la habitación. Detestaba el encierro y el calor que las sombras de la habitación convertían en sofocante.

La cocina de la casa se ponía en funcionamiento a la puesta del sol, había dicho el posadero, y sonarían unas campanillas para anunciar que empezaban a servirse las comidas. Índigo, sintiéndose más limpia, aunque no completamente descansada, se sentó sobre el

jergón relleno de paja que hacía las veces de cama y sacó la piedra-imán para mirarla una vez más. En la penumbra de la habitación, el pequeño punto de luz del interior de la piedra parecía anormalmente brillante; mientras lo sostenía en su palma vio que la chispa se agitaba violentamente, como si fuera un ser vivo lo que estaba atrapado allí dentro e intentara escapar. Y la luz seguía señalando el norte.

Desde la ventana, *Grimya* dijo:

«Hay mucha actividad en la plaza. Hay hombres que transportan leña. Colocan antorchas. Creo que preparan alguna celebración.»

La idea de que los habitantes de Vesinum desearan celebrar alguna cosa resultaba improbable, pero Índigo se puso en pie y cruzó la habitación. Se agachó junto a la loba y apoyó los brazos en el repecho de la ventana. El sol ya no era más que un rojizo resplandor detrás de los cada vez más oscuros tejados de las casas; las tiendas de los soportales parecían haber cerrado, y la plaza estaba envuelta en sombras sin ninguna lámpara que las mitigara. Debido a que sumisión no era tan aguda como la de *Grimya,* todo lo que Índigo pudo vislumbrar fueron unas pocas figuras humanas algo borrosas que se movían en la penumbra, aunque sus oídos captaron el ocasional murmullo de voces o el ruido sordo producido al levantar algún objeto pesado.

Un repiqueteo de discordantes campanillas resonó de repente desde abajo. Índigo se volvió al escuchar la señal, aliviada al darse cuenta de lo hambrienta que estaba. La dieta de un viajero a base de fruta seca y tiras de carne salada —todo lo demás convertido en rancio después de un día bajo el abrasador calor; *Grimya* sólo había podido cazar lo suficiente para alimentarse ella durante el camino— podía ser nutritiva, pero cansaba enseguida. Incluso la más mediocre de las comidas resultaría un cambio agradable.

Grimya se apartó de la ventana mientras la joven se preparaba para abandonar la habitación.

—¿Me que... quedo aquí?

—No. También tú necesitas alimentarte; me ocuparé de que nos den de comer a las dos.

—Pu... puedo c... cazar. Más tarde, cuando todo esssté qui... quieto.

—¿Por qué has de hacerlo, cuando no hay necesidad? Además, creo que debemos permanecer juntas. —Índigo sonrió y luego dirigió la vista hacia la puerta—. Yo, la verdad, me sentiría mejor acompañada.

Índigo se sorprendió al descubrir que no era, de ningún modo, el único comensal de la taberna del hostal. Casi la mitad de los huecos terminados en arco que bordeaban la sala estaban ya ocupados, y se estaban sirviendo jarras de vino o de cerveza a un grupo de comerciantes que ocupaban una de las bien fregadas mesas centrales. Una muchacha delgada de ojos cansados y recelosos hizo una pequeña reverencia y preguntó a Índigo en qué podía servirla; ésta la miró fijamente y le quitó de la cabeza cualquier objeción que hubiera podido hacer, en nombre de su amo, por la presencia de *Grimya.* Acto seguido fue conducida a un reservado separado de sus vecinos por una reja de filigrana de cobre.

Aunque quizá no tuviera muchas otras cosas positivas, la Casa del Cobre y el Hierro por lo menos ofrecía a sus huéspedes una buena comida. Índigo escogió un plato de carne con especias cocinada con aceitunas y albaricoques en conserva. Como su bolsa estaba lo bastante llena, decidió permitirse el lujo de pedir también un acompañamiento de legumbres frescas traídas de los campos irrigados artificialmente de Agia, y algo muy escaso. Saboreando su comida, con *Grimya* devorando muy satisfecha una bandeja de carnes variadas, colocada a sus pies, empezó a relajarse un poco por primera vez en muchos días. La atmósfera de la habitación era soporífera y la conversación de los otros ocupantes de la sala se convirtió en un sordo murmullo de fondo; retirado su plato, empezó a caer en un agradable ensueño...

—Bienaventurada seáis, hermana, en esta noche propicia.

Índigo dio un respingo, levantó los ojos y se encontró con tres hombres y una mujer que bloqueaban la entrada del reservado en el que se hallaba. Iban vestidos con sobriedad, y —al igual que los celebrantes y que los mineros de la plaza— cada uno sufría algún tipo de mal, aunque sus defectos eran menos escandalosos que los que había visto antes. De sus cinturones

pendían amuletos parecidos al extraño y reluciente talismán que llevaba el demente de la carretera; bajo la luz de las lámparas de la taberna su fosforescencia resultaba apagada y enfermiza.

La joven sintió cómo la pelambrera de *Grimya le rozaba,* las piernas al incorporarse el animal, con los pelos erizados. Deslizó una mano por debajo de la mesa para calmar a su amiga, proyectando mentalmente una advertencia para que se mantuviera en silencio y se comportara con cautela. Luego saludó con un gesto de cabeza al grupo.

—Buenas noches a todos.

—¿Sois forastera en Vesinum?

El más alto de los tres hombres, cuya piel parecía desprenderse en escamas, sonrió; pero aquel gesto no se extendió a sus ojos, que permanecían fijos en ella y desagradablemente fríos.

—Pues sí. —Índigo sintió que algo en su interior se erizaba al tiempo que la chispa de furia indefinida se hacía sentir una vez más.

—Entonces sed bienvenida como forastera, y como buscadora de ilustración. —La sonrisa desapareció y el rostro del hombre adoptó una expresión astuta—. ¿No sois de Charchad, hermana?

Aquella palabra otra vez. Índigo reprimió un escalofrío.

—Lo lamento —respondió con calma—. No sé nada del Charchad, quienquiera o lo que quiera que sea.

La mujer lanzó un siseo, como si la muchacha hubiera pronunciado una blasfemia, y la expresión de su interrogador se endureció.

—¡Hermana, os aconsejo que observéis el respeto apropiado! ¡No se debe pronunciar el nombre de Charchad a la ligera y os insto a retractaros de vuestro error!

Desesperada, Índigo miró a su alrededor con la intención de llamar al propietario y exigir que echara de allí a aquellos intrusos. Pero cuando lo encontró su rostro estaba vuelto hacia otro lado, y comprendió que no tenía la menor intención de intervenir.

Uno de los otros hombres habló entonces. Su boca estaba muy deformada, lo cual le producía un defecto en el habla que hacía casi ininteligibles sus palabras.

—Nuegtra hergmmana... jierra... pego... sólo pog omi-jión. A...un huede veg la uz de la vegdad, y jecibig la ben-dijión.

Índigo advirtió que *Grimya* se ponía en tensión y le siseaba en silencio:

«¡Peligro!»

«Espera.» Los dedos de la muchacha se cerraron sobre su lomo. *«No hagas nada aún.»*

El rostro de su interrogador se relajó de nuevo adoptando una gélida sonrisa.

—Desde luego, hermano, desde luego. ¡La luz de la verdad! Hermana, sois afortunada, porque nosotros, los que pertenecemos a Charchad, estamos dotados de un grado de misericordia y justicia que está ausente en el no iniciado. —La sonrisa se amplió; Índigo tuvo la impresión de que adoptaba la traicionera mueca de un reptil—. Se diría que vuestra llegada es muy oportuna, ya que podemos ofreceros una oportunidad sin precedentes para alzaros de la oscuridad en la que os movéis y dar vuestros primeros pasos por el auténtico sendero.

Grimya se agitó de nuevo, los músculos dispuestos.

«¡Esto no me gusta! Este hombre amenaza...»

«Chisst.»

Índigo la acarició de nuevo, consciente de que su propio corazón empezaba a latir demasiado deprisa: no de miedo, sino por aquella rabia sin forma que por fin empezaba a converger en algo. Sus ojos se encontraron con la mirada firme del portavoz de Charchad, y repuso con helada formalidad:

—Señor, no tengo la menor duda de que vuestras intenciones son buenas y de que sois sincero en vuestras creencias. Pero no me gusta que se me den órdenes cuando deseo tranquilidad y soledad, y tampoco me gustan las amenazas veladas. —La cólera brilló con repentina violencia en sus ojos—. Os desearé, por tanto, buenas noches.

La mujer siseó de nuevo —Índigo se preguntó por un breve instante si podría hablar— y la apariencia de amistad desapareció abruptamente de los modales del cabecilla.

—¡Hermana, pagaréis muy cara vuestra descortesía!

Dio un paso hacia adelante y sus compañeros se arrastraron detrás de él hasta queja salida del reservado quedó completamente bloqueada. Índigo empezó a incorporarse, mientras su mano se dirigía veloz al cuchillo que pendía de su cinturón...

—¡Cenato!

La nueva voz estaba llena de autoridad, y los cuatro personajes se volvieron en redondo como si los hubieran golpeado. Un hombre alto y moreno atravesaba la habitación hacia ellos; apartó a la mujer a un lado con malos modos, empujó a uno de los hombres detrás de ella y miró furioso al vacilante cabecilla del grupo.

—Deja a la dama en paz, Cenato. ¿Cuántas veces tengo que advertirte sobre este tipo de comportamiento?

Cenato abrió la boca.

—Yo... estábamos...

—¡Estabais siendo una molestia! ¿Qué impresión creéis que le causará esto a un extraño? —Indicó en dirección a la puerta—. Fuera. Y que no vuelva a ver vuestras caras por aquí de nuevo.

Bajaron la vista hacia el suelo; murmuraron algo, se volvieron arrastrando los pies y se alejaron. El recién llegado se los quedó mirando mientras se dirigían hacia la puerta, y sólo cuando hubieron salido se volvió hacia Índigo de nuevo.

—*Saia.* —Hizo una pequeña inclinación, llevándose una palma al hombro según la costumbre de la región—. Me amo Quinas, y estoy a vuestro servicio. Os pido disculpas por la conducta de Cenato y sus amigos: son gente buena y piadosa, pero su forma de abordar a los recién llegados es a veces demasiado entusiasta.

Índigo había vuelto a sentarse en su silla, el cuchillo todavía en su funda, pero al mirar a su salvador vio que también él llevaba uno de aquellos curiosos amuletos relucientes sujeto al cinturón. Otro de ellos... El alivio y la gratitud se encogieron en su interior, y cuando respondió su voz era hostil.

—«Buenos y piadosos» no son las cualidades que yo hubiera atribuido a sus amigos, señor, si hemos de atenernos a sus modales.

El hombre hizo un gesto de impotencia.

—Me temo que esto es lo que sucede, a menudo, con aquellos que han visto hace poco tiempo la luz de Charchad. Su entusiasmo hace que adopten una actitud que puede asustar al no iniciado; necesitan tiempo y guía para aprender a templar su entusiasmo con consideración hacia los demás. Por favor, aceptad mi garantía de que no os molestarán de nuevo.

—Espero que no, señor. No estoy acostumbrada a este trato, y no lo encuentro nada divertido.

—Naturalmente que no. —Levantó los ojos y chasqueó los dedos en dirección a una de las muchachas que atendían las mesas—. ¡Eh, tú! ¡Una botella de cinco años, ahora mismo! —Y, volviéndose de nuevo hacia Índigo, añadió—: Es una pequeña compensación, *saia,* pero es lo mínimo que puedo hacer.

Hacía todo lo posible por resultar conciliador, y aunque a la joven le produjo una inmediata aversión, no podía mantener su hostilidad sin parecer grosera.

—Os lo agradezco, señor. Aprecio de veras vuestra amabilidad. —Vaciló un instante, pero se dio cuenta de que por simple educación no tenía más remedio que añadir—: ¿Me acompañaréis?

—Por unos momentos, tan sólo. —Sonrió—. No tengo el menor deseo de inmiscuirme aún más en vuestra intimidad.

La moza se acercó rápidamente al reservado con una jarra llena hasta el borde; mientras la depositaba sobre la mesa, Índigo advirtió miedo en su expresión. Quinas, quienquiera que fuese, tenía influencia en más de un lugar. Envió a la muchacha a buscar otra copa, y mientras

la traía, tomó asiento frente a Índigo.

—Por vuestra continuada salud y prosperidad —dijo cuando la joven le trajo lo que había pedido. Llenó las copas de ambos y bebieron.

Grimya se había tranquilizado —su amiga notaba el cuerpo de la loba, tendida bajo la mesa, apoyado contra sus piernas—, pero su mente seguía inquieta. Índigo se tomó un momento para inspeccionar a su acompañante. Tendría, imaginó, entre treinta y cuarenta años, y poseía la negra cabellera y la piel aceitunada típicas de las gentes nacidas y criadas en la región. Iba demasiado bien vestido y estaba, a todas luces, demasiado bien educado para ser un minero o un marinero, aunque sus manos parecían acostumbradas al trabajo manual y la piel de su rostro estaba curtida por el sol y el viento. Le resultaba un hombre bastante atractivo, a su manera, hasta que, por primera vez, al exponer a la luz de las lámparas su rostro con más claridad, vio sus ojos. Estaban curiosamente cubiertos y, cuando parpadeaba —la primera vez no estuvo segura, pero la segunda lo confirmó—, una película carmesí caía sobre ellos durante un brevísimo instante, como una extraña segunda lente, para cubrirlos.

Otra deformidad... Índigo dominó el deseo de echarse hacia atrás con repugnancia, y bajó la mirada con rapidez hacia su copa. Cuando Quinas le habló tuvo que contener un escalofrío.

—¿Puedo preguntaros vuestro nombre?

Se obligó a levantar los ojos otra vez.

—Mi nombre es Índigo.

—Índigo..., muy poco corriente. No sois, supongo, de esta zona...

—No.

—¿Puedo preguntaros qué os ha traído aquí? —Vio cómo su expresión se volvía recelosa, y sonrió disculpándose—. Por favor, perdonad mi curiosidad. Pregunto simplemente porque tengo el privilegio de ser el capataz de la mina Escarpadura Norte; en el transcurso de mis deberes, a menudo conduzco a comerciantes a inspeccionar nuestras operaciones. Si tenéis algún negocio en las minas, me sentiría muy honrado de poder ofreceros mis servicios.

Índigo se relajó un poco.

—Entiendo. Gracias, Quinas, pero no tengo nada que ver con el comercio de minerales. Vesinum no es más que una parada en mi ruta.

—Una lástima. —Al igual que ocurrió con Cenato, su sonrisa no llegó a sus ojos—. No obstante, vuestra llegada es una casualidad. ¿Os ha hablado alguien de nuestro festival?

—¿Festival?

—En la plaza de la ciudad; debéis de haber visto los preparativos. Esta noche, los seguidores de Charchad lo celebramos, y la ciudad lo celebra con nosotros. Es una ocasión para purificarse, renovarse y reafirmarse. —Una nueva nota hizo su aparición en la voz de Quinas, e Índigo captó un marcado y desagradable eco del fanatismo del celebrante loco y del grupo que la había abordado en la taberna—. Ése es también, creo, uno de los motivos por los que Cenato se mostró tan insistente al abordaros. —Levantó los ojos; su rostro era tan cándido que por un momento la muchacha sintió que su equilibrio mental se deshacía—. La fiesta se iniciará a medianoche. Espero que nos haréis el honor de asistir, de modo que podamos enmendar la mala impresión que tenéis de nosotros.

Quizá valdría la pena que lo hiciera, pensó Índigo, si ello la ayudaba a averiguar algo más sobre el Charchad. Asintió.

—Gracias. Me encantará asistir.

Quinas vació su copa y se puso en pie.

—Entonces me despido y os permito que terminéis vuestra cena sin que se os interrumpa. —Salió del reservado y le dedicó una inclinación de cabeza—. Me alegro de haberos conocido, Índigo. Y confío en que aún pueda desempeñar algún papel por pequeño que sea que os ayude a alcanzar la comprensión y la iluminación. Buenas noches. —Se dio la vuelta y atravesó la sala en dirección a la puerta.

La joven lo contempló cuando se alejaba, mientras intentaba asimilar la extraordinaria mezcla de sentimientos que él había provocado en su interior. Sorpresa, contrariedad, un

Librodot

elemento de confusión... Pero, pasando por encima de todos ellos, existía una poderosa y casi violenta sensación de aversión. De momento no podía definirla más que así; pero era suficiente para ponerle la carne de gallina y añadir leña a la cólera que ardía lentamente en su interior.

Debajo de la mesa, *Grimya* se agitó inquieta. Índigo oyó los pensamientos de la loba.

«No *me gusta ese hombre.»*

—No —respondió Índigo en voz baja—. A mí tampoco.

«Todos los demás le tienen miedo. Eso no es bueno.»

Se dio cuenta de que los sentidos más agudos de *Grimya* habían captado lo que los de ella no podían: que no eran simplemente Cenato y su secuaz quienes temían la influencia de Quinas. La actitud de la muchacha que los había servido, las expresiones en los rostros de los otros comensales cuando salió de la sala... Para ser el capataz de una mina, ejercía un poder desproporcionado.

Contempló la jarra, que estaba aún medio llena, e hizo el gesto de servirse otra copa de vino. Antes de que llegara a tocar el recipiente la camarera apareció junto a ella.

—Dispensadme, *saia.* El dueño me encarga que os diga que no se os cobrará nada por la comida y la bebida esta noche. Gracias, *saia.*

Índigo contempló, anonadada, la espalda de la muchacha que se alejaba. Luego dirigió la mirada más allá de ella, hasta el dueño, quien se dio cuenta y le dedicó una respetuosa inclinación de cabeza. Era cosa de Quinas o se trataba de un intento de complacerla... De repente ya no quiso el vino, deseó incluso no haberse comido la cena.

Todo lo que quería era escapar de la sala y de la influencia insidiosa del autoproclamado campeón.

Se inclinó y deslizó una mano bajo la mesa para acariciar la *cabeza* de *Grimya.*

«Marchémonos» —proyectó en silencio.

«¿Ahora? ¡Estupendo! ¿Qué quieres hacer?»

Índigo sonrió con apagado cinismo al darse cuenta de que la auténtica respuesta *a* la pregunta de la loba era: desaparecer, emborracharme, olvidarme de la existencia de Vesinum.

«Estoy cansada», le transmitió. *«Si hemos de asistir a la celebración a medianoche, me gustaría descansar un rato.»*

«No creo que yo pudiera descansar. Esta habitación huele a miedo; me altera.» Grimya se agitó. *«Me gustaría salir al exterior un rato, al aire libre. Pero no quiero dejarte sola.»*

Índigo sonrió al recordar cuánto odiaba su amiga permanecer encerrada. Paseó la mirada por la habitación. El propietario estaba inmerso en una conversación con un, a todas luces, buen cliente. Las camareras corrían por entre las mesas con bandejas bien repletas. Y la influencia de Quinas, que la había favorecido con su compañía, todavía flotaba, como una invisible pero decidida presencia, en el aire.

«No correré ningún peligro», le dijo a *Grimya. «No aún, al menos.»*

Varias cabezas se volvieron subrepticiamente mientras atravesaban la sala, y se intercambiaron algunos cuchicheos. Índigo ignoró las miradas, los murmullos; ignoró al propietario cuando éste intentó, zalamero, llamar su atención; observó cómo *Grimya* se escabullía por la decorada puerta que daba directamente a la plaza; y, por un momento, respiró el cálido pero todavía relativamente fresco aire nocturno. Luego, mientras la loba desaparecía en la oscuridad, se dio la vuelta y abandonó la taberna en dirección a las escaleras.

Librodot

CAPÍTULO 3

Índigo había dejado una lámpara encendida en su habitación, pero su luz quedaba eclipsada por el extraño y penetrante resplandor del cielo septentrional, un reflejo fantasmagórico que penetraba por la ventana. Cerró violentamente los porticones; la presencia de la luz la hacía sentirse sucia y no podía estar tranquila hasta haberla dejado fuera, no importaba lo sofocante que pudiera resultar la habitación.

La quietud y la mala ventilación resultaban soporíferas, e Índigo no tardó en quedarse dormida, aunque su descanso fue ligero y estuvo interrumpido por curiosos sueños que no parecían tener la menor conexión, ni con el presente ni con el pasado. Finalmente la despertó el sonido de su puerta al crujir. Abrió los ojos y vio a *Grimya* que avanzaba hacia ella con pasos quedos.

La loba se dejó caer junto a la cama.

«Hace calor», proyectó, con la lengua colgando. *«Me altera. No encuentro alivio en ningún sitio.»*

Índigo se incorporó en el lecho y extendió la mano en dirección a la botella de agua para darle algo de beber a *Grimya.*

—¿Has descubierto algo?

«Nada importante.» Llena de agradecimiento, *Grimya* lamió el plato que la muchacha había colocado ante ella. *«Me desplacé por las calles laterales, por las zonas de sombra; no quería que me vieran.»* Hizo una pausa para lamerse el hocico. *«Eso está bien. ¡Sabías que el río aquí brilla por la noche, igual que el cielo?»*

—No. —La idea resultaba desagradable, pues sugería que el origen de la luz estaba cercano y que, quizás, era más físico de lo que había imaginado—. ¿Y qué hay de la plaza? ¿Del festival?

Grimya terminó de beber y sacudió la cabeza; algunas gotas de agua salieron despedidas de su hocico.

«Me parece que deben de haber terminado los preparativos. No hay nadie por allí. Sólo algunos montones de leña: no sé para qué serán.»

—No debe de faltar mucho para la medianoche. —Índigo abrió unos centímetros el porticón. Un soplo de aire ligeramente más fresco se coló en el interior, y con él el apagado y anormal reflejo del cielo. La plaza que se veía abajo estaba, tal y como *Grimya* dijera, vacía, y las sombras eran demasiado densas para ver los detalles. Levantó la cabeza, para mirar en dirección al revoltijo de tejados del otro extremo de la pavimentada plaza. No brillaba ninguna lámpara, ni en las casas ni en los soportales, y el único sonido que se percibía era el débil murmullo de voces que surgían de la taberna situada debajo de ellas. Toda actividad parecía estar en suspenso, como si la ciudad contuviera la respiración expectante.

O inquieta...

En aquel momento, un apagado zumbido rompió el silencio y, de repente, el reloj situado en el centro de la plaza empezó a sonar tal y como lo había hecho horas antes. Índigo vio cómo los discos giraban, reflejando la fría luz del cielo como ojos parpadeantes y pálidos. Y, mientras retumbaban aquellas disonancias parecidas a campanillazos, una antorcha se encendió de súbito en las oscuras fauces de una de las calles laterales. Luego otra, y otra; se encendían y llameaban a medida que se las prendía y arrojaban sombras grotescas sobre las paredes y el pavimento. En una ventana se encendió una vela; en otra casa se abrió una puerta y derramó la luz de un farol sobre la plaza...

Unos furtivos golpecitos sonaron en la puerta de Índigo. Ésta se volvió en redondo, el corazón latiéndole con fuerza.

—¿Sí? ¿Quién es?

Se escuchó una voz femenina, que murmuraba algo; entendió sólo la palabra *sais, y* colocó una mano sobre *Grimya* para calmarla.

—Entre —dijo.

La puerta se abrió y vio a la muchachita de grandes ojos que la había servido en la taberna. La joven le dedicó una nerviosa reverencia.

—Por favor, *saia,* empieza el festival. Todos debemos asistir, de modo que la taberna se cerrará. El dueño me dijo que os lo comunicara.

Estaba atemorizada. Índigo se dio cuenta de ello; y la emoción se debía a algo más que a un jefe malcarado.

—Gracias. —Se puso en pie y recordó los términos en los que se había expresado Quinas al hacer su invitación. ¿Una cortesía?, se preguntó. ¿O una amenaza?

La rabia volvió a agitarse en ella, y el aire adquirió de repente un sabor amargo y podrido en su garganta. Miró de nuevo a la muchacha y se obligó a sonreír.

—Si sois tan amable de dejar una vela encendida en las escaleras, no tendré problemas para llegar.

—Sí, *saia.* —La muchacha desapareció; se escucharon unos pasos apresurados e Índigo miró a *Grimya.*

—¿Estás lista?

Grimya ensanchó los ollares y dijo en voz alta:

—Lisssta. —La palabra sonó como un desafío al mundo exterior.

La loba desapareció por la puerta, y alzó una sombra enorme y distorsionada por el rellano y el hueco de la escalera. Índigo se entretuvo un momento, meditando. Luego tomó el cuchillo que llevaba guardado en la funda y que había dejado a un lado mientras dormía. Lo sujetó a su cinturón y lo cubrió con un pliegue de su túnica. Hecho esto, siguió a *Grimya* escaleras abajo.

Al salir del hostal escucharon música en la plaza. Cushmagar, el anciano bardo de las Islas Meridionales, se hubiera tapado los oídos horrorizado ante aquel discordante barullo: címbalos repiqueteando, flautas chirriantes, una docena de diferentes aparatos de percusión sin, al parecer, la menor idea del tiempo o del ritmo. En los oídos de la muchacha, todo ello sonaba como el estrépito producido por los mozos de las granjas a los que se enviaba a espantar cuervos y palomas de los campos de labranza de sus amos; a medida que sus ojos se acostumbraban al juego de sombras y luces, intentó localizar el origen del ruido, pero en el espacio de algunos minutos la plaza se había llenado de gente de tal manera que no podía ver nada a causa del apiñamiento de los cuerpos.

—Mantente junto a la pared —le dijo a *Grimya,* inclinándose para que la loba pudiera oírla por encima de aquel mare magnum de ruido—. Intentaremos encontrar un lugar desde donde se vea mejor.

Empezaron a deslizarse a lo largo del estrecho corredor que quedaba entre los edificios y la muchedumbre que se abría paso a empellones, pero el avance era lento, ya que cada vez convergía más gente en la plaza, procedente de todas las direcciones. En algún lugar, hacia el centro de aquel cruce, danzaban unas luces brillantes; de vez en cuando Índigo vislumbraba la parpadeante llama de una antorcha alzada sobre las cabezas de la gente. Algunas personas también reaccionaban ante la discordante música, y empezaban a arrastrar los pies en una curiosa danza lateral que los llevaba despacio alrededor de la plaza, en el sentido contrario al de las manecillas de un reloj. Índigo comprobó que muchos de los danzantes llevaban los amuletos relucientes que parecían ser el distintivo del culto de Charchad, y no podía sacarse de la cabeza la molesta sensación de que aquellos símbolos habían unido a sus portadores de una forma indefinible, como una entidad masificada, para un único e insensato propósito.

De repente la música cesó. La corriente de danzantes se rompió en un centenar de pequeños remolinos mientras se detenían torpemente, y por un momento el silencio fue total. Entonces brilló de nuevo la luz de las antorchas, la muchedumbre se echó hacia atrás y un apagado pero intenso murmullo recorrió la plaza. Índigo se aguantaba de puntillas, pero no podía ver nada; frustrada, miró a su alrededor en busca de algún lugar desde donde pudiera ver bien y descubrió una adornada balaustrada de hierro, a pocos pasos de donde estaba. La señaló con el dedo para indicar a *Grimya* lo que pensaba hacer, se abrió paso a codazos entre la gente, se subió un poco la túnica y se encaramó a la pared. La sillería empezaba a desmoronarse, pero

la balaustrada parecía bastante sólida; se sujetó con fuerza y se encaramó hasta ella, hasta que por fin pudo contemplar la plaza en su totalidad.

El estrafalario reloj relucía, como si estuviera al rojo vivo, a la luz de una docena de enormes antorchas que lo rodeaban. Cada antorcha se sostenía por una figura, encapuchada y vestida con una túnica, que se mantenía en posición de firme; y cada figura lucía un amuleto que proclamaba su lealtad a Charchad. Detrás del grupo de centinelas. Índigo vio por primera vez los montones de leña que *Grimya* había descrito; a menos que los celebrantes planearan concluir su festival con hogueras, no podía imaginarles otro propósito.

Estaba a punto de descender y describirle la escena a la loba cuando un sector de la multitud se dividió en dos para dejar llegar al centro de la plaza a un recién llegado. Por su estatura y ropas. Índigo lo identificó al instante: Quinas. Avanzó con largas zancadas hacia los portadores de las antorchas, quienes retrocedieron respetuosamente, y contempló a la muchedumbre con aire de autoritaria satisfacción. Luego empezó a hablar.

En un principio sus palabras eran las que podían esperarse de cualquier dignatario en una celebración así: ensalzó la prosperidad de la ciudad, las virtudes del trabajo honrado y las recompensas de la diligencia; pero tras algunos minutos el tono de su oratoria empezó a cambiar. La palabra *Charchad* ganó predominio. Había que dar las gracias a Charchad. Se le debía alabar, honrar... y obedecer. Aquellos que no obedecían iban desencaminados y, hasta que sus errados espíritus no comprendieran y admitieran su error, aquellos que habían alcanzado la luz debían conducirlos por el camino de la verdad. Índigo sintió cómo la comida que había tomado se le agriaba en el estómago; aquello no era más que una repetición de la fanática homilía con que los seguidores del culto la habían abordado en la taberna. Pero mientras escuchaba se dio cuenta, de repente, que algo mucho más peligroso se ocultaba en las palabras de Quinas: un escalofrío recorrió sus venas cuando le oyó pronunciar la palabra *herejía.*

Herejía. Recordó el temor en los ojos de los otros comensales de la taberna cuando Quinas penetró en la Casa del Cobre y el Hierro, como si fuera un ángel vengador que, sin advertencia previa, pudiera volverse y señalarlos con el dedo del destino. Se dio cuenta, también, con un sobresalto, de que su estimación estaba peligrosamente cerca de la verdad. Un hereje, según las palabras de Quinas y tal y como él mismo subrayaba con energía, era aquel que rehusaba reconocer y aceptar la autoridad de Charchad. Y los herejes que no se retractaban y arrepentían de su pecado debían ser castigados.

—Hermanos y hermanas: nosotros, los seguidores de Charchad, hemos sido pacientes. —Quinas, pensó Índigo con un escalofrío, hubiera podido ser un bardo muy persuasivo; su voz poseía un delicado y convincente timbre, y había tenido buen cuidado de evaluar el estado de ánimo de su audiencia y utilizarlo—. Pero nuestra paciencia no es infinita, y Charchad pide lo que es suyo por derecho. —Inspeccionó a la muchedumbre, con ojos relucientes—. Ha llegado el momento, hermanos y hermanas, de demostrar vuestra lealtad y fidelidad. Ha llegado el momento de renovar nuestra fe. Y para aquellos que no han visto la luz de Charchad —ahora levantó un brazo con el puño cerrado, y sus palabras resonaron por toda la plaza—, ¡ha llegado el momento de *arrepentirse!*

De una forma tan repentina que Índigo sufrió tal sobresalto que estuvo a punto de caer de su precaria posición, la cacofónica música estalló de nuevo, y a su señal los portadores de antorchas que rodeaban a Quinas se dispersaron y empezaron a moverse por parejas hacia la multitud. Del otro extremo de la plaza Índigo escuchó un alarido y, al momento, una figura harapienta surgió de entre la multitud y corrió hacia la parte central. El hombre —le pareció que se trataba de un hombre, pero la criatura era tal infame espantajo que era imposible estar seguro— agitaba las manos alocadamente, y su rostro, bajo una masa revuelta de pelo canoso, aparecía distorsionado por una estática paranoia. Sobre su flaco pecho se balanceaba un refulgente amuleto del extremo de una larga cadena.

—¡Charchad! —aulló la criatura—. ¡Charchad, sálvame! ¡Charchad bendíceme! —Y se arrojó sobre las losas, donde permaneció retorciéndose a los pies de Quinas.

El capataz elevó ambos brazos hacia el cielo, con su propio rostro casi tan retorcido como el del farfullador celebrante del suelo.

—¡Ved cómo se eleva nuestro hermano! —rugió—. ¡Contemplad la gloria de su inquebrantable fe y mirad al interior de vuestros corazones! ¿Os falta fe? ¿Quién de vosotros se *atreverá* a fallarle al Charchad?

Otra figura, una mujer esta vez, se abrió paso tambaleante por entre la gente para arrojarse al suelo, tirándose de los cabellos. Luego otra, otra..., cada vez más y más gente se abría paso por entre la muchedumbre, chillando, empujándose y peleando en sus esfuerzos por superarse los unos a los otros en la demostración de su fe. Quinas observaba el creciente caos con una sonrisa en el rostro, que resultaba ligeramente desdeñosa. De vez en cuando inclinaba la cabeza como señal de reconocimiento a un adorador; ocasionalmente se dignaba hacer un gesto como de bendición hacia otro, mientras sus acólitos se movían majestuosos entre la muchedumbre exhortando a la gente a nuevos extremos de adulación. Y todo el tiempo, incitada por las frenéticas discordancias de la música, iluminada por las llameantes antorchas, la escena se convertía cada vez más en algo que parecía sacado de un monstruoso infierno. En el cielo, sobre sus cabezas, la fantasmagórica luz proveniente del norte relucía, añadiendo su propia y terrible dimensión a las sombras, a los rostros desencajados y a la figura de Quinas, que, iluminada por las antorchas, dirigía toda aquella anarquía como un demonio presidiendo su corte.

Horrorizada. Índigo empezó a descender rápidamente de la pared para reunirse con *Grimya,* que gruñía, los pelos erizados y los ojos rojos de temor. La loba no podía ver lo que ocurría, pero había oído las exhortaciones de Quinas en medio del furor y percibía la onda de choque psíquica que había estallado en la plaza. Cuando la muchacha se preparaba para saltar al suelo, estuvo a punto de ser derribada por la encorvada figura de una mujer que se escabullía del gentío y pasaba junto a ella a toda velocidad en dirección a una de las oscuras callejuelas. Y de algún lugar cerca al centro de la multitud surgió un grito: esta vez no de éxtasis, sino de terror.

Se izó de nuevo a toda velocidad, al tiempo que hacía un gesto a *Grimya* para que aguardase, y atisbo por encima del mar de bamboleantes cabezas. La luz de las antorchas iluminaba un sector de la muchedumbre, lo que le permitió distinguir a dos de los acólitos de Quinas forcejeando con un joven, que luchaba contra ellos con todas sus fuerzas. La gente se empujó entre sí para abrir paso, y el cautivo fue arrastrado hasta el círculo central, donde se le ataron manos y pies y se lo obligó a arrodillarse. Ni una sola persona de entre los presentes hizo el menor movimiento de protesta, y ahora Índigo pudo ver que tenían lugar otras escaramuzas semejantes: otras víctimas, escogidas al parecer al azar, eran arrastradas del anonimato de la multitud para yacer temblorosas sobre el suelo de piedra.

Pero la elección no era tan arbitraria como parecía en un principio. Quinas permanecía aún como un diabólico semidiós en el centro de la plaza: observaba a la muchedumbre con atención, luego lanzaba un grito y apuntaba a alguien. A su señal, dos nuevos acólitos se lanzaban sobre la gente, y otra forcejeante figura era arrastrada hacia el centro. Nueve, diez, una docena: y ni uno solo de los cautivos, pudo comprobar Índigo, llevaba el amuleto de Charchad.

Por fin pareció que Quinas se daba por satisfecho con su colecta. A otra señal suya los acólitos obligaron a las maniatadas figuras a ponerse en pie. Mientras las empujaban con malos modos hacia los montones de leña situados detrás del reloj central. Índigo comprendió —con un repentino y nauseabundo sobresalto— cuál iba a ser su suerte, ya que uno de los hombres que sostenían las antorchas se había adelantado y acercaba su tea a la primera de las piras.

—¡Madre de toda la vida, cegad mis ojos! —musitó.

Se agarró con fuerza a la balaustrada de hierro, paralizada por su incapacidad para creer que nadie fuera capaz de cometer tal demencial barbaridad. Uno de los prisioneros lanzó un quejido repetitivo e irracional que sus capturadores ignoraron. Amarillas lenguas de fuego

empezaban a lamer la madera de la pira, iluminando la escena; y Quinas, que había estado observando con satisfacción, se volvió de nuevo hacia la multitud.

—¡De esta forma ejecutamos el justo castigo de Charchad contra el descreído! —Los alaridos del prisionero se apagaron en una serie de temblorosos gemidos—. ¡Yo os exhorto, hermanos y hermanas, a abrir vuestros corazones y preocuparos de vuestra propia salvación, no sea que perdáis vuestra última esperanza de obtener gracia y bendición, y compartáis el destino de los irremediablemente condenados! ¡Yo os exhorto a mirar vuestras almas! *¿Quién más de entre vosotros se atreverá a girarle la cara a Charchad, que todo lo ve?*

Alguien en la multitud chilló: «¡Charchad!», y otros continuaron el grito con una especie de desesperada urgencia. Unas cuantas personas que estaban cerca de Índigo empezaron a saltar y a agitar los brazos, lanzando gritos y procurando llamar la atención hacia ellos, como si temieran las consecuencias de no conseguir atraer la mirada de aprobación de Quinas. Pero la mayoría se limitó a permanecer inmóvil y contemplar en silencio lo que sucedía.

Índigo miró con ojos desorbitados los rostros que la rodeaban. Apatía, temor a duras penas contenido, cuidadosa indiferencia: ni una sola persona protestaría contra aquella locura, ni una sola daría un paso para pararla, aunque superaban ampliamente en número a Quinas y a sus secuaces. Y, de repente, el autocontrol de la joven se rompió.

—¡Haced algo!

Algunas cabezas se volvieron, algunas expresiones registraron una perpleja sorpresa, y se dio cuenta de que en su agitación les había gritado en su propia lengua. Saltó de la pared y corrió hacia la persona que tenía más cerca, un hombre fornido.

—¡Tenéis que parar esto! —Cambió a la lengua de aquel hombre y lo sujetó por el brazo—. No podéis dejar que lo hagan: es un asesinato, es demencial...

El individuo la apartó con un violento gesto, como si hubiera sido tocado por algo impuro. Por un instante, ella vislumbró el más absoluto terror en sus ojos; luego su expresión se endureció.

—¡Extranjera! —escupió—. ¿Qué sabéis vos de nada? ¡Ocupaos de vuestras cosas!

Una mujer que estaba junto a él agitó su puño frente al rostro de Índigo.

—¡Alejaos de nosotros! ¡Hereje! ¡Hereje!

Enfurecida, *Grimya* gruñó y se agazapó para saltar sobre la mujer, pero Índigo exclamó:

—¡Grimya, no!

Extendió una mano para detener a la loba, al tiempo que se alejaba de la pareja.

«No comprenden, Grimya. *Están demasiado atemorizados.»*

Los gruñidos de la loba se apagaron hasta quedar convenidos en un amenazador murmullo, pero se contuvo. Índigo volvió a mirar, pero, antes de que pudiera hablar, de la parte delantera de la muchedumbre surgió una exclamación de asombro y un alarido inhumano de agonía. Una llamarada se elevó en el centro de la plaza e, incluso por encima de los gritos. Índigo pudo oír el ávido crepitar del fuego...

—¡Por favor! —Extendió ambas manos en un gesto de súplica, con la voz entrecortada por la emoción—. ¡No es posible que queráis ver cómo gente inocente muere de esta forma! Podríais evitarlo, todos vosotros podríais evitarlo, si tan sólo...

La mujer la interrumpió con voz estridente.

—¡Déjanos solos, extranjera! ¡Vuelve al lugar del que viniste y déjanos en paz!

Era inútil. Índigo se volvió de espaldas, tapándose los oídos para no escuchar los alaridos de las víctimas de Quinas que ardían en las hogueras; y, con *Grimya* pegada a sus talones, se alejó corriendo por entre el gentío, luchando por regresar a la Casa del Cobre y el Hierro. Era incapaz de reflexionar, incapaz de detenerse a pensar. Todo lo que sentía era una irresistible necesidad de huir del escenario de la carnicería y esconderse en algún sitio antes de que, también ella, se viera embrutecida por la locura de Charchad.

Cerca del hostal, el gentío era más denso, ya que era donde se reunían más individuos y donde se mezclaban con los rezagados que intentaban avanzar desde una calle lateral. Índigo se abrió paso como pudo, mientras *Grimya* lanzaba dentelladas a tobillos recalcitrantes, hasta

que por fin dejaron atrás lo peor de la congestión y la puerta de la posada quedó sólo a pocos metros de ellas. Índigo echó a correr hacia aquel refugio, pero al llegar a la zona más despejada la muchedumbre se dividió de repente, formando un corredor desde el centro de la plaza. La luz de unas antorchas se balanceó llameante, y un pequeño cortejo se acercó a grandes pasos desde el lugar donde estaban las piras, con Quinas a la cabeza.

La expresión de fanática autosatisfacción que se reflejaba en el rostro del capataz hizo que Índigo se detuviera en seco. Se lo quedó mirando y sintió que una oleada de furia se alzaba en su interior. En aquel momento su atención se vio desviada, de repente, por una pequeña conmoción que se había producido en el extremo de la multitud. Una mujer vestida con ropas gastadas y sucias, la negra cabellera sujeta en una gruesa trenza, surgió de entre la gente y se arrojó delante de Quinas. Lo agarró por las vestiduras y lo obligó a detenerse.

—¡Por favor! —La voz de la mujer era aguda e histérica—. ¡Señor, tened piedad! No me echéis de nuevo; escuchadme, os lo suplico...

—¡Fuera de mi camino, mujer! —Quinas intentó quitársela de encima, pero ella se aferró a él, sin importarle que la arrastrase violentamente por el suelo. —¡No! ¡Escuchadme, *tenéis* que escucharme! Señor, mi... No pudo decir más, ya que el capataz se volvió y con el dorso de la mano la golpeó en pleno rostro. La mujer se soltó y cayó de espaldas con un grito de dolor. Uno de los acólitos que seguía a Quinas la pateó con rabia en los riñones.

Índigo no se detuvo a pensar con lógica. Su furia precisaba de una salida y corrió hacia adelante sacando su cuchillo.

—¡Eh, vos! —Le cerró el paso a Quinas, con los ojos encendidos y consciente de que a la menor provocación le hundiría el cuchillo en el estómago—. ¿Es ésta vuestra idea de misericordia y justicia, ser abominable?

—*Saia* Índigo. —El la contempló con calma—. Bien, bien. ¿Detecto acaso un cambio en vuestros modales desde nuestro primer encuentro?

—¡Desde luego que sí! Me disteis la impresión de ser un hombre civilizado. ¡Ahora veo que no sois mejor que un gusano! —Señaló a la mujer, que yacía todavía en el suelo y lloraba en silencio—. Ayudadla a ponerse en pie. Creo que tiene algo que deciros. Una fría sonrisa curvó la boca de Quinas. —Por vuestro propio bien, *saia,* os recomiendo firmemente que dejéis de interferir en los asuntos de los demás. De hecho, debo insistir en ello. —Extendió una mano para sujetarla del brazo y apartarla de su camino, y ella alzó el cuchillo hasta hacerlo centellear frente a su rostro. —¡Tocadme y os sacaré las entrañas! Quinas detuvo su mano, pero su rostro se volvió amenazador. Parpadeó; una vez más, las lentes carmesí cayeron por un breve instante sobre sus ojos, y el renovado sobresalto que le produjo aquella deformidad hizo que Índigo perdiera por un momento la concentración. El cuchillo vaciló, y tres de los acólitos de Charchad saltaron sobre ella. Lanzó un aullido de sorpresa, que se transformó en un resoplido cuando un puño fue a hundirse en su estómago. Otro de los hombres la sujetó por los cabellos, obligándola a volver la cabeza. La joven perdió el equilibrio y cayó al suelo bajo una lluvia de patadas y golpes. *«¡Índigo!»*

Grimya lanzó un aullido y saltó sobre los asaltantes de su amiga, por lo que recibió una patada que la lanzó rodando, entre gañidos, sobre las losas. Con ojos llorosos por el dolor. Índigo vio cómo *Grimya* se preparaba para saltar de nuevo, y distinguió un cuchillo en la mano de uno de los acólitos... —¡No, *Grimya!* ¡Quieta!

La loba gimoteó, frustrada, pero su instinto la obligaba a obedecer. *Unas manos pusieron en pie a Índigo con* brutalidad. La muchacha se dobló hacia adelante, luchando por no completar su humillación vomitando ante toda la gente, y vio los pies de Quinas plantados frente a ella. —Muy prudente, *saia; y* es mejor para vos que vuestro perro sea obediente. —Levantó los ojos e hizo un gesto a sus seguidores—. Soltadla. No creo que esté en condiciones de causarnos más molestias.

Las manos la dejaron libre, pero antes una de ellas le propinó un último y doloroso pellizco. Índigo se desplomó de rodillas sobre el suelo, demasiado enferma y mareada para ponerse en pie sin ayuda.

—Es una forastera —dijo Quinas con sarcástico desdén—, y, como tal, su ignorancia es más digna de lástima que de castigo. Pero descubrirá lo disparatado de su comportamiento, hermanos y hermanas. Charchad se ocupará de ello.

Es posible que perdiera el conocimiento por un momento; Índigo no estaba segura. Cuando abrió los ojos de nuevo ya no la rodeaban, y *Grimya* estaba a su lado, intentando lamerle el rostro, inquieta.

«¡Índigo! ¡Debiera haberlos detenido, debiera haberles abierto la garganta! ¡Te he fallado!»

—No..., no.

Hizo intención de sacudir la cabeza pero se lo pensó mejor. Una de las patadas debía de haberla alcanzado justo en la parte inferior del cráneo... Su cuchillo estaba sobre las losas, delante de ella; lo recogió con mano temblorosa, luego se apartó un sucio mechón *de* pelo de los ojos y levantó la vista.

Quinas y sus compañeros habían desaparecido. Varias personas de entre la multitud la miraban fijamente; cuando sus ojos se encontraron con los de ellas, éstas le dieron la espalda y se alejaron para evitarla. Cualquier pensamiento que hubiera tenido de pedir a alguien que la ayudara a ponerse en pie se esfumó de inmediato. Al igual que con las anteriores víctimas de Quinas, no harían nada por ayudarla.

La estridente música había cesado. Las llamas de las piras aún empañaban la escena, pero ya no se escuchaban más gritos ahora: las hogueras habían realizado su trabajo y el festival de Charchad había concluido. Índigo miró a su alrededor en busca de la mujer que había intentado defender, pero no se la veía por ninguna parte, y al cabo de algunos momentos se arriesgó a intentar incorporarse. El suelo parecía hundirse y balancearse bajo sus pies, pero con un esfuerzo consiguió dar los pocos pasos que la separaban de la puerta del hostal e introducirse en su interior. La taberna estaba, afortunadamente, vacía. Subió lenta y penosamente hasta su habitación, mientras *Grimya,* llena de preocupación, iba pisándole los talones. Se le iban pasando las náuseas, pero aún no se encontraba del todo bien. Cuando se tocó con cuidado el rostro descubrió varios arañazos, y había algunas partes doloridas en sus mejillas y mandíbula que se convertirían en cardenales por la mañana.

Se sentó con cuidado sobre la cama y se tumbó. *Grimya* empezó a pasear por la habitación, moviendo la cola y las orejas espasmódicamente, todavía alterada.

«¡Ojalá los hubiera matado!», dijo la loba. *«Te han hecho daño.»*

—No, *Grimya;* no me han lastimado mucho, en realidad. Podrían haber hecho cosas peores, y eran demasiados para que te enfrentaras a ellos sola. Además, no importa. Esa pobre gente... ¡Lo que Quinas hizo fue monstruoso!

«Ese hombre llamado Quinas está loco, pude oler su demencia. Índigo, ¿es él el origen de la maldad que hay aquí? ¿Es él el demonio?»

La joven no había considerado la posibilidad de que la fuerza diabólica que buscaba pudiera estar encarnada en un único ser humano, pero la sugerencia de *Grimya* poseía una desagradable lógica. Llevó la mano a la bolsa que pendía de su cuello y sacó la piedra-imán para mirarla.

—Está en reposo. —Había un tono de desilusión en su voz—. Pero sigue indicando el norte.

«Cuando ese Quinas se marchó, lo hizo en dirección sur desde aquí. Estaba equivocada: no puede ser él»

—Quizá no..., pero forma parte de él, *Grimya.* —Imágenes no deseadas de las piras y de sus forcejeantes víctimas aparecieron en la mente de Índigo, que se concentró desesperadamente en sus manos en un esfuerzo por borrar aquel recuerdo—. El corazón de Charchad —sea lo que sea— está en el norte. Y Quinas posee una llave de acceso a él, aunque puede que no sea la única llave. —Se estremeció—. Me vengaré de ese hombre. No sólo por mí, sino por los que han muerto esta noche.

Grimya iba a contestarle, pero se detuvo de improviso, miró en dirección a la puerta y lanzó un sordo gruñido.

«Alguien viene.»

Se escucharon unos pesados pasos en el rellano. Índigo se puso en tensión, pero inmediatamente dio un respingo cuando, sin el menor preámbulo, la puerta se abrió y el propietario de la Casa del Cobre y el Hierro penetró en la habitación.

Las mejillas de la joven se encendieron de rabia.

—¡Cómo os atrevéis a entrar aquí sin tan siquiera llamar a la puerta! ¿Qué os habéis creído?

—Ahorraos vuestra refinada indignación, *saia.* —El propietario había dejado de lado su obsequiosidad, y pronunció el calificativo de cortesía con una marcada ironía—. No me gusta malgastar palabras. Ya no sois bien recibida bajo mi techo, y os agradecería que os marchaseis tan pronto como sea de día.

—¿Qué? . .

—Me habéis oído perfectamente. Esta es una ciudad pacífica, y no nos gusta que vengan forasteros a causar problemas.

—¿Problemas? —repitió Índigo, incrédula—. ¿Habéis presenciado un asesinato en esa plaza de ahí fuera y ahora tenéis la osadía de acusarme a *mí* de causar problemas? —Se puso en pie, todo su cuerpo temblando de rabia y frustración—. ¿Qué es lo que sucede aquí? ¿Tanto miedo le tenéis a ese desecho humano, que se llama a sí mismo capataz de mina, que...?

—¡No toleraré que se mancille el nombre de nuestro buen hermano Quinas! —El propietario levantó la voz para ahogar sus palabras, y la joven vio gotas de sudor en su frente—. No sois bienvenida aquí, ¿comprendéis? ¡Tomad vuestros sucios modales extranjeros y a vuestro sucio animal extranjero y salid de mi casa al amanecer! —Su voz se apagó; aspiró profundamente varias veces, con el pecho jadeante. Se negaba, observó Índigo con tristeza, a mirarla directamente a los ojos—. Marchaos, mujer. ¡O tendréis más motivos para arrepentiros de los que se os han dado esta noche!

Índigo, furiosa, estuvo a punto de replicarle, pero se contuvo. De nada servía discutir con aquel hombre; no obtendría nada con ello. Tanto si le movía el miedo o una genuina lealtad a Charchad, el resultado era el mismo; la suya era sólo una voz entre muchas. Ella no podía enfrentarse a toda una ciudad.

Se volvió de espaldas y le respondió con frío desdén:

—Muy bien. —Su bolsa de dinero tintineó, y arrojó dos monedas de oro al suelo—. Eso, creo, cubrirá mi deuda por vuestra hospitalidad.

—No quiero vuestro dinero.

—Entonces podéis dejar que se pudra ahí, ya que no quiero tener que agradecerle nada a un completo cobarde.

Se produjo un penetrante silencio. Luego el propietario dijo:

—Vuestro poni estará ensillado y dispuesto al amanecer —y el desigual suelo tembló cuando cerró la puerta de golpe al salir.

Librodot

CAPÍTULO 4

A media mañana. Índigo y *Grimya* estaban ya lo bastante lejos de Vesinum como para que el hedor físico, si no el psíquico, del festival de Charchad hubiera desaparecido de su olfato. Se habían puesto en marcha bajo un pálido amanecer que aún no había desterrado por completo del cielo el resplandor nocturno, y habían salido de la ciudad por la carretera que iba hacia el norte.

Pocos ojos las habían visto marchar. Índigo se dio cuenta de que el propietario de la posada la contemplaba desde una de las ventanas superiores de la Casa del Cobre y el Hierro mientras montaba en el poni, pero no había nadie por las calles, y el ruido de los cascos de la montura al echar a andar había sido el único sonido que rompiera el silencio de la mañana. También la plaza estaba desierta; la muchacha había vuelto el rostro para no ver el horroroso y carbonizado legado del festival y había seguido su camino sin volver la cabeza. Ahora, mientras el sol ascendía por el firmamento y el calor aumentaba hasta alcanzar la intensidad de un horno, apresuraba al poni tanto como le permitía el sentido común, ansiosa por interponer la mayor distancia posible entre ella y los desagradables recuerdos que evocaba la ciudad.

Ella y *Grimya* habían hablado poco sobre su experiencia. Las palabras parecían inadecuadas; aunque Índigo no sabía nada de las víctimas que habían muerto en las piras de Charchad, lloraba, no obstante, su pérdida. Y su rabia, que parecía a punto de estallar, seguía sin mostrar la menor señal de calmarse. Su mente estaba más tranquila ahora, pero se conocía lo suficientemente bien como para saber que se necesitaría muy poco para provocar en ella un ataque de furia contra Charchad y todo lo que representaba.

Era consciente, sin embargo, de que de momento no tenía aún una idea clara de lo que significaba Charchad. Todo lo que sabía era lo poco que había visto en Vesinum; y, aunque lo acaecido la había alterado y enfermado, no había revelado nada sobre los orígenes del culto, ni sobre su objetivo final. Pero cualquiera que fuese la naturaleza de Charchad, había visto mas que suficiente para convencerla, sin el menor lugar a dudas, de que el culto tenía un vínculo directo e inextricable con el demonio que buscaba.

Un enorme carromato cargado de leña y tirado por dos esforzados bueyes vino hacia ella rodando con gran estrépito, y echó a su poni a un lado de la polvorienta carretera para cederle el paso al convoy. El conductor le dio las gracias con voz ronca y uno de los dos jinetes de la escolta la saludó y le dirigió una sonrisa. Mientras aguardaba a que la nube de polvo levantada a su paso se disipase. Índigo dedicó algunos instantes a examinar el camino que tenía delante.

Estaba todavía en la principal ruta comercial que corría paralela al río, pero por sus mapas sabía que tres o cuatro kilómetros más adelante, la carretera se encontraba con la barrera de las montañas volcánicas y que allí giraba bruscamente hacia el este. Las cumbres color marrón rojizo dominaban el horizonte ahora, marchitas y quemadas por el sol e indefiniblemente amenazadoras; y el cielo, más allá de las primeras elevaciones, aparecía teñido con la sulfurosa contaminación amarillenta de las excavaciones y de las operaciones de fundido que tenían lugar en el centro de la cordillera. *Grimya* se había quejado ya de los olores malsanos que asaltaban su olfato; incluso Índigo, cuyos sentidos eran menos agudos por su condición de ser humano, había percibido aquella atmósfera corrupta.

Sacó la piedra-imán y volvió a mirarla. El diminuto punto de luz dorada que había en su interior seguía indicando sin la menor vacilación hacia el norte. La muchacha agarró las riendas para seguir su camino. *Grimya,* que se había dejado caer sobre una diminuta parcela de hierba seca y marchita, se incorporó de mala gana, con la lengua colgando, y dijo vacilante:

«Me gustaría descansar pronto...»

—No falta mucho para las montañas. —Índigo bajó los ojos hacia su amiga y sonrió—. Encontraremos una sombra enseguida.

Durante el siguiente kilómetro, la circulación en la carretera aumentó hasta convertirse en una corriente continua que pasaba junto a ellas proveniente del norte. Caravanas de

comerciantes, carretas de suministros, pequeños grupos de jinetes, incluso algunos caminantes cubiertos de polvo. Nadie dedicó más que una mirada indiferente a Índigo y *Grimya, y* por fin llegaron a las primeras estribaciones y al cruce donde la carretera giraba para atravesar el río y transportar su tráfico hacia el este. Un feo y enorme puente de hierro atravesaba la corriente, flanqueado por unos toscos cobertizos, y en ambas orillas un cierto número de caldereros oportunistas y de pequeños comerciantes habían instalado puestos y proclamaban a grandes voces sus mercancías a los viajeros.

Índigo detuvo su montura y contempló la escena. Se dirigía hacia el norte, no al este; sin embargo, parecía que no podía hacer otra cosa que no fuera seguir la carretera, ya que el único camino hacia el norte era un ancho sendero lleno de baches, que seguía el río hasta donde éste se desvanecía entre las montañas. Y el sendero estaba cortado al paso por altas y bien guardadas verjas.

Se dirigió a *Grimya* en voz baja:

—Esa debe de ser la entrada a las minas. Sin la documentación adecuada, esos guardas no nos dejarán pasar. Tengo la impresión de que no les gustan los visitantes ocasionales.

El hocico de *Grimya* se arrugó y ésta olfateó la cargada atmósfera.

«No puedo creer que nadie quiera ir ahí si no es por un buen motivo.»

—Ni yo. Pero no podemos discutir lo que nos dice la piedra-imán.

Escudriñó la ladera que tenía ante ella, pero no vio nada que la animara. Las montañas parecían infranqueables; a cada lado del sendero de las minas la roca volcánica se alzaba en pliegues casi verticales allí donde, mucho tiempo atrás, había aparecido una falla en el terreno. Nadie en su sano juicio se atrevería a escalar tal pared, y mucho menos esperaría conseguirlo. Y no obstante, si continuaba por la ruta comercial sería improbable encontrar un camino hacia el interior de la cordillera más adelante, ya que pasado el río la carretera torcía y se alejaba cada vez más de las montañas, separada de ellas por una llanura de lava llena de hoyos que ningún caballo podía atravesar.

Dos jinetes muy bien vestidos pasaron ruidosamente por su lado, obligando a sus caballos a ir más deprisa de lo que cualquier hombre, con un ápice de bondad, hubiera pretendido con aquel calor, y abandonaron la carretera para ir en dirección a las puertas de la mina. Un guarda les salió al paso, e Índigo vio que uno de los jinetes agitaba una pequeña ficha metálica bajo las narices del hombre antes de que se abrieran las rejas y la pareja espoleara sus caballos para franquearlas. La muchacha se pasó la lengua por los labios, que estaban resecos y doloridos a causa del sol, y comprendió que no podía quedarse allí indecisa mucho más tiempo. Sólo era mediodía; necesitaban algún tipo de cobijo y una oportunidad para descansar hasta que el día refrescara. Apartó la mirada del sendero de la mina, y examinó el terreno otra vez. Entonces vio algo que, deslumbrada por el sol, no había advertido antes: otro sendero, tan viejo y abandonado que apenas si era visible, que se separaba de la carretera principal y se alejaba serpenteando en dirección oeste. A primera vista parecía terminar allí donde se encontraba con la pared volcánica; pero, mirándolo con más atención, a Índigo le pareció descubrir una fisura en los macizos pliegues de la roca, en el interior de la cual se perdía el sendero.

¿Un antiguo camino de los mineros, que había caído en desuso? Era posible: y era su única oportunidad.

Bajó la mirada hacia *Grimya y* le proyectó un pensamiento.

«Grimya, *¿ves ese sendero que va hacia el oeste?»*

La loba miró hacia donde le indicaba.

«Lo veo.» Percibió la ansiedad de Índigo y prosiguió: *«¿Crees que puede llevarnos adonde queremos ir?»*

«No lo sé. Pero tengo un presentimiento, una intuición...»

Inconscientemente jugueteó con la piedra-imán. *Grimya* abrió sus fauces en una sonrisa lobuna y lamió el aire.

«¡Por lo menos puede ofrecernos algo de sombra!»

La joven se echó a reír.

—*¡Grimya,* eres muy perseverante! —dijo en voz alta—. Vamos, pues. ¡Investiguemos antes de que nos asemos bajo este sol!

Se preguntó, con cierta inquietud, si los guardas de la mina no les darían el alto o les impedirían seguir adelante antes de que pudieran llegar al sendero, pero al parecer el interés de los centinelas se extendía tan sólo a cualquiera que pusiera los pies en la carretera de la mina. Y el calor también les afectaba; de los cuatro hombres que había de guardia, sólo uno se atrevía a estar a pleno sol, mientras que sus compañeros se refugiaban en una desvencijada cabaña situada junto a una de las verjas. Cuando Índigo y *Grimya* pasaron junto a la entrada no les dirigió ni una mirada.

Se internaron en el sendero abandonado y, a medida que la pared de la montaña se alzaba junto a ellas. Índigo tuvo la impresión de que se había introducido en un horno. El sol golpeaba contra la superficie rocosa y se reflejaba en sofocantes oleadas, calcinando cualquier rastro de humedad en el aire y convirtiendo el mero acto de respirar en un tormento. El poni tenía la cabeza gacha y se negaba a avanzar si no era arrastrando las patas pesadamente; *Grimya* jadeaba juntó la sus cascos, intentando mantenerse bajo su sombra, e Índigo rezaba en silencio pidiendo no haberse equivocado con respecto al sendero. No soportaría aquello más que unos minutos.

De repente la loba se detuvo y lanzó un aullido. Índigo se volvió y la vio mirar atrás, las orejas bien erguidas.

—*¿Grimya?* ¿Qué pasa?

«Algo detrás de nosotros, un alboroto.»

¿Habían sido alertados los guardas y venían tras ellas? Índigo se llevó la mano al cuchillo e hizo una mueca de dolor cuando tocó el metal de la empuñadura, que estaba tan caliente como para producir una quemadura. Pero *Grimya* desandaba ya el camino corriendo y, al cabo de unos momentos, le gritó en voz alta:

—¡Ín... digo! ¡Le están ha... haciendo daño!

Ella arrugó la frente, sin entender. Entonces el animal volvió a llamarla, más apremiante, y, comprendiendo que algo sucedía. Índigo desmontó y fue corriendo tras él.

Desde la posición en la que se encontraba *Grimya,* la entrada de la mina era apenas visible. Junto a las rejas tenía lugar una disputa. Una mujer, que gritaba y suplicaba, luchaba por desasirse de las manos de dos guardas, mientras que un tercero la golpeaba furiosamente con una barra metálica. Escandalizada. Índigo la reconoció como la misma mujer que había pretendido defender la noche anterior; la que había intentado pedir algo a Quinas.

La agredida se liberó con un tirón que casi le dislocó el hombro; pero fue sólo un instante, ya que uno de los centinelas la agarró de la ropa —Índigo oyó cómo la gastada tela se rasgaba— y su compañero la golpeó con la pesada barra en el hombro, con terrible fuerza. La mujer vaciló, dio un traspié, y cayó; los guardas la tomaron por debajo de los brazos y la arrastraron lejos de las puertas, antes de arrojarla sobre el polvo a un lado del camino.

Índigo se quedó mirando a los tres hombres sonrientes que regresaban a sus puestos pavoneándose. Sintió que la boca se le llenaba de bilis, pero se obligó a contener el furioso instinto que la impelía a salir corriendo tras ellos y exigir explicaciones en nombre de la mujer. Había cometido ese error antes, y las condiciones no eran mucho mejores ahora.

La mujer, entretanto, había intentado ponerse en pie, aunque no lo consiguió, y se arrastraba despacio y penosamente hacia la pared rocosa donde empezaba el sendero abandonado. Llegó al muro, se dejó caer contrapeste, se dobló hacia adelante y empezó a toser secamente. Índigo maldijo en voz baja e, indicándole a *Grimya* que no se acercara, corrió hacia la mujer. Cuando se inclinó para ayudarla, ésta se sobresaltó e intentó protegerse el rostro con un brazo, mientras gritaba cosas incoherentes.

—Todo va bien. —La joven la sujetó por los hombros e intentó calmarla—. No os haré daño, soy una amiga. Venid, ¿podéis poneros en pie si os ayudo?

Unos ojos muy abiertos y aterrorizados en un rostro enrojecido le devolvieron la mirada, y

Librodot

el labio de la mujer tembló.

—Es... estoy bien... —Intentó apartar las manos de Índigo, pero fue una tentativa débil—. No deberíais tocarme; estoy...

—Chisst. —Índigo le habló con suavidad pero con firmeza—: Lo que necesitáis es resguardaros del sol. Venid conmigo. —Volvió la cabeza sobre el hombro y gritó—: *¡Grimya,* trae el poni! No creo que pueda dar más que unos pocos pasos.

La loba se alejó a toda prisa y regresó al poco rato con las riendas del poni entre sus dientes y el animal marchando de mala gana a sus espaldas. La visión provocó una ligera y aturdida sonrisa en la mujer, que no protestó cuando Índigo la ayudó a subir a la silla.

Grimya le dijo a la muchacha:

«Yo me adelantaré y veré si el sendero conduce hasta alguna sombra.» Se detuvo y añadió: *«Está muy enferma, me parece».*

«Se recobrará cuando encuentre refugio, y agua y comida.»

«No estoy tan segura. Hay algo más... Bueno, no importa.»

La loba sacudió la cabeza y, antes de que Índigo pudiera interrogarla, se dio la vuelta y echó a correr por el sendero.

Ante el enorme alivio de Índigo, el sendero no terminaba, como había temido, en una desnuda pared rocosa. En lugar de ello, serpenteaba hacia el interior de una grieta, en el acantilado, allí donde se unían dos pliegues de lava petrificada. Cuando penetraron en aquella hendidura, el sol, a Dios gracias, quedó oculto por la elevada pared.

Grimya, que había efectuado una exploración de una parte de la grieta, informó que el camino parecía seguir una enorme falla del terreno que rodeaba las laderas exteriores de las montañas; no había encontrado ninguna forma de penetrar más en el interior de la cordillera, pero el sendero tampoco mostraba la menor señal de desaparecer. El cañón era también lo bastante ancho como para permitirles descansar con relativa comodidad, e Índigo extendió una manta sobre el pedregoso suelo antes de bajar a la mujer de los lomos del poni. El agua era lo más importante allí, y se ocupó de que tanto *Grimya* como el poni bebieran lo suficiente de su provisión del líquido elemento antes de llevar la botella a los labios de la mujer. Ésta bebió, pero parecía experimentar alguna dificultad en tragar; mientras la contemplaba en sus esfuerzos por beber. Índigo se dio cuenta, con gran sorpresa por su parte, de que era mucho más joven de lo que en un principio había pensado. De hecho, parecía que acabara de dejar la adolescencia, aunque las penalidades la habían envejecido prematuramente. Además, en algunas zonas su piel estaba llena de manchas de un rojo desagradable, y había llagas en su cuello y la parte interior de los brazos; recordando la enigmática observación de *Grimya. Índigo* se preguntó si a los problemas de la muchacha no se le añadiría también el de la fiebre. Pero cuando por fin terminó de beber y levantó la vista, no había la menor señal de delirio en sus ojos.

Posó una mano en el brazo de Índigo y musitó:

—Gra... gracias, *saia.*

Índigo sonrió con cierto pesar.

—Espero haberos compensado por mi incapacidad para ayudaros anoche.

La joven pareció perpleja por un momento, pero luego su rostro se animó.

—Claro..., estabais en la plaza: intentasteis conseguir que dejasen de hacerme daño.

—Y fracasé, me temo.

—No. Fuisteis tan amable, tan buena, y ahora... —La mujer tosió y expulsó un poco de saliva—. Os debo tanto, *saia, y* no puedo recompensaros... —Enredó las manos, que eran delgadas y callosas, en un mechón de sus cabellos, y empezó a llorar con angustiados y profundos sollozos. Había una terrible desesperación en aquel sonido, e Índigo se sintió muy conmovida; se pasó la mano rápidamente por sus propios ojos y dijo:

—No necesito ninguna recompensa. Por favor, no lloréis. Decidme vuestro nombre, y por qué os maltrataban los guardas de la mina.

Al principio no le pudo contestar. Se limitó a sacudir la cabeza y a seguir llorando. Pero Índigo insistió y, por fin, se calmó un poco. Su nombre, dijo, era Chrysiva, y era la esposa de un minero. Al poco rato la dominó un nuevo ataque de llanto y, entre sus jadeantes esfuerzos por continuar, se distinguió una palabra.

Charchad.

Un frío gusanillo se agitó en el interior de Índigo, y sujetó a Chrysiva por los hombros.

—¿Qué tiene que ver Charchad con vuestros problemas? —preguntó apremiante—. ¿Qué os han hecho?

Chrysiva aspiró con fuerza, estremeciéndose, y levantó la mirada: sus ojos estaban enrojecidos y velados por las lágrimas.

—Ellos se lo llevaron...

—¿A vuestro esposo?

Asintió con la cabeza, y se mordió con fuerza el labio inferior hasta que apareció en él una gota de sangre.

—Ellos..., ellos dijeron que había insultado a un capataz. Era una mentira, era *inocente...,* pero no querían escuchar; ¡ni siquiera le dejaron hablar! Dijeron que debía ser castigado, y... ¡y lo enviaron a Charchad!

—¿Lo enviaron a Charchad? Chrysiva, ¿qué significa eso?

Ella no prestó atención a la pregunta.

—Les he suplicado, les he rogado; ¡lo he intentado todo, pero no quieren dejarlo en libertad!

—Chrysiva...

—Dos meses hace que se lo llevaron..., ¡dos meses y siguen sin tener piedad! ¡No sobrevivirá, sé que no podrá!

—Chrysiva, por favor, préstame atención...

«No sirve de nada», dijo *Grimya* con tristeza. *«Está demasiado alterada para contestar a tus preguntas. En lo único que puede pensar es en su pena.»*

Con un suspiro. Índigo se apartó y se sentó sobre sus talones. *Grimya* tenía razón; no sabrían nada más de Chrysiva hasta que ésta no se hubiera sacado de encima la parte más terrible de su dolor y se sintiera más calmada. Y ella misma sentía la necesidad de descansar; aunque estaban fuera del alcance del sol, el cañón era terriblemente caluroso, y valdría más que durmieran unas cuantas horas hasta que refrescara el día.

Chrysiva se había acurrucado sobre la manta, el rostro hundido en el ángulo del brazo. El poni dormitaba ya; Índigo lo desensilló y luego se acomodó lo mejor que pudo en el suelo; y, con *Grimya* a su lado, se dispuso a dormir.

Durmió, pero las pesadillas vinieron a perseguirla, entremezcladas con una vaga y febril conciencia del calor y de la dura incomodidad de la roca sobre la que estaba tumbada. En sus sueños volvió a ver a Fenran, pero su rostro estaba desfigurado por cicatrices horribles y la piel abrasada por una enfermedad que bullía en su interior y que no había forma de contener. Índigo se dio cuenta de que sin una atención rápida y eficaz su prometido moriría, y en su pesadilla llamó a Imyssa, la prudente y anciana bruja que la había cuidado en su infancia. Pero su grito se limitó a resonar inútilmente por las habitaciones vacías de Carn Caille, pues Imyssa no contestó. Y cuando ella se volvió e intentó tomar los recipientes de las pociones y compuestos simples que se hallaban colocados en una estantería junto a ella, éstos se convirtieron en un hediondo polvo negro que se desvaneció entre sus manos. Y Fenran la llamaba desde el lecho de retorcidos espinos en que yacía tendido, y se desvanecía, y ella no podía ayudarlo, y él se moría...

Se despertó dando un grito que resonó por el cañón e hizo que *Grimya* se pusiera en pie de un salto, los pelos de punta, alarmada. Entonces llegó a la familiar conclusión de que no había sido más que un sueño. Sintió la pegajosa sensación del sudor secándose sobre su cuerpo y luego, por fin, el reconfortante contacto de la piel de la loba que intentaba consolarla.

«¿Otra pesadilla?», preguntó *Grimya,* comprensiva.

Librodot

La muchacha asintió y luego miró por encima del hombro a Chrysiva. La joven parecía seguir durmiendo; su rostro estaba vuelto hacia el otro lado. Índigo suspiró.

—Volví a soñar con Fenran, *Grimya.* Pero esta vez se estaba muriendo a causa de unas fiebres.

La loba lanzó un ahogado gañido.

«Fue la historia que te contó esta mujer la que te metió en la cabeza estas cosas. También ella ha perdido a su compañero y suspira por él. » Vaciló. *«Nunca he tenido un compañero. Pero tengo una amiga y creo que lo comprendo. »*

Existían paralelismos entre la tragedia de Chrysiva y la suya propia, pensó Índigo con amargura, y ello intensificaba aún más el sentimiento de compañerismo que despertaba en ella la muchacha. Se miro las manos, que tenía entrelazadas con fuerza, y dijo:

—Sólo espero que ella tenga más posibilidades de encontrar a su amor de las que yo tengo de encontrar al mío.

«No deberías decir tales cosas», la reprendió *Grimya* con ansiedad. *«Mientras hay vida hay esperanza. »*

—¿Esperanza? —El rostro de Índigo adoptó, *de* repente, una expresión extraviada; luego se endureció hasta convertirse en una máscara—. Sí; hay esperanza. —Se volvió bruscamente y se incorporó, quitándose el polvo con innecesaria energía—. Hace más fresco ahora. La peor parte del día ya ha pasado: deberíamos seguir.

Grimya no hizo ningún otro comentario, pero mientras su amiga iba hacia el poni para ensillarlo —rehusando mirar a la loba a los ojos—, el animal se acercó en silencio al lugar donde yacía Chrysiva y le dio unos suaves golpecitos con el hocico para despertarla.

—Ín... digo...

Su voz mostraba una velada alarma. Índigo se frotó los ojos rápidamente y volvió la cabeza.

—¿Qué sucede?

—No... se des... despierta. Creo que esssstá... mal.

Índigo se reunió con ella inmediatamente y le dio la vuelta a Chrysiva. Había saliva seca en los labios de la muchacha; ésta gimió y farfulló algo ininteligible, pero no podía, o no quería, abrir los ojos. Su piel estaba más caliente de lo que era normal, incluso en aquel clima.

—Tiene fiebre. —Índigo se maldijo en silencio por sus pocos conocimientos médicos; tenía una pequeña colección de hierbas en sus alforjas, pero su experiencia se reducía a poco más que saber cómo restañar una hemorragia, entablillar un hueso o aliviar el dolor. Darle a la muchacha la poción equivocada, o incluso la dosis equivocada de la poción adecuada, podía hacerle más mal que bien.

Si hubiera escuchado con más atención las enseñanzas de Imyssa... La idea resultaba amargamente irónica y la rechazó furiosa, enderezándose y contemplando con atención las cimas volcánicas que se alzaban hacia el cielo delante de ellas.

—Precisa cuidados mejores de los que yo puedo darle —dijo con voz áspera—. Tenemos dos posibilidades, *Grimya.* O bien la llevamos de regreso a la ciudad, o bien seguimos adelante como teníamos planeado, con la esperanza de que la fiebre se extinga por sí sola.

—No podemos... regre... sar.

—Lo sé. Pero si no...

—Puede que muera. —*Grimya* se acercó más a Chrysiva y le olfateó el rostro—. Pero hay al... algo... —Alzó la cabeza perpleja—. Este mal no es... normal.

—¿Qué quieres decir?

—Es... ah, no tengo las palabr... palabrras... —La loba hizo una mueca de frustración, luego abandonó sus jadeantes esfuerzos por hablar en voz alta. Sus pensamientos penetraron en la mente de Índigo.

«Lo que la aflige es algo que ningún médico de seres humanos puede curar. »

Índigo se puso en cuclillas y estudió a Chrysiva con más cuidado. Las manchas, las llagas..., recordó las desfiguraciones de tantos de los seguidores de Charchad, y los mineros de la plaza con sus espantosos males. Y, de repente, sintió frío.

—Debemos seguir adelante —dijo—. Tienes razón; no hay otra elección.

—¿Y la muj... mujer?

Índigo no temía ni a las fiebres ni a la enfermedad. Aquello también formaba parte de la maldición que pesaba sobre ella.

—Esperaremos y rezaremos por ella —repuso con pausada amargura—. No podemos hacer más que eso.

El sol empezaba a descender y no habían encontrado aún un sendero que las adentrara más en las montañas. La esperanza que Índigo había abrigado se había ido enfriando hasta convertirse en desanimado pesimismo. El camino que atravesaba la falla rocosa seguía alzándose de forma perceptible, pero aparte de esto no mostraba la menor señal de variación. Cuando las últimas luces del día se apagaron, se detuvieron junto al sendero y montaron un improvisado campamento.

Índigo se sentó en el suelo, se sujetó las rodillas con las manos y clavó los ojos en la oscuridad que tenían ante ellas, no queriendo compartir ni siquiera con *Grimya* sus lúgubres pensamientos. A sus espaldas, Chrysiva estaba apoyada contra la pared rocosa: durante la última hora se había recuperado un poco y ahora estaba consciente, aunque demasiado débil y desorientada para resultar coherente.

Un débil gañido proveniente de *Grimya* la sobresaltó y la hizo mirar por encima del hombro. La loba estaba tendida cuan larga era a unos pocos pasos de ella y, en la penumbra. Índigo pudo apenas distinguir el temblor de su roja lengua cuando estiró hacia atrás la cabeza, mientras una de las patas se crispaba. *Grimya* estaba casi completamente dormida, el sonido no era más que una expresión de sus lobunos sueños, y la muchacha sonrió levemente. También ella debería intentar descansar, pero tenía tantas posibilidades de dormirse como de que le crecieran alas y saliera volando. Era una noche calurosa, el cañón estaba anormalmente silencioso, y no podía aplacar la intranquilidad que reinaba en su interior, la frustrada necesidad de hacer algo más positivo que esperar tranquilamente el amanecer.

Levantó los ojos hacia la estrecha franja de cielo visible por encima del cañón. La luz de la luna quedaba eclipsada por el resplandor frío y sobrenatural que, desde aquel lugar privilegiado, dominaba la atmósfera superior y proyectaba peculiares sombras carentes de dimensiones sobre los picos. Desde aquel lugar esperaba sentir alguna vibración procedente de las masivas operaciones de extracción que se efectuaban día y noche y que no podían estar a más de tres o cuatro kilómetros de allí; pero no había nada. Sólo la quietud y el silencio.

Llevó una mano a la piedra-imán, pero no la sacó para examinarla. Hacerlo parecía inútil; sabía muy bien lo que le diría.

«Pero ¿cómo?» se preguntó mentalmente. O quizá fue a la piedra a quien se lo preguntó. «¿Cómo vamos a penetrar en las montañas, si no hay un camino, ni un sendero, sólo este interminable cañón?»

Algo parpadeó por un brevísimo instante en la periferia de su campo de visión; una luciérnaga, quizás, atravesando el aire a toda velocidad y lanzando su rojo y dorado destello. Índigo se frotó los ojos, que le escocían por el calor y el polvo; luego sacudió la cabeza para despejarse, mientras la imagen de la luciérnaga danzaba sobre sus retinas. Extendió los brazos, flexionó los dedos para desentumecerlos..., se detuvo, y clavó los ojos en el sendero que discurría ante ella.

Había más chispas diminutas flotando en el cañón, pero no eran luciérnagas. La forma en que estaban dispuestas resultaba demasiado artificial, demasiado regular. Al mirarlas con más atención observó que formaban un reluciente y desigual dibujo, casi una tosca representación de un perfil humano...

Despacio, con mucho cuidado. Índigo empezó a ponerse en pie. Otra rápida mirada a sus espaldas le mostró a *Grimya* —ahora profundamente dormida, al parecer— y a Chrysiva, que tenía la cabeza vuelta hacia el otro lado y los hombros hundidos con aire indiferente. Índigo pasó los dedos por su cuchillo *y,* siguiendo un impulso, se deslizó en silencio hasta donde estaban sus alforjas y desató la ballesta de las correas que la sujetaban. Colocó una saeta en el

Librodot

arco, otras tres más en su cinturón, y luego volvió a mirar al otro extremo del cañón.

La danzarina imagen resultaba menos clara ahora, pero todavía era visible. *Grimya* hizo un brusco movimiento con la cola y lanzó un curioso y gutural sonido, pero no se despertó. Chrysiva no prestó la menor atención cuando Índigo regresó en silencio al sendero y empezó a avanzar hacia las extrañas luces. Sus ojos estaban tan amoldados a la oscuridad como les era posible. La joven juzgó que los destellos estaban a unos quince o veinte metros de distancia, sin acercarse ni retroceder. Se aproximó y, por un momento, la casi humana silueta pareció brillar con más fuerza, como si estuviera a punto de adquirir una forma tridimensional. Luego de repente, cuando se preparaba para salir corriendo hacia ella, se desvaneció.

Sorprendida. Índigo no pudo detener el movimiento reflejo que ya había empezado a impulsarla hacia adelante, y lanzó un juramento entre dientes cuando uno de sus pies se estrelló contra una roca que sobresalía del suelo. Las fantasmagóricas luciérnagas centellearon ante sus ojos, confundiéndola; extendió una mano en dirección a la rocosa pared para recuperar el equilibrio... y se precipitó por una abertura. Allí permaneció tendida en el suelo.

Índigo se sentó, escupiendo polvo y sujetándose una mano dolorida. Durante unos instantes fue incapaz de asimilar lo que había sucedido; pero no tardó en comprender, y sintió una punzada de excitación.

Había una abertura en la pared de roca. Apenas si era lo suficientemente ancha como para que pudiera pasar un hombre fornido, pero, aunque pareciera imposible, había ido a dar con ella. La joven se puso en pie, con el corazón latiendo con fuerza, y se dio la vuelta, extendiendo las manos delante de ella. Estaba segura de que se llevaría una desilusión y encontraría una sólida barrera: que la grieta no tendría más de un metro o metro y medio de profundidad; pero la desilusión no llegó. Y cuando, con gran cautela, empezó a avanzar tanteando con las manos, siguió sin encontrar ninguna barrera. El suelo bajo sus pies empezó a elevarse de forma pronunciada.

Un barranco que penetraba en las montañas. Y a no más de treinta pasos del lugar en el que habían abandonado la búsqueda. La excitación le provocó una sensación de ahogo, y se obligó a respirar profundamente varias veces para calmarse. Si —*si,* se recalcó— el barranco conducía a algún sitio, resultaría un sendero penoso para el poni, especialmente con la carga añadida de Chrysiva. La brecha entre las paredes apenas era lo bastante grande para que pasara el animal; si se estrechaba algo más resultaría infranqueable. Cuando se hiciera de día lo mejor que podían hacer *Grimya y* ella era explorar un poco antes de someterlos a todos a una caminata que podía resultar infructuosa.

Cuando se hiciera de día... Índigo volvió la cabeza en dirección al sendero, luego hacia el barranco de nuevo. La corroía la impaciencia; no le hacía ninguna gracia la perspectiva de pasar la noche tumbada sin poder dormir e inquieta, contando los minutos que faltaban para el amanecer. No podría dormir, no con aquel descubrimiento tan cerca y tan frustrantemente fuera de su alcance. Y no quería esperar hasta la mañana.

¿No podría, al menos, penetrar un poco más para realizar una pequeña exploración? La marcha resultaría lenta y difícil, pero el fantasmagórico resplandor del cielo aliviaba un poco la oscuridad, y si tema cuidado no le pasaría nada. *Grimya* lo desaprobaría, pero con un poco de suerte seguiría durmiendo hasta su regreso y no se enteraría. Sólo se adentraría un poco, pensó. Para asegurarse.

Volvió la cabeza una vez más, pero sus compañeras no eran visibles, y su impaciencia la impelía a seguir adelante. Se colgó la ballesta al hombro y con una mano en permanente contacto con la pared que la flanqueaba para poder guiarse. Índigo inició el recorrido por el ascendente barranco.

Había decidido no avanzar más de cincuenta pasos y luego dar media vuelta. Pero, después de aquella cifra, el barranco seguía ascendiendo vertiginosamente, y se había ensanchado un poco, haciendo la marcha más fácil de lo que había temido. De modo que los cincuenta se convirtieron en cien, y luego vinieron otros veinte, y otros veinte más, hasta que se dijo que si seguía un poco más era posible que fuera a salir por encima de las laderas volcánicas más

Librodot

bajas, donde la luz del cielo sería suficiente para mostrarle el camino con más claridad.

Se detuvo en un lugar donde el barranco torcía para volver a colocar en su sitio la ballesta que había estado resbalando de su hombro y amenazaba con hacerle perder el equilibrio. Sudaba, y el aire nocturno tenía un ligero sabor metálico; por el tacto a piedra pómez de la roca bajo sus dedos supuso que el sendero serpenteaba a través del curso petrificado de un antiguo torrente de lava. Índigo sabía poco de geología, pero parecía lógico conjeturar que la corriente había tenido su origen en el centro de las montañas, y, por lo tanto, podía ser su única posibilidad de encontrar un acceso al interior de la cordillera.

Sólo unos pasos más y daría la vuelta. El camino de regreso resultaría más sencillo; podía llegar al campamento en cuestión de minutos. Y entonces tendría algo que contarle a *Grimya* cuando despertase...

Índigo lanzó un gran grito de sorpresa cuando, saliendo de ningún sitio y sin previo aviso, una abrasadora luz roja estalló de repente en el barranco. Una oleada de intensísimo calor surgió del suelo y la dejó sin aliento. La zanja de la torrentera dio una sacudida y ella giró sobre sí misma perdiendo el equilibrio; tropezó contra la pared para luego caer de rodillas en el suelo. Empezó a levantarse, pero se quedó paralizada cuando, con ojos medio cegados por el resplandor, sus aturdidos sentidos registraron la imagen de algo enorme, que se elevaba hirviente, ardiendo al rojo vivo, y que bajaba rodando desde las circundantes montañas hacia ella. *Lava,* lava derretida, ardiente y siseante, coronada de rugientes llamas, que la noche vomitaba en forma de río monstruoso y lento.

Todo pensamiento coherente se transformó en caos total, y un sudor frío invadió el cuerpo de Índigo. Era *imposible:* los volcanes estaban extinguidos desde hacía siglos; sus caudales de lava estaban fosilizados, petrificados. *¡Aquello no podía estar sucediendo!*

El crepitante rugido del fuego resonó en sus oídos, con el contrapunto de una poderosa y atronadora vibración, y el calor del río de material fundido que se acercaba azotó su piel con la fuerza de un terrible oleaje. Imposible o no, la corriente de lava era real: ¡y se abría paso por el barranco, justo en la dirección en la que ella estaba!

Se volvió, resbalando sobre el esquisto y los pedazos sueltos de piedra pómez, al tiempo que luchaba por controlar el pánico que amenazaba con apoderarse de ella. No debía perder la cabeza, de lo contrario...

El terror la golpeó como un puñetazo en el estómago cuando vio el llameante afluente color naranja que se había separado de la corriente principal y describía una curva detrás de ella para abrirse paso por entre los peñascos a sus espaldas. Las rocas que había en el barranco empezaban ya a derretirse: perdían forma y solidez, y brillaban con un resplandor rojizo, luego escarlata, y por fin dorado. Su retirada quedaría cortada en cuestión de segundos.

Índigo echó a correr. La parte cuerda de su mente le gritó que era inútil, que no conseguiría llegar a lugar seguro antes de que la lava se cruzara en su camino; pero la desesperación la hizo arrojar aquel pensamiento a un lado mientras se precipitaba por la ladera. Bajo sus pies el suelo resultaba abrasador, el calor atravesaba incluso las suelas de sus zapatos; corrió más aprisa y su falda, que se había subido hasta los muslos en su ascensión, se soltó de repente en una maraña de tela que se enredó en uno de sus pies y la hizo caer al suelo. Se golpeó contra una roca sólida y rodó por el suelo, sintiendo cómo el calor la abrasaba, cuando un brillo amarillo apareció en su camino. Sus ojos lo enfocaron de nuevo y lanzó un alarido.

Una criatura gigantesca y fantasmal se alzó en el sendero frente a la joven, agitando unas patas delanteras de reptil y dando latigazos con su cola bífida, mientras unas alas enormes y membranosas golpeaban el aire hacia ella en oleadas sofocantes. Una corona de fuego brillaba a su alrededor y aquella cosa rugía: el sonido transmutaba las dimensiones transformando la realidad en pesadilla.

¡Un dragón!, aulló su mente. Pero era un mito, una leyenda, una imposibilidad. ¡No existían los dragones! Y, de repente, por entre aquella cacofonía de pánico, un seguro y terrible instinto le dijo a Índigo lo que ocurría. *Hechicería.* ¡Y ella se había introducido tranquilamente en la trampa!

Rodó de nuevo por el suelo. Se puso en pie de un salto y dio la vuelta para salir corriendo barranco arriba, lejos del vociferante fantasma que se alzaba ante ella.

No había dado ni tres zancadas cuando la escena que tenía delante estalló. De las cimas de las montañas cayó sobre ella una barrera de sonido, trueno, terremoto y tornado a la vez. Una oleada de poder abrasador la zarandeó y la arrojó dando tumbos desfiladero abajo, como si fuera una hoja azotada por un vendaval. Oyó cómo el dragón lanzaba un furioso desafío, y, mientras el mundo se fragmentaba a su alrededor, tuvo una momentánea y enloquecedora visión de una figura humana, los brazos alzados hacia el cielo, envuelta en llamas que la perfilaban haciéndola destacar contra el ardiente firmamento.

Calor... un nuevo ataque de poder... dolor... La conciencia de Índigo se precipitó en la oscuridad y se estrelló contra la nada.

Librodot

CAPÍTULO 5

Intentó mover los brazos, aliviar la presión que sentía en la región lumbar; pero éstos se negaron a responder. Tenía los dedos de alguien cerrados alrededor de sus muñecas, sujetándolas... Se retorció, en un intento por desasirse, pero sólo consiguió perder el equilibrio y resbalar como la muñeca de trapo de una chiquilla, para yacer indefensa sobre el costado.

No eran dedos. Su mente aún no estaba despejada, pero supo que no eran dedos lo que la sujetaba. No eran manos: era una cuerda. Le arañaba la piel, y cuando intentó mover los brazos sintió el áspero mordisco de las hebras sobre su piel llena de ampollas.

Hacía calor. Podía sentir cómo el sudor resbalaba por entre sus pechos y por la espalda; sus cabellos estaban húmedos y pegados a sus mejillas y a su frente. El aire era caliente y el suelo sobre el que estaba tumbada también. No podía recordar dónde estaba, o cómo había llegado hasta allí.

Abrió los ojos y parpadeó en un esfuerzo por aclarar su visión. Había luz, y aunque no era intolerablemente brillante, al principio no pudo enfocar nada que estuviera en su campo visual. Luego, al cabo de algunos segundos, su visión se aclaró un poco y se encontró directamente de cara a un pequeño altar. Se habían colocado diferentes piedras de colores delante de él con mucho cuidado, formando un perfecto semicírculo, y en el centro del altar, iluminada por una humeante lámpara votiva, había una figura del tamaño de la mano de un hombre, tallada en lo que parecía ser un pedazo de basalto. En las cuencas de sus ojos brillaban ágatas y la lengua que sobresalía de su boca abierta estaba esculpida en forma de llama, al igual que sus cabellos. La rodeaba un halo de fuego, como una estilizada corona solar, y entre las extendidas manos sostenía un rayo. La figura representaba una mujer desnuda. Con un sobresalto. Índigo reconoció la obra de un experto artesano de Rayana, la diosa del fuego.

Y, con un segundo sobresalto, la feroz imagen volvió a reunir los enmarañados hilos de su memoria.

—*Grimya...*

En su repentina alarma la muchacha se olvidó de las ataduras de sus muñecas e intentó ponerse en pie, para caer de nuevo torpemente de espaldas. Cerca de ella, algo lanzó un furioso siseo. Permaneció inmóvil; luego, muy despacio, volvió la cabeza.

A cincuenta metros de distancia, algo que ella había creído que existía tan sólo en las leyendas se agazapaba sobre el desigual suelo de roca, mirándola con insólitos ojos amarillos. Una salamandra. Su cuerpo era, quizá, tan largo como el brazo de ella, y estaba hecho de una llama verde tan translúcida que podía ver las diminutas arterias de fuego escarlata que palpitaban bajo su ardiente piel. Unas garras doradas arañaban la piedra, y allí donde su cuerpo tocaba el suelo, éste humeaba y lanzaba chisporroteos.

Índigo lanzó una exclamación ahogada y se encogió hacia atrás. La salamandra abrió su flamígera boca y siseó de nuevo, adoptando una postura hostil, como si fuera a arrojarse sobre ella. Entonces, de algún lugar de detrás de la cabeza de Índigo, una voz que mostraba un peligroso tono de furia y aversión a la vez chirrió:

—¡Si haces de nuevo el menor movimiento sin mi permiso, mi criado te quemará el corazón!

Una sombra cayó sobre la joven. Levantó los ojos y vio a su raptor de pie junto a ella.

Era alto, y su estatura quedaba acentuada por el hecho de que una mala nutrición había reducido su cuerpo a una esquelética delgadez bajo sus viejas y andrajosas ropas. Cabellos que en su juventud habían sido negros, pero que ahora se volvían grises —en algunos lugares casi blancos—, caían en completo desorden sobre sus hombros y espalda; la impresión general resultaba doblemente curiosa por el hecho de que la maraña de cabellos estaba cubierta de complicadas trenzas. Algo de aquel estilo peculiar le resultó familiar a Índigo. Pero no tuvo tiempo de rebuscar en su memoria, ya que el extraño se inclinó sobre ella, los hombros y el pecho palpitantes a causa de su rápida y enojada respiración. Unos enloquecidos

Librodot

ojos de un castaño verdoso se clavaron en los suyos desde un rostro arrugado a causa de una tensión anormal, y el hombre siseó:

—Me comprendes, ¿verdad?

Índigo controló su excitado corazón y reprimió su propia cólera, consciente de que cualquier tentativa de discutir podría resultar peligrosa.

—Sí, comprendo.

La salamandra se acomodó sobre sus cuartos traseros; notaba el calor que emanaba de ella, como si estuviera tumbada demasiado cerca de una hoguera...

—Entonces debes comprender, también, que tendré respuestas. —El hombre empezó a alejarse, luego se volvió en redondo para volver a mirarla, señalándola amenazador con un dedo—. *¡Respuestas!* ¡Y si *te atreves* a mentirme, *arderás!*

Índigo se retorció incómoda en sus ataduras. Aunque era lo suficientemente prudente como para darse cuenta de que a la menor provocación él podría hacerle daño y, desde luego, lo haría, no podía reprimir su furia. Estaba allí, y cada vez era más fuerte.

Apretó los dientes para contener su natural instinto de dar rienda suelta a una furiosa diatriba, y le espetó:

—¡Ya os he dicho que os comprendo! ¡Haced vuestras malditas preguntas y acabemos!

Él continuó mirándola durante algunos segundos más. Entonces, tan rápido que la cogió desprevenida, agarró un mechón de sus cabellos y tiró de ellos. La obligó a incorporarse y la arrojó de espaldas contra la pared de la cueva.

La *cabeza* de la muchacha pegó contra la piedra y una vertiginosa sensación de náusea la hizo jadear; cuando sus sentidos dejaron de dar vueltas y pudo volver a abrir los ojos, el hombre estaba agachado con la mirada clavada en ella, enloquecido, como si intentara ver en el interior de su alma.

—¿Por qué viniste aquí? —Su voz estaba ronca a causa de la rabia reprimida—. ¿Qué tortuosos motivos te han conducido a arrastrarte furtivamente por mis terrenos como una serpiente por el arroyo? —Una mano salió disparada y le sujetó la mandíbula, apretándosela con fuerza—. *¿Cómo supiste encontrar mi santuario?*

—¡Maldito seáis! —Índigo liberó su mandíbula con una violenta sacudida, jadeante—. ¿Qué, en el nombre de todo lo más sagrado, os hace pensar que yo buscaba vuestro santuario? ¡Ni siquiera sé quién sois!

—¡Embustera! —Echó hacia atrás la mano como si fuera a golpearla, pero se detuvo—. ¡No hay ningún otro ser vivo en estas laderas, y tú lo sabes! ¡Sabías que yo estaba aquí! ¡Me buscabas!

—¡No es cierto! —le espetó Índigo.

—¿No? —Se levantó, flexionando las manos—. Ya lo veremos, *saia.* Ya lo veremos. —Una torcida sonrisa distorsionó su rostro, y sus ojos adquirieron una curiosa y distante expresión—. No eres un intruso vulgar, eso puedo verlo muy bien. Posees algo de poder. ¿No es así?

Índigo volvió la cabeza.

—Sí —continuó él pensativo—. Un poco de poder. Pero no el suficiente. —La sonrisa se ensanchó—. No puede competir con mis ilusiones, mis ríos de lava, mis dragones, mis mascotas.

La salamandra se levantó sobre sus cuartos traseros, y un agudo y sobrenatural sonido vibró en su garganta.

—Espera, pequeña. En su momento; en su momento. —Vio cómo la mirada de Índigo se deslizaba muy a pesar suyo hacia aquel ser elemental, y cloqueó en voz baja—. Cuando se los llama, se los tiene que alimentar antes de poderlos echar de nuevo. Y cuando se alimentan, carbonizan tanto la carne como el hueso. Es un proceso rápido, pero, según tengo entendido, muy doloroso. —Dio algunos pasos despacio, alejándose; se detuvo, dio la vuelta y regresó junto a ella—. Bien. La verdad. ¿Cómo me encontraste? ¿Y por qué viniste?

La mirada de Índigo se deslizó subrepticiamente por encima de él, en un intento por

estudiar el lugar donde se encontraba. Al parecer estaban en una enorme caverna, modesta pero adecuadamente iluminada por velas colocadas en toscos huecos en las paredes. En el extremo opuesto se abría la boca de un túnel, pero no podía ver nada en la oscuridad que había más allá; y, desde luego, no se veía ningún lugar por el que pudiera escapar, incluso en el supuesto de que pudiera soltarse las manos o eludir a la salamandra.

Miró de nuevo al autor de su interrogatorio, y comprendió que no estaba en su sano juicio. La cólera que ardía en él, fuera cual fuese su causa, buscaba una salida: quería hacerle daño, y sólo esperaba que ella le diera un motivo. Su mirada se posó de nuevo en la pequeña estatua de Ranaya, que le dio un atisbo de esperanza donde de otro modo no habría nada. Fuera quien fuese, aquel hombre no era, desde luego, ningún devoto de Charchad. Poseía poder; lo había demostrado de forma estremecedora con las ilusiones que la habían atrapado en el barranco. Pero su diosa era un avatar de la Madre Tierra, por lo tanto el poder que él utilizaba era un poder *puro.*

El hombre dijo:

—Espero tu respuesta.

Tenía que decirle la verdad. Y además no tenía nada que perder.

—Mi presencia en estas montañas no tiene ninguna conexión con vos —repuso, con la garganta seca—. No sabía nada de vuestra existencia hasta que utilizasteis vuestra hechicería para capturarme, y no tenía la menor intención de penetrar en vuestro santuario ni en el de nadie. La pura verdad es que buscaba una forma de llegar a las minas sin que los que trabajan allí advirtieran mi presencia. —Parpadeó y se pasó la lengua por los labios—. Eso es todo; y podéis creerme o no, como prefiráis.

El silencio siguió a su declaración. No podía saber si el hombre consideraba o no seriamente sus palabras; su expresión resultaba inexcrutable. El único sonido que se percibía en la cueva era un débil chisporroteo proveniente de la salamandra, que cada vez se mostraba más inquieta.

Por fin su raptor habló:

—Una forma de llegar a las minas. —El hombre se llevó un huesudo dedo a la barbilla; luego, repentinamente, su mirada regresó a ella, demente—. ¿Por qué? ¿Qué tenías que hacer allí que debía llevarse en secreto?

«Madre Tierra», pensó la muchacha, «ayúdame ahora, si puedes. »

... Y en voz alta dijo:

—Busco el origen de Charchad.

La salamandra lanzó un agudo silbido, y una blanca llamarada surgió de su hocico. Su furia se vio reflejada en los ojos del hechicero, que, de repente, parecieron encenderse con una oleada de cólera demente. Por un breve instante se quedó inmóvil, rígido; luego se abalanzó sobre ella y la obligó a ponerse en pie, zarandeándola igual que un tiburón enloquecido por el olor de la sangre sacudiría a su presa.

—¿Qué tienes tú que ver con esa inmundicia? —Su voz era un chirrido que resonaba horriblemente en la caverna; golpeó a Índigo una y otra vez contra la pared—. ¡Contéstame! ¡Dímelo antes de que te haga pedazos con mis propias manos! Serpiente, ser miserable, aborto berreón: ¿qué significan esos demonios para ti?

Índigo gritó. Los sonidos surgieron de su garganta de forma involuntaria cuando, con una energía que contradecía su constitución y escualidez, el hombre la arrojó al suelo. La salamandra saltó en dirección a su cabeza, los ojos ardiendo al rojo vivo, la boca bien abierta, pero el hombre le ordenó con brusquedad: «¡No!», y la criatura retrocedió. Índigo se quedó tumbada en el suelo dando boqueadas, cada uno de sus nervios inflamado por el dolor, y, desde una enorme y turbulenta distancia, escuchó la voz del hombre que rechinaba cerca de su oído cuando se agachó junto a ella.

—¡Dime la verdad! Esa pobre mujer que está contigo... ¿Adonde la llevabas? ¿Qué le has hecho?

—¡Uhhh... ! —Le era imposible articular palabra, ni siquiera podía pensar; sus sentidos

estaban ardiendo—. Chrys... iva. Ella... ¡Oh, Gran Diosa, ayúdame! —Y a través de su aturdimiento sintió cómo venía, se alzaba y crecía: la cólera, la furia, el odio y la repugnancia que habían acechado como una enfermedad en su estómago desde que escuchara por vez primera el nombre de Charchad. Había bilis en su garganta; la tragó con un esfuerzo y su odio se concentró en su torturador, en el hombre que la había herido, que había arruinado su plan, amenazado a sus amigas...

—¡Dejadme en paz, hedionda inmundicia! —Su voz se elevó aguda, cercana a la histeria, mientras cualquier consideración por su seguridad se hacía pedazos y la furia surgía salvaje de su interior—. ¡Cómo os atrevéis a acusarme de tal blasfemia! ¡Que la Madre Tierra os maldiga y reseque vuestra alma! ¡Desatadme! ¡Desatadme, cobarde, canalla... !

Una mano se estrelló contra su sien derecha y se balanceó hacia atrás, mordiéndose la lengua al interrumpir su diatriba. Mientras luchaba por enderezarse, con la cabeza dándole vueltas, vio que había aparecido una soga en las manos de su atormentador; una soga hecha de llamas azules que crepitaban y se estremecían y, sin embargo, no parecían quemarle.

—Oh, es muy fácil para la escoria de Charchad jurar por la Gran Diosa. —Su voz era tranquila, amenazadora—. ¡Pero ya veremos, *saia,* cómo les va a tus justas protestas cuando se las ponga a prueba! —Tensó la soga de fuego entre sus dedos—. ¡En pie!

Los hombros de Índigo se estremecieron en sus esfuerzos por llevar aire a sus pulmones.

—¡No lo haré!

El otro sonrió.

—Entonces muere entre atroces dolores, aquí, a merced de mi pequeño sirviente, y demuestra así que tienes miedo a la verdad.

«¿La verdad?», pensó Índigo, mareada. Pero fue suficiente para incitarla.

—¡No! —Intentando mantener una cierta apariencia de dignidad, se puso en pie con un esfuerzo y lo miró cara a cara—. Vuestra mascota puede esperar. Probadme, si eso complace a vuestra deformada mente. ¡Y verdad es lo que encontraréis!

La miró durante unos instantes; luego, una ligera y agria sonrisa intensificó las arrugas de su rostro.

—Por aquí. —Señaló el oscuro túnel que la muchacha había visto antes—. La salamandra irá detrás de ti; si vacilas o corres, sentirás su aliento. ¿Me explico?

—Muy bien. —Le dirigió una mirada fulminante, y se volvió en dirección a la boca del túnel.

Aquel lugar no estaba iluminado, pero el danzante resplandor verdoso de la salamandra era suficiente para alumbrar su camino. Índigo sintió cómo el calor aumentaba a medida que andaba, hasta que, por fin, se le ordenó detenerse. Entonces tuvo la impresión de que se encontraba al borde de un horno abierto. Medio asfixiada por la sofocante atmósfera, se volvió para mirar a su raptor.

—¿Ahora qué?

Su voz resonó horriblemente: intentó inyectarle un tono de desafío, pero resultó un pobre esfuerzo. Padecía claustrofobia, y su cólera anterior había disminuido. Ahora se sentía vulnerable y atemorizada.

—¡Permanece callada!

Pasó junto a ella con la salamandra pisándole los talones, y por la luz que emanaba del cuerpo de la criatura vio que el túnel terminaba un poco más adelante, al parecer en el borde de un pozo profundo que se hundía en las tinieblas. Un humo sulfuroso se alzaba en la oscuridad en espesas y perezosas espirales, y comprendió que el pozo era la fumarola de uno de los antiguos volcanes.

Pero, sin duda, aquellos volcanes se habían extinguido...

—Siéntate.

Una mano la empujó hacia atrás; dio un traspié y cayó de rodillas. De algún lugar en las profundidades de la fumarola parpadeó de repente una luz. Las paredes del túnel parecían

Librodot

pintadas de un rojo violento; recortado en el resplandor, su raptor era una silueta esquelética cuando se volvió hacia ella y le tendió la cuerda ardiente. Pronunció cinco discordantes sílabas extranjeras y la cuerda tomó vida, saltó de sus manos y serpenteó como un trallazo en dirección a Índigo. Con un gesto involuntario, ella se echó hacia atrás, pero su reacción fue demasiado lenta; la llameante soga se enredó a su alrededor y sintió como si algo enorme y caliente hubiera lanzado un enorme y potente suspiro. Un calor que lo envolvía todo y que, sin embargo, permanecía en el umbral del dolor se apoderó de ella. La cuerda no quemaba. Pero mientras la rodeaba se dio cuenta de que estaba bien sujeta, no podía ni moverse ni —y esta segunda constatación le llegó de forma muy parecida a cuando se daba cuenta de que pasaba de la vigilia al sueño— pensar con claridad. La conciencia iba y venía, subía y bajaba como si siguiera el ritmo de un latido lento e inexorable. Su raptor —atormentador, hechicero, némesis *(ese concepto tenía un significado crucial. Pero ¿cuál? ¿Cuál? No lo recordaba)*— era una silueta negra ante ella, un contorno dibujado por las llamas. Hablaba, pero las palabras carecían de sentido.

—Ya ves el poder de la cuerda de fuego, que ata la muerte a la vida, el sueño a la vigilia, la realidad a la ilusión. Y la verdad a la mentira. Ahora sabremos la verdad, *saia.* Ahora la sabremos.

Una columna de humo se elevó de la fumarola, y la joven olió de nuevo a sulfuro y sintió el calor de las chisporroteantes rocas que la rodeaban. Pero había algo más que sulfuro y calor. Había un sonido en su cabeza, como el tintineo de un extraño reloj mecánico. Había el murmurante siseo de las llamas; se percibía el murmullo más apagado de una corriente de agua, que fluía despacio por las resecas tierras del sur. Y, más allá, estaba el mar, susurrando eternamente, con un ritmo fresco y lento, contra los elevados acantilados. Había barcos y también el agudo aguijón de la espuma salada. Había una orilla, bosques, llanuras y...

Y los antiguos terrores de las supersticiones de su país, cuando una afectuosa criatura que se sentía sola y proscrita lloraba en la noche pidiendo un amigo y dijo *loba* en su mente adormecida...

Y allí estaba Carn Caille. El viejo y querido Carn Caille, la fortaleza de las Islas Meridionales, donde el sol nunca se ponía en verano y las nieves invernales se arremolinaban durante los días de oscuridad total, procedentes de las laderas de los glaciares. Y allí estaba el rey Kalig, cuyos ancestros se habían hecho con el poder y fundado una dinastía entre los gastados y viejos muros de Carn Caille. Y la reina Kalig, y sus hijos: Kirra, que sería rey cuando llegara el momento, y...

Y...

—Nnnn...

La palabra no quería salir; sus labios estaban paralizados y no podía pronunciarla. Pero la negativa estaba en su mente, junto con el miedo y el terror, mientras el rostro moribundo de Fenran le gritaba desde la carnicería de la batalla, mientras la Torre de los Pesares se derrumbaba en la tundra, mientras los horrores que no debieran haber paseado por la tierra eran vomitados de las ruinas para abatirse sobre hogares, vidas y amores, y destrozar su mundo...

Y Fenran no estaba muerto, sino en el limbo, en un mundo de demonios donde los espinos le desgarraban la carne y las pesadillas acechaban sus interminables horas de vigilia. Y sólo ella podía salvarlo. Pero sólo podría hacerlo cuando su misión hubiera terminado, aunque le tomara diez años o un millar...

—¡No!

Las cadenas que sujetaban la mente de Índigo se estremecieron y se rompieron. Ella lanzó un alarido terrible y se revolvió sobre el suelo del túnel. La salamandra chilló, su figura empezó a brillar con más fuerza hasta rivalizar con el brillo de la luz que surgía de la fumarola. El humo salió despedido hacia arriba para formar una negra nube sobre la cabeza de la muchacha; ésta intentó librarse de las manos que la sujetaban, que la retenían, hasta que vislumbró un rostro blanco por la consternación flotando frente a ella como una visión

Librodot

enloquecida, y... Y...

Alguien sostenía una copa contra sus labios. El agua era caliente y algo salobre, pero la bebió de buen grado, sintiendo que aliviaba la sensación de ahogo de su garganta. Una parte del líquido se le atragantó y la hizo toser; instintivamente levantó una mano para taparse la boca y, sólo entonces, al hacer memoria, se dio cuenta de que le habían cortado las ataduras.

Le dolían las muñecas, pero apañe de esto no parecía haber sufrido ningún daño. Le acercaron el agua de nuevo; bebió más y su cabeza empezó a aclararse bruscamente. El recuerdo de las últimas horas se le hizo presente. Había esperado morir o que el tormento continuase: en lugar de ello parecía que algo o alguien había intervenido para salvarla.

Confundida y sin saber qué esperar. Índigo abrió los ojos.

Estaba de vuelta en la caverna. La luz de las velas seguía brillando, pero la salamandra había desaparecido. Y una voz le dijo con suavidad:

—*Saia* Índigo. ¿Podréis perdonarme alguna vez?

Estaba arrodillado a su lado y sostenía la copa con una mano visiblemente temblorosa. Algunas de las trenzas de sus cabellos se habían deshecho, lo cual le daba aún más el aspecto de un espantapájaros loco, y su rostro estaba manchado de hollín. Pero la demencia de sus ojos había desaparecido, y en su lugar había temor y vergüenza.

Extendió la copa de nuevo e Índigo, involuntariamente, se echó hacia atrás, conteniendo el aliento.

—¡No me toquéis!

Mortificado, dejó el agua en el suelo. La muchacha vio que había varias bandejas de comida —un poco de carne guisada, una mezcla de verduras que empezaban a pasarse y un pequeño pastel de frutos secos— colocadas en semicírculo ante ella, de forma muy parecida a como un peticionario colocaría sus ofrendas delante del altar de un templo. Lo miró de nuevo, con la sospecha a flor de piel.

—¿A qué estáis jugando conmigo ahora?

El hombre sacudió la cabeza con energía.

—No es un juego, *saia.* Es un intento, lastimoso, lo sé, pero un intento, de pediros disculpas. —Su mirada se encontró con la de ella, llena de candidez—. Si tal cosa es posible.

Con mucha cautela. Índigo estudió su rostro mientras intentaba calibrar hasta qué punto podía confiar en aquel aparente cambio de actitud. Si el hombre estaba tan loco como le había parecido antes, podría muy bien intentar atraerla como preludio a un nuevo y mortífero ataque.

Entonces, a lo lejos, y ahogado por el gran espesor de la roca que los separaba, escuchó el espeluznante aullido de un lobo furioso.

—*¡Grimya!* —Hizo intención de incorporarse, pero entonces se dio cuenta de que no podía saber la dirección de la que provenía el sonido. Se giró hacia el hombre—. ¿Dónde está? ¿Qué le habéis hecho?

—Por favor. —Extendió ambas manos para apaciguarla—. El animal está perfectamente. Tiene comida y agua, y está totalmente a salvo. —Le sonrió con ironía—. No tuve más elección que utilizar mis artes de hechicería para confinarla en otra caverna, o me hubiera desgarrado la garganta. Pero os aseguro que no ha sufrido el menor daño.

Rápidamente. Índigo dirigió su energía mental en la dirección por la que le parecía que había venido el aullido, y de inmediato sintió el ardor de la cólera de *Grimya.* La mente de la loba estaba en tal estado de confusión que le era imposible establecer contacto telepático, pero el hombre había dicho la verdad: su amiga no había sufrido ningún daño.

Miró al hechicero de nuevo.

—¿Y qué hay de Chrysiva? —exigió.

—¿Chrysiva?

—La muchacha que estaba con nosotras. Está enferma, si le...

—También ella está bien, *saia.* Por favor... —Extendió una mano indecisa y, aunque Índigo siguió sin bajar la guardia, esta vez no se apartó. El hombre apretó con fuerza el puño—.

Librodot

Tengo que daros una explicación y justificaros por qué reaccioné de forma tan violenta a vuestra llegada. Puede que me consideréis loco, *saia,* pero os ruego que me creáis cuando os digo que no lo estoy. —Se detuvo, y los músculos de su rostro adquirieron una curiosa expresión que no pudo llegar a interpretar—. Atormentado, sí. Y enojado; tan enojado... Pero no loco.

Reservándose su juicio. Índigo repuso:

—¿Y justifica ese enojo y tormento vuestro comportamiento con los forasteros?

—Bajo circunstancias normales, no. —Reconoció aquel punto con una mirada esquiva—. Pero las circunstancias aquí no son normales, *saia;* ni lo han sido durante los últimos cinco años. Cuando se me alertó de vuestra presencia en las montañas, pensé que erais uno de ellos, que me buscabais...

—¿Ellos? —interrumpió Índigo.

—*Los* seguidores de esa repugnante abominación que ha blasfemado contra Ranaya, y ha tomado todo lo que es bueno y fuerte y... —Las furiosas palabras se apagaron bruscamente y tuvo que controlarse—. Digamos que la amarga experiencia me ha enseñado que cualquier extraño es más probable que sea un enemigo que no lo contrario.

Índigo empezó a comprender y dijo en voz baja:

—¿Charchad?

El hombre asintió, con el rostro muy tenso.

—Apenas puedo soportar oír pronunciar ese nombre en voz alta, incluso ahora. Y cuando me dijisteis que estabais aquí para buscarlos, yo... —Lanzó un violento suspiro—. No me detuve a considerar cuáles podrían ser vuestros motivos; la cólera que me dominaba era demasiado fuerte y quería obtener venganza en vos. Fue tan sólo cuando utilicé la cuerda de fuego y vi lo que había en vuestro corazón que me di cuenta del error que había cometido.

Una mano fría y muerta se aferró al estómago de Índigo, cuando se dio cuenta, de repente, de lo que aquel hombre estaba dándole a entender. Y recordó la terrible experiencia sufrida junto a la fumarola, en el túnel. Un hechicero con tal poder —y era poderoso; había visto más que suficiente para convencerse de ello— podía penetrar en las profundidades de la mente de otro, sacar todo lo que allí hubiera y ver el alma desnuda que había detrás.

Le devolvió la mirada y sus temores se vieron instantánea y horriblemente confirmados por la piedad que vio oculta en sus ojos. Sabía quién era ella. Inconscientemente, sin quererlo, se lo había mostrado todo: su pasado, su delito, la maldición que la Madre Tierra había lanzado sobre ella. Él lo sabía.

Volvió la cabeza mientras una oleada enfermiza de miseria y vergüenza la recorría; se llevó un puño a la boca y se mordió los nudillos.

—Yo...

—Por favor, *saia.* —Le tocó el brazo con una suavidad que la sorprendió—. Lo que está hecho, hecho está, y ninguno de nosotros puede cambiarlo. No pretendo comprender lo que hay detrás de vuestra misión, y no pienso intentarlo. No hablemos más de ello, si eso es lo que deseáis. ¿Pero no os dais cuenta de que somos dos almas gemelas?

Bajó el puño y lo miró indecisa.

—¿Lo somos?

—¡Sí! Sé lo que habéis perdido. Y conozco el dolor que tal pérdida produce, porque yo he sufrido de la misma forma. ¡Compartimos un objetivo, *saia, y* creo que el capricho del destino que nos ha unido es nada más y nada menos que la voluntad de la misma Ranaya!

Sus ojos empezaban a arder de nuevo con el inconfundible brillo del fanatismo. Índigo se sintió abrumada por su ansiedad, aunque no totalmente de forma involuntaria, ya que súbitamente aquel hombre había tocado uno de sus puntos sensibles.

—No estoy segura de comprender... —dijo.

—¡Debéis comprenderlo! ¡Está tan claro! La Diosa quería que nos encontrásemos. Tiene una tarea para nosotros. Vuestra misión y la mía son una sola y la misma: y allí donde por separado nuestros poderes son limitados, juntos podemos trabajar para hacer su voluntad y

Librodot

alcanzar el éxito.

Un tenso e incómodo nudo de excitación creció bruscamente en el interior de Índigo.

—¿Charchad?

—¡Sí! —La sujetó por las manos, apretándolas con tanta fuerza que la joven hizo una mueca de dolor—. Ranaya ha contestado a mis oraciones, vos sois Su instrumento. Juntos. Índigo, podemos enfrentarnos a Charchad y destruirlo!

Librodot

CAPÍTULO 6

Índigo dijo:

—Jasker, lo siento. Siento pena por vos. —Levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los agitados ojos castaño verdosos del hombre que estaba sentado frente a ella—. De verdad, siento pena por vos.

A su lado, *Grimya* se removió inquieta y añadió su comprensivo asentimiento con un débil gañido. El hechicero dirigió una rápida mirada a la loba, luego sonrió con tristeza y bajó los ojos.

—Vuestra amiga posee más misericordia y bondad en su corazón de la que yo tengo derecho a esperar —dijo.

—*Grimya* no se ve determinada por las debilidades humanas. Pero sus sentimientos son tan fuertes como los de cualquier hombre o mujer.

Índigo contempló la fuente de piedra toscamente tallada que tenía delante, luego la apartó despacio. La historia de Jasker había reducido su apetito al punto en que tan sólo pensar en comida provocaba una extraña sensación en su estómago; en lugar de comer, tomó el odre de agua que el hombre había dejado junto al plato y volvió a llenar la copa de él y la suya.

Jasker —no tenía apellido, por lo que parecía; no era costumbre en aquellos lugares— había hecho todo lo posible por compensarlas, tanto a ella como a *Grimya,* por la prueba que les había hecho pasar en su primer encuentro. Al dar a conocer la verdad. Índigo se sintió bien dispuesta a perdonar y olvidar; sin embargo, calmar a *Grimya* lo suficiente como para hacerla comprender que ya no debía contemplar a aquel hombre como una amenaza no había resultado fácil. Índigo había conseguido, finalmente, establecer contacto telepático con ella, y con mucha paciencia la había convencido para que no se lanzase a la garganta de Jasker en cuanto éste retirara la barrera mágica que la mantenía encerrada en una cueva más pequeña. Cuando por fin salió, *Grimya* tenía los ojos rojos de furia y su pelambrera estaba *erizada,* por la desconfianza; pero las palabras tranquilizadoras de su amiga y un plato de carne cruda la habían apaciguado, por fin, y aceptó reunirse con ellos en la caverna principal y escuchar el relato de Jasker.

La historia, tal y como el hechicero la había contado, no resultaba agradable de escuchar. Con tranquila e inflexible determinación, que no había podido enmascarar el dolor evocado por sus recuerdos, Jasker explicó que era —o, con más precisión, había sido— uno de los respetados sacerdotes-hechiceros Ranaya, de la Diosa del Fuego, avatar de la Madre Tierra que había sido adorada en la región durante generaciones. Pero con la llegada del Charchad habían llegado también violentos y terribles cambios. El culto —y hasta ahora Jasker no le había dicho nada de sus orígenes— había crecido con aterradora rapidez, hasta que sus dignatarios se sintieron lo bastante poderosos como para desafiar el reinado de Ranaya, deponiendo a su clero.

Quizá, dijo el hechicero lleno de amargura, él y sus compañeros de religión habían sido unos estúpidos por resistirse. Quizás hubieran debido darse cuenta antes de que fuera demasiado tarde de que una confrontación directa con el Charchad no acarrearía más que el desastre; los devotos del culto habían utilizado el temor y la tortura para extender su influencia por el territorio minero y ningún hombre ni mujer corriente se atrevía a protestar, y mucho menos a levantar una mano contra ellos. Pero se habían resistido; y su ferviente esperanza de que las gentes por las que durante tanto tiempo habían intercedido ante Ranaya se levantarían con ellos resultó ser falsa. Los amigos de Jasker, sus queridos compañeros, fueron masacrados. Intentaron utilizar su magia, pero el Charchad poseía sus propios poderes que ellos no podían ni comprender ni combatir. Y cuando las torturas y las matanzas terminaron, la propia esposa de Jasker, a quien éste adoraba, estaba entre los cuerpos destrozados que el culto dejó tras de sí.

La fría objetividad con que el hechicero relató la forma en que había muerto su esposa conmocionó vivamente a Índigo, ya que podía percibir la titánica tensión que la repetición del

Librodot

relato ocasionaba a aquel hombre. Un momentáneo lapso, una mínima pizca de emoción, y Jasker se habría derrumbado incontrolable. Su esposa —no quiso decirle su nombre; según su tradición era una descortesía pronunciar en voz alta los nombres de los difuntos— había sido torturada durante toda una noche. No reveló los detalles de su tortura, e Índigo no preguntó. Pero describió cómo, despojado de su poder y sin la menor posibilidad de ayudarla, había sido obligado a presenciar su lento y agonizante trayecto hacia la muerte.

El propio fin de Jasker hubiera llegado al atardecer del día siguiente. El Charchad, al parecer, quería reservar algunas víctimas para ofrecer un ejemplo público a los indecisos y los incrédulos, y por eso lo encerraron, con dos compañeros apenas conscientes, en su propio templo. Cómo había escapado era algo que en aquellos momentos no podía recordar; lo único que sabía era que, de repente, se vio poseído por una furia como jamás había sentido, una furia enloquecida que aniquiló toda razón y todo temor. Había escapado de su prisión y había matado a dos hombres, quizá tres; a partir de ese instante su mente estaba en blanco hasta el momento en que recuperó el juicio en las montañas volcánicas, mientras el sol se ponía, a sus espaldas, con un enfurecido resplandor rojizo.

La matanza había tenido lugar hacía dos años, y desde entonces Jasker había vivido allí solo, proscrito y fugitivo. Las viejas montañas estaban acribilladas de cuevas, túneles y pozos, todos ellos excavados por la lava derretida en la época en que la actividad volcánica estaba al máximo. No había habido ninguna erupción durante las tres últimas generaciones y, por lo tanto, la red de pasillos y cavernas resultaba un refugio ideal y casi inexpugnable. No obstante, y según le contó a Índigo, los volcanes no estaban de ningún modo apagados. Existía vida en los pozos más profundos de las montañas de fuego —pozos como la fumarola que ella había visto—, pero estaba adormecida, dijo con una curiosa sonrisa. No estaban extinguidos; sólo inactivos. Era como si aguardaran a que algo interrumpiera su largo reposo.

No sabía si su presencia era conocida por los cabecillas del Charchad. Durante su exilio, sólo cuatro extraños antes que Índigo habían ido a parar a la zona donde tenía su fortaleza, y ninguno de ellos había vivido lo suficiente para que Jasker pudiera comprobar si su presencia era puro accidente o algo más siniestro. Ella le preguntó por qué permanecía en las montañas en lugar de intentar buscar una nueva vida en algún otro sitio, y la sonrisa que le dedicó a modo de respuesta la dejó helada.

—Por venganza. —Sus ojos brillaron en la penumbra de la cueva y advirtió un repentino resurgimiento de la vieja locura—. El mundo no tiene nada que ofrecerme. Índigo, ya que nada podría reemplazar lo que poseí y perdí. Por lo tanto, he dedicado mi vida a un solo propósito y sólo a éste: desquitarme. —Inconscientemente apretó un puño y los nudillos se pusieron totalmente blancos—. No puedo explicar el auténtico significado de la cólera a alguien que no ha experimentado sus mayores extremos. Pero me he disciplinado, preparado y endurecido, hasta el punto en que me he convertido en un arma viviente; como, bebo y respiro venganza, y la venganza se ha encarnado en mi carne, mis huesos, mi alma. Yo soy la venganza. —Aspiró con fuerza y miró en dirección al altar, añadiendo en un apagado murmullo—: ¡Ranaya me ha concedido ese don, y no le fallaré!

Índigo había bajado la vista hacia sus propias manos, que mantenía cruzadas, consciente de los inquietos pensamientos que corrían por la mente de *Grimya* y, también, de una extraña sensación en su interior que respondía involuntariamente a las palabras de Jasker. Ella había probado la cólera, había sentido su ardor en las venas; y las atrocidades que la habían provocado eran tales que no haría falta demasiado para dispararla otra vez. Compartía la cólera de Jasker, y aquello era peligroso; ya que, a pesar del cambio en su comportamiento, era muy consciente de que el hombre no estaba en su sano juicio. Puede que fuera inteligente y lúcido, pero su insaciable rabia contra el Charchad lo había desquiciado, y ahora alimentaba sus ya considerables habilidades en el campo de la hechicería. Resultaría muy fácil sucumbir a la misma oleada de emociones que lo empujaban, abandonar cautela y razonamiento y arrojarse de cabeza a su causa común. Eso. Índigo lo sabía, podría resultar un error fatal, ya que de una cosa estaba ahora segura: el odiado Charchad de Jasker y el demonio que ella

Librodot

buscaba para destruirlo eran la misma cosa.

Habían transcurrido algunos minutos ya sin que ninguno de ellos dijera nada. En aquella cueva era imposible saber la hora; Índigo supuso que en el exterior empezaría a hacerse de día, pero aquí el día y la noche eran la misma cosa, y la sensación de eternidad parecía formar parte de un sueño; era algo un poco fantástico. *Grimya* estaba sumida en un inquieto sopor; la loba seguía sin confiar en Jasker y, de vez en cuando, sus ojos ambarinos se abrían y le dirigía una mirada de desconfianza antes de volverse a dormir. También Chrysiva dormía, sobre el saco de tela áspera relleno de hojas secas y ramas que servía de cama al hechicero. Algunas horas antes, éste había estudiado el contenido de la bolsa de medicinas de Índigo y seleccionado dos hierbas con las que preparar una poción para aliviarle la fiebre a la muchacha. La decocción parecía haberla calmado y su sueño era más natural que antes. Pero Índigo seguía muy preocupada por Chrysiva, y ahora se volvió para contemplarla. Su piel mostraba una palidez cadavérica, casi del color de un pescado muerto. Y las señales de sus brazos y rostro, las manchas, las llagas, parecían estar empeorando.

—Dormirá bastantes horas todavía —dijo Jasker con calma.

—Lo sé. —La joven se volvió hacia él—. Pero esas cicatrices que tiene... no muestran la menor señal de mejora.

—No. —Se detuvo, contemplándola con atención, y luego añadió—: No se curarán. Ya no. Si la hubiera encontrado hace dos días, quizás habría habido alguna esperanza, pero ya es demasiado tarde.

Índigo le miró con fijeza y sintió como si por su estómago se pasearan gusanos.

—¿Demasiado tarde?

—¿No os contó lo que le hicieron?

—No... Todo lo que sé es que a su esposo lo habían «enviado al Charchad» —sea lo que sea lo que esto signifique— y que ella había ido a las minas para interceder por él cuando la encontré.

—¡Ah! —Jasker juntó las manos, luego se las quedó mirando—. Hay muchas más cosas que debo contaros. Índigo, y la historia de esta pobre mujer es sólo una mínima parte de ello. —Levantó de nuevo los ojos hacia ella; éstos relucían como frío cristal—. Antes de que recuperaseis el conocimiento, hablé con Chrysiva y averigüé la parte de su relato que, al parecer, no os ha contado. —Se sirvió otra copa de agua y tomó un sorbo como si quisiera ahogar un mal sabor de boca—. «Enviado al Charchad»... Ja! Ni siquiera tienen el valor o la honradez de llamarlo por su nombre: *¡asesinato!*

—Qué... —empezó Índigo pero, antes de que pudiera continuar, Jasker extendió la mano y la sujetó por la muñeca, agarrándola con tal fuerza que sus dedos quedaron entumecidos. Se inclinó hacia adelante y el brillo de sus ojos se convirtió en una llamarada cuando las sombras dieron paso a la luz de las velas.

—¿Sabéis qué es lo que tiene esa mujer? ¿Lo sabéis?

—No...

Con su mano libre el hechicero señaló a Chrysiva, y todo su brazo empezó a temblar con una rabia que apenas si podía controlar.

—¡Se le ha concedido el honor y la gloria de alcanzar un estado de gracia! —Tiró de la muñeca de Índigo y casi le hizo perder el equilibrio—. ¡El estado de gracia según Charchad! ¿Sabéis lo que eso significa? No, no lo sabéis; sois forastera, una extranjera. Se os ha ahorrado la bendición de ese conocimiento, ¿no es así? ¡Orad a Ranaya para que nunca tengáis que averiguarlo en vuestra propia carne!

Su furiosa voz despertó a *Grimya,* que levantó la cabeza asustada. Al ver lo que sucedía, el animal se puso en pie de un salto, gruñendo, pero Índigo liberó su mano de la de Jasker e hizo un gesto apaciguador.

—No, *Grimya;* todo va bien. —Sus ojos no abandonaron el rostro del hechicero—. ¿Qué queréis decir, Jasker? ¿Qué le hicieron?

El hombre se calmó, pero le costó un gran esfuerzo. Durante algunos instantes intentó

Librodot

controlar su respiración. Por fin dijo:

—Los habéis visto. Si pasasteis una sola noche en aquella ciudad inmunda, tenéis que haberlos visto. Los exaltados; los favorecidos por Charchad. ¡Esos monstruos mutantes, llenos de cicatrices y supurantes llagas!

Los celebrantes de la carretera, las criaturas que la habían asaltado en la Casa del Cobre y el Hierro... Horrorizada. Índigo miró a Chrysiva, frenética.

—Pero ella no es...

—¿Uno de ellos? Oh, lo es. Índigo, lo es. ¡Pero no por voluntad propia! —Jasker cerró los ojos con fuerza y se pasó con ferocidad ambas manos por los cabellos; su sombra se balanceó enloquecida sobre la pared de la cueva. Índigo lo oyó aspirar con fuerza, luego hundió los hombros.

—Existe una sustancia —dijo, luchando por contener su furia—. Metal o piedra, no conozco su naturaleza. Pero resplandece.

Grimya gruñó por lo bajo y su amiga le rodeó el lomo con un brazo.

—La hemos visto.

—Entonces sabréis, sin duda, que es un símbolo de poder para esos demonios de Charchad.

—¿Sus amuletos?

—Sí, sus amuletos. Un distintivo de categoría, de favor. Y mata. Índigo. Despacio, y con tanta certeza como que el sol sigue un recorrido concreto por el cielo. ¡Esa infernal abominación pervierte y corroe los cuerpos de todo lo que entra en contacto con ella, hasta que no queda más que la muerte!

Índigo abrazó a *Grimya* con más fuerza.

—Entonces las desfiguraciones que vimos, las mutaciones..., ¿las causaba esa... esa piedra, ese mineral?

—Visteis las menos terribles. Visteis a los que pueden andar, a los que todavía pueden hablar, a aquellos cuyas bocas aún no se han descompuesto de manera que se mueren de hambre incluso antes de que las últimas etapas de la enfermedad acaben con ellos. No habéis visto los horrores de esas etapas finales, la agonía, las convulsiones, los moribundos lanzando alaridos de dolor.. ¡Ah, Ranaya! —Se cubrió el rostro con las manos.

—Jasker. —Índigo se inclinó hacia él, posando una mano sobre su hombro y sintiéndose inútil ante su tormento—. Jasker, por favor...

Se la quitó de encima con suavidad, sin demostrar hostilidad.

—Perdonadme, *saia* —dijo con forzada formalidad—. Algunas veces es muy difícil no recordar.

—¿Recordar?

Él sacudió la cabeza, pero no para negar sino para aclarar sus ideas. La furia y la emoción estaban de nuevo bajo control, al menos por el momento.

—El esposo de esta criatura fue castigado por un supuesto crimen —continuó—. Pero el crimen fue una excusa, una invención. La verdad es que se lo castigó por negarse a jurar lealtad al Charchad. Existen todavía algunos que se resisten al culto, aunque deben de ser ya muy pocos.

Índigo recordó el «festival» en la plaza del pueblo, los rostros asustados, las mentes cerradas.

—Sí —repuso con forzada calma—. Muy pocos.

—Entonces esta mujer y su esposo han sido más valientes que la mayoría. Debieran de haber sabido que no podían hacerlo. Al hombre lo escogieron como cabeza de turco, como ejemplo para despertar el temor en los corazones de aquellos que pudieran haber pensado en seguir su ejemplo; pero su sufrimiento no fue suficiente para esos reptiles. Consideraron que su esposa debía compartir su estado de gracia. Y por lo tanto la obligaron... —Su voz titubeó hasta casi quebrarse; luego volvió a recuperar el control—. La obligaron a comer un pedazo de esa maldita piedra, a infectarse con la enfermedad que, para ellos, es una señal de la bendición del Charchad.

Librodot

—Tierra bendita... —Índigo volvió rápidamente la cabeza para mirar a Chrysiva por encima del hombro—. Entonces, ¿morirá?

—Sí. La fiebre y las desfiguraciones no son más que el principio, pero una vez se han afianzado no hay esperanza. Chrysiva morirá. Índigo. Ellos la han asesinado. —Se interrumpió—. De la misma forma que asesinaron a mi esposa.

La muchacha volvió la cabeza en redondo y clavó los ojos en él.

—¿Es *así* como la mataron?

Jasker asintió con la cabeza.

—Puede hacerse en pocas horas —respondió, y la terrible y objetiva frialdad regresó a su voz—. Si tienen suficiente cantidad de la piedra, y se obliga a la víctima a... —Sacudió la cabeza violentamente, incapaz de decir más.

Índigo miró hacia el suelo con ojos nublados, al tiempo que sentía cómo las ardientes y amargas vibraciones de la cólera se agitaban en su interior de nuevo. La sola idea de que un ser vivo pudiera ser capaz de tales atrocidades, pudiera regocijarse en su ejecución, le provocaba náuseas en lo más profundo de su alma. ¿Y todo para qué? Poder. Poder, y una demencia tal que convertía, en comparación, la loca ansia de venganza de Jasker en apenas una débil e insignificante lucecita.

Sintió un suave contacto en su mente, y oyó el mudo pensamiento de *Grimya:*

«En realidad no son hombres los que cometen estas atrocidades. Índigo. Es el demonio. Los hombres son tan sólo su... instrumento. »

Aquello era cierto. Pero...

«Son instrumentos bien dispuestos, Grimya. Eso es lo que resulta tan difícil de comprender y aceptar. »

«Lo sé. Pero estoy segura de que el demonio los ha corrompido. Sin su influencia, las cosas que han sucedido aquí no habrían existido. » Grimya se detuvo, luego prosiguió: *«Tú y yo sabemos lo poderosa que puede ser esa corrupción. ¿No recuerdas a la criatura de los ojos plateados?».*

—Némesis...

Una fría punzada interna hizo que Índigo olvidara la cautela, y pronunció el nombre en voz alta sin darse cuenta. La cabeza de Jasker se alzó.

—¿Qué?

—Na... nada —El rostro de Índigo había palidecido—. Una palabra sólo; sim... simplemente pensada en voz alta, por un momento...

—Dijisteis...

—Por favor. —Levantó las manos, con las palmas hacia fuera—. No tiene la menor importancia.

La miró pensativo, luego se encogió de hombros.

—Como deseéis, *saia.*

Índigo y *Grimya* intercambiaron una secreta mirada, y cada una supo sin necesidad de palabras lo que la otra pensaba. Némesis. Era la amenaza siempre presente. El gusano en la envoltura de la propia alma de Índigo. Se había enfrentado a ella en dos ocasiones, y en la segunda tan sólo la intervención de *Grimya* la había salvado de cometer una estupidez que hubiera transformado en cenizas toda esperanza. Pero en la primera ocasión, *Grimya* no estaba allí; Índigo había caído víctima del orgullo, la arrogancia y la ambición que habitaban en su interior, todo lo cual había llevado al mundo al borde de la condenación.

Si no fuera por la corruptora influencia del Charchad, las atrocidades que se cometían en la región no se habrían producido. Sin embargo, si no hubiera sido por ella, el Charchad no existiría, ya que los siete demonios producto de la humanidad seguirían aún recluidos, como lo habían estado durante tantos siglos, en la destruida Torre de los Pesares. Siete demonios, de los cuales este pervertido diablo no era más que el primero. Y la suya era la mano que los había liberado...

—¿Índigo?

Librodot

Levantó la vista y advirtió que Jasker seguía mirándola. Sus ojos estaban más calmados ahora y le dijo:

—Estáis angustiada. ¿No podéis confiármelo?

Aunque estuviera loco, pensó, era un buen hombre. Y aunque no podía contarle toda su historia, sus objetivos eran los mismos.

Le contestó:

—No puedo confiarme a vos, Jasker; no en la forma en que pensáis. Pero poseo mis propias razones para compartir vuestra necesidad de obtener el desquite. —Involuntariamente sus puños se apretaron con fuerza y se inclinó hacia él—. Habladme del Charchad. Contadme todo lo que sabéis de ellos, todo lo que sabéis del poder que poseen. Quiero destruirlos, Jasker. ¡Quiero verlos desaparecer de la faz de la tierra!

Una lenta sonrisa apareció en la boca del hechicero, y asintió.

—Creo que os comprendo, *saia.* Quizás en la misma medida en que Ranaya os ha enviado para que me ayudéis en mi causa, también me ha encomendado a mí que os ayude en la vuestra. —Vaciló, luego se puso en pie—. Queréis que os cuente todo lo que sé del Charchad. Haré mucho más que eso: os lo *mostraré.* Desde aquí, hay varios senderos que conducen al corazón de las montañas, donde están las minas. Y hay algo más; algo que debéis ver con vuestros propios ojos. —Su rostro adoptó una expresión torva—. Ello os dirá más sobre el Charchad de lo que podrían hacerlo las palabras.

Ella empezó a incorporarse.

—Entonces no perdamos tiempo. Quiero...

—No aún. —Alzó una mano—. No debemos arriesgarnos a que nos vean; debemos esperar hasta que el sol se ponga y la luz empiece a desvanecerse. —Sonrió con un ligero vestigio de irónico humor—. Además, es una ardua ascensión para alguien que no está acostumbrado a ello, y no resulta aconsejable con el calor de la mañana. ¡No tengo intención de perder a mi única aliada por una insolación! No; lo mejor que podemos hacer es dormir algunas horas y recuperar nuestras energías.

La voz de *Grimya* en la mente de Índigo se unió al razonamiento.

«Tiene razón», dijo la loba enfáticamente. *«Apenas si hemos dormido desde que abandonamos Vesinum. Estoy cansada. Tú estás cansada. Lo que este hombre quiere mostrarnos no se escapará mientras descansamos. »*

Índigo hubiera querido discutir, pero comprendió que tanto Jasker como *Grimya* le aconsejaban lo más prudente. Y de este modo, después de inspeccionar al poni que estaba atado a la sombra de un pasadizo exterior, se acomodó sobre su manta doblada con *Grimya* a su lado. Jasker, con un decoro que la conmovió, insistió en que se encontraría igual de bien en otra cueva, y marchó con la promesa de despertar a Índigo tan pronto como fuera el momento oportuno para partir.

Cuando se fue. Índigo apagó todas las velas excepto una, y la caverna se sumió en una profunda penumbra. Se tumbó de espaldas, no muy segura de poder dormir, pero decidida a intentarlo, y *Grimya* se instaló con el hocico sobre las patas delanteras. Durante algunos minutos se produjo un completo silencio; luego la loba proyectó un pensamiento.

«Sigo *sin confiar en él. »*

La joven levantó la cabeza.

—¿En quién? ¿En Jasker?

«Sí. Hay algo que no está bien. Puedo olerlo, pero aún no puedo verlo. »

—Todavía estás enojada con él porque piensas que nos quería hacer daño, eso es todo. No hacía más que defender su territorio, *Grimya,* como haría cualquier lobo.

«No es sólo eso. Hay algo más. » La cola del animal se agitó. *«Está loco. He visto colores en su mente que no debieran estar allí; colores malos. » Levantó* los ojos con expresión desdichada. *«Ten cuidado. Índigo. Existe un gran peligro aquí, y no está donde podríamos esperar encontrarlo. »*

—¡Oh, *Grimya...* ! —Índigo se estiró hacia ella y le acarició el pelaje, en un intento por

animarla—. Sí, Jasker está loco, en cierta forma; pero ha sufrido mucho. Lo que importa es que puede ayudarnos a encontrar y destruir al demonio. —Hundió los dedos aún más en el pelaje de *Grimya*—. Solas, no creo que fuéramos lo bastante fuertes. Lo necesitamos. Lo mismo que él nos necesita a nosotras.

«Lo sé. Pero de todas formas... debes tener cuidado. »

—Lo tendré.

«Promételo. »

—Lo prometo. Duérmete, ahora.

La loba se removió; luego apoyó de nuevo la cabeza en las patas. La respiración de Índigo no tardó en volverse más superficial y lenta a medida que se hundía en el sueño, pero durante un rato el animal permaneció despierto, sumido en sus ideas y vigilando a su amiga con ojos preocupados.

La de *Grimya* no era la única mente inquieta en la red de pasadizos de la montaña. A poca distancia, en una pequeña y desnuda cueva iluminada por una única vela, Jasker estaba apoyado sobre la pared de roca, limpiando distraídamente la hoja curvada de una vieja cimitarra. Era la única arma que poseía, aunque durante su exilio sólo había sido utilizada como una herramienta para cortar y pulir. Jasker no era ningún diestro espadachín, prefería luchar utilizando conjuros en lugar de armas; sin embargo, encontraba una cierta satisfacción en mantener la cimitarra bien engrasada y limpia, y la naturaleza mecánica de aquella tarea lo ayudaba cuando necesitaba, igual que ahora, pensar.

Las imágenes que habían surgido tempestuosamente del subconsciente de Índigo durante la prueba de la verdad, junto a la fumarola, lo habían aturdido y horrorizado a la vez. Y Jasker era lo bastante honrado como para reconocer que, mezclado con su respeto y sentido del compañerismo por la muchacha, había también una buena dosis de temor, ya que había visto con toda claridad la mano de la Madre Tierra sobre ella. Y, sin embargo, percibía que la visita de la diosa era un castigo más que un don. Lo que Índigo hubiera hecho para merecer la carga que sobrellevaba no era problema suyo, e investigar más de lo que ya había hecho resultaría casi un sacrilegio. Pero, de todas formas, existían preguntas en su mente cuya respuesta hubiera dado mucho por conocer.

Una palabra que Índigo había pronunciado carcomía su mente. Némesis. Jasker no sabía si tenía algún equivalente en su lengua, pero estaba claro que su significado era mucho más importante de lo que la muchacha estaba dispuesta a admitir. Había tenido una visión fugaz de la misma palabra como una imagen fragmentada en la oscuridad que rodeaba la parte más íntima de su ser, y con ella una fugaz impresión de un rostro malvado, que era y a la vez no era Índigo. Eso, y una sensación de algo *plateado.*

Plata. No tenía sentido. No obstante, de una forma indefinible aquello era el terrible y eterno vínculo de Índigo con los espíritus de amigos queridos y perdidos, y con uno en particular. Jasker había oído su nombre en forma de agonizante grito en Ja mente de la joven, y éste había enviado por respuesta una cuchillada de dolor que había atravesado el ánima del hechicero. También él había conocido la tortura de ver morir al ser amado; pero en el espíritu de aquella muchacha de las tierras meridionales, de cabellos prematuramente encanecidos y ojos cansados, acechaba algo que iba más allá del dolor, la culpa y la amargura, un sufrimiento que jamás comprendería.

Jasker se dio cuenta, de repente, de que corría peligro de romper su propia tradición. Con un gesto tan rápido y familiar que apenas advirtió, pasó la palma de una mano por la hoja de la recién bruñida cimitarra. La sangre brotó del largo y superficial corte y el dolor lo devolvió rápidamente a la tierra. Apretó el puño con fuerza. La mano le escocía y unas pocas gotas de sangre cayeron sobre el suelo de piedra. Mejor. Penetrar más en la vida de Índigo de lo que ya había hecho significaba una violación de su propia disciplina, y no debía tolerar más errores: podría ofender a la diosa.

Depositó la cimitarra en el suelo y se apoyó en la pared. Una extranjera que deambulaba

Librodot

por el mundo y una loba que, evidentemente, comprendía la lengua de los humanos y —no estaba seguro, pero tenía grandes sospechas— era capaz de comunicarse telepáticamente. Extraños aliados para su causa; pero él no era quién para cuestionar las decisiones de Ranaya. Contempló de nuevo el corte de su mano y esbozó una ligera sonrisa.

—Sois una dama misteriosa, ¡oh Ranaya, Señora del Fuego! —dijo, su voz llena de amor y reverencia.

De algún lugar en lo más profundo de aquel conjunto volcánico escuchó un débil fragor, como si las viejas rocas fundidas que dormían en las entrañas de la tierra lo hubieran oído y le contestasen. El sonido se desvaneció y todo quedó en silencio. El hechicero dejó que su cabeza se recostara contra la cálida pared de la cueva al tiempo que cerraba los ojos para dormir.

Librodot

CAPÍTULO 7

El sol era un malicioso ojo rojo que lo contemplaba todo a través de una calina que oscurecía la perspectiva y convertía en irreal la distancia, cuando Índigo y Jasker —con *Grimya* a poca distancia— salieron de un estrecho desfiladero y llegaron a las descubiertas laderas situadas cerca de la cima de la Vieja Maia. La Vieja Maia, había explicado Jasker, era el más meridional de los tres gigantescos cráteres, conocidos como Las Hijas de Ranaya, que dominaban la zona volcánica, y desde sus enormes estribaciones era posible divisar todo el valle minero situado en el centro de las montañas.

A aquella altura la atmósfera estaba relativamente limpia, y un viento caliente y árido soplaba desde el sur. Jasker se sentó al abrigo de un afloramiento de magma petrificado que la brisa había erosionado hasta convertir en una fantástica escultura, e hizo una señal para que Índigo y *Grimya* hicieran lo mismo.

—Unos minutos de descanso nos vendrán bien ahora —dijo—. Y preferiría que el sol descendiera un poco más antes de avanzar hacia la cara norte.

La loba se dejó caer al suelo inmediatamente, pero Índigo permaneció en pie durante algunos momentos inspeccionando los alrededores. Por todas partes el cielo mostraba un color azufre y resultaba inquietantemente monótono. La calina había reducido el sol hasta alcanzar el tamaño de una borrosa y distorsionada bola de fuego.

Más cerca no se veía nada, excepto las montañas desnudas, un paisaje sobrenatural de contornos ásperos, colores fuertes y afiladas sombras. No había ni una brizna de hierba, ni una hoja, ni la menor señal de movimiento. Tan sólo los huesos pelados de una tierra muerta.

Encogió los hombros para reprimir un escalofrío y comentó con asombro:

—Ni siquiera hay pájaros.

Jasker levantó la cabeza.

—¿Pájaros? —Lanzó una corta y amarga carcajada que sonó como un ladrido—. No, ya no existen pájaros ahora. Los pocos que conseguían sobrevivir aquí: en su mayoría aves de presa, o carroñeros, se extinguieron, porque salir del cascarón sin ojos, sin plumas o sin alas no ayuda mucho a volar. Y aquellos que hubieran podido llegar del exterior pronto descubrieron que era mejor no hacerlo.

Índigo dirigió una rápida mirada a *Grimya,* que escuchaba con gran atención las palabras de Jasker.

—¿Y animales? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Existen todavía algunos, aunque dudo que pudierais reconocerlos. Y algo de vegetación, aunque no en las laderas más altas. La mayoría de las cosas que crecen o corren por aquí son todavía comestibles, si uno toma ciertas precauciones y no es excesivamente delicado.

Grimya comentó en silencio a la joven:

«Vi algo mientras subíamos por el desfiladero. En un principio pensé que se trataba de una cabra, pero era muy pequeña y no tenía más que un cuerno; además, carecía por completo de pelo en la cabeza. » Se detuvo unos instantes. *«No era algo agradable de contemplar, y no hubiese querido comérmela. »*

Índigo no contestó, pero el comentario de la loba dio en el blanco. Mutación, envenenamiento, muerte... Miró de nuevo al cielo y descubrió que el sol era apenas visible sobre la parte más lejana de las montañas. La perspectiva variaba a medida que la luz se desvanecía; y ahora, rivalizando con la puesta de sol, pudo ver las primeras señales de una luminiscencia más fría en el norte, un resplandor anormal que se reflejaba desde el cielo y adquiría fuerza poco a poco.

Jasker la vio entrecerrar los ojos mientras contemplaba el misterioso y lejano reflejo.

—Ah, sí —dijo en voz baja—. Nuestro visitante nocturno. El poder y la gloria de Charchad. —Se puso en pie, mirando con fijeza hacia las laderas cada vez más oscuras—. Es hora, creo, de completar nuestro viaje. Índigo. Y cuando lleguemos a nuestro definitivo punto de

Librodot

observación, podréis ver por vos misma lo que el Charchad es en realidad.

La muchacha se puso en pie. Por encima de sus cabezas el frío resplandor empezaba a extenderse ahora, y cuando miró hacia el oeste vio cómo el último y llameante borde del sol desaparecía bajo las desiguales cumbres. Las sombras que los rodeaban se entremezclaron y desembocaron en una uniforme penumbra gris pálida. Mientras sus ojos se adaptaban a la nueva oscuridad, advirtió que el aire parecía teñido de una débil fosforescencia que oscilaba en el límite del espectro visible. Y de repente, a pesar del polvoriento calor, sintió frío.

Las laderas que los condujeron a la cima de la Vieja Maia eran lo bastante suaves como para no representar ningún peligro real, ni siquiera con el engañoso resplandor del cielo septentrional que iluminaba su camino. Y cuando, por fin, llegó detrás de Jasker a la estrecha cresta de la cumbre más elevada del volcán. Índigo no pudo hacer otra cosa que contemplar asombrada, en silencio, la escena que se ofrecía ante sus ojos.

Inmediatamente a sus pies, la cara norte de la Vieja Maia se hundía en una pared de roca pelada cubierta de grotescas señales que ríos de magma derretido habían grabado en ella siglos atrás. El cráter, algo a la derecha, abría una enorme y estrambótica cicatriz a medio camino de la ladera de la montaña: una garganta vertiginosa que culminaba en una inmensa y amenazadora boca negra, la cual parecía colgar sobre el valle.

Pero fue el inmenso valle lo que paralizó la atención de Índigo y eclipsó por completo el dramático cráter: al bajar la mirada hacia él hubiera fácilmente creído que contemplaba una escena inspirada en el infierno.

Se veía luz abajo: la sulfurosa luz amarillenta de las antorchas que se hallaban colocadas en lo alto de postes de hierro, un centenar o más de ardientes faros de luz. Y éstos iluminaban un caos hirviente y humeante de niebla mezclada con humo, de vapores y de agotadora actividad. Formas enormes y anormales surgían del miasma; masivos entramados de puntales y vigas, grandes pescantes de hierro que se alzaban hacia el cielo como monstruos sobrenaturales, plataformas móviles, sostenidas por titánicas ruedas, que traían a la mente imágenes de creaciones prehistóricas de pesadilla. Y, apenas visibles por entre aquella nube de humo, brigadas de figuras humanas trabajaban en medio de aquella neblina repugnante y de su resplandor fantasmagórico, como habitantes irracionales de un enorme hormiguero.

La roca vibraba bajo los pies de Índigo. Antes no se había dado cuenta de ello, pero ahora lo percibía: un gigantesco y subterráneo latido por debajo de la capacidad auditiva, que palpitaba en la montaña como un fantasmal e irregular corazón. Estaban contra el viento que soplaba del valle y el ruido de las minas se alejaba de ellos; pero el sordo tronar subterráneo le dijo a la muchacha que, desde algún lugar más cercano, aquel caos de sonido haría temblar la tierra.

Sintió la mano de Jasker sobre su hombro y notó que había empezado a tiritar de forma incontrolada. Se sobrepuso con un esfuerzo, para luego mirar con atención más allá del humo, de la maquinaria y de las diminutas figuras que trabajaban sin cesar, en dirección a la parte más lejana del valle. Allí había también más máquinas, extrañas siluetas que vomitaban nubes de vapor hirviendo saturado de colores nauseabundos. Detrás de ellas, el rugiente calor que emanaba de tres gigantescos hornos al rojo vivo teñía la noche, reflejándose violentamente en las brillantes aguas del río que cruzaba el valle en su viaje hacia el sur.

Y más allá de los hornos, de las máquinas y del río, detrás de la imponente pared que cerraba el extremo más lejano de aquel valle volcánico, relucía el lúgubre y fantasmagórico resplandor de aquella misteriosa luz septentrional.

Índigo apretó con fuerza los dedos de Jasker.

—El origen...

—Sí. Está justo detrás de aquella cordillera de allí, en el Valle de Charchad.

La joven apartó la mirada de la turbulenta escena que se desarrollaba a sus pies. *Grimya* seguía con los ojos clavados en las minas y las orejas pegadas a la cabeza, los ojos enrojecidos por el reflejo de la luz. De la mente de la loba no le llegaba ningún pensamiento

Librodot

coherente, sólo una muda sensación de angustia, e Índigo sintió una oleada de amargo remordimiento cuando de nuevo la asaltó la misma sensación de culpa: *Si no hubiera sido por mí...*

—Habladme de esto, Jasker. —Su voz sonaba ronca a causa de la furia contenida—. Contadme qué es esa cosa y cómo nació.

El hechicero miraba al valle otra vez. Al cabo de unos instantes asintió con la cabeza y se agachó sobre una repisa de lava que sobresalía de la ladera. La muchacha siguió su ejemplo, y el hombre inició su historia.

—Hace cinco años se produjo un corrimiento de tierras en uno de los valles más alejados, más allá de aquella barrera de montañas. El valle recibía el nombre de Charchad; no hacía mucho se habían descubierto allí varias vetas de cobre muy prometedoras, y había muchos hombres: mineros concesionarios, en su mayoría, aunque algunos de los consorcios más importantes empezaban a interesarse, haciendo prospecciones para ver hasta dónde llegaban los filones. Sea como fuere, el valle se derrumbó, y se abrió un pozo enorme en su fondo. —La miró de soslayo—. El pozo relucía. No como una hoguera o como un horno, sino con un cegador brillo verde. Hablé con algunos de los que fueron a verlo durante los primeros días después de su aparición, y me dijeron que era como si el mismo sol hubiera caído a la tierra; no podían mirarlo directamente. —Se detuvo y se pasó la lengua por los resecos labios—. Algunos lo intentaron y, como resultado, se quedaron ciegos.

—¿Y los hombres que trabajaban en el valle? —preguntó Índigo.

—En un principio se creyó que nadie había sobrevivido a la catástrofe. Nos llamaron a nosotros, los sacerdotes, para que rezáramos por el alma de los muertos y los ayudásemos a llegar cuanto antes a los brazos de Ranaya. —Jasker se estremeció—. Hubo tanto dolor, tanta aflicción... En aquel momento pensé que nunca volvería a presenciar tanta desgracia. Si hubiera sabido lo que iba a suceder después... —El hombre lanzó un suspiro, luego su expresión se endureció—. Pero hubo un superviviente: un individuo llamado Aszareel. Salió del valle al día siguiente del desastre, y llevaba una vara hecha de una sustancia que nadie había visto nunca. Un mineral brillante, una cosa que relucía con un frío resplandor verdoso. No tenía ni un rasguño. Y fuera lo que fuese lo que le hubiera sucedido, lo que hubiera experimentado en aquel lugar, yo, por lo menos, creo que ya no era un ser humano.

»Aszareel anunció que había tenido una revelación. El pozo, dijo, era la fuente de un nuevo poder en la región: el poder de Charchad, y él era el avatar elegido. Su milagrosa supervivencia probaba las intenciones de Charchad; éste le había ordenado que regresara y exigiera que todos le juraran lealtad. Aquellos que no lo hicieran, dijo Aszareel, serían condenados para siempre.

Índigo lo miró de hito en hito.

—¿Y la gente le *creyó?*

Jasker sonrió gravemente.

—Lo que fuera que cambió a Aszareel le proporcionó también un carisma que resultaba increíble. Vi al hombre en varias ocasiones: era como un torbellino. Índigo; un torbellino de intensa energía que atraía las miradas y las mentes, incluso quizá los espíritus, de todos los que se cruzaban en su camino. Si todos los hombres, mujeres y niños de Vesinum se hubieran arrojado a sus pies no me habría asombrado.

»Pero no fue así. Con carisma o sin él, se necesitó algo más que Aszareel para apartar a los mineros y a sus familias de Ranaya. Hubo algunos, desde luego, que se contagiaron de su entusiasmo desde el principio, pero su número era reducido... hasta que empezaron las enfermedades y las muertes.

La joven inspeccionó de nuevo el valle. La noche había caído por completo ahora, aunque el paisaje quedaba teñido por el resplandor mortecino de las antorchas, el brillo de los hornos de fundición y el macilento fulgor que emanaba del lejano valle de Charchad.

—Empezó con los hombres que trabajaban en los accesos de las minas de las laderas situadas más al norte —continuó Jasker—. Sus cuerpos se deformaron, la piel se les caía, los

Librodot

ojos se les pudrían en las cuencas. Ningún médico podía ayudarlos. Luego, los que trabajaban en los hornos empezaron a sucumbir. Las aves y los insectos desaparecieron; los animales morían o sufrían procesos de mutación. La hierba dejó de crecer. Y la gente se asustó. Mineros y fundidores se negaron a trabajar en las montañas, y durante un tiempo pareció como si todos los trabajos fueran a abandonarse por falta de hombres dispuestos a desempeñarlos.

»Pero entonces Aszareel empezó a predicar en Vesinum. Declaró que aquella enfermedad no era una plaga, sino una bendición; que los que caían víctimas de ella eran los predilectos de Charchad, porque tenían la fe y el valor de desafiar a los valles donde sus cobardes compañeros habían fracasado. Empezó a demostrar poderes —eran trucos de prestidigitador, apenas dignos de un neófito, pero que para el ignorante, el supersticioso y el atemorizado resultaban más que suficiente— que, según dijo, eran el regalo de Charchad a los favorecidos. Y exhortó a los mineros a regresar a las montañas, a ofrecer sus mentes y cuerpos a la gloria del nuevo poder y de esta forma salvarse. —Se interrumpió, luego se volvió y escupió de forma deliberada sobre la piedra a algunos centímetros de distancia.

»¿Qué elección tenían estos hombres? Sin las minas, sin mineral para fundir y vender, su única perspectiva era morir de hambre. Sin embargo, si regresaban, si se exponían a lo que existía en el valle de Charchad, ellos también enfermarían o sufrirían mutaciones. De modo que empezaron a creer lo que Aszareel les había dicho; que la enfermedad era una señal de bendición, que mediante el sufrimiento serían elevados, transformados, *salvados.* Se vieron obligados a creerle, ya que era su única esperanza.

Índigo asintió con la cabeza. Seguía con la vista fija en el valle, aunque sus ojos no miraban nada en concreto.

—Así que el culto creció —dijo en voz baja.

—No creció simplemente; entró en erupción. Los mineros regresaron al valle y dieron de comer a sus familias; y cuando la enfermedad los azotó y sus hijos nacieron mutantes, escucharon a Aszareel y a sus acólitos, que les decían que ellos eran los elegidos. A los que disentían se los hizo callar a gritos; y antes de que pasara mucho tiempo el culto era lo bastante fuerte para empezar a *exigir* lealtad. —Los labios de Jasker se contrajeron—. Siempre existen oportunistas, hombres que se aferrarían a cualquier posibilidad de obtener poder sobre sus compatriotas para su propia exaltación. A Aszareel no le faltaron lugartenientes que continuaran su causa con el más ardiente celo.

Con un aguijonazo de repugnancia. Índigo recordó al capataz, Quinas. Empezó a decir:

—Había un hombre que encontré...

Pero se interrumpió en mitad de la frase, cuando un rayo de una luz intensísima iluminó de repente la cara de la Vieja Maia a sus pies. *Grimya* lanzó un aullido de alarma. La joven maldijo en voz alta y se echó hacia atrás involuntariamente cuando la luz pasó rozando junto a ellos y recorrió las laderas superiores del volcán. Por un instante la montaña bostezó como un monstruo al que se acabara de despertar bajo la luz del rayo; luego ésta se desvaneció.

—¡Que Ranaya incinere sus huesos: están barriendo las montañas! —Jasker gateó hacia atrás y se tumbó plano sobre el suelo; al ver que Índigo parecía estar a punto de ponerse en pie la agarró por el brazo y tiró de ella con fuerza—. ¡Echaos al suelo! ¿Queréis que os vean?

Un segundo rayo acuchilló la noche, más arriba esta vez. La muchacha lo vio venir y agachó la cabeza justo un momento antes de que brillara sobre el lugar donde ella había estado de pie. *Grimya gruñó, y* los pelos se le erizaron en actitud defensiva; Índigo miró al hechicero.

—En el nombre de la Madre, ¿qué demonios era eso?

—Están dirigiendo haces de luz hacia las montañas, para descubrir si hay alguien en sus cimas.

—¿Haces de luz? —preguntó incrédula—. Pero ¿cómo pueden hacerlo?

Un nuevo y resplandeciente rayo atravesó la oscuridad. Índigo se agachó y se pegó al suelo instintivamente, pero esta vez la luz barrió en dirección este, pasando por alto el lugar donde

se encontraban.

—Mirad con atención el círculo exterior de antorchas —repuso Jasker—. Junto a cada una de ellas veréis un enorme disco de metal... ¡Ahí! —Un nuevo rayo hizo su aparición e inició su vacilante búsqueda—. ¿Lo veis? Están hechos de cobre muy pulimentado, y los utilizan para reflejar la luz sobre las rocas.

Tuvo el tiempo justo de vislumbrar una momentánea refracción cegadora cuando el resplandor de la antorcha cayó sobre una gigantesca lámina de metal, allá abajo. Los discos giraban —apenas era posible distinguir las diminutas y esforzadas figuras que giraban alrededor del gran cabrestante—, y se dio cuenta de que la escala de aquellas cosas debía de ser enorme si podían enviar la luz con tanta fuerza y a tanta distancia.

—Pero no tiene el menor sentido —dijo—. ¡Aunque los haces de luz revelaran la presencia de alguien en las montañas, no podrían esperar verlo desde tan lejos!

—Oh, claro que podrían. Con la gran lente. —Y al advertir su expresión de desconcierto, se removió en el sitio y hurgó en su cintura hasta que consiguió desenganchar lo que parecía un cilindro de latón.

Índigo lo había visto colgar de su cinturón cuando abandonaron la caverna, pero no le había concedido demasiada importancia, dando por sentado que se trataría de algún símbolo sacerdotal: una enseña de su cargo, quizás.

Ahora, no obstante, lo contempló con más atención, y dio un brinco de sorpresa cuando Jasker hizo girar un extremo del cilindro *y* extrajo otro interior, que dobló la longitud del instrumento.

—Un catalejo —dijo—. ¿Seguro que habéis visto alguno antes? Si se sostiene frente al ojo le permite a uno ver objetos que están muy lejos.

Aquello le trajo a la memoria un viejo recuerdo: una curiosidad que su padre había recibido en una ocasión como regalo por parte de los parientes de su madre, en el este. Un pequeño tubo de plata, con filigranas y piedras preciosas incrustadas... Lo llamaban de otra manera, pero el principio era el mismo. El rey Kalig lo había considerado tan sólo un juguete complicado, sin el menor valor práctico; para cuando uno hubiera acabado de ajustarlo, enfocarlo y encontrar lo que buscaba —había dicho—, la presa probablemente estaría ya a más de un kilómetro del alcance de las flechas. No obstante, lo había conservado, ya que no deseaba parecer descortés ante los parientes de su esposa; pero jamás lo había utilizado, ni tampoco había permitido a sus hijos que jugaran con él, por si perjudicaba la salud de sus ojos.

—He visto uno, sí —respondió Índigo.

—Bien, pues imaginad la misma cosa pero a una escala enorme. Un tubo tan largo como la estatura de un hombre, montado sobre una mesa que puede girar. —Hizo una mueca—. Podrían distinguir una mosca sobre la ladera de la Vieja Maia con eso, si aún quedaran moscas.

Pero ella todavía no lo comprendía del todo.

—Pero ¿por qué quieren escudriñar las montañas? Ya sé que no les gusta la presencia de intrusos, pero...

—Los intrusos no tienen nada que ver con ello. Es a sus propios hombres a quienes vigilan, a los mineros que intentan huir.

—¿Huir?

El rostro de Jasker tenía una expresión severa.

—Ya os he dicho que el Charchad es ahora lo bastante poderoso como para obtener conversos por la fuerza allí donde la persuasión fracasa. Todavía existen algunos que aman a Ranaya y se niegan a jurar lealtad a la monstruosidad de ese valle, hombres como el esposo de Chrysiva. Pero ahora que toda pretensión de libre albedrío ha sido dejada de lado, tales «infieles» se ven obligados a trabajar junto a sus compañeros quieran o no. Unos pocos tienen el valor de intentar escapar. Ninguno, por lo que yo sé, lo ha conseguido aún.

Índigo permaneció en silencio. Junto a ella, *Grimya* se hallaba tumbada con la cabeza sobre

Librodot

las patas delanteras. Parecía tener los ojos clavados en la oscuridad, pero la joven tuvo la sensación de que la loba no veía nada, de que su mente no estaba totalmente pendiente de las palabras de Jasker. No muy segura, proyectó una pregunta con suavidad.

«¿Grimya? *¿Qué te preocupa?»*

El animal parpadeó y, a pesar de que su cabeza no se movió, sus ojos se clavaron en el rostro de la muchacha.

«¿Por qué hacen cosas así? Hombres que envían a otros hombres a la muerte. Hombres que se alegran de su propia enfermedad. ¿Por qué. Índigo? ¿Qué poder puede desear que sucedan tales cosas? Se lo preguntaría a este hombre, pero es inútil; no sabe que puedo hablar a los humanos. Pregúntale por mí. Quiero comprenderlo. »

«Lo haré. »

Era exactamente lo que ella había querido preguntar, pero *Grimya* lo había articulado de una forma mucho más simple de lo que ella hubiera podido hacerlo. Miró al hechicero.

—¿Qué *es* el Charchad, Jasker? —Con una mano indicó el lúgubre paisaje que se extendía a sus pies—. Poseen un dominio absoluto; obligan a los hombres a trabajar contra su voluntad; castigan a los supuestos pecadores encerrándolos en ese valle diabólico. Pero *¿por qué?* ¿Qué esperan obtener con ello?

Jasker meneó la cabeza.

—No lo sé. ¿Poder? ¿Dominio? ¿Quién puede decir lo que mueve a tales mentes depravadas? —Jugueteó con el catalejo—. También nos podríamos preguntar sobre la auténtica naturaleza de lo que se oculta en el valle.

La muchacha sintió como un nudo en la garganta; la respuesta estaba clara, aunque no quiso reconocerlo.

—¿De modo que no lo habéis visto por vos mismo?

—No. Un pozo resplandeciente; eso es todo lo que sé sobre él. Pero hay algo maligno ahí, algo más siniestro de lo que alcanzo a comprender, y es poderoso. —Sus ojos se iluminaron con fuerza—. Podéis llamarlo demonio.

Un demonio. Jasker tenía más razón de lo que pensaba... Recuerdos recientes se agitaron con fuerza en la mente de Índigo, y se volvió de nuevo hacia el hechicero, hablando con más brusquedad de lo que pretendía.

—Vuestro aparato, el catalejo. Dejadme mirar por él, Jasker. Dejadme ver lo que puede hacer.

El hombre hizo un gesto de asentimiento y le entregó el tubo de latón.

—Como queráis. Pero no posee nada parecido al poder de las grandes lentes que utilizan allá abajo.

—No importa. —Tomó el instrumento y se lo acercó al ojo derecho—. Decidme qué hay que hacer.

La mano de él se cerró alrededor de la suya.

—Hay que dirigirlo, de esta forma, hacia la zona que se quiere inspeccionar. Cuando se tiene una imagen a la vista, se hace girar el cilindro exterior hasta que ésta resulte clara.

Grimya inquirió:

«Índigo, ¿qué sucede? ¿Por qué tanta prisa?»

Pero la muchacha no le pudo contestar. Estaba absorta en las complejidades del catalejo, fascinada y no poco atemorizada por todo lo que alcanzaba a ver a través de su lente. Dirigió el instrumento hacia los lejanos hornos de fundición, y tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse atrás cuando enfocó, de repente, la oleosa superficie del río: reflejaba con tanta fuerza las llamas de los hornos que daba la impresión de que las mismas aguas poseían vida. Enfocó un poco más allá —se arrastró sobre los codos, sin darse cuenta siquiera de que la roca le arañaba la piel— y vio la pared norte del valle, resquebrajada y agujereada, con un malsano resplandor verdoso derramándose por sus laderas. Levantó la lente un poco, y lanzó un juramento cuando la imagen quedó absorbida por una luminiscencia nacarina que inundó su campo visual y borró todo detalle. El fulgor proveniente del valle de Charchad. Pero no

Librodot

consiguió ver lo que había más allá de sus límites, no pudo vislumbrar la menor señal que le diera una idea sobre la naturaleza del demonio que buscaba.

—Índigo. —Jasker posó su mano sobre el brazo de ella y la sacó de sus preocupaciones—. Hay que tener cuidado. Incluso la luz de Charchad resulta peligrosa.

Ella hubiera querido responderle con amargura: *No para aquel que no puede morir,* pero se mordió la lengua, y dejó que la lente se deslizara de nuevo sobre el río, sobre el infernal resplandor de los hornos, y regresara otra vez a la principal zona de excavación. Una antorcha se reflejó por un instante en una esquina de la lente y le hizo pestañear; mantuvo firme la mano, hizo retroceder un poco más el punto de mira...

Y se detuvo.

Hombres, moviéndose por entre la basura y los escombros de una de las laderas inferiores. Aumentados a proporciones humanas, se los veía encorvados, arrastrando los pies para formar una larga hilera desigual, como guerreros poco dispuestos que se reúnen antes de la batalla. Movió el catalejo unos centímetros y vio otras figuras humanas con lo que parecían látigos de trallas largas colgando descuidadamente de sus cintos; uno, dos... El cuerpo y la mente se le paralizaron cuando una de las figuras adquirió la forma de un hombre de cabellos negros y actitud arrogante.

—¡Quinas! —Siseó el nombre en voz alta sin darse cuenta, y todos los músculos del rostro de Jasker se tensaron.

—¿Qué?

A punto de repetir lo que había dicho. Índigo se contuvo. No podía estar segura; el fosforescente resplandor nocturno atravesado por la luz de las antorchas resultaba engañoso, y muchos hombres de aquella región tenían los cabellos negros.

—¡Índigo! —Jasker la agarró por el hombro y la sacudió con tal fuerza que el catalejo se le escapó de la mano y rodó sobre las rocas produciendo un cierto estrépito—. Ese nombre... *¿Cuál era?*

Asustada y desorientada, lo miró parpadeando como un durmiente que acabara de salir de su letargo.

—¿Qué... ?

—¿Dijisteis *Quinas?*

La atmósfera se cargó de repente.

—Un capataz de las minas —repuso Índigo—. Pensé... —Una ardiente e indefinible emoción crepitó entre ambos—. ¿Lo conocéis?

El rostro del hechicero tenía un aspecto extraviado.

—Es el reptil que asesinó a mi esposa.

Grimya se incorporó de un salto y lanzó un aullido de angustia. Tanto ella como Índigo sintieron la repentina oleada de ciega y ardiente cólera que brotó de la mente de Jasker. Por un horrible instante la silueta del hechicero pareció arder; luego se dejó caer otra vez sobre las rocas, cubriéndose el rostro con ambas manos.

—¡Nunca pensé que volvería a escuchar ese nombre! —Su voz sonaba distorsionada por el dolor—. Lo creía muerto, pensé que Ranaya se habría vengado de ese diabólico...

—Jasker!

Índigo lo sujetó por los hombros y lo sacudió con todas sus fuerzas, hasta que le hizo perder el equilibrio. Unos ojos como brasas al rojo vivo se encontraron con los suyos y la muchacha sintió una renovada oleada de furia demente: entonces Jasker consiguió dominarse, y la miró con una expresión de desconcertado sobresalto.

—Quinas... —Su voz era un susurro áspero y apagado.

—Está vivo. Lo conocí en Vesinum; yo... —Se interrumpió, ya que no deseaba relatar las circunstancias de su encuentro—. Es un capataz de las minas, Jasker; eso es lo que me dijo. Se están reuniendo hombres allá abajo, y hay otros con látigos.

—Está a punto de cambiar el turno. Antes de enviar de vuelta a los mineros, los cuentan, por si... —El hechicero meneó la cabeza con violencia—. Quinas...

Librodot

—Es el lugarteniente de Aszareel, ¿no es así? *¿No es así?* —Lo sacudió de nuevo, con furia.

—Sí. Uno de los que gozan de más favor.

—Entonces él sabrá el secreto de lo que se oculta en ese valle. Y él... —Se detuvo, pensando con rapidez—. Jasker, ¿dónde está Aszareel ahora? ¿Todavía predica?

Sacudió de nuevo la cabeza; parecía que el hombre empezaba a volver en sus cabales.

—No..., no lo creo. Poco antes de que ellos..., poco antes de que yo huyera de Vesinum, Aszareel desapareció. Se dijo que había ido al valle de Charchad para recibir la gracia y ser transformado. —Hizo una mueca—. Eso es lo que dicen sus acólitos, es la bendición final para los que le son fieles.

—Entonces, sin Aszareel para guiarlos, Quinas ocupa uno de los puestos más altos en la jerarquía del Charchad.

—Sí.

Una desagradable sonrisa apareció muy despacio en el rostro de Índigo. Ella también tenía una cuestión personal que arreglar con Quinas, aunque mucho menos importante que la de Jasker. El capataz había sido el artífice de la desgracia de Chrysiva...

Dijo entonces:

—Cuando cambia el turno, ¿se van los capataces junto con los hombres?

—No se van hasta al cabo de una media hora, más o menos.

—Entonces puede que lleguemos a tiempo. Jasker, debemos tenderle una trampa a Quinas cuando abandone las montañas. Yo facilitaré el cebo, y vuestra hechicería creará la trampa.

Los ojos de Jasker se iluminaron feroces.

—Daría cualquier cosa por vengarme de ese putrefacto engendro infernal... —Se quedó mirando su mano cerrada—. Las cosas que le haría, cómo lo haría sufrir antes de que muriera...

—No. —Índigo posó una mano conciliadora sobre su brazo—. Lo quiero vivo, Jasker.

La miró con ojos atormentados.

—¿Vivo?

—Vivo y sin el menor rasguño. —Sintió cómo una perversa emoción se agitaba en su interior, y sus dedos se cerraron con fuerza alrededor de los bíceps del hombre—. Cuando haya acabado con él, podéis matarlo tan despacio y dolorosamente como os permitan vuestras habilidades. Pero primero quiero que me diga cómo encontrar a Aszareel, ¡y cómo llegar al valle de Charchad!

Librodot

CAPÍTULO 8

«¡No me importa el motivo!», dijo *Grimya* con desdichada vehemencia. *«Debe de existir otro modo. No puedes hacerlo. Índigo, ¡no puedes penetrar en ese valle!»*

«Cálmate. » La joven intentó tranquilizar en silencio a la loba. *«Si encontramos a Aszareel, quizá no haya necesidad de tomar medidas tan drásticas. No veas fantasmas donde puede que no haya ninguno. »*

«Pero si no lo encontramos... »

«Entonces haré lo que deba hacer. Ya lo sabes, Grimya. *No existe otra elección, si es que queremos eliminar al demonio. »*

—¿Índigo?

El susurro de Jasker interrumpió su privado intercambio. Índigo volvió la cabeza, medio incorporándose del lugar donde estaba agachada al abrigo de un pliegue rocoso. El hechicero surgió de la oscuridad y la muchacha vio una débil aureola dorada que brillaba, como diminutas llamas espectrales, a su alrededor.

—Ya las he llamado. ¿Estáis lista?

Ella asintió.

—Decidme qué debo hacer.

Un sonido, tan tenue que podría haberlo imaginado, chocó contra sus oídos; era un débil silbido, como si el aire a su alrededor se hubiera visto desplazado por manos invisibles. Sintió un soplo cálido que pasó rozándole el rostro, y se irguió totalmente. Jasker sonrió.

—Extended los brazos, como si fuerais un halconero que llamase a sus aves. No os acobardéis: sentiréis algo de calor, pero nada más.

Hizo lo que se le decía y el hechicero cerró también los ojos, murmurando entre dientes. Al cabo de unos instantes se produjo un vivo resplandor en el aire, y una brillante bola de fuego verde se materializó sobre su cabeza. Estuvo flotando allí durante unos segundos antes de retorcerse en pleno aire, dividirse y adquirir la parpadeante forma de dos salamandras verdes y rojizas que se acomodaron en sus extendidos antebrazos. Tal y como Jasker le había advertido, sintió una oleada de calor procedente de sus cuerpos translúcidos; pero no era más que el hormigueante calorcillo que se siente al estar sentado cerca de un buen fuego en el invierno. Unas garras doradas se clavaron ligeramente en su piel; diminutos ojos, como piedras preciosas, la miraron con una inteligencia diferente a la suya; y ardientes lenguas color escarlata, de punta bífida, lamieron el aire y lo hicieron chisporrotear.

Índigo vio cómo *Grimya* retrocedía ante aquellos luminosos seres, pero ella, por su parte, no sentía el menor temor; más bien una sensación de admiración por el hecho de que tales criaturas estuvieran dispuestas a aceptarla de tal forma. Miró a Jasker, con ojos brillantes, y el hechicero dijo:

—Id, pues. Índigo. Estaré esperando.

Grimya lanzó un gañido: no le gustaba nada la repentina carga eléctrica que adquirió la atmósfera cuando las salamandras alzaron la cabeza y sisearon. La joven bajó los ojos hacia ella y sonrió tranquilizadora.

«Todo va bien, querida. No nos harán daño. Vamos ya: ve delante por el sendero. »

Por un momento *Grimya* la contempló dubitativa, pero no respondió. En lugar de ello dio la vuelta y se alejó corriendo. Índigo le dirigió un último saludo con la cabeza a Jasker y la siguió.

Tomaron la ruta más corta que descendía por la ladera de la Vieja Maia; luego subieron por el barranco en el que Índigo se había encontrado, en un principio, con la fortaleza de Jasker y resiguieron a toda prisa el sendero que conducía de regreso al río y a la carretera. Otras salamandras convocadas por el hechicero —diminutas llamas vivientes que flotaban y danzaban a lo largo del camino las iban iluminando. Avistaron las puertas de acceso a las minas justo cuando los últimos mineros subían al carromato descubierto que les conduciría de regreso a Vesinum. Los capataces, había dicho Jasker, saldrían dentro de una media hora, e

Librodot

Índigo y *Grimya* se sentaron a esperar mientras el hechicero se retiraba para realizar sus preparativos.

El corazón de la joven latía de forma muy irregular cuando la entrada de la mina apareció en su campo visual. Durante todo el trayecto montaña abajo, *Grimya* había intentado persuadirla de su plan, e incluso Jasker le había aconsejado en un principio que tuviera paciencia. Le dijo que si no dedicaba más tiempo a cuidar los detalles y tomar precauciones correría un gran riesgo. Pero Índigo había hecho caso omiso de ambos. Se les ofrecía una ocasión inesperada de coger por sorpresa a Quinas, y ella no pensaba dejarla escapar. Al final había costado poco convencer a Jasker para que aceptara su punto de vista; su propio odio por el capataz fue acicate suficiente. *Grimya,* no obstante, seguía sin sentirse muy feliz: temía por la seguridad de su amiga, y tan sólo la promesa de Índigo de que tomaría todas las precauciones posibles había aplacado lo suficiente a la loba como para que consintiera, finalmente y de mala gana, en tomar parte.

Delante de ella, el animal se había detenido en un lugar desde el que tenía una buena visión del sendero que llevaba a la mina. La loba volvió la cabeza e Índigo oyó su silenciosa llamada.

«Puedo ver el lugar. No se distingue a nadie aún. »

«Muy bien. Me acercaré más. »

Avanzó hasta que pudo vislumbrar la cabaña del guarda, una silueta angulosa entre las sombras naturales de la pared rocosa; entonces *Grimya* le advirtió:

«No más cerca. Los pequeños dragones despiden mucha luz y te verían. »

La muchacha asintió y se agazapó detrás de un promontorio. El plan que le había esbozado a Jasker era muy simple, pero debía resultar efectivo; y, tal y como había dicho, ella sería un cebo ideal para la trampa. Cuando se enfrentaron en Vesinum, fue muy consciente de que Quinas la habría matado de buen grado, si no hubiera sido por el hecho de que era una forastera, una desconocida que pudiera poseer más influencias de las que las apariencias daban a entender. Delante de toda la población de la ciudad no se hubiera arriesgado a cometer tal acto; esta vez, no obstante, sin testigos y bajo la provocación a la que pensaba someterlo, contaba con una reacción muy diferente.

La luz de una antorcha brilló de repente junto a la cabaña, y largas sombras se proyectaron sobre el irregular suelo. Índigo se echó hacia atrás, apretando con fuerza su espalda contra la pared, mientras *Grimya,* el vientre casi pegado al suelo, cruzaba como una sombra a toda velocidad el sendero de la mina para desaparecer en la oscuridad del otro lado. Unas voces y el ahogado golpear de cascos rompió el silencio; luego se escuchó el metálico gemido de las puertas al abrirse. Al cabo de unos momentos, tres hombres a caballo y con unos hachones salieron de las minas.

Reconoció a Quinas de inmediato. Iba en cabeza, con sus compañeros siguiéndolo con aire deferente; a la luz de la antorcha su rostro era claramente visible. Una de las salamandras lanzó un agudo y excitado chillido, e Índigo se plantó en el camino.

—¡Quinas!

Su voz resonó con fuerza entre las rocas. Los jinetes se sobresaltaron y detuvieron en seco sus monturas. El aludido buscó el lugar del que procedía la voz; y su rostro se quedó helado.

—Vos...

Índigo le sonrió con ferocidad.

—Tenemos una cuenta que saldar, capataz Quinas. ¡Pienso obtener una satisfacción aquí y ahora!

Uno de los compañeros de Quinas siseó:

—En el nombre de Charchad, ¿qué son esas cosas?

El capataz levantó una mano, exigiendo silencio. Su caballo golpeó inquieto el suelo, temeroso de las salamandras; él tiró con furia de las riendas para calmarlo y dijo:

—Bien, *saia* Índigo. ¿Qué clase de truco es éste?

—No es ningún truco, escoria. ¡Son simplemente siervos de la Diosa Ranaya, cuyo nombre

vos y los de vuestra ralea habéis blasfemado!

Retrocedió, orquestando sus movimientos como ella y Jasker habían preparado de antemano con mucho cuidado. Un paso, dos, tres; se detuvo.

—¿Qué sucede, Quinas? ¿Tenéis miedo de mis amigas? ¿Teméis que puedan quemar vuestra retorcida y negra alma si os acercáis demasiado? —Las salamandras, al escuchar la frase convenida, se alzaron sobre sus patas traseras, siseantes, e Índigo levantó los brazos—. ¡No esperaba menos de un cobarde seguidor de Charchad!

Los mutados ojos de Quinas brillaron enfurecidos.

—¡Hereje cachorro de furcia! —Espoleó su caballo hacia adelante, forzando al animal cuando éste se mostró reacio—. Debiera haber acabado contigo en Vesinum...

—¿Arriesgar vuestro rastrero pellejo ante una mujer con un cuchillo? —se mofó Índigo—. ¡No vos! Preferís mostrar vuestra hombría con niños indefensos, ¿no es así, Quinas? Preferís patear e injuriar a pobres criaturas como la esposa del minero. ¡Le resultan más fáciles de dominar a los gusanos de cloaca como vos!

Uno de los otros hombres dijo colérico:

—Quinas, dejadme...

Pero el capataz le hizo un nuevo gesto para que callara.

—Guarda silencio, Reccho —repuso, y sonrió fríamente—. Esta perra parece decidida a buscar pleito tan sólo conmigo, y resultaría grosero no complacer a una dama. —Tenía dominado el caballo, ahora, y empezó a hacerlo andar despacio y con firmeza hacia Índigo—. Si está decidida a suicidarse es cosa suya; cuando haya terminado con ella, puedes quedarte con sus restos, si es que te interesan.

«Grimya. » Índigo proyectó una silenciosa llamada. *«¿Estás preparada?»*

«¡Preparada!», llegó con rapidez la respuesta.

La muchacha dio otros dos pasos hacia atrás y dijo en voz alta:

—Lindas palabras, Quinas. ¡Pero carecéis del valor para ponerlas en práctica!

Las salamandras sisearon de nuevo, amenazadoras, y sus lenguas llameantes se precipitaron fuera de sus bocas, Quinas hizo una mueca burlona:

—Vuestras amiguitas no me impresionan, perra. ¡Y no tardarán en abandonaros cuando sufráis el castigo de Charchad por vuestra blasfemia!

Mientras hablaba, hundió con fuerza los talones en los costados de su caballo y el animal saltó hacia adelante, relinchando en señal de protesta. Índigo había estado esperando su intento de tomarla por sorpresa, y retrocedió a toda velocidad, mientras las salamandras se alzaban sobre sus patas y lanzaban agudos chillidos, en el mismo instante en que Quinas espoleó su caballo contra ella.

—Jasker! —resonó la voz de la joven—. ¡Ahora!

Una oleada de tremendo calor la golpeó hacia atrás cuando una blanca llamarada surgió de la nada con la velocidad del rayo, chisporroteando por el sendero que se abría frente a Quinas. Su caballo relinchó y empezó a dar vueltas. Al advertir el peligro, el capataz torció la cabeza y les gritó a sus amigos que se alejaran.

«¡Grimya!»

Índigo utilizó toda la energía que pudo reunir en su grito telepático, y al instante se escuchó un aullido de respuesta que salía de la oscuridad: el grito del lobo en busca de presa. El caballo de Quinas se encabritó, atrapado entre el terror al fuego y el terror a los depredadores, y de repente los dos compañeros del capataz penetraron a toda velocidad en el cañón, sus monturas desbocadas, mientras *Grimya* gruñía y lanzaba dentelladas a sus patas. Los caballos chocaron, un hombre cayó al suelo, e Índigo escuchó gritos procedentes de la entrada de la mina, los centinelas echaron a correr para investigar lo que sucedía.

Las salamandras estaban al borde del histerismo ahora: chillaban y escupían fuego. La joven se volvió para gritar en la oscuridad.

—Jasker! ¡Sólo Quinas..., sólo Quinas!

De la pared rocosa surgió una llamarada, dos columnas de fuego que atraparon a los tres

Librodot

jinetes en una abrasadora jaula. Uno de los centinelas lanzó un alarido de dolor al chocar contra la pared de fuego y retrocedió al momento. De repente, las salamandras saltaron de los brazos de Índigo y atravesaron el aire. Por un instante se convirtieron en veloces bolas de fuego verde, cegadoramente incandescentes; luego, sus cuerpos recuperaron su forma, y con alaridos de triunfo cayeron sin piedad sobre los atrapados hombres.

Aullidos inhumanos desgarraron el aire cuando las salamandras atacaron, el sonido de hombres y caballos presas de un terrible dolor. La joven giró en redondo y, en las tinieblas del cañón, detrás de ella, vio un contorno humano rodeado por un halo de chispas, con los brazos levantados y la cabeza echada hacia atrás, mientras el fuego chisporroteaba en sus manos extendidas.

—¡No, Jasker! —aulló, forzando al máximo sus pulmones—. ¡Lo quiero vivo!

Una salvaje negativa se estrelló contra su mente, y echó a correr hacia adelante, precipitándose en dirección a la reluciente figura del hechicero.

—¡No, Jasker, no! ¡Decidle que se marchen! ¡*Grimya,* ayúdame!

Una forma oscura y delgada apareció sobre su cabeza, ascendiendo penosamente la empinada ladera, y escuchó el aullido de respuesta de la loba. Llegaron hasta Jasker a la vez y se arrojaron sobre él, sin prestar atención a las chispas y las llamas. Cayó al suelo rugiendo enfurecido, e Índigo gritó:

—¡Salvad a Quinas! ¡En el nombre de Ranaya, salvad a Quinas!

Por un momento el hechicero se quedó inmóvil donde ellas lo sujetaban; su atolondrada expresión mostraba sorpresa. Luego, como si alguien lo hubiera abofeteado en pleno rostro, la inteligencia regresó a sus ojos.

—Ranaya...

Echó a Índigo a un lado, se incorporó como pudo y lanzó un agudo silbido. Unos gritos de respuesta le llegaron desde el interior de la pared de fuego, y el hechicero corrió, dando traspiés, hacia el pandemónium. La muchacha lo vio acercarse a la pared y arrojarse a través de ella; al cabo de un momento reapareció sin el menor rasguño, con un bulto informe sobre los hombros. Sus ojos se encontraron con los de Índigo y ésta vio odio, veneno... Luego arrojó el chamuscado cuerpo de Quinas sobre el suelo y se volvió de nuevo hacia el fuego. Alzó los brazos, gritó una palabra y un río de lava en forma de llamas cayó desde lo alto del despeñadero sobre los hombres, penetrando en el cañón con un titánico y atronador rugido. Pedazos de llameante magma salieron despedidos por los aires, girando sobre sí mismos; la roca fundida se alzó como una enorme ola marina. Y, de repente, las llamas desaparecieron, y todo lo que quedó fue una pared de seis metros de altura de sólida piedra *pómez* que relucía con un apagado tono rojizo.

Índigo retrocedió tambaleante hasta apoyarse en la pared del cañón, tanteando en busca de algún punto de apoyo que evitara que sus piernas se doblaran bajo su peso. *Grimya* corrió a su lado y la muchacha apretó la cabeza de la loba contra su muslo. El corazón le retumbaba bajo las costillas y le pareció como si no hubiera bastante aire en el mundo para respirar. Por fin consiguió absorber una bocanada de oxígeno, y vio a Jasker que se acercaba a ella despacio.

—Esos hombres... —Sentía la garganta irritada; tosió, intentando aclararse la sensación de ahogo—. Ellos...

—Están bien muertos ahora. —La voz del hechicero carecía de toda emoción—. Y los guardas de la mina no lograrán atravesar esa pared, incluso aunque no teman intentarlo.

Algo parpadeó en la parte superior de la barrera que se solidificaba rápidamente, y apareció una de las salamandras. Pareció escurrirse fuera de la roca, como un conejo saliendo de un agujero, y durante un breve instante se quedó allí inmóvil, contemplándolos. Luego, melindrosamente, mordisqueó algo que sujetaba entre dos de sus garras, levantó la cabeza, y con su oscilante lengua se lamió el hocico. Emitió un chirrido, un sonido conciliador, y después desapareció lanzando un destello.

Índigo sintió náuseas.

—Yo no tenía nada contra ellos...

Librodot

—Eran seguidores de Charchad. Y las salamandras deben recibir su recompensa.

—Pero los caballos...

Los ojos de Jasker se clavaron en los suyos, y su voz se apagó cuando vio la expresión del hombre.

—Tenéis a vuestro prisionero. Índigo —dijo con calma—. ¿No es eso lo que queríais?

—Yo... —Pero era cierto; ella había hecho su elección y la responsabilidad era suya—. Sí —murmuró.

Jasker golpeó con un pie la figura caída de Quinas.

—Lo mejor será ocuparse de él —dijo distante.

Ahora que todo había terminado. Índigo apenas podía decidirse a examinar a su prisionero. Conteniendo las ganas de vomitar, se agachó a su lado y le dio la vuelta. Sus manos, rostro y ropas estaban chamuscados y las puntas de sus cabellos quemadas; aparte de esto parecía ileso.

—Está inconsciente, pero vivirá —dijo Jasker.

—Sí. —La muchacha se incorporó—. Hemos tenido éxito..., la verdad es que parece difícil de creer.

El hombre bajó los ojos hacia el inconsciente prisionero, luego meneó la cabeza.

—Fue sólo el primer paso. Tenemos un largo camino que recorrer todavía. —Contempló el cañón que se perdía en la oscuridad delante de ellos—. No sirve de nada perder más tiempo. Lo llevaremos a las cuevas; luego averiguaremos qué puede decirnos. —Una siniestra sonrisa hizo que su rostro resultase más tétrico que nunca en la penumbra—. Ése será un auténtico principio.

Cerca de la entrada de la cueva de Jasker les salieron al encuentro tres nuevas salamandras, diminutas bolas de fuego azules que saltaban agitadamente en el aire por encima de la cabeza del hechicero. Este se detuvo, y escuchó algo que sólo él podía oír; luego informó a Índigo:

—El estado de esa pobre muchacha, Chrysiva, ha empeorado. Puse a estas criaturas para que la vigilaran mientras estábamos fuera, y me dicen que está enferma de muerte. —Suspiró—. No es más que lo que esperaba.

Índigo miró con malevolencia a Quinas, a quien Jasker había transportado sin el menor miramiento montaña arriba como un saco de harina.

—Yo me adelantaré —dijo la muchacha—. A lo mejor puedo hacer algo por ella.

—Muy bien. —Aunque la expresión de los ojos del hombre le dijo que éste lo dudaba—. Al menos le podéis dar algo de agua. Debe de sentir ya una sed febril.

La joven asintió, y empezó a correr ladera arriba.

Habían dejado a Chrysiva dormida en la caverna principal. Cuando entró, la muchacha se movió e intentó sentarse; Índigo palideció al ver su rostro a la luz de las velas.

Chrysiva estaba a las puertas de la muerte. La enrojecida piel de su rostro parecía haberse hundido y encogido sobre su cabeza, confiriéndole un aspecto arrugado y cadavérico; sus ojos estaban muy abiertos y desorbitados, y sus pupilas parecían cabezas de alfiler inyectadas en sangre. Tenía grandes extensiones de piel escamada, que dejaban al descubierto la enrojecida carne de debajo, y el cabello le empezaba a caer, dando a su cuero cabelludo un grotesco aspecto moteado.

—¿Chrysiva... ? —Índigo luchó por mantener el horror que sentía alejado de su voz, pero sabía que era un esfuerzo inútil.

—A... ag... —La muchacha tosió; un hilillo de saliva rosada se deslizó por su barbilla—. Podéis... darme ag... agua...

—Desde luego. —Corrió al lugar donde Jasker guardaba sus odres y llenó una copa.

Grimya, que la había seguido, se quedó a unos pasos de distancia observando con ojos preocupados; mientras Chrysiva bebía, la loba dijo:

«Su lengua se ha vuelto negra. ¿No hay nada que el hombre pueda hacer por ella?»

Índigo iba a responder, pero se detuvo cuando unas fuertes pisadas en el corredor de acceso

Librodot

a la cueva anunciaron la llegada de Jasker. Este dejó caer su carga sobre el suelo y anunció:

—Empieza a moverse. Lo mejor será que me asegure de que está bien sujeto antes de ir a ver a la muchacha.

Quinas empezaba realmente a recuperar el sentido. Sus piernas y brazos se movieron débilmente, luego lanzó un gemido y dejó escapar un ahogado juramento. Al verlo allí, los llorosos ojos de Chrysiva se abrieron aún más e intentó sentarse, apartando la copa de agua.

—Todo está bien, calmaos. —Con mucho cuidado Índigo la obligó a permanecer tendida, y miró a Jasker por encima del hombro—. Atadlo, rápido. ¡Cuanto más fuerte mejor!

El capataz seguía aún demasiado débil y confundido para protestar cuando el hechicero lo obligó a poner los brazos a la espalda y le ató muñecas y tobillos con una áspera cuerda. Luego, izándolo por el cuello de la camisa, lo arrojó con fuerza contra la pared.

—Nnnn... —Un desagradable sonido gutural surgió de la garganta de Chrysiva, que clavó una mano sobre el antebrazo de Índigo, hundiendo con fuerza las uñas en él—. El... él es... él es...

—¡Callaos! No lo miréis, Chrysiva, no permitáis que os altere. —Índigo hizo girar a la muchacha de cara a ella y la miró a los ojos, con expresión severa—. Va a morir, Chrysiva. ¡Vengaremos a vuestro esposo por vos!

Una risa cínica interrumpió sus palabras. Levantó la cabeza y vio a Quinas, totalmente consciente ahora, que la miraba con frialdad desde el otro extremo de la cueva.

—Qué preocupación tan fraternal —dijo el capataz con sequedad—. La verdad, me siento conmovido. —Sonrió—. Si queréis «vengar» al esposo de esta mocosa, *saia,* lo mejor que podéis hacer es elevar una oración o dos por ella mientras lo hacéis. Tiene todo el aspecto de necesitar toda la ayuda que pueda conseguir.

Chrysiva se echó a llorar e Índigo se volvió veloz hacia Jasker.—¡Sacadle de la cueva! —le espetó—. ¡Sacadle de mi vista, antes de que le corte el cuello!

Quinas repuso:

—Ah, *saia,* vuestra compasión no conoce... —y las palabras se vieron interrumpidas por un juramento cuando el puño de Jasker se estrelló contra su mandíbula.

—Tengo el lugar apropiado para esta basura —dijo el hechicero.

—Entonces lleváoslo. Deprisa, antes de que me olvide de mis intenciones.

Chrysiva contempló cómo Quinas —prudentemente callado ahora— era arrastrado fuera de allí y desaparecía por el oscuro túnel. *Grimya,* ansiosa por asegurarse de que nada fuera mal, acompañó a Jasker, e Índigo vertió más agua en la copa.

—Bebed —dijo, tendiéndosela—. Y luego debéis descansar, Chrysiva.

—No... —La muchacha parpadeó como si saliera de un trance, vio que la boca del túnel estaba ahora vacía y se volvió para mirar a su benefactora—. No —repitió, y había una inesperada energía en su voz—. No quiero descansar; al menos, no en esa forma... *Saia* Índigo, habéis sido muy buena y amable conmigo, qui... quiero daros algo a cambio. Es una recompensa muy pobre, pero... —Una mano hurgó entre los pliegues de sus ropas, pero sus movimientos carecían de coordinación—. No puedo encontrarlo... Por favor, aquí, cogido a mi corpiño...

Índigo tocó la prenda —bajo la tela podía sentir el latir irregular del vacilante corazón de Chrysiva— y encontró algo duro y metálico. Un broche. Ante la insistencia de la muchacha lo desprendió y se lo depositó sobre la palma de la mano.

—Por favor, *saia.* Quiero que os lo quedéis. Fue un regalo que... —las lágrimas inundaron sus ojos—, que me hizo mi esposo. Sé que es muy poca cosa, sin embargo... ha significado mucho para mí. Por favor, sé que lo mantendréis a salvo.

Los ojos de Índigo se nublaron al contemplar el broche. Era, como había dicho Chrysiva, algo de muy poco valor: un pequeño pájaro toscamente forjado en estaño; las alas eran desiguales y mal labradas, la aguja estaba torcida. Debía de ser obra, pensó, de algún aprendiz de artesano; y era, sin duda, la única clase de regalo que un pobre minero podía permitirse para su esposa. Pero para Chrysiva, significaba más que todos los diamantes y esmeraldas de

Librodot

las profundidades de la tierra.

Le respondió con voz ronca:

—No puedo tomarlo, Chrysiva. Es vuestro, y debe seguir siéndolo. Además, no quiero ninguna recompensa...

—*Por favor.* —La muchacha introdujo el broche en la mano de Índigo y apretó sus dedos con fuerza cerrándoselos alrededor de él—. Muy pronto... no lo necesitaré, *saia.* Y quiero..., quiero pedir...

—¿Qué? Pedid. Os concederé cualquier cosa, si me es posible.

—Yo... —Los labios de la joven temblaron, su rostro enfermo adoptó una expresión tensa y reservada. Luego cerró los ojos y musitó—: Enviadme a los brazos de Ranaya, *saia* Índigo. Dejad que me reúna con mi esposo en sus llanuras de fuego. Sé que iré allí muy pronto, pero ya no deseo sufrir más. —Aspiró con fuerza y sus ojos se abrieron de nuevo, doloridos y desesperados—. *Por favor...,* ¡matadme, y haced que descanse de una vez!

Consternada. Índigo se echó hacia atrás. No sabía cómo responder, qué decir. Entonces oyó a Jasker y a *Grimya* que regresaban, y se puso en pie con rapidez.

«¿Índigo?» —Grimya percibió su angustia inmediatamente y corrió hacia ella—. *«¿Qué sucede?»*

—Chrysiva... ella... —Su voz se quebró y sacudió la cabeza, apretando con más fuerza los dedos alrededor del broche de estaño. El hechicero posó su mano sobre el hombro de ella con suavidad; Índigo se encogió en un gesto involuntario y luego lo miró desesperada—. Jasker, ¿no podemos hacer nada por ella?

La respuesta estaba en sus ojos. Y la muchacha pensó en lo que sufriría Chrysiva antes de morir, en el lento y terrible horror de su muerte...

—Me ha pedido que la mate —susurró.

—Ah, dulce Ranaya... —El hombre se dio la vuelta, con expresión de gran dolor—. Criatura... —Se acercó a Chrysiva y se agachó junto a ella—. Criatura, ¿es eso lo que realmente queréis?

La muchacha asintió.

—Sois un sacerdote. Vos comprendéis estas cosas. Os lo ruego, concededme el vino y el fuego, como sólo un sacerdote puede hacerlo. Dadme la bendición de Ranaya y dejadme ir hacia Ella.

Jasker se levantó y se dirigió despacio hacia donde estaban Índigo y *Grimya.* De repente parecía viejo, agotado y cansado.

—No puedo hacerlo. —Lo dijo con voz tan baja que la enferma apenas pudo oírlo—. Sería una suerte para ella y Ranaya daría su bendición de buena gana, pero.... Índigo, no puedo hacerlo. Mi propia esposa, cuando ella... —Se detuvo, aspiró con fuerza—. Esos recuerdos son demasiado fuertes y demasiado terribles. Vacilaría, me echaría atrás en el último momento. ¡Que la Madre me ayude, le fallaría!

Índigo tenía los ojos fijos en Chrysiva. El pequeño broche de estaño que sostenía en la mano despedía un suave calorcillo, y parecía simbolizar algo que su mente no podía captar por completo ni retener. Y pensó en Fenran.

Dolor, miseria y un largo y torturado camino hacia la oscuridad... Comprendía los sentimientos de Jasker, porque los compartía. Quitarle la vida a alguien como Chrysiva a sangre fría...

Pero no sería a sangre fría. Sería, como había dicho el hechicero, un acto de misericordia. ¿Podía su conciencia anteponer sus delicados sentimientos a la desesperada necesidad de una mujer, víctima de la más profunda y desesperanzada de las angustias? Cerró los ojos, y le pareció ver el rostro de Fenran ante sus párpados: Fenran sonriendo y extendiendo los brazos hacia ella. *«¿Qué harías tú, mi amor?»,* preguntó en silencio. *«¿Tendrías el coraje de conceder tal deseo, o tampoco podrías?»* Y creyó conocer la respuesta.

Se alejó de Chrysiva y dijo con mucha calma:

—Tengo una ballesta...

Librodot

—Índigo —el hombre posó una mano sobre su brazo—. No puedo permitir que mi cobardía os obligue...

—No. —Sus dedos se cerraron sobre los de él, en un intento por tranquilizarlo—. No es eso, Jasker. De verdad que no es eso. —Avanzó con paso algo tambaleante hasta la muchacha, y se arrodilló—. ¿Chrysiva?

La esperanza brilló vacilante en los enrojecidos ojos.

—¿Sí, *saia?*

—Guardaré vuestro broche, lo juro. Será tan precioso para mí como... como lo ha sido para vos. —Haciendo acopio de valor, se inclinó para besar con suavidad la frente de la muchacha—. Pronto estaréis allí, Chrysiva.

Los agudos sonidos metálicos que produjo mientras colocaba y fijaba una flecha en la ballesta le parecieron una obscenidad en comparación con el tranquilo trasfondo de la voz de Jasker murmurando oraciones. Índigo estaba demasiado alejada del lecho para escuchar las palabras de bendición que pronunciaba, pero podía advertir una cierta impaciencia en las apenas audibles respuestas de Chrysiva, una esperanza renovada, y —aunque sólo servía para acrecentar la sensación de irrealidad— también alegría. *Grimya* permanecía sentada en silencio, observando, e Índigo se sintió en cierta forma reconfortada al saber que la loba no condenaba lo que iba a hacer; era mucho mejor, había dicho *Grimya* con tristeza, que todos ellos se sintieran apenados durante un tiempo que no que Chrysiva tuviera que sufrir.

Jasker se puso en pie bruscamente, sobresaltando a Índigo. Ésta volvió la cabeza y, cuando el hechicero asintió, sus manos tensaron la ballesta.

Los ojos de Chrysiva estaban cerrados y ella sonreía. Índigo se colocó a su lado y, sintiéndose extrañamente aparte, como si en un sueño se contemplara a sí misma desde una gran distancia, apuntó el arco al corazón de la muchacha.

Eran épocas pasadas, otras épocas, cuando su padre le había dado las primeras lecciones en el uso de las armas. Ahora recordó sus enseñanzas. La mirada fija, apuntar con cuidado, el pulso firme. Y calma. Por encima de todo, mucha calma.

Disparó.

Librodot

CAPÍTULO 9

Las últimas notas de la Isla Pibroch resonaron en la cueva y se desvanecieron en un lejano eco. Índigo depositó el arpa en el suelo.

—Ha sido una pobre elegía —dijo en voz ronca—. Hace tantos años que no la tocaba que casi la había olvidado...

Jasker, sentado con las piernas cruzadas ante el altar de Ranaya, contestó sin levantar los ojos.

—Ha sido hermosa. —Su voz estaba llena de emoción—. Me trajo imágenes de cosas que yo no sabía que existieran bajo el gran sol. Enormes extensiones de agua, lugares donde el día no termina jamás y, sin embargo, el aire es frío y límpido... Vi interminables bosques verdes, y montañas blancas que brillaban como el cristal...

—Los glaciares del sur. —Una tenue sonrisa llena de melancolía apareció en los labios de Índigo; la imagen calmaba un poco la hirviente furia que bullía en su interior, pero fue sólo por un momento, y su voz volvió a endurecerse—. Pero ¿de qué le sirve una elegía a Chrysiva ahora?

—La apresurará en su viaje hasta Ranaya —Jasker realizó una última reverencia ante el altar, luego retrocedió—. Vuestra música y mis oraciones. No podemos hacer más. Índigo.

El arpa lanzó una discordante cadencia, cuando con un arranque de desaliento la joven la empujó brutalmente a un lado. Se controló —el instrumento no le había hecho ningún mal, y descargar su rabia en él resultaba infantil— y hundió las manos en los pliegues de su túnica. Le era imposible mirar en dirección al bulto inmóvil, envuelto ahora en un pedazo de tela de hilo que Jasker había utilizado como manta. Ahora yacía junto a la entrada del túnel, listo para su último viaje. El hechicero le había contado algo sobre los ritos funerarios de Ranaya, la devolución del cuerpo a la tierra y al fuego, pero no quería pensar en eso aún. Chrysiva todavía seguía demasiado viva en su mente.

Sin pensar, sus manos se cerraron sobre el broche de estaño que la muchacha le había regalado, y sintió como un aguijonazo mental de violenta cólera. Cuando Jasker hubiera finalizado con todas las formalidades tendrían otro asunto que atender, y la impaciencia empezaba a corroerla. Quería la sangre de Quinas. Quería sus huesos para roerlos y sorber su médula. Quería su alma.

Jasker se puso en pie y el movimiento interrumpió el torbellino de sus pensamientos.

—La llevaré a la fumarola inmediatamente —dijo con voz tranquila—. ¿Vendréis conmigo?

—No. —Sacudió la cabeza—. Creo que prefiero quedarme sola por un rato.

«Me gustaría ir», dijo *Grimya. «Para despedirme. »*

«Ve, pues, querida. Y ofrécele una oración por mí. » En voz alta Índigo añadió:

—Cuando regreséis, Jasker, tendremos trabajo que hacer.

—No creáis que lo he olvidado. —Se detuvo junto a la envuelta figura de Chrysiva y volvió la cabeza para mirar a Índigo con una compasión en sus ojos que ésta no quiso reconocer, y mucho menos aceptar.

Una aureola danzó alrededor de la silueta del hombre cuando se desvaneció en el interior del oscuro túnel con la muchacha muerta en sus brazos. Una vez se hubo ido, con *Grimya* como una silenciosa sombra siguiendo sus pasos. Índigo dejó escapar un gran estremecimiento que pareció retorcer su columna vertebral e hizo vibrar todo su ser.

Quinas. El odio se abrió como una flor envenenada en su interior al pensar en el capataz. Jasker lo había confinado en una estrecha chimenea en las profundidades de los túneles volcánicos: una celda de roca ardiente y vapores sulfurosos donde, según palabras del hechicero, sobreviviría el tiempo suficiente como para desear la muerte. Ya lo había obligado a pasar la prueba de la cuerda de fuego, pero el experimento había fracasado: al contrario de Índigo, cuyo subconsciente había estado dispuesto a revelarle la verdad, Quinas luchó mentalmente contra la influencia de la cuerda con una energía que el hechicero encontró

Librodot

sorprendente; y sin, al menos, una pequeña muestra de colaboración la cuerda resultaba inútil. Se precisarían otros métodos para persuadir al capataz de que hablase.

Índigo no sabía qué tipo de torturas era capaz de infligir Jasker a su prisionero, pero admitía sin la menor chispa de remordimiento que ningún precio sería demasiado alto para la información que querían obtener de él. Si algún ser vivo podía conducirlos a Aszareel y al auténtico corazón del culto a Charchad, era Quinas. Y lo haría. Aunque tuviera que hacerlo pedazos, miembro a miembro, tendón por tendón, con sus propias manos, él le diría lo que quería saber. Y cuando le hubieran sacado toda la información, tendría lugar la dulce y salvaje alegría de la venganza en nombre de Chrysiva, de su esposo y de las incontables personas cuyas vidas, esperanzas y sueños se habían visto destrozados por la maldad que habitaba en aquel valle envenenado.

—¡Ahhh!

No fue una palabra, sino un informe grito de protesta, un intento de articular algo que ni siquiera podía comprender. Una energía encadenada hizo poner en pie a Índigo de un salto y recorrer la cueva a grandes zancadas; no se detuvo hasta que no estuvo a punto de chocar con la pared opuesta. Apretó las palmas de las manos contra la roca y sintió cómo el calor subterráneo que brotaba del corazón del volcán, allá en las profundidades, palpitaba a través de sus dedos. Cerró los ojos para protegerse de la oleada de furia que amenazaba con trastornar su mente.

El poder del fuego. Jasker le había dicho muchas cosas sobre la naturaleza de sus poderes mágicos, la energía que extraía de los palpitantes mares de magma situados en el centro de la tierra. El fuego era su elemento: era hermano de las salamandras, primo de los dragones, señor de las llamas y del humo, y del magma fundido. Le había contado su gran ambición: establecer contacto con los titánicos espíritus del fuego, surgidos de la misma Ranaya, que dormían en lo más profundo de los inactivos conos de los volcanes; aprovechar su terrible poder y orquestar su definitiva venganza sobre el Charchad y todo lo que éste representaba. Pero aunque había llevado su mente y su espíritu hasta los límites de la resistencia de cualquier ser humano, Jasker no había podido despertar aquellos tremendos poderes. Y...

Y no era suficiente. Lo que ardía en el interior de Índigo era más que fuego, más que la furia contenida de las Hijas de Ranaya hundidas en su profundo letargo. Desde su primer encuentro con el hechicero no había consultado la piedra-imán, ya que no la necesitaba: sabía sin el menor asomo de duda lo que le diría. Al norte. Al valle llamado Charchad. Al incandescente y putrefacto corazón de la corrupción que era su misión, y sólo suya, erradicar del mundo.

Una amarga sensación de hastiada futilidad la inundó entonces, una sensación de inutilidad que ningún tipo de buena voluntad podía despejar. Se sentó en el suelo, apoyó la espalda con desánimo contra la pared, y sacó el broche de Chrysiva para contemplarlo. El apagado estaño de la pequeña figura de pájaro centelleó a la luz de las velas, y recordó una antigua creencia de las Islas Meridionales, según la cual en el momento de la muerte el ánima abandonaba el cuerpo en la forma de una blanca y espectral ave marina que echaba a volar sobre el mar, cantando una última y hermosa canción, para seguir al sol y finalmente unirse a él. Si hubiera podido ver el ave del ánima de Chrysiva, pensó, no hubiera visto una orgullosa gaviota blanca, sino un pobre y lisiado gorrión.

Una lágrima cayó de improviso sobre el broche de estaño y se estremeció allí durante un momento antes de deslizarse sobre la mano de Índigo. Había empezado a llorar sin darse cuenta; se pasó rápidamente la mano por los ojos y cerró con fuerza los párpados. Llorando no conseguiría nada. Era la cólera lo que debía recuperar ahora, la rabia que había tenido controlada, pero que ardía en su interior, corroyéndola, desde que pusiera los pies en Vesinum. El broche era el foco de su cólera, ya que simbolizaba toda la inocencia, la esperanza, la *vida* que el Charchad había corrompido en aquella región. Y en el origen de esta corrupción, el suelo del que se alimentaba, estaba el demonio que ella, por su proceder, había soltado sobre el mundo.

Librodot

Su mano se cerró sobre el broche en un repentino e involuntario gesto, mientras la rabia estallaba en su mente con una ardiente desesperación que la hizo sentir mareada. El símbolo de Chrysiva; y el suyo también, ¿no era acaso un amargo y conmovedor emblema de la maldición que había hecho caer sobre sí misma? Había prometido conservar el pequeño pájaro de estaño y guardarlo. Y mantendría esa promesa a toda costa, ya que el broche era ahora para ella lo que había sido en una ocasión para Chrysiva: un símbolo de algo perdido que lucharía por recuperar, sin importarle a qué precio.

Se oyeron pisadas en el túnel: Índigo levantó la cabeza rápidamente y pudo ver a Jasker que penetraba en la cueva. La carga del hechicero había desaparecido, y sus ojos estaban vacíos de toda emoción. Detrás de él, *Grimya* avanzaba con la cabeza gacha y arrastrando la cola; su mente estaba cerrada y parecía reacia a encontrarse con la mirada de la joven. Se recluyó en el extremo más alejado de la caverna, donde se dejó caer en el suelo y pareció no desear otra cosa que dormir.

—Ya está. —Jasker tomó el odre de agua y se llenó una copa—. Su cuerpo y su alma están con Ranaya.

Índigo se puso en pie. Una arista afilada del broche le había producido un corte en la mano allí donde lo había apretado con demasiada fuerza, pero no se dio cuenta.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Estará amaneciendo, más o menos. Quizá sea un poco más tarde. —Jasker levantó los ojos con rostro inexpresivo—. ¿Por qué?

—Quinas.

Se dio cuenta ahora del dolor que sentía en su mano y éste hizo que sus pensamientos adquirieran mayor nitidez. El hombre estudió su rostro durante unos segundos, luego dijo:

—Dudo de que esté dispuesto a cooperar con nosotros todavía. Dejémoslo un poco más: que su prisión nos facilite el trabajo.

—No. —Sacudió la cabeza—. Ya he esperado bastante, Jasker. En nombre de Chrysiva, quiero lo que Quinas pueda darnos... ¡ahora!

El hechicero siguió contemplándola.

—¿Es por Chrysiva? —repitió en voz baja—. ¿O por vos?

—Por ella, por mí, por nosotros, ¿cuál es la diferencia? —Se volvió, hundiendo la cabeza entre los hombros llena de rabia; al cabo de un instante se giró de nuevo—. Dijisteis que podíais hacerlo hablar, lo *prometisteis.* ¡Si ahora no tenéis el valor de hacerlo, decidlo, y haré el trabajo yo misma!

—Índigo. —Se adelantó y posó ambas manos sobre sus hombros. Furiosa por su intento de apaciguarla, probó a desasirse, pero él la sujetó con fuerza, obligándola a mirarle.

—Muy bien —dijo el hombre al fin—. Puesto que vuestra paciencia se ha agotado, iremos ahora y haremos lo que deba hacerse. Hubiera preferido esperar, pero no importa.

La muchacha temblaba bajo sus manos, con todos sus músculos en tensión.

—Cada minuto que lo retrasemos puede significar la muerte de otro ser inocente como Chrysiva —replicó vehemente—. ¿Es eso lo que queréis?

—Sabéis que no.

—Entonces...

—Entonces no hay nada más que decir.

Los ojos de Jasker eran muy elocuentes ahora, y lo que vio allí hizo que se sintiera avergonzada, aunque luchó violenta y silenciosamente contra aquella sensación. Por fin el hechicero la soltó y dio un paso atrás.

—Si estáis lista, venid conmigo —dijo—. Aunque preferiría que me dejarais hacer esto solo.

Ella le dirigió una tosca mirada y él se encogió de hombros.

—Vamos, pues.

Grimya alzó la cabeza cuando se dirigían hacia la boca del túnel. Índigo se detuvo y se volvió para mirar a la loba.

Librodot

«¿Grimya? *¿Quieres venir con nosotros?»,* preguntó en silencio.

«No. » La respuesta fue tajante y desconsolada. *«No quiero verlo. »* Se produjo una pausa. *«Hay tinieblas aquí. Índigo; una oscuridad cruel que no puedo comprender y que no me gusta. Por favor..., ¿estás segura de que esto es lo correcto?»*

«Claro que sí. » Podía simpatizar con la ingenuidad de *Grimya,* que daba pie a tales temores. Forzó una sonrisa, pero no resultó convincente. *«Duerme un rato. Regresaré pronto. »*

«Lo sé. Pero cuando... » La loba vaciló.

«Cuando ¿qué?» Había un ligero matiz de impaciencia en los pensamientos de Índigo.

«No importa. » Grimya la miró, entristecida pensó ella. *«Intentaré dormir, tal y como sugieres. »*

Se tumbó de nuevo con la cabeza vuelta hacia el otro lado, mientras Índigo seguía a Jasker fuera de la cueva.

—Es más fuerte de lo que había esperado.

El hechicero regresó al lugar donde aguardaba Índigo en la parte superior de la ladera que descendía hasta el estrecho pozo que se hundía en las montañas. Su torso desnudo estaba cubierto por una película de sudor, y sus manos y brazos estaban ennegrecidos hasta los codos por el humo. Sus ojos eran como pedacitos de hielo petrificado en el interior de sus cuencas; y cuando sonrió, su gesto no poseía el menor vestigio de humanidad.

—Unos cuantos minutos más —prosiguió—, y creo que notaremos un cambio.

No deseando encontrarse con sus ojos. Índigo miró detrás de él al lugar donde Quinas yacía con los miembros extendidos sobre el suelo del pozo. El capataz seguía consciente —a Jasker le preocupaba que perdiera sus facultades mentales—, pero la boca le colgaba abierta; respiraba con dificultad, en silencio, como un pez varado en la playa, y sus ojos carecían de expresión a causa de la conmoción sufrida.

Lo que la muchacha había presenciado en aquel lugar caluroso y claustrofóbico, lleno de vapores de sulfuro, había puesto a prueba su determinación de conseguir información a cualquier precio. Jamás hubiera creído que un ser humano pudiera ser capaz de infligir torturas como las que Jasker había hecho sufrir a Quinas, y mucho menos con tal inflexible y desinteresada dedicación. El hechicero había recurrido a los más sutiles matices de su arte, y durante algo más de tres horas Quinas se había retorcido, aullado y padecido bajo el contacto del fuego en todas sus manifestaciones imaginables. Se había abrasado, sangrado, sofocado; se había balanceado sobre el abismo de la demencia total y se lo había traído de vuelta con la mente intacta, pero monstruosamente lleno de cicatrices. Su cuerpo era ahora una carcasa maltrecha, el pelo quemado, la piel llena de ampollas, los dedos fundidos unos con otros allí donde la carne se había derretido y reformado. Y durante todo aquel proceso, Jasker se había comportado como si fuera de piedra, como el experto, preciso y por completo indiferente orquestador del tormento de su víctima. Los peores asesinatos cometidos por los seguidores de Charchad, no importaba lo demenciales o depravados que pudieran ser, no eran más que una pálida sombra en comparación.

Índigo sabía que debía sentir náuseas por lo que había presenciado. No compartía la locura de Jasker, ni su personal necesidad de venganza. Ninguno de sus seres queridos había sido víctima de Quinas. Hubiera debido interceder, pedir misericordia y justicia, y rogar al hechicero que buscara otro modo. Pero incluso ahora, al contemplar el armazón destrozado de un hombre que se estremecía sobre el ardiente suelo de piedra, le resultaba imposible encontrar algo de piedad en su corazón por él; sólo hallaba un núcleo lleno de odio y repulsión, duro como el diamante.

Por fin sus ojos se encontraron con los del hechicero, y sintió un destello de satisfacción en su interior.

—¿Unos minutos?

Él se encogió de hombros descuidadamente.

Librodot

—Quizá debiera de haberlo puesto en práctica antes; pero tengo aún otro pequeño truco guardado en mi manga...

—Utilizadlo, Jasker. —Sintió cómo un hilillo de sudor se deslizaba por su espalda y la sensación le produjo una oleada de furia—. Hacedlo hablar.

El hombre le sonrió de nuevo.

—Lo mejor será que os mantengáis bien alejada del fondo del pozo. Y si os queréis marchar.. —Unas cejas enarcadas hicieron una muda pregunta, e Índigo negó con la cabeza.

—Muy bien. Pero tened cuidado; el calor puede resultar mayor de lo que esperáis.

Se giró y empezó a descender por la ladera. Quinas volvió la cabeza para contemplarlo, y la joven vio cómo los músculos del rostro del capataz se tensaban llenos de agitación, aunque intentó mantener el temor alejado de su rostro.

Jasker sonrió de nuevo. Levantó los brazos como si fuera a abrazar a su amante; al cabo de un instante el calor aumentó en la caverna y estalló como una tormenta, una muralla de abrasador y sofocante color rojo que hizo que Índigo se tambaleara hacia atrás, jadeante al sentir que el aire le era arrebatado de los pulmones.

En las sombras del otro extremo de la cueva surgió de la nada una nube de humo negro y fétido, y algo cobró vida en su interior.

La criatura era tres veces más alta que Índigo, pero tan delgada como un arbolillo. No era ni un dragón ni una salamandra gigante, aunque su reluciente forma mostraba elementos de ambos seres. Unos ojos sorprendentemente humanos los contemplaron desde un afilado rostro de reptil; alas membranosas estaban dobladas sobre un cuerpo que parecía derretido y que palpitaba muy despacio; y una mano —una mano humana, pero cubierta de escamas en lugar de piel— se extendió en un gesto que imitó al de Jasker.

Entre aquel ser elemental y el hechicero chisporroteó una lengua de fuego, e Índigo vio cómo el segundo retrocedía involuntariamente cuando un rayo de energía se estrelló contra su brazo extendido. Quinas tenía la cabeza totalmente echada hacia atrás y los ojos a punto de saltarle de las órbitas, mientras intentaba descubrir el origen de aquella nueva amenaza. Y de nuevo, Jasker sonrió.

—Hermana del magma, hija de la tierra fundida: se te da la bienvenida.

El monstruo siseó, y el sonido retumbó en el limitado espacio de la cueva. A los oídos de Índigo el silbido tenía la distorsionada pero inconfundible forma de una palabra concreta: *comida;* y sintió cómo el estómago se le revolvía.

El hechicero dio dos pasos hacia atrás, con mucho cuidado, y una cuerda de fuego apareció en sus manos. La tensó con fuerza; luego, con una inclinación de cabeza, señaló al hombre que yacía tumbado en el suelo y pronunció cinco sílabas en una lengua extraña que parecía compuesta de inflexiones más que de palabras.

El ser elemental se deslizó hacia adelante, el humo del que estaba formado moviéndose con él. Se cernió, balanceándose, sobre la cabeza de Quinas. Después, tan deprisa que los sentidos de Índigo apenas si registraron el movimiento, una lengua de fuego surgió veloz de su boca y cayó sobre el ojo derecho del capataz.

Éste lanzó un alarido y su cuerpo empezó a debatirse con violencia, pero inútilmente, ya que estaba bien sujeto. Índigo tuvo una momentánea visión de una piel ennegrecida y de carne fundida allí donde había estado el ojo, antes de que el ser se doblara de nuevo hacia adelante para volver a atacar...

—¡No, hermana! —Jasker levantó la cuerda de fuego, que brilló repentinamente con una luz azulada—. ¡Es suficiente!

La criatura lanzó un agudo silbido de protesta, pero se vio obligada a obedecer. Se echó hacia atrás y permaneció suspendida en el aire, balanceándose como una serpiente que intentara hipnotizar a su presa. El hechicero dio un paso hacia adelante.

—Quinas. —Su voz era tranquila, persuasiva, escalofriantemente indiferente—. Habéis visto... —soltó una leve risita al darse cuenta de su involuntario y desagradable chiste— la forma en que a mi hermanita del magma le gusta alimentarse. Un mortal es un manjar

Librodot

exquisito que tardaría mucho tiempo en devorar; muchos días, quizá. De modo que os dejo elegir. Decidme lo que quiero saber, y recordad que poseo mis propios métodos para comprobar la verdad, y la enviaré de nuevo a dormir a la roca fundida de la que procede. Rehusad y aflojaré mi control sobre ella y dejaré que escoja un nuevo bocado antes de formular mis preguntas de nuevo; y lo haremos así una y otra vez. —Le dedicó una sonrisa—. Me da la impresión de que vos os cansaréis del juego mucho antes que ella o yo.

El ser silbó de nuevo, como para dar su aprobación, y Quinas miró una vez más al hechicero. El ojo que le quedaba estaba totalmente encarnado. Índigo no sabía si a causa de la sangre o por efecto de su curiosa lente. Su convulsionado cuerpo parecía estar totalmente fuera de su control. Cuando por fin intentó hablar no pudo hacer otra cosa que jadear, mientras su chamuscada boca se abría y cerraba espasmódicamente. Jasker aguardó, indiferente a sus esfuerzos, y por fin una voz que sonó como si la laringe que la formaba estuviera hecha jirones graznó:

—Con... testaré...

Índigo sintió cómo sus propios pulmones dejaban escapar un abrasador suspiro, y el hechicero asintió.

—Muy bien. —Tensó la cuerda de fuego otra vez—. Entonces, mientras mi hermanita aguarda para asegurarnos vuestra continuada cooperación, empezaremos.

No necesitaron volver a torturarlo. Quinas apenas podía hablar y cada palabra le producía nuevos dolores. Pero despacio, con voz titubeante, la información que deseaban les fue revelada, hasta que Jasker se convenció de que su prisionero no podía contarles nada más.

—Tenemos todo lo que puede facilitarnos —dijo, *y* regresó despacio hasta el lugar donde Índigo permanecía agachada cerca de la entrada de la cueva—. Y es suficiente.

—Sabemos que Aszareel sigue vivo y que reside en el valle de Charchad —repuso con calma.

—Sí. No sé cómo interpretar eso; ningún hombre normal podría sobrevivir en ese lugar durante más de unos pocos días. Pero es la verdad, por lo que sabe Quinas.

—Aszareel no es normal —apuntó Índigo con voz venenosa—. Es... —se interrumpió y meneó la cabeza.

El hombre se dejó caer sobre la roca a su lado y se cubrió los ojos con los dedos. Estaba agotado y, aunque el ser elemental se había ido, la cueva seguía resultando sofocante; el calor y los vapores estaban acabando con las pocas energías que le quedaban.

—Esa basura ya no nos sirve de nada —musitó cansino, señalando en dirección al pozo—. Hay una fumarola cerca; lo mataré y entregaré el cuerpo a las salamandras que viven allí. Podrán alimentarse durante un tiempo.

La cabeza de Índigo se alzó bruscamente y la muchacha contempló al capataz, que, por suerte para él, había perdido el conocimiento. Luego respondió llena de rencor:

—No. Lo llevaremos de regreso con nosotros. Quiero que viva un poco más aún.

—¿Para qué? No puede decirnos nada nuevo, y ya no lo necesitamos.

—No me importa. Quiero que viva. Quiero que *sufra.*

Jasker la contempló, inquieto. Su propia sed de venganza personal estaba más que satisfecha: de hecho había encontrado desagradable gran parte de la tortura; prefería métodos más limpios cuando se trataba de desquitarse. Una ejecución rápida y la eliminación del cuerpo le parecían ahora lo más justo. Pero Índigo opinaba de otra manera. Para ella, la muerte de Quinas no sería suficiente.

Un tardío destello de humanidad intentó abrirse paso por entre el paralizante cansancio, e intentó razonar con ella.

—Dejadlo morir. Dejad que se vaya al infierno que merece y acabemos con esto.

Índigo no respondió de inmediato, sino que se quedó contemplando al hombre del pozo. Pero no veía el cuerpo destrozado de Quinas; en su mente, veía el rostro desfigurado de Chrysiva, y sintió cómo el pequeño broche de estaño le quemaba la piel bajo los pliegues de

sus ropas. Entonces el rostro de la difunta se transformó y se convirtió en el de Fenran, su propio amor, desgarrado, sangrante, los ojos inexpresivos por el dolor y el horror. Finalmente sus facciones se deshicieron para transformarse en el semblante depravado y de ojos plateados de otro ser, uno que jamás había sido humano, pero que —sin embargo— derivaba su maligna existencia de la humanidad; un ser del que no se liberaría hasta que su misión hubiera terminado. Su Némesis.

—¡No! —exclamó con vehemencia.

Jasker suspiró. No tenía fuerzas para discutir más: que hiciera lo que quisiese, si es que ello aliviaba el terrible sufrimiento que la corroía interiormente.

—Muy bien —concedió resignado—. Haremos lo que queréis. —Se puso en pie—. Dudo, no obstante, que recobre el conocimiento durante algunas horas, y puede que para entonces...

—¿Para entonces pensáis que habré cambiado de opinión? —La cólera centelleó en los ojos de Índigo—. ¡No presumáis de conocerme, Jasker!

—*Saia,* no presumo de nada. —Se volvió de nuevo hacia el pozo y luego se detuvo—. Sencillamente me siento un poco desconcertado al descubrir que vuestra capacidad para desquitaros excede incluso a la mía.

El broche pareció arder aún con más fuerza sobre su piel, e Índigo replicó:

—Tengo mis propias razones, Jasker.

—Sí. —Reconoció aquel punto con una irónica mueca de sus labios—. Estoy seguro de ello.

La muchacha volvió la cabeza mientras él iba a buscar a su prisionero.

Librodot

CAPÍTULO 10

Grimya se puso en pie de un salto cuando penetraron en la caverna principal. Por un instante. Índigo sintió la cálida oleada mental de su bienvenida: entonces la loba vio lo que transportaban, y la cordialidad se hizo pedazos para convertirse en un torbellino de sorpresa y confusión.

«¡Índigo!» La angustia del animal fue como una cuchillada psíquica en la mente de la muchacha. *«¿Qué habéis hecho?»*

La joven se quedó mirando con fijeza a su amiga. Por un instante vio un reflejo de la imagen, tanto física como mental, que representaba para *Grimya, y* los helados dedos del remordimiento se cerraron sobre su estómago. Luego arrojó aquel sentimiento a un lado, como si se tratara de una prenda gastada e inútil.

«Hicimos lo que era necesario», respondió lacónica.

«Pero el hombre sigue vivo... »

«Sí. Y así seguirá. »

«Índigo... »

—¡No!

No había sido su intención pronunciar la enojada réplica en voz alta, pero surgió antes de que pudiera evitarlo. Jasker la miró rápidamente, luego a la loba.

—¿No... ? —interrogó, con suavidad.

Índigo sacudió la cabeza con fuerza, rehusando explicarse, y el hechicero las observó con curiosidad mientras *Grimya* se daba la vuelta. Aventuró que se habían comunicado por un breve instante y no en muy buenos términos, lo cual había provocado la explosión de Índigo. A modo de experimentación envió una suave onda mental hacia *Grimya.* No obtuvo ninguna respuesta —ni siquiera pestañeó— y Jasker suspiró interiormente, dándose cuenta de que el animal o bien no podía o no quería responderle. La loba se dirigía ya hacia la salida de la cueva, con la cabeza gacha. Miró atrás en una ocasión, como si esperara que su amiga fuera a hablarle; pero la muchacha la ignoró, y *Grimya,* muy despacio y llena de desaliento, abandonó la cueva en silencio.

El hechicero depositó el cuerpo inconsciente de Quinas en el suelo, en un extremo de la cueva. Índigo se sentó, con la espalda vuelta hacia él y los hombros encogidos en una clara señal de que deseaba que la dejaran tranquila. Existía una peculiar mezcla de estar a la defensiva y de agresión en aquella postura, y Jasker sospechó que el equilibrio mental de la muchacha pendía de un hilo. Éste podía romperse en cualquier momento y arrojarla a una situación de agotamiento total o en las garras de una cólera incontrolable.

Con un sentido práctico, dijo en un tono tan casual como le fue posible ofrecer:

—Deberíamos comer. De nada sirve descuidar las necesidades físicas.

—No tengo hambre.

—Tampoco yo. —Dirigió otra rápida mirada a su prisionero—. Si os he de decir la verdad, no tengo el menor deseo de comer por el momento; estoy demasiado cansado. Pero me obligaré a hacerlo, porque es necesario. Y vos también deberíais tomar algo.

Ella volvió la cabeza, con una expresión llena de veneno.

—Maldita sea, Jasker, ¡he dicho que *no tengo hambre!* Parecéis mi vieja nodriza...

Se interrumpió en mitad de la frase y volvió la cabeza con brusquedad. A Jasker le pareció oír un débil gemido, como si la joven intentara contener las lágrimas. Suspiró a su vez y, demasiado cansado para proseguir con la cuestión, se dirigió a su pequeña reserva de alimentos y empezó a prepararse una improvisada comida. Sus existencias —jamás abundantes en el mejor de los casos, ya que la comida era escasa y se echaba a perder con rapidez— eran muy reducidas, pero consiguió reunir unos pocos restos de verdura medio seca y algunos pedazos de carne, que podía ablandarse, si era necesario, con un poco de agua. Cuando hubo terminado se volvió y advirtió que Índigo se había levantado y había atravesado la cueva para ir a contemplar a Quinas. Su expresión era fría y distante, pero a la vacilante luz

Librodot

de las velas le pareció detectar el anormal brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Índigo. —Dejó la comida y se dirigió despacio hacia ella. La muchacha no se apartó cuando le pasó el brazo alrededor de los hombros y, animado, continuó hablando—: Índigo, seguís llorando a Chrysiva, y tenéis que comprender que entiendo perfectamente cómo os sentís. Pero, en venganza, le hemos sacado a esta criatura todo lo que era posible. —Miró al hombre inconsciente que tenía delante, sus cabellos quemados, la piel llena de ampollas, las manos destrozadas, el horripilante cráter negro y rojo que ocupaba el lugar en el que había estado su ojo derecho—. ¿No sería más sencillo ahora dejarle morir?

La joven cerró con fuerza los ojos y sus dientes se clavaron en su labio inferior.

—Sí. —Su voz sonaba extraña—. Sería más sencillo. Pero quiero que viva.

—¿Por qué?

—Porque... —Aspiró con fuerza—. Porque cada momento que sigue con vida, cada momento que sufre, significa una nueva venganza. ¿No lo comprendéis? —Levantó la mirada hacia él, y Jasker se quedó estupefacto ante la terrible expresión de sus ojos. La muchacha tenía el mismo aspecto que si hubiera abierto la puerta de un mundo tan perversamente maligno que le había arrebatado los últimos vestigios de humanidad a su alma, y hubiera decidido fría y deliberadamente penetrar por aquella puerta. Entonces, con un rápido movimiento, introdujo la mano en su túnica y le mostró algo que lanzó un apagado destello—. Ella me dio esto, Jasker. Era lo más valioso que poseía, y me lo dio como prueba de gratitud antes de que la matara. ¡Miradlo! *¡Miradlo!*

Lo contempló, pero no intentó tocarlo. Índigo siguió hablando con voz ronca:

—Cada momento, Jasker, cada *momento* que Quinas sufra, ¡será por Chrysiva! —Su mano se cerró con fuerza alrededor del pequeño pájaro de estaño—. Y sufrirá. Ya lo creo.

—¿Por Chrysiva? —inquirió Jasker—. ¿O por alguna otra persona?

Ella se quedó como paralizada, mirándolo fijamente.

—¿Qué queréis decir?

—Sabéis lo que quiero decir. —La sujetó por los hombros; sus dedos se cerraron, inconscientemente, con tanta fuerza que la lastimaron, pero ninguno de los dos se dio cuenta de la violencia de aquel gesto—. No es por Chrysiva, ¿no es así. Índigo? Lo sé, porque yo también he sufrido esa pérdida. Es por Fenran.

Los ojos de la joven se abrieron de par en par. No se había dado cuenta de que él conocía el nombre de Fenran, y oír pronunciarlo en voz alta fue un choque que le trajo a la mente todos los recuerdos, todos los horrores, en la forma de una horda de aullantes demonios. Sintió un nudo en la garganta y dejó escapar un entrecortado sollozo.

—No —susurró—. No, es... —Empezó a temblar—. No podéis comprender, no podéis... —Las lágrimas se le agolparon en los ojos, ardientes y punzantes; y con ellas llegó un enorme y violento arrebato provocado por los sentimientos contenidos en su interior. Intentó controlar sus emociones, luchó por evitar que salieran a la superficie, hasta que, de repente, su autocontrol se hizo añicos para convertirse en un torrente de lágrimas.

—¡Índigo!

Jasker la sujetó mientras ella caía de rodillas. La muchacha extendió a ciegas los brazos hacia él, y el broche de estaño se desprendió de su mano al asirse al hombre en una desesperada y muda súplica de consuelo. Incapaz de razonar, sin detenerse a pensar, la abrazó con fuerza contra él y su visión se nubló al alzarse en su mente recuerdos que eran crueles parientes de los de la muchacha. Una cabellera larga, espesa y sedosa rozando su rostro, los contornos más menudos y flexibles de un cuerpo de mujer, la suavidad de su piel... Imaginación y anhelo se agolparon en el hechicero, y besó su rostro, sus hombros, la parte superior de su cabeza; sintió cómo ella le respondía y se aferraba a él como si ambos se pertenecieran y bajo la benevolente sonrisa de Ranaya no hubiera sido jamás de otra forma.

—No llores. —Su voz estaba ronca por la emoción; las palabras brotaron amortiguadas mientras apretaba su mejilla contra la de ella—. Mi amor, mi dulce rosa en un desierto yermo, no llores. —Y entonces pronunció un nombre que durante dos años no había sido más que una

Librodot

puñalada de silenciosa agonía en su corazón.

Algo en su interior se bloqueó, y la conmoción que le produjo su comportamiento aclaró su mente con la misma brusquedad como si alguien le hubiera arrojado un cubo de agua helada al rostro. Trastornado, bajó la mirada hacia Índigo. La muchacha permanecía en silencio, inmóvil, y supo que lo había oído y había comprendido el significado de lo que había dicho.

Ella levantó la cabeza, entonces, muy despacio. Las mejillas estaban húmedas a causa de las lágrimas y los ojos irritados. Sus manos, que le habían sujetado con fuerza los hombros, se soltaron lentamente y se restregó los nudillos por el enrojecido rostro.

—Jasker... —Se detuvo, luego se apartó de él y se dejó caer hasta quedar sentada en el suelo de la caverna—. Lo siento. Estaba...

Él negó con la cabeza.

—No, *saia,* no. Soy yo quien debiera disculparse. No lo pensé, no lo consideré: por un breve instante casi creí que vos...

—Sí. Yo sentí lo mismo. —Jasker creyó que iba a volver a llorar, pero recuperó el control—. Nos hemos comportado de una forma muy estúpida, ¿no es así? —Parpadeó rápidamente—. Sois un buen hombre, Jasker, y nuestra causa nos ha proporcionado mucho en común. Amistad, simpatía, empatía incluso. Pero...

Él sonrió con tristeza y terminó la frase por ella.

—Pero yo no soy Fenran.

—No. Y yo no soy vuestra esposa muerta. Sería muy fácil fingirlo, pero la simulación no estaría bien.

—Sería peor que eso. —Jasker se inclinó y le tomó las manos. No hubo tensión en el gesto, sólo una amabilidad casi fraternal—. Sería una parodia.

Índigo asintió. Ya no le quedaban lágrimas, y mientras se secaban sintió cómo el arrebato de emoción se marchitaba con ellas, dejando un oscuro y tranquilo vacío. En las profundidades de aquel vacío hervía alguna cosa, pero era algo demasiado remoto para tener significado y ella estaba demasiado agotada para seguirle la pista.

Jasker le soltó las manos y se quedó mirando al suelo. Sus ojos permanecieron ocultos y sus pensamientos, secretos, y el silencio se adueñó de la cueva durante un minuto o dos. Luego, el hechicero se irguió por fin.

—Os dejaré para que descanséis —dijo—. Creo que quizá los dos necesitamos estar solos por un rato. —Bajó la mirada hacia ella, el rostro macilento y demacrado—. Y lo siento. Índigo. De veras que lo siento.

Ella no levantó los ojos cuando él salió muy despacio de la cueva. Aunque se sentía totalmente exhausta, el sueño estaba fuera de su alcance. Se sentó con las piernas cruzadas delante de la única vela que aún ardía en la caverna, con los ojos fijos en la vacilante llama y respirando tan despacio y superficialmente que un observador no hubiera estado muy seguro de si estaba viva o muerta. Detrás de ella, Quinas seguía echado sin moverse, las destrozadas manos atadas a la espalda y el cuerpo colocado de tal forma que su rostro estaba enfocado de cara a la pared. No lo miró ni una sola vez, pero era fría y cruelmente consciente de su presencia.

Podrían haber transcurrido minutos u horas; Índigo no lo sabía, ni le importaba. En su santuario privado, en lo más profundo del volcán, Jasker estaría meditando o rezando, intentando reparar la falta que atribuía a su estupidez *y* el sacrilegio que había cometido al pronunciar el nombre de su esposa muerta. Sin embargo, para Índigo, la chispa que se había encendido por tan breves instantes entre ellos no había sido un disparate, sino más bien un desesperado intento de dos personas solitarias y desgraciadas de buscar consuelo en medio del vacío. No amaba a Jasker, como tampoco él la amaba. Pero por un amargo y, a la vez, dulce momento, habían superpuesto las imágenes de sus amores perdidos, y la ilusión casi los había convencido.

Pero casi era justamente eso: *casi.* Las ilusiones no duraban, y Jasker ni podía ni pretendía ocupar el lugar de Fenran. Sus manos eran las únicas que ella quería sentir sobre su piel, sus

Librodot

labios los únicos que deseaba rozar con los suyos. Habían transcurrido cinco años desde que lo perdiera... ¿Cuántos más pasarían antes de que pudiera verlo de nuevo?

En el suelo, delante de ella, el broche de estaño de Chrysiva relucía con una pátina brillante a la luz de la vela. Lo había dejado allí al recogerlo del lugar donde había caído; por fin, muy despacio, como si se tratara de un sueño, extendió la mano y lo levantó, sopesándolo distraídamente. Chrysiva. Fenran. La esposa de Jasker. Todos ellos vivían en aquel menudo y tosco símbolo del amor de un minero; era la materialización de lo que el poder que ella odiaba con tanta fuerza le hacía a su mundo.

Odio. El tranquilo vacío que el arrebato emocional había dejado tras de sí se llenó de improviso con algo perverso, ardiente y mortífero. Aunque no mostró ningún signo externo de ello. Índigo sintió que un horno se había abierto en lo más profundo de su ser y que sus abrasadoras llamas la devoraban desde dentro. Pero conocía la sensación y le dio la bienvenida, ya que era la furia que la había sostenido desde aquella noche en Vesinum, la cólera que la había conducido a las montañas y a Jasker, el aborrecimiento que la había llevado a contemplar impasible cómo Quinas aullaba bajo la agonía de la tortura. Odio. Era un vino fuerte, muy fuerte. Y aún no había terminado de beber.

Se puso en pie, y mientras se enderezaba le pareció por un instante como si la cueva se llenara de una neblina roja que casi la cegó. Se disipó rápidamente —no era más, comprendió, que un pequeño mareo producido por el cansancio y la falta de comida—, pero pareció cristalizar la furia de su interior en un rayo estrecho, maligno y perfectamente claro que repentinamente encontró su foco en una única dirección.

Índigo se dio la vuelta y vio que Quinas había rodado sobre sí mismo y la miraba con el único ojo que le quedaba.

El odio se encrespó. Sonrió y alzó las manos, los puños apretados como si tensara una cuerda invisible.

—Bien. —Si hubiera podido escuchar objetivamente su propia voz no la hubiera reconocido—. El durmiente regresa al mundo. ¿Con qué soñasteis, Quinas? ¿Con mujeres atormentadas? ¿Con enfermedades? ¿Con esclavitudes? —Sus labios se torcieron inefablemente en una cruel sonrisa—. ¿O con el beso del fuego?

No le respondió —ella dudó de que fuese capaz de hablar—, pero despacio, muy despacio, la roja lente descendió sobre su ojo, y un músculo de su hundido rostro se crispó espasmódicamente.

La sonrisa de Índigo se ensanchó.

—¿Os duele algo? Si; creo que sí. Bien, pronto habrá terminado, Quinas. No demasiado pronto para vos, diría yo, pero pronto. —Se agachó, inclinándose sobre el prisionero. Sus espantosos y desfigurados miembros no la repelieron; había dejado muy atrás tales reacciones humanas—. El dolor terminara, Quinas, cuando hayáis realizado un pequeño trabajo para mí. Hacedlo y os permitiré morir. No lo hagáis, y pasaré muchos, muchos meses disfrutando del espectáculo de vuestros nuevos tormentos. Me comprendéis, ¿verdad?

El ojo cubierto por la lente roja continuó contemplándola sin verla, pero esta vez la abrasada boca del capataz se contrajo y un murmullo apagado y reseco surgió de su garganta.

—Lo... lo... lo... ca...

Índigo se echó a reír, rompiendo el silencio con su voz.

—¿Loca? No, Quinas. No estoy loca. Estoy furiosa. ¡Y mi furia aún no se ha visto satisfecha, ni lo estará hasta que ese ser maligno al que servís no se debata gimoteante a mis pies hasta quedar convertido en cieno primigenio!

Se incorporó con un brusco movimiento, y se volvió para dirigirse hacia donde sus posesiones permanecían cuidadosamente amontonadas junto a la pared, a poca distancia de allí. Tomó la ballesta, la armó con una saeta y se dio la vuelta hacia Quinas. Sus manos acariciaron el arma, moviéndose despacio pero con mortífera determinación, y dijo:

—Nos habéis hablado de vuestro amo Aszareel, y nos habéis dicho dónde se lo puede encontrar. Pero no es suficiente, Quinas. Quiero más de vos. —Lo apuntó de repente con la

Librodot

ballesta—. ¡En pie!

Quinas vaciló, luego hizo un gesto de negación con la cabeza, apenas perceptible. Intentó hacerle una mueca burlona, pero resultó un esfuerzo patético y espantoso en su rostro deforme.

—Y si... no quiero —susurró—. ¿Qué ha... haréis entonces, *saia?*

Índigo lanzó una carcajada con cierta suavidad.

—Mirad de nuevo, amigo mío. Comprobad adonde apunta la flecha.

La mirada del hombre se dirigió hacia la ballesta, y resiguió la imaginaria línea que iba de ella hasta su cuerpo. La saeta iba dirigida directamente a su ingle.

—No, no os matará —le confirmó la joven en voz baja—. Pero os provocará mucho dolor. Más dolor aún, Quinas. ¿Me explico?

No pudo adivinar qué pensamientos cruzaban por la mente del capataz mientras contemplaba el arco que ella sostenía con firmeza. Pero por fin, aunque despacio y con patente mala gana, que era el único resto de dignidad que le quedaba, Quinas empezó a incorporarse con dificultad.

—¡Ín-di-go!

La aludida se giró en redondo, alzando la ballesta en un rápido movimiento reflejo para apuntar a la inesperada pero, sin embargo, familiar voz que acababa de sonar a sus espaldas. Quinas se dejó caer torpemente en el suelo, y la muchacha se encontró en el punto de mira de su arco la figura de *Grimya,* inmóvil en la boca del túnel.

Los ojos de la loba brillaron con expresión triste en la penumbra.

«¿Me matarás también a mí?», preguntó en silencio el animal.

—Me has sobresaltado... —A la defensiva. Índigo convirtió sus palabras en una acusación, y bajó el arma—. Pensé...

Grimya volvió los ojos hacia Quinas.

«¿Pensaste que yo era otro enemigo?»

El capataz la contemplaba con atención; su curiosidad derrotaba el dolor y la confusión. Al instante. Índigo cambió a la conversación telepática.

«¡No deberías acercarte a mí sin hacer ruido!»

«Intenté hablar contigo, tal y como estamos hablando ahora. Pero tu mente estaba cerrada a la mía. » Grimya penetró un poco más en el interior de la cueva, luego vaciló. *«Está prácticamente cerrada, ahora. Intercambiamos palabras, pero no puedo ver tus pensamientos. Índigo, ¿qué haces? ¿Dónde está Jasker? ¿Y por qué ibas a matar a este hombre cuando dijiste que no lo harías?»*

«No iba a matarlo. ¡Maldita sea, Grimya, *no lo comprenderías!»*

La loba soltó un ahogado gañido, y bajó la cabeza.

«Podría; pero tú no me dejas intentarlo. »

La cólera se apoderó de Índigo, y con un violento gesto arrojó a un lado la ballesta. Ésta se estrelló contra la pared e hizo que *Grimya* se encogiera asustada; la muchacha atravesó la cueva a grandes zancadas antes de volverse y mirar a la loba de nuevo.

—Muy bien —dijo en voz alta—. ¡Muy bien, si es que quieres saberlo todo! —Ya no le importaba que Quinas la oyera; ya no le importaba nada, excepto sus propias intenciones, aquello que pensaba hacer y que el animal había interrumpido—. Ven aquí, *Grimya.* Ven aquí y mira.

«Índigo, por favor..., haces que tenga miedo de lo que hay en tu cabeza... »

El rostro de la joven se deformó hasta convertirse en una perversa máscara, y repitió con ferocidad:

—¡He dicho que *vengas a ver esto!*

Grimya se acercó despacio y de mala gana. Al acercarse vio que su amiga sostenía algo en la mano que le tendía. La loba ya lo había visto antes. Un adorno, como los que a los humanos les gusta lucir, hecho de un metal de color plateado. Había pertenecido a la pobre mujer enferma, y ella se lo había dado a Índigo como regalo, justo antes de... Pero no quería

recordar aquello, ya que la muerte de la mujer había señalado el inicio de aquel comportamiento extraño en su amiga. Y aunque no podía entender el motivo, presentía que el pequeño adorno era en cierta forma responsable.

—¿Y bien? —La voz de Índigo poseía un desagradable tono interrogante—. ¿Sabes lo que es esto?

Grimya parpadeó, sintiéndose muy desgraciada.

«Sé de dónde vino, pero no sé cómo se le llama. Índigo... »

Se vio interrumpida.

—Es un broche. El broche de Chrysiva. ¡Algo que se le dio en señal de amor, y que se le quitó, de la misma forma en que se le quitó la vida, mediante la enfermedad, el odio y la corrupción! ¿Eres capaz de comprender lo que eso significa?

«Pero si no es más que una pieza de metal», razonó *Grimya.*

—¡No! Es mucho más que eso; es un *símbolo,* un... —se quedó sin palabras y sacudió la cabeza con violencia—. ¿Cómo puedes tú comprender estas cosas? ¿Cómo podrías tú comprender lo que significa este broche? Era de ella: de Chrysiva. Y ahora Chrysiva está muerta, asesinada por el Charchad. ¡Y el Charchad es el demonio, y ese demonio habita en este repugnante y hediondo valle, y propaga su basura y su corrupción por todo el mundo! —Aspiró con fuerza, jadeante, y su cuerpo empezó a temblar con una cólera apenas controlada—. Quiero que ese demonio y todo lo que significa muera —siseó llena de veneno—. Cueste lo que cueste, por peligroso que sea; no me importa. —Sus ojos se clavaron en los de *Grimya, y* la loba se echó hacia atrás atemorizada por la furia demente que ardía, tan nacarada, anormal y devastadora como la luz del mismo valle de Charchad, en su salvaje mirada—. ¡Vengaré a Chrysiva!

La luz de la vela se reflejó en el pequeño broche cuando Índigo echó la mano hacia atrás en un gesto brusco, y durante un instante el estaño centelleó con el mismo brillo que...

Con el mismo brillo que la plata.

En ese momento, *Grimya* comprendió lo que le había sucedido a su amiga.

Némesis. En el cerebro de la loba aparecieron imágenes de la diabólica criatura con sus inhumanos ojos sonrientes. El álter ego de Índigo, quintaesencia del mal que había liberado de la Torre de los Pesares. Una influencia que aspiraba a destruirla, y de la que la muchacha no podía liberarse hasta que hubiera muerto el último de los siete demonios. Y aunque Némesis podía tomar la forma que quisiera, una constante la traicionaría siempre ante los ojos vigilantes.

Esa constante era el color plateado.

Horrorizada, *Grimya* clavó los ojos en el broche de Chrysiva. Debiera haberse dado cuenta, cuando Índigo empezó a concentrar su atención en el regalo que la mujer le había hecho en sus últimos momentos de vida, de que la influencia bajo la que se encontraba su amiga no era normal. Pero el hecho de que el metal fuera bajo y su brillo apagado la había engañado, y ni ella ni Índigo habían considerado ni por un momento que otros peligros aparte del Charchad pudieran aguardarles. Ahora, no obstante, la loba estaba segura de ello. *Plata.* Un momentáneo destello bajo la tenue luz de la vela. Némesis había regresado para desafiarlas.

Alzó la cabeza para mirar a Índigo a los ojos, y vio que era demasiado tarde para intentar razonar. Sin saberlo, la muchacha estaba en poder de Némesis. Y el dominio que sobre ella ejercía aquel demonio era demasiado fuerte para que *Grimya* pudiera romperlo.

La loba sintió un espasmódico estremecimiento en la garganta, un reflejo que la hizo desear alzar el hocico y aullar su pena al cielo. Se sentía sola, abandonada, perdida; pero una nueva sabiduría se abría paso a través de su instinto animal y le decía que, ahora, quizá como nunca antes, debía actuar por cuenta propia. Índigo no la escucharía; su mente estaba encerrada en otro plano, envuelta en la siniestra ira que la impulsaba. Pero existía alguien más. *Grimya* recelaba de él, ya que sabía que estaba loco y era reacia a confiar en él por completo. Ahora, no obstante, parecía que era su única esperanza.

Lanzó un débil gañido, esperando todavía que Índigo parpadeara y la mirara, y que la

demencia de sus ojos hubiera desaparecido. Pero la joven no la oyó. En lugar de ello se agachó, el broche apretado con fuerza en su mano, y miró hacia adelante, como si contemplara un mundo extraño y terrible, y le gustara.

Ni siquiera levantó la cabeza cuando el animal abandonó la cueva corriendo.

Un total agotamiento se había apoderado de Jasker, pero su descanso se veía interrumpido por pesadillas inconexas y desagradables. Éstas culminaron en un sueño durante el cual, en otro nivel de conciencia, le pareció oír una voz que pronunciaba su nombre una y otra vez, y cuando se despertó con un sobresalto se quedó momentáneamente desorientado por el silencio que reinaba en su santuario. Se incorporó en su lecho, frotándose los irritados párpados; entonces dio un nuevo respingo al ver a *Grimya* en la entrada de la caverna.

Los ojos de la loba estaban enrojecidos por la congoja. Jadeante, el animal miró al hechicero con una expresión de muda súplica; luego, ante su asombro, resolló de forma gutural, pero clara:

—¡Por favor, ayú... dame!

Jasker se la quedó mirando boquiabierto, preguntándose por un fugaz instante si no estaría soñando todavía. Había conjeturado que la loba era capaz de comunicarse telepáticamente, pero no se había imaginado aquello. Por fin recuperó la voz, aunque apagada por la incredulidad.

—*Grimya...,* puedes hablar...

El animal hundió la cabeza en un gesto que daba a entender confusión e incluso vergüenza.

—Sí. No..., no quería que lo sup... pieras. Pero ahora, no pppuedo... ocultar... lo más. ¡Necesito tu ay... ayuda, Jasker!

A causa de la sorpresa que le produjo el descubrimiento, Jasker no había prestado demasiada atención a lo que *Grimya* había dicho. Pero ahora, aunque con cierto retraso, se dio cuenta, y sintió una aguda punzada de aprensión que borró los últimos restos de su cansancio.

—¿Qué sucede? —Con los músculos en tensión, empezó a ponerse en pie—. ¿Ha ocurrido algo?

—A... ún no. Pero me temo que sucederá. Es Índigo. Ella... —*Grimya* golpeó el suelo con la pata llena de desaliento ante sus limitadas facultades—. Está *enferma.*

Un temor nauseabundo convulsionó el estómago de Jasker.

—Por la lengua de Ranaya, ¿no querrás decir que padece la enfermedad de Charchad?

—No, no es e... so. En su cabeza. En su mmmente. Tiene que ver con el hombre, el hombre he... rido. Intenté hab-blar con ella, pero no qu... quiso escuchar. Por favor..., no pppuedo explicarlo bi... bien. Ven y verás.

No precisó que lo apremiaran. Para que *Grimya* hubiera roto su secreto —y podía comprender muy bien por qué deseaba que nadie, excepto Índigo, conociera su peculiar talento— algo debía de andar muy mal.

—Ve delante —le dijo—. Sólo Ranaya sabe si yo podré conseguir algo allí donde tú has fracasado, pero lo intentaré.

Abandonaron la cueva y *Grimya* fue por delante de él a través del laberinto de túneles por los que había seguido la pista del hechicero. Le costaba controlar su impaciencia ante los movimientos más lentos del hombre, y al final echó a correr cuando avistaron la entrada de la caverna principal. Jasker la vio desaparecer por allí y su corazón casi se detuvo cuando le llegó por el túnel el eco de un lastimero aullido.

—*¡Grimya!*

Recorrió a la carrera los últimos metros y se precipitó al interior de la cueva. La loba estaba clavada en el centro de la habitación, las orejas pegadas a la cabeza; al entrar él se volvió y lloriqueó una palabra llena de desesperación.

—¡I... do!

La caverna estaba vacía. El suelo se hallaba lleno de cosas, la mayoría pertenecían a Índigo, aunque también había una buena cantidad de objetos personales de Jasker mezclados con

Librodot

ellas. Daba toda la impresión de que alguien había registrado la cueva frenéticamente antes de dejarlo todo abandonado al caos. *Grimya* tenía razón: Índigo se había ido.

Y también Quinas.

Librodot

CAPÍTULO 11

Jasker maldijo entre dientes y se sentó en el suelo, ya que sus piernas parecían no querer aguantarlo. *Grimya* corrió a su lado con la lengua colgando.

—¿Qué... vamos a ha... hacer?

La idea de que Quinas pudiera haber recuperado fuerzas suficientes para dominar a Índigo resultaba ridícula; sólo podía haber abandonado la cueva como su prisionero y no viceversa. Pero si el estado mental de la muchacha era tal y como daba a entender la loba, aquella idea no era ningún consuelo.

—*Grimya.* —Se volvió hacia ella con la intención de tomar sus manos, pero entonces recordó que no era un ser humano—. ¿Por qué querría llevarse a Quinas de la cueva? ¿Se te ocurre alguna razón?

La cabeza del animal se balanceó negativamente.

—No... qu... quiso hablar... me. Pero estaba... estaba... —lanzó un desdichado gruñido—. No ppuedo explicar. ¡No sé la pa... palabra apro... apropiada!

—¿Enojada?

—Sssí. Pero más. Como si hubiera... co... conseguido una presa, pero no pupu... diera creer que la había mat... matado, y por lo tan... tanto intentara ma... matarla una y otra vez.

Jasker comprendió la analogía.

—Obsesionada —repuso.

Era lo que había temido.

—Ob... se... sesio... nada. —La loba repitió la palabra con grandes dificultades.

—Sí. Yo también lo he advertido, *Grimya; y* lo comprendo. Verás, yo también estoy obsesionado con la idea de destruir al Charchad, y por eso puedo comprender los sentimientos de Índigo. Pero —lanzó una risa forzada, sin la menor alegría—, aunque parezca extraño, no creo que mi obsesión pueda equipararse a la suya. Algo la empuja; algo que ni siquiera puedo empezar a entender y que hace que mis sentimientos parezcan superficiales en comparación. Cuando trajimos a Quinas a la cueva... —Se contuvo bruscamente—. No. No tienes por qué saber eso; no es justo que te cargue con ello. Baste con decir que creo que deberíamos encontrar a Índigo y pronto.

—Puedo seguir... le el rrrastro —dijo *Grimya*—. Igual que se... guí el tuyo. Será fácil. Pero...

—¿Pero qué?

—Hay algo mássss, Jasker. A... algo que no te he dicho.

Aunque la voz de la loba no podía matizar demasiadas modulaciones, su tono alertó al hechicero. Arrugó la frente.

—¿Qué es, *Grimya?* ¿Qué es lo que no me has dicho?

—Yo... —Se lamió el hocico preocupada—. No debería decirlo. Se me ha advertido que no lo... diga. Pero si no te a... viso...

El hombre se dio cuenta de que estaba muy angustiada, el deber y el instinto luchaban en su interior y eso la confundía terriblemente. Extendió la mano y le acarició la parte superior de la cabeza, en un intento de calmarla y de convencerla de que su preocupación era auténtica.

—*Grimya,* si has prometido guardar un secreto, entonces lo comprendo y lo respeto; es algo muy noble. Pero hay momentos en que las cosas cambian de forma imprevisible, y si eso sucede, entonces guardar el secreto a veces provoca más daño que bien. ¿Me entiendes?

—Essso creo...

—¿No te parece que éste puede ser uno de esos momentos que no pueden preverse?

—Yo... —Insegura de sí misma, la loba se alejó. Bajó el hocico casi hasta rozar el suelo, pensativa, luego levantó por fin la mirada hacia él—. No sé si lo que dices es ver... dad, pero c... creo que debo decir... telo. Por Índigo. —Se detuvo un instante—. Debo ha... blarte de Né-me-sis.

Jasker sintió un escalofrío.

Librodot

—¿Némesis? —preguntó con brusquedad.

Grimya parpadeó.

—¿Sa... sabes lo que es?

Era la palabra que había visto en la mente de Índigo, el fragmentado concepto de un demonio peculiarmente personal que no había comprendido del todo. El corazón de Jasker se puso a latir con más fuerza.

—Sólo he oído hablar de ello una vez —le respondió—. Pero de alguna manera es importante para ella, ¿verdad?

—Sí —admitió *Grimya* sintiéndose muy desdichada.

—¿Y tiene alguna conexión con la plata?

Los ojos de la loba lanzaron un destello rojo y echó hacia atrás los labios, mostrando los colmillos en actitud defensiva.

—¿Cómo sabes eso?

Ansioso por no perder más tiempo con explicaciones detalladas, Jasker disimuló.

—Fue algo que Índigo me dijo. Una insinuación, nada más. *Grimya,* debes hablarme de Némesis; cuéntame todo lo que sepas. —Levantó la cabeza y paseó la mirada por la vacía cueva, como si algún sonido o sombra lo hubiera asustado; luego se estremeció a pesar del calor—. Mi instinto me dice que es de vital importancia.

—Comprendo el ins... tinto —repuso el animal—. Y el mío habla con la misma voz. Pero... ¡ahhh! ¡Ojalá p... pudiera hablar a tu mente! Lo he int... tentado, y no pppue-des oírme.

Así que tenía poderes telepáticos, como él había adivinado. Jasker maldijo en silencio sus propias deficiencias, las habilidades periféricas que nunca había desarrollado. «Si hubiera sido un sirviente más aplicado... », pensó; pero ahora ya era demasiado tarde.

Miró de nuevo a la loba y dijo:

—Sé que es muy duro para ti, *Grimya,* pero debemos hacer todo lo que podamos. Por favor, dime lo que sepas.

Y así, a trompicones, pero tan deprisa como le fue posible, *Grimya* le explicó la diabólica amenaza que seguía los pasos de Índigo, y cómo se había manifestado a través del broche de Chrysiva, que había dado origen a la salvaje y extraña locura de su amiga. Jasker la escuchó, intentando ayudarla cuando no podía encontrar la palabra que le faltaba, y por fin consiguió reconstruir la historia lo suficiente como para tener una idea clara, y nada agradable, de ella.

Pensó en las imágenes que había visto en la mente de Índigo durante la prueba de la verdad. Ahora quedaban explicadas muchas cosas: desde su casi inhumana perseverancia hasta su depravada resolución de prolongar el sufrimiento de Quinas, y la compadeció profundamente. Pero mezclada con su compasión había la certeza total de que dejar que la simpatía nublara su juicio podría resultar un error muy peligroso. Índigo había perdido el control de sus propias motivaciones, y Jasker supuso que en aquellos momentos la influencia del demonio sobre ella era ya demasiado fuerte como para que fuera capaz de razonar. Había que acabar con aquel dominio o, de lo contrario, impulsada por la furia demente que Némesis había orquestado con tanta astucia. Índigo se arrojaría de cabeza y sin considerarlo de forma racional contra el enemigo que intentaba destruir; y aquella imprudente obsesión sería su ruina.

Aquello era precisamente lo que deseaba Némesis.

Grimya había empezado a pasear de un lado a otro de la cueva. Estaba ansiosa por actuar en vez de hablar, y Jasker se daba perfecta cuenta de que habían perdido mucho tiempo mientras ella relataba su historia. Pero era de vital importancia enterarse de la verdad; Némesis no era un poder al que se podía tomar a la ligera, y sin la advertencia de *Grimya* no hubiera estado preparado para enfrentarse a él.

La loba dijo:

—Quiero ir tras ella. Si es... pero mucho más, no habrá ras-trro que seguir.

—Iré contigo.

—Nnno. Tú sólo me... re-trasarías. —Lo miró como pidiendo disculpas—. Sola, puedo encon... trrrar... la sin ser vista.

Librodot

Tenía razón; él no era ningún cazador, ni rastreador. Pero poseía otras habilidades...

—Muy bien —repuso—. Pero ten muchísimo cuidado. Ranaya sabe muy bien que no me gusta tener que decir esto, pero si Índigo ha caído, como tú dices, presa de ese demonio, puede que ya no te considere una amiga.

Viejos recuerdos se agitaron en los ojos de la loba, y agachó la cabeza.

—*Lo... sé.*

—Entonces encuéntrala y regresa junto a mí tan rápido como puedas.

—Lo ha... re.

Y sin decir nada más, *Grimya* salió corriendo de la cueva. Jasker oyó cómo sus garras arañaban el suelo de piedra mientras recorría el túnel a toda velocidad; luego se dirigió rápidamente al altar de Ranaya. La magia no podía ayudarle ahora; nunca había poseído talento para ver mentalmente, y el olfato de *Grimya* podía localizar a Índigo allí donde sus poderes no conseguirían nada. Hasta que la loba regresara con información sobre su paradero, no podía hacer otra cosa que rezar a su deidad.

Jasker se arrodilló ante el altar y empezó a suplicar en silencio y con gran fervor en busca de consejo.

Para desaliento de *Grimya,* el rastro de Índigo estaba casi destruido por el calor y la contaminación procedente de las minas. Salió de la red de túneles al abrasador sol de primera hora de la tarde, y se vio asaltada al instante por los hedores sulfurosos que un viento del noroeste arrojó sobre su rostro y que convirtieron la atmósfera que la rodeaba en una neblina de color cobre. La roca era demasiado árida para reflejar ni siquiera una pisada, y durante varios minutos *Grimya* se dedicó a olfatear el suelo, luchando por interpretar y separar los olores de la piedra caliente, el viejo magma y el hedor aún más desagradable del lejano valle. Por fin, no obstante, su hocico encontró algo que reconoció. Una insinuación tan sólo, pero la condujo por un antiguo lecho de lava, montaña arriba.

Él calor la hacía jadear y el suelo rocoso le quemaba las patas, pero hizo caso omiso de las molestias y corrió por la torrentera; de vez en cuando se detenía para comprobar que el rastro, débil pero todavía perceptible, no había desaparecido. Intentaba moverse por la sombra siempre que podía encontrarla, pero a medida que ascendía más y más hacia las cumbres, las zonas umbrías se hicieron cada vez más escasas, hasta que se encontró en una loma que se cocía bajo el ardiente sol.

Grimya se detuvo para orientarse. El viento era más fuerte allí y agitaba su pelaje, pero mitigaba muy poco el calor; allá a lo lejos, a sus pies, pudo ver la espesa y sucia niebla fosforescente que flotaba sobre las minas. Hogueras tenebrosas relucían por entre la mezcla de humo y niebla allí donde ardían los hornos de fundición, y el aire vibraba, pesado y amenazador, con el hedor y el ruido que subía del valle.

Grimya se estremeció y no quiso seguir contemplando la escena. Volvió la cabeza para examinar la loma y vio, algo más adelante, allí donde la cresta se hundía para formar un estrecho desnivel entre dos conos volcánicos idénticos, a dos figuras que se movían con lentitud.

Se controló con un esfuerzo para no lanzar un aullido de alivio. Una de aquellas lejanas figuras era, sin lugar a dudas. Índigo; aunque la neblina obstaculizaba su visión, la loba reconoció la cabellera de su amiga. Y la otra figura, que arrastraba los pies, andando a trompicones, como si cada paso le produjera un dolor indescriptible, era el hombre malvado, el hombre al que habían hecho daño porque servía al Charchad.

El animal se deslizó por la ladera de la loma hasta un nivel en el que resultaría invisible si alguna de las dos personas que había más allá volvía la cabeza y miraba a su espalda. Con el cuerpo pegado al suelo, avanzó furtivamente y con cierta dificultad por la empinada ladera, hasta que juzgó que sus presas habrían llegado ya al pico más alejado y estarían demasiado ocupadas en la ascensión como para prestar atención a lo que pudieran tener detrás. Se escabulló de nuevo hasta la cima de la loma y vio que no se había equivocado; estaban a unos

Librodot

cincuenta pasos de ella ahora, penetrando despacio en los pliegues color marrón rojizo de las laderas inferiores de la cima.

Grimya vaciló. Jasker le había dicho que regresara en cuanto tuviera noticias del paradero de Índigo; pero la lealtad y la preocupación la impulsaban a desobedecer la orden. Conocía las intenciones de Némesis tan bien como cualquier otro, y estaba terriblemente preocupada por su amiga. No podía dejarla bajo la indiscutible influencia del demonio, debía intentar hacerla razonar. Tenía que hacerlo.

Echó a correr y recorrió la cresta a toda velocidad, llamando a Índigo.

La muchacha se detuvo y giró en redondo, alzando la ballesta que sostenía entre las manos. Durante un instante sus ojos miraron sin comprender, sin dar la menor señal de reconocerla; luego, de forma repentina, la presencia de la loba penetró en su cerebro y lo espetó:

—¡Tú! ¿Qué es lo que estás haciendo aquí?

«¡Índigo, tienes que escucharme! Hay peligro aquí... »

El urgente mensaje mental se hundió en el más completo desconcierto al darse cuenta de que la mente de Índigo estaba totalmente cerrada a ella. No podía comunicarse, ya que su amiga se negaba a escucharla.

Cambiando rápidamente al lenguaje hablado, jadeó:

—He... ve-nido a buscar... te. ¡Índigo, hay pe... peligro!

Quinas se había desplomado sobre la roca pelada, estremeciéndose aturdido por el agotamiento, pero la joven no se movió. Se quedó contemplando a la loba; ésta se sintió horrorizada por el frío desprecio que veía en sus ojos y por la aureola de odio que emanaba de ella en forma casi tangible. De repente, con el telón de fondo de las lúgubres cimas desnudas y el palpitante cielo sulfuroso. Índigo se había convertido en una criatura de otro mundo. Y el opaco broche, sujeto como una orgullosa insignia de jerarquía en su pecho, alimentaba el fuego que ardía en su interior.

—Por favor —resolló *Grimya—,* ¡tie... nes que escucharme! ¡El brro-che es Némesis, es el de... monio! No lo vimos al principio, pero ahora...

No pudo seguir, ya que el rostro de la muchacha se contrajo en una mueca y le gruñó:

—¿Lo vimos? De modo que ahora has transferido tu lealtad a Jasker, ¿verdad? ¡No debiera haber esperado otra cosa de ti!

—¡No. Índigo! —gritó *Grimya,* desesperada—. ¡Es... cúchame! ¡Abre los ojos, mira lo que el demonio ha hecho! No de... bes seguir adelante, o estarás en un grr-an peligro!

—¡Malditas sean tus censuras y tu cobardía! —Los ojos de Índigo estaban llenos de rabia; de repente alzó la ballesta hasta que la saeta apuntó directamente a la loba—. Escúchame *tú a mí, y* llévale este mensaje a tu buen amigo Jasker. Tú y él puede que no tengáis el valor de hacer lo que ha de hacerse, ¡pero yo lo tengo! Dile que me dirijo al valle del Charchad, con esta basura como rehén, y que pienso matar al demonio, cosa que él no ha podido hacer a pesar de todas sus lindas palabras y fanfarroneos! ¡Díselo!

Grimya balanceó la cabeza de un lado a otro angustiada.

—¡Por favor, Ín-digo! No soy tu enemiga.

—Enemiga o amiga, tanto me da. ¡Vete!

—¡No! Regresa conmigo, escucha lo que Jasker tiene qu... que decir...

—¡He dicho que te vayas! —gritó la joven, y sus manos se cerraron sobre el arco—. O te mataré.

Su dedo se apoyaba sobre el disparador. Sus miradas se encontraron y *Grimya,* con gran horror por su parte, vio la muerte en los ojos *de* Índigo. Lanzó un gañido, retrocediendo un paso, e Índigo le espetó despectiva:

—Contaré hasta tres. Y si no me has obedecido para entonces, te mataré. ¡Lo digo en serio!

Desconsolada, la loba comprendió que aquello no era un farol. Su amiga, la persona en quien confiaba, se había vuelto loca, y si no se daba la vuelta y corría perdería la vida en aquella ladera yerma atravesado su corazón por la saeta de una ballesta. Incapaz casi de creer en aquella traición, clavó los ojos en Índigo por un último instante, suplicando en silencio,

Librodot

pero se encontró tan sólo con el muro al rojo vivo de la furia de la muchacha.

—Uno —empezó a contar.

Grimya lloriqueó.

—Dos. —Su dedo se tensó sobre la palanca y la loba dio media vuelta y huyó.

El desdichado animal se deslizó ladera abajo, casi perdiendo el equilibrio; no le importaba caerse al pie del volcán y partirse el cuello. El dolor la abrumaba: dolor por su propio fracaso, dolor por Índigo y aquello en lo que se había convertido... Pero más fuerte aún que el dolor, sentía un temor que le destrozaba el ánima, mientras corría con todas las fuerzas y velocidad que era capaz de reunir de regreso a la cueva y a Jasker.

Índigo contempló cómo la loba desaparecía en la distancia; y sólo cuando ésta se perdió de vista, bajó por fin la ballesta e, impávida, se dio la vuelta. Quinas yacía en el mismo sitio sobre el que se había derrumbado; cuando se acercó para detenerse junto a él, éste levantó los ojos hacia ella e intentó esbozar una sonrisa de desdén.

—Una sola palabra y terminaréis el viaje con una saeta clavada en la pierna. —Índigo se dirigió a él con remota indiferencia—. En pie. —Aguardó mientras él gateaba penosa y lentamente hasta conseguir incorporarse; luego le dio un golpecito en la espalda con el arco—. Andando. Nos queda un buen trecho aún.

El capataz vaciló y volvió el destrozado rostro para mirarla. Por un instante pareció como si fuera a hablar; entonces la expresión de la muchacha le hizo pensárselo mejor y apretó los dientes para poder soportar el terrible dolor que lo torturaba a cada paso que daba. Empezó a andar laboriosamente montaña arriba.

Índigo lo siguió, observando sus esfuerzos indiferente y acoplando su paso al de él. Durante la primera parte de su viaje había intentado hacerlo ir más deprisa, amenazándolo con nuevos tormentos si la desobedecía; pero finalmente había aceptado que el hombre no podía avanzar a otro paso que no fuera el de tortuga. Muy bien, pues; quedaba una hora o más de luz aún, y para cuando el sol se pusiera estarían lo bastante cerca del valle de Charchad como para que su maligno fulgor nacarado iluminara el camino.

No se había detenido ni una sola vez para interrogarse sobre el impulso que la había obligado a sacar a Quinas a rastras de la cueva y ordenarle que la condujera al valle. Todo lo que sabía —o le importaba— era que no aceptaría ningún retraso. Cuando el capataz se rindió finalmente bajo la hábil tortura de Jasker y les contó la verdad sobre su señor y mentor Aszareel, ella había experimentado aquella sensación: el ardiente y cegador deseo de huir de la cámara de tortura, ascender la ladera de la Vieja Maia y desde allí seguir la ruta que, según la agonizante y ahogada confesión de Quinas, la conduciría cerca de las minas y al interior del valle de Charchad. Entonces había controlado su deseo, consciente de que actuar sin haberlo meditado ni preparado resultaría temerario; pero más tarde, cuando los acicates combinados del fingimiento de Jasker y su propia concentración airada sobre el broche de estaño empezaron a hacer mella en su espíritu, decidió no esperar más.

Quinas había intentado protestar, pero ella poseía sus propios métodos de coacción, y el prisionero lucía ahora varias cicatrices nuevas —producto de un cuchillo, en lugar del fuego elemental de Jasker— como testimonio de sus poderes de persuasión. Lo más probable era que no fuera a necesitarlo, pero si la suerte le volvía la espalda podía resultar valioso, y, por lo tanto, había considerado que las molestias de llevarlo con ella merecían la pena.

No sabía con qué se encontraría al alcanzar su destino. Quinas había revelado todo lo que sabía, pero se había sentido frustrada al descubrir que sus conocimientos eran limitados. Jamás había penetrado en el valle de Charchad, jamás había cruzado el último y bien protegido cerro que daba al resplandeciente pozo del que había surgido aquella religión retorcida. Ese privilegio estaba reservado a aquellos a quienes el Charchad consideraba pecadores necesitados de su más terrible forma de iluminación. Pero, como uno de los acólitos de Aszareel con más influencia, Quinas conocía los senderos que conducían al valle, y ahora había llegado el momento de que siguiera el ejemplo que había impuesto a otros con

Librodot

tanta crueldad. Como su guía, Quinas llevaría a Índigo al corazón del Charchad, y como rehén, la ayudaría a materializar su deseo de enfrentarse al avatar del demonio que deseaba destruir.

En una o dos ocasiones, una vocecita en su interior había luchado por hacerse oír, diciendo: *¿Y luego qué. Índigo? Cuando encuentres a Aszareel, ¡cómo lo matarás a él y al demonio que representa?* Pero la había ignorado, silenciándola bajo una avalancha de enojado desprecio. Titubear sería actuar como un ser timorato; no caería víctima de las dudas que habían provocado que Jasker se acobardara y no hiciera lo que debía hacerse. El demonio moriría, se dijo a sí misma: eso era lo que importaba. Y en su cólera, en su ansia de venganza, en su locura, lo creía.

Al oír el sonido de unas patas que arañaban el suelo, Jasker se puso en pie de un salto y se volvió en el mismo instante en que *Grimya* penetraba a toda velocidad en la cueva. La loba se detuvo en seco y se desplomó, jadeante, los costados agitándose convulsionados mientras intentaba llevar el aire a sus pulmones. Consternado, se apresuró a traerle un plato con agua, y la contempló mientras, jadeando su gratitud, lo lamía una y otra vez hasta que sació parte de su sed y fue capaz de hablar con coherencia.

Jasker escuchó su relato con una sensación de siniestra desesperación que creció a medida que la narración progresaba. Cuando *Grimya* terminó, empezó a pasear por la cueva y finalmente se detuvo mirando al altar.

A esas horas el sol estaría a punto de ponerse y, por lo que la loba le había contado, Jasker comprendió que no tenía la menor posibilidad de alcanzar a Índigo antes de que llegara al valle de Charchad. Cualquier intento de seguirla al interior de aquel infierno sería poco menos que suicida; y, aunque no tenía en demasiada estima su propia vida, una tentativa de rescate condenada al fracaso de antemano resultaría un sacrificio inútil. Tenía que haber otro modo.

Y entonces, mientras contemplaba la pequeña estatua de Ranaya, una voz interior le dijo que ese otro modo existía.

No era posible. Lo había intentado, se había esforzado, se había llevado a sí mismo a extremos que bordeaban los límites de la cordura y de la vida misma para conseguirlo, y cada vez había fracasado. Dos años de lucha, y la puerta había permanecido cerrada a él. No podía intentarlo de nuevo. No poseía los recursos, la capacidad ni la resistencia.

Entonces —le preguntó la vocecita interior—, *¿cuál es la alternativa?*

Jasker se estremeció cuando su propia mente respondió a la pregunta con sombría certidumbre. Por vez primera tenía una oportunidad —quizá la única oportunidad que tendría jamás— de cambiar las cosas, de acabar con aquello que se había apoderado de su tierra y la destruía despacio, pero sin el menor asomo de duda. Unidos, él e Índigo hubieran podido levantar un poder suficiente para aplastar el dominio de Charchad, hasta que las maquinaciones de Némesis habían roto el vínculo que los unía. Pero era posible, sólo posible, que el vínculo pudiera forjarse de nuevo, si él tenía el coraje y la voluntad de hacerlo.

El remedio estaba en sus propias manos y era un remedio que hasta ahora había fracasado. Pero esta vez tenía un aliado inesperado e inverosímil, que podría inconscientemente tener la clave del éxito...

Se volvió y miró a *Grimya.* El animal levantó la cabeza y, al ver su especulativa mirada, se puso en pie como pudo y se acercó a él. La lengua le colgaba y sus ojos aparecían vidriosos a causa del agotamiento, pero estaba decidida a no dejar que el cansancio la dominara.

—¿Jas-ker? —Levantó la vista hacia él, suplicante—. ¿Has pen... sado algo?

—No... estoy seguro; aún no. Necesitaré tiempo...

—¡Pero no te-nemos tiempo! ¡Índigo está en pe... ligro!

—Lo sé. Pero no la puedo traer de vuelta por la fuerza, debo encontrar otro modo.

Las orejas de la loba se agitaron.

—¿Uti-li-za-rás ma... magia? —inquirió dudosa.

«Por favor, Ranaya, haced que sea capaz de ello», pensó Jasker, y en voz alta repuso:

Librodot

—Sí. Es el único medio que nos queda, *Grimya.*

—Com... prendo. Pero... —miró en dirección al túnel, inquieta—. Si fuera tras ella de nuevo, a lo mejor...

—No. Arriesgarías la vida para nada. —Se agachó y acarició con suavidad el hocico de la loba—. *Grimya,* por favor, confía en mí. Creo que conozco la forma de salvar a Índigo; pero si existe una posibilidad de que salga bien, necesitaré tu ayuda, y deberás hacer lo que te pida. ¿Lo harás?

Estaba indecisa, dos instintos se debatían en su interior.

—Por favor, *Grimya* —repitió Jasker—. Hazlo por Índigo. —Una sombra cruzó su rostro, como si viejos recuerdos se hubieran despertado por un breve pero conmovedor instante—. Al igual que tú, yo tampoco quiero que muera.

Quizás el animal percibió parte de sus pensamientos, o quizá sus palabras fueron suficiente para convencerla; él no lo sabía. Pero por fin la loba levantó la cabeza y dijo, aunque todavía con una sombra de duda:

—Ssssí..., con-fío en ti. Y haré lo que sea nece... sario.

La hubiera abrazado, pero todo lo que respondió fue:

—Gracias.

—¿Qu... qué quieres ha... cer? —preguntó ella.

—Antes de pensar en rescatar a Índigo, debemos eliminar la influencia que Némesis ejerce sobre ella —dijo Jasker mientras se incorporaba—. Y eso significa utilizar poderes mayores que los de ese demonio, para penetrar en su mente y hacer que se dé cuenta de la verdad. Ahí es donde tú desempeñas un papel de vital importancia.

—Pero yo no pu... puedo llegar a ella —le recordó *Grimya.*

—Tal y como está ahora, no. Pero creo que podré poner en marcha una fuerza que se abrirá paso por entre las defensas del demonio, y canalizaré esa fuerza hasta la mente de Índigo a través de ti.

—Una fuerza... ¿como los dra-dragones de fu-fuego?

—No. —La voz de Jasker sonó lúgubre—. No como los dragones de fuego. Es algo mucho más grande, mucho más antiguo. —Bajó los ojos hacia ella con simpatía y respeto—. Se necesitará valor, pequeña loba; todo el valor que tú y yo podamos reunir. Pero lo conseguiremos.

—No tengo miedo. Pero, ¿qué poder es éste, Jasker? ¿Qu... qué es lo que pi-piensas hacer?

Los ojos del hechicero adoptaron una expresión extraña y distante, que *Grimya* no había visto nunca en ellos con anterioridad. Luego, con calma, replicó:

—Pienso despertar a las Hijas de Ranaya de su largo sueño.

Librodot

CAPÍTULO 12

—No sirve de nada. —La boca de Quinas se dilató en un penoso rictus que quería ser una sonrisa irónica—. Podéis hacerme lo que queráis, *saia,* pero no cambiaréis el simple hecho de que no puedo seguir adelante.

Índigo bajó los ojos para mirarlo. En la creciente oscuridad, el rostro del hombre era una espantosa mezcla moteada de cicatrices y sombras, y su único ojo, que reflejaba la fría luz verdosa que inundaba ahora el firmamento sobre la estrecha hondonada, parecía burlarse de ella. Sintió bullir la cólera en su interior y reprimió un impulso de extender el pie y ponerlo a prueba por el método de aplastar su muñeca bajo el talón. La verdad es que le creía, ya que casi era un milagro que hubiera conseguido llegar tan lejos en las condiciones en que estaba. Durante los últimos cien metros, más o menos, se había visto obligado a arrastrarse apoyado en codos y rodillas —había intentado utilizar sus manos fundidas y destrozadas, pero el dolor había resultado excesivo— y sólo había cubierto los últimos diez pasos cuando ella agarró el extremo de la cuerda que rodeaba sus hombros y lo arrastró físicamente sobre el accidentado terreno. Pero ahora no dudaba de que estuviera acabado.

Levantó la mirada y la dirigió hacia adelante, donde la hondonada se elevaba para convertirse en una loma. La última cresta. Se lo había dicho él. La última cresta, y en el extremo opuesto estaba el valle de Charchad.

Se volvió de nuevo hacia su prisionero. Su ojo se había cerrado y permanecía inmóvil; le golpeó con la punta del pie.

—Despertad, despertad, rata de cloaca. No he acabado con vos aún.

La lente roja parpadeó levemente.

—Agua... —Quinas tosió al hablar—. Si tenéis... un poco desagua...

Índigo le hubiera escupido al rostro, pero no pudo reunir la saliva necesaria. Sabía que, también ella, sufría de deshidratación, pero era reacia a malgastar más cantidad de su reducida provisión de la que fuera estrictamente necesaria. Al menos, ahora, con el sol bajo la línea del horizonte, la temperatura había descendido un grado o dos. Todo lo que necesitaba era un poco más de energía para subir a la siguiente loma; luego descansaría.

—¿Ahora qué, *saia?* —La voz reseca de Quinas interrumpió sus pensamientos. Había comprendido que ella no iba a darle agua, y aquella evidencia lo hizo estar menos atento a su situación de lo que debiera. De nuevo le dedicó una crispada sonrisa—. No hay buitres en estas montañas para comerse mi cuerpo y darme la muerte lenta que habéis ordenado. ¿Me dejaréis, pues, aquí para que mi carne se derrita bajo el sol?

El odio centelleó en los ojos de Índigo.

—Dudo de que el sol se dignara tocar vuestro corrompido pellejo —replicó—. No, Quinas. Tengo en mente un final mucho mejor para vos. —Volvió la vista de nuevo hacia el cerro que tenía delante—. Si no podéis andar, se os llevará. Pero, por vuestro propio pie, de rodillas o sobre mi espalda, de una forma u otra, penetraréis en el valle de Charchad.

—No... —La protesta salió de sus labios antes de que pudiera evitarlo, y por vez primera Índigo advirtió auténtico temor en la voz de Quinas.

—¿Qué es esto? ¿Tiene miedo el noble seguidor de Charchad? —Lo desafió con dureza, llena de mala intención, al tiempo que daba tirones a la cuerda haciendo que el hombre se retorciera de dolor.

El capataz clavó sus dientes rotos en el labio inferior para no gritar y musitó:

—Sí...

—Hablad más fuerte, Quinas. ¡No os oigo con suficiente claridad!

Él aspiró con fuerza, luego repitió:

—He dicho que ¡sí! —Su ojo se clavó en ella, de una manera fija y espantosa, llena de horror—. No podéis llevarme. No, a menos que yo coopere, y eso no lo haré jamás. Podéis hacerme daño, apuñalarme, quemarme o desollarme; podéis arrastrarme físicamente al interior del valle. Pero yo intentaré impedirlo, *saia.* De algún lugar sacaré las fuerzas

Librodot

necesarias, ¡y os lo impediré! ¡Y cuando ya no pueda luchar más, entonces me destrozaré las arterias de las muñecas con mis propios dientes, si es necesario! ¡Pero jamás, *jamás,* penetraré en el valle de Charchad, porque me da *miedo!*

Se dejó caer de espaldas, agotado por el esfuerzo que le había costado articular sus vehementes palabras. Índigo se lo quedó mirando. Así que Quinas se sentía tan aterrorizado por lo que se ocultaba en aquel valle como sus pobres víctimas. Quinas, acólito de Charchad, leal sirviente de Aszareel, no se atrevía a enfrentarse a su señor; y por fin se había visto obligado a admitirlo.

Empezó a reír. El sonido era desagradable y anormal, pero subió borboteando por su garganta y no vio motivo para detenerlo.

—Quinas —dijo—. Quinas, el azote de los pecadores, el que enciende las piras funerarias, el torturador de mujeres. —Se llevó una mano a la boca para contener el vendaval de enloquecida hilaridad. Luego la risa se apagó de repente y su tono se convirtió en hiriente desprecio—. ¡Quinas, el cobarde rastrero!

—Sí —repuso con calma el capataz—. Pero lo bastante honesto como para admitirlo.

Meditabunda. Índigo jugueteó con el broche que llevaba sujeto a su pecho. Aquello la divertía. La confesión de último momento por parte de un hombre que se auto-proclamaba valeroso y fuerte resultaba graciosa. Estaba demasiado asustado para enfrentarse a aquello que, con tanto celo, había obligado a otros a adorar... Suprimió con un bufido una nueva carcajada y se secó los ojos, sintiéndose inexplicablemente excitada. La situación era deliciosamente irónica: Quinas, el acólito de Charchad, se acurrucaría allí entre las piedras y rehuiría a su dios; mientras ella, sola y sin miedo, ascendía la última cresta para escupir en el rostro de esa misma deidad. Jasker lo hubiera encontrado muy divertido...

La joven frunció el entrecejo e intentó controlarse. No quería pensar en Jasker, ya que había demostrado no ser mejor que Quinas. Que permaneciera, también él, acurrucado en la seguridad de sus cuevas. Que siguiera farfullando sus plegarias por las almas de Chrysiva y de otros como ella, plegarias que no servían de nada. Había llegado el momento en que ella debía actuar. Era su momento, y el de nadie más.

Levantó la mirada hacia la cresta, especulando, calculando. Según Quinas, aquél era uno de los senderos menos frecuentados para penetrar en el valle; y aunque cada acceso estaba constantemente vigilado, no habría más que dos, o quizá tres, centinelas de guardia. Mirarían hacia adentro, vigilantes ante cualquier pecador que intentara huir, ya que nadie penetraba en el valle de Charchad por su propia voluntad.

Hasta ahora.

Se colgó la ballesta a la espalda, la sujetó y luego se volvió hacia Quinas por última vez. Otro cruel tirón de la cuerda; una nueva mueca de dolor. Índigo sonrió con desprecio.

—Bien, mi cobarde amigo, he decidido otorgaros un poco de la misericordia que le negáis a otros. Ya no os necesito, de modo que os quedaréis aquí y veréis el inicio de mi victoria. —Se inclinó acercando su rostro al de él—. El fin de Charchad, Quinas. Pensad en ello, mientras esperáis a que salga el sol y apure los últimos restos de vida de vuestro despreciable cuerpo. ¡El fin!

—*saia...* —Hizo intención de alzarse hacia ella, pero se dejó caer de nuevo al suelo, demasiado débil para conseguirlo. Su respiración era rápida y le costaba hablar—. ¡Os lo ruego..., no lo hagáis!

—Estoy sorda a vuestras súplicas, Quinas. Implorad a la luna, implorad a las montañas, implorad al sol cuando salga. Puede que os escuchen. ¡Yo no lo haré!

—Índigo. —Utilizó su nombre por primera vez desde que lo capturaran—. ¡Por favor, vais a sacrificar inútilmente vuestra vida!

La sonrisa que le dedicó como respuesta fue una mueca de frío desprecio.

—Ocupaos de la vuestra, Quinas, mientras aún la tenéis. ¡Sacadle el máximo provecho a lo poco que os queda de vida!

Quiso dedicarle un último gesto de desdén, pero no se le ocurrió nada apropiado. Sus

acciones serían suficiente, pues; mucho antes de que ella regresara, el capataz no sería más que un pedazo de carne sin vida. Se colocó mejor el arco sobre el hombro, sacó el cuchillo de su funda y se alejó hondonada arriba hacia la cresta y el mortífero resplandor que brillaba tras ella.

Quinas no se movió hasta que los últimos y débiles sonidos del avance de Índigo no se desvanecieron en el omnipresente trasfondo de las palpitantes vibraciones subterráneas procedentes de las minas. Incluso entonces, cuando hubo alterado su posición por una más soportable, se obligó a esperar otro minuto antes de arriesgarse a sentarse en el suelo.

La cabeza le daba vueltas por efecto de la falta de agua y comida, y por un momento temió perder el conocimiento; pero luchó contra los espasmos y, al fin, consiguió controlarlos. Su respiración era áspera en el caluroso aire nocturno y el dolor era como un fuego constante que recorría todo su cuerpo. Pero su voluntad se hallaba indemne. Y sus fuerzas no estaban de ningún modo tan agotadas como le había dejado pensar a Índigo.

Ahora sabía que la joven estaba completamente loca. En comparación con ella, el hechicero que lo había torturado no era más que una tenue sombra; la locura de Índigo era de un orden que trascendía cualquier cosa remotamente humana. Y había sido esa locura la que le había permitido a Quinas utilizar su arma más poderosa, y utilizarla bien. Porque en medio de lo que ella consideraba su triunfo, cegada por su obsesión de venganza. Índigo había estado totalmente dispuesta a creer su pequeña farsa.

Calculó que en aquellos instantes estaría cerca del final de la hondonada. Si no se había equivocado, eso le proporcionaría justo el tiempo que precisaba; retorció su cuerpo, consiguiendo primero colocarse de rodillas y luego, con grandes dificultades, en pie. Durante el trayecto desde las cuevas había intentado varias veces subrepticiamente aflojar las cuerdas que sujetaban sus antebrazos a sus costados, pero no lo había conseguido. No importaba; las ataduras le estorbarían, pero se las arreglaría.

Deteniéndose para recuperar el aliento, paseó de nuevo la mirada por el cañón y esbozó una sonrisa. Siempre había sido un buen orador, un buen actor; pero esta vez había superado sus propias expectativas. Índigo había sido presa fácil de su fingido agotamiento y terror, y su última súplica de que no penetrara en el valle —un toque refinado que se le había ocurrido de improviso— lo había sellado a la perfección. Tan convencida estaba de que había vencido y avergonzado a un cobarde, que se había alejado llena de satisfacción, dejándole a él allí, pensaba ella, para que muriera.

Quinas lanzó una ahogada risita. No tenía la menor intención de morir aún. Y a Índigo, junto con sus confiados compañeros —aunque su castigo llegaría más tarde—, le esperaba una lección. Una lección que le satisfaría muchísimo impartir.

Placas de esquisto sueltas resbalaron bajo sus pies cuando se dio la vuelta, apoyándose en la pared rocosa. Unos diez pasos más atrás, en la misma hondonada, había una estrecha hendidura lateral —horadada por la lava en la época en que aquellos viejos volcanes estaban activos—, que torcía vertiginosamente colina abajo. Índigo no la había advertido, pero Quinas sí, y sabía adonde conducía. Era lo bastante ancha como para recorrerla, e, ignorando con decisión *el* dolor que l*o* atenazaba, *el* capataz deslizó *el* magullado cuerpo por la abertura y se fundió con la oscuridad.

Índigo se detuvo bruscamente cuando el sendero que había estado siguiendo terminó, de repente, ante la sólida pared de la elevación. A su derecha, la ladera de la hondonada había quedado obstruida por un derrumbamiento de rocas de una época pasada, y los últimos metros del sendero se perdían en una traicionera pendiente con pocos puntos de apoyo. Contuvo la respiración —introducir aire en sus pulmones le resultaba cada vez más penoso— y se detuvo para orientarse.

Desde donde se encontraba hasta la cima de la cresta había una subida de unos quince metros, y aunque la ladera era muy empinada no previo ningún problema. Sonrió salvajemente, luego tomó unos pocos y disciplinados sorbos de su odre —lo suficiente para

Librodot

humedecer su garganta, pero poco más—, antes de agarrarse a la pared rocosa que tenía a la izquierda y balancearse impulsándose hacia adelante para cruzar la última y accidentada sección del sendero. Por un instante, permaneció con el rostro presionado contra la cresta, todavía sonriente, saboreando la excitación, la creciente sensación de triunfo provocada por la descarga de adrenalina. Estaba tan cerca ahora... Unos minutos más y tendría su meta ante los ojos.

Índigo pensó en Quinas y se echó a reír en voz baja con demencial alegría. Quizá debería de haberlo matado, pero le había parecido mucho más apropiado dejarlo para que los elementos acabaran con él en su momento y para que meditara, entretanto, sobre su fracaso y la destrucción inminente de su depravado culto. La risita ahogada se desvaneció y se le secó la boca. Lamió algunas gotas de saliva que habían ido a parar a su mano. Luego levantó la mirada hacia la cresta de la cordillera y ahogó una exclamación de sorpresa.

La cima era una silueta que se recortaba violentamente contra un fondo de reluciente fosforescencia. Una línea brillante bordeaba la roca como una aureola fantasmal, y a través de la ladera de la montaña. Índigo percibió una peculiar vibración rítmica que penetraba la piel, la carne y los huesos. Aquello alimentó su sentido de la anticipación y, con el corazón latiéndole apresuradamente, puso el pie sobre la ladera e inició la ascensión a la cima.

La vibración y la luz aumentaron a medida que subía y, cuando llegó a la mitad de la ladera, la joven estaba bañada de reflejos del extraño resplandor. A medida que se acercaba a la cima fue avanzando con más cautela, manteniendo el cuerpo aplastado contra las rocas allí donde le era posible. No sabía lo cerca que podían estar los centinelas y le preocupaba correr el riesgo de denunciar su presencia con un movimiento o un sonido imprudente. La bien destacada silueta de su meta se fue acercando, cada vez más...; entonces, unas manos que tanteaban ensucio alcanzaron la cima y, muy despacio, sin aliento. Índigo alzó la cabeza por encima del borde.

Una abrasadora luz verde le estalló en el rostro. Se echó hacia atrás violentamente con una involuntaria exclamación, volviendo la cabeza a un lado cegada por el resplandor. Se cubrió los ojos con una mano para protegerlos, y por entre el enrejado de sus dedos vio su mano, el brazo pegado a ella y la roca que tenía delante, todo ello brillando con un frío fuego verde, en el cual centelleaban diminutas motas que parecían partículas de polvo plateado. La piel le escocía; se arriesgó a apartar los dedos poco a poco del rostro y dejó que su visión se acostumbrara gradualmente al increíble resplandor... Por fin pudo contemplar, por primera vez, el valle de Charchad.

Pero no podía moverse, no podía lanzar el menor sonido mientras sus sentidos luchaban por asimilar lo que veían sus ojos. El valle era como una gigantesca fumarola, un enorme pozo que se hundía vertiginosamente en las entrañas de la tierra. De sus profundidades, una incandescencia titánica y monstruosa se abría camino hacia el cielo, decolorando las paredes del valle hasta convertirlas en esqueletos de un blanco verdoso que arrojaban su terrible resplandor a la oscuridad de la noche. Espantosas sombras se movían en las cimas opuestas; haces de una luz nacarada que ridiculizaban los reflectores de la mina bailaban sin orden ni concierto por el enorme y reluciente espacio. Y allá abajo, donde la increíble luz se hundía en un rugiente infierno, le pareció ver unas figuras de pesadilla que se movían por entre aquel torbellino con siniestra e implacable determinación.

Índigo se agarró con fuerza a la desigual roca. *Como si el mismo sol hubiera caído a la. tierra.* Las palabras de Jasker le vinieron a la mente de forma espontánea y notó cómo los dientes empezaban a castañetearle incontroladamente. No podía apartar la mirada del valle; sentía calor y frío a la vez sobre su piel, y todo lo que podía hacer era mirar y mirar la espantosa escena que se extendía ante ella.

Era una abominación. Era un aborto de pesadilla, un cáncer sobre la faz del mundo y en el cuerpo de la Madre Tierra. Y Quinas y los suyos *adoraban* aquella monstruosidad, se deleitaban con su poder, la veneraban...

Sintió como una llamarada en el cerebro, la llamarada de una furia renovada, cuando los

sentimientos que habían corroído su espíritu desde la muerte de Chrysiva volvieron a aparecer. No temía a lo que se ocultaba en el valle de Charchad. Tenía fuerzas suficientes, y quizá más, aún para enfrentarse a Aszareel, el demonio, cualquiera que fuera el auténtico nombre o naturaleza del poder bastardo que había dado vida a aquel horror. Índigo apretó con fuerza los dientes, acabando con el castañeteo. Se sintió sedienta de sangre; en lo más profundo de su ser experimentó el despertar salvaje y vehemente de un instinto asesino. Maldijo mil veces a los cobardes y timoratos cuya resolución se había venido abajo en el último instante. Ella no fracasaría. Se enfrentaría al demonio del valle, y el demonio moriría. Moriría por Chrysiva y por todos los demás.

Un movimiento en la periferia de su campo de visión la alertó. Se echó hacia atrás con brusquedad, apretando el cuerpo contra la roca y mostrando los dientes en una inconsciente mueca lobuna. La fantasmal luz pasó sobre sus manos, destacando los huesos de tal modo que por un momento se vio como un esqueleto viviente; hizo caso omiso del fenómeno *y* con mucha cautela volvió la cabeza unos centímetros hacia la izquierda.

Dos figuras se movían por la estrecha repisa, un poco más abajo de donde estaba ella. Bajo el resplandor aparecían borrosas y sin forma, y hasta que no estuvieran más cerca —lo cual, debido a su andar pausado, les llevaría algunos minutos— sería imposible distinguirlas con claridad. Pero parecía lógico suponer que eran los centinelas de los que Quinas había hablado.

Una amplia y salvaje sonrisa apareció en su rostro. Retrocedió, moviéndose con tanta rapidez y agilidad como una serpiente, hasta que su cabeza quedó por debajo de la cima de la loma; luego giró sobre sí misma y se quitó la ballesta. Colocó una saeta en ella y tensó la cuerda. Podía disparar, cargar y disparar de nuevo en cuestión de segundos, y los acólitos de Charchad morían igual que cualquier criatura mortal. Sólo dos guardas: resultaría muy fácil. Y cuando ellos hubieran desaparecido, nada la estorbaría.

Se arrastró hacia adelante de nuevo y atisbo por encima de la cresta. Los dos vigilantes estaban más cerca ahora, tan cerca que podía distinguir su forma real. Y el corazón casi le dejó de latir, ya que fuera lo que fuese lo que hubieran sido, no eran humanos.

En alguna ocasión, quizá cuando se los sacó chillando del vientre de sus madres, habían poseído el potencial para convertirse en hombres; pero el Charchad había deformado aquel potencial y lo había convertido en algo tan distante de lo humano que Índigo sintió cómo se le revolvía el estómago de repugnancia. Todavía mantenían la estructura humana básica de dos brazos, dos piernas y una cabeza; pero la similitud era muy precaria, ya que eran más parecidos a los fetos ambulantes de algún espantoso troll que a cualquier otra cosa remotamente mortal. Una piel seca y delgada como el pergamino cubría tirante sus cabezas desnudas y enormes; unas bocas colgantes, llenas *de carcomidos* colmillos, babeaban sobre papadas que se balanceaban abotargadas sobre torsos tan descarnados y flaccidos como los cuerpos de pescados podridos. Y de sus atrofiados brazos y piernas crecían unos apéndices de seis dedos, terminados en unas garras rotas y ennegrecidas que arañaban y escarbaban en la piedra mientras desplazaban por la repisa sus cuerpos deformes.

A pesar de su deshidratación, la bilis obstruyó la garganta de Índigo y abrasó su lengua con un sabor de metal oxidado. Le resultaba imposible seguir mirando a aquellos grotescos centinelas. Sin preocuparse de si estaban a tiro ni de calcular el tiempo, cerró un ojo y dirigió el otro al punto de mira de la ballesta; apuntó con rapidez, sin importarle cuál de las dos figuras tambaleantes ofrecía mejor blanco, y disparó.

El retroceso le golpeó el brazo. La cuerda dejó escapar una nota mortífera y la saeta de acero se estrelló contra el rostro del centinela más cercano. El —aquello— lanzó un alarido, un sonido que le recordó horriblemente el de un cerdo degollado, y, mientras su compañero se volvía a un lado y a otro lleno de confusa contrariedad, cayó de la repisa y se precipitó en el interior de la brillante luz y en el olvido.

Febril, buscó a tientas una segunda saeta. Sus manos parecían las zarpas de un oso, torpes y sin coordinación; por fin consiguió colocar la flecha e hizo girar el arco para apuntar al otro centinela, que seguía girando sobre sí mismo en la repisa, totalmente desconcertado. La

Librodot

muchacha escuchó su propia respiración jadeante resonando en sus oídos; tiró hacia atrás la cuerda...

Y algo la golpeó con fuerza en la cabeza.

Abrió la boca para lanzar un grito de dolor y de protesta, pero no salió el menor sonido. En lugar de ello se vio atenazada por un enorme torbellino de náuseas que se abalanzó sobre ella procedente de la nada, haciendo que lo que la rodeaba empezara a dar vueltas como un tiovivo enloquecido. La ballesta chocó contra las rocas e Índigo se dobló hacia adelante, mientras sus brazos y piernas, sin ninguna coordinación, se agitaban como los de una criatura que pierde el equilibrio de improviso. Vio unos rostros que la contemplaban, balanceándose, borrosos como imágenes de un sueño, y sintió un irracional arrebato de indignación. Entonces, algo que le pareció como fuego *y* hielo a la vez centelleó en la oscuridad y le saltó al rostro como el aguijón de una abeja monstruosa, y perdió el conocimiento.

—Despertadla.

Una cierta cantidad de agua salobre se estrelló contra el rostro de Índigo. Intentó protestar, pero sus cuerdas vocales no la obedecieron. Todo lo que pudo hacer fue volver la cabeza en un esfuerzo por evitar el ataque, pero no le sirvió de mucho. Había un insistente y ahogado tronar en sus oídos y el suelo parecía temblar bajo ella. Olía a algo espeso, pesado, metálico, que taponaba su nariz.

—Más.

Conocía la voz, pero no podía atribuirle un nombre. Alguien que había...

Un nuevo torrente de agua la golpeó, y una sensación de náusea estalló en lo más profundo de su ser. Rodó a un lado de forma instintiva, consiguiendo volver la cabeza justo antes de que una mezcla de bilis y esputo empezara a brotar de su boca. Dando boqueadas, se arrastró hacia atrás sobre los codos, desorientada todavía y reacia a abrir los ojos.

—Muy bien: es suficiente. Está consciente ahora. Dadle la vuelta.

Unos dedos manosearon el cuerpo de Índigo, pero ésta carecía de la coordinación suficiente para luchar contra ellos. Entonces una sombra se proyectó sobre ella y le azotaron la mejilla, sin demasiada fuerza, pero con determinación.

—*Saia. Índigo*. Os sugeriría que me miraseis. Me parece que no tiene ningún sentido prolongar esta farsa innecesariamente.

Sus párpados temblaron y se abrieron. Por un instante, sus ojos lo vieron todo borroso; luego, de forma brusca, la escena se aclaró.

Estaba en el interior de una especie de edificio, una cabaña tosca y sin ventanas hecha de planchas de hierro, cortadas sin el menor cuidado, que empezaban a oxidarse.

El aire apestaba y, a la grasienta luz de la lámpara que colgaba de un gancho del techo, pudo distinguir la tosca mesa y las dos sillas, el tablero de la pared con hileras de números escritos con tiza y —en una esquina— los montones de pizarras y bastones de plomo que servían para llevar las cuentas. La oficina de un capataz de mina, ocupada ahora por media docena de personas. Debían de haberla bajado al valle mientras estaba inconsciente, y ahora el ruido, la peste, y el polvo contaminado que llenaba el aire le dijeron que estaba en el corazón de la zona minera, sin la más mínima esperanza de ser rescatada. Y en medio de sus secuestradores, con su mutilada sonrisa brillando a la lóbrega luz de la lámpara, estaba Quinas.

Un violento juramento se escapó por entre los labios de Índigo. Quinas estaba muerto; lo había abandonado en la hondonada, incapaz de moverse, esperando tan sólo a que el sol saliera y consumiera lo poco que le quedaba de vida. No podían volverse las tornas.

Pero lo imposible había sucedido, y ahora Quinas presidía un grupo de hombres desde una especie de camilla improvisada. Un vendaje ocultaba su pelado cuero cabelludo y el ojo inútil, y se había untado pomada en las quemaduras menos importantes, lo que daba a su rostro un brillo oleoso. Una sonrisa de genuino triunfo quebraba su chamuscada boca.

—Bien, *saia.* —Hablaba con suavidad, y una obscena parodia de afecto adornaba su voz—.

Librodot

Al parecer, hemos capturado a un pecador en plena falta, por así decirlo.

Sus compañeros le dedicaron una desagradable sonrisa. A juzgar por sus ropas y actitud. Índigo supuso que también ellos eran encargados de las minas; capataces como Quinas, quizás, o mayorales, o jefes de equipo. Cada uno lucía la refulgente enseña de un acólito de Charchad, y cada uno padecía de alguna forma la misma enfermedad: escamación de la piel, pérdida de cabello, dedos palmeados, una nariz que empezaba a deshacerse... Uno de ellos llevaba una tira de cuero trenzada; era aquello, comprendió, lo que la había golpeado en el rostro y había dejado su mejilla dolorida y sangrante. La joven no dudó de que, a la menor provocación, el que blandía el látigo se sentiría muy feliz de utilizarlo.

¡Estúpida!, la reprendió una voz interior. *¡Deberías haberlo matado! ¡Deberías haber hundido tu cuchillo en su podrido corazón y contemplado cómo vomitaba su vida a tus pies! ¡Deberías.., !*

Alguien la agarró por los cabellos y la obligó a sentarse con tanta brusquedad y violencia que la cabeza le dio vueltas; su autorrecriminación desapareció bajo una nueva barrera de náuseas. Esta vez reprimió el espasmo, negándose a perder los últimos y patéticos restos de su dignidad, y apretó los dientes.

—Debiera haberos eliminado...

—Desde luego. —Quinas inclinó la cabeza—. Esa fue vuestra debilidad, querida Índigo. Pero desear no es lo mismo que hacer, ¿verdad?

Su cabeza empezaba a despejarse ahora, y tras la recuperación física vino algo más que no pudo captar por completo. *Charchad.* Había llegado a..., pero no; no era eso. Otra cosa. Algo que *Grimya* había dicho. La había visto en una loma cerca de la cima de la Vieja Maia. ¿O lo había soñado?

—Nos habéis ofendido. Índigo. —La voz suave y lisonjera de Quinas interrumpió sus esfuerzos por recordar—. Y aunque nosotros, los siervos de Charchad, somos misericordiosos, aquellos que nos ofenden repetidamente deben ser castigados. Lo comprendéis, ¿no es así?

Sus palabras carecían de sentido. Había algo más, algo mucho más importante...

Némesis.

—No os oye, Quinas —dijo alguien lacónicamente.

—Oh, sí que lo hace. ¿Verdad. Índigo?

El broche. *Grimya* había dicho algo sobre el broche.

—¿Verdad?

Unos dedos sujetaron su mandíbula apretando con fuerza, y en ese mismo instante lo recordó. El broche. Némesis.

—¡Nooo!

Fue un grito de dolor, de angustia y de amargo remordimiento, al tiempo que las últimas ataduras que esclavizaban a Índigo se hacían pedazos y la muchacha se daba cuenta de lo que había hecho.

«¡Grimya!», gritó su mente en silencio. «Grimya, *Jasker, os traicioné, he fracasado... »*

El grito se desvaneció en un frío silencio. Con un gran esfuerzo, la joven se obligó a mirar el rostro de Quinas de nuevo; lo que vio la acobardó, al darse cuenta de que el deseo de venganza del hombre era tan grande como el suyo. Ella, más que ninguna otra persona, era la responsable de aquellas desfiguraciones que lo obligarían a enfrentarse a lo que le quedase de vida como un ser mutilado. Ahora, gracias a su delirante estupidez, él había conseguido que se volvieran las tornas. El, y su Némesis. Y ahora era ella su víctima. Quinas se ocuparía de que sus sufrimientos igualaran a los padecidos por él.

Y todo por una despreciable pieza de metal bajo...

Una de las manos mutiladas del capataz se estiró para tocar su mejilla tan suavemente como una hoja que cayera del árbol. La muchacha vio los muñones fundidos de sus dedos, y sintió un nudo en el estómago ante la caricia. Quinas sonrió.

—Sois una pecadora. Índigo. Nos duele presenciar pecados como los que habéis cometido

contra Charchad; pero sabemos cuál es nuestro deber. —Otras voces murmuraron algo en señal de asentimiento—. Pecado. Índigo. Pecado. ¿Y cuál es el castigo al pecado?

Silencio. Esperaban que ella contestase, pero no podía, no se atrevía...

—El valle. El camino hacia la iluminación definitiva. —Los atrofiados dedos acariciaron su rostro de nuevo y ella cerró los ojos con fuerza. Pero no podía dejar de oír su voz, aquella voz suave, burlona y persuasiva.

—Buscabais a nuestro señor Aszareel. Índigo. Lo buscabais cuando tan sólo los escogidos de Charchad pueden disfrutar de tal honor. —Un silencio terrible flotó en el aire por un instante, luego la dulce voz de Quinas continuó—: Pero hemos decidido tener piedad. —Algo *rozó* sus párpados y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar—. Hemos decidido concederos la iluminación que ansiáis. Es un privilegio que se otorga a muy pocos, pero creemos que os lo habéis ganado. ¿No os sentís agradecida?

Alguien lanzó una risita ahogada, que enseguida reprimió. La joven abrió los ojos otra vez y vio el rostro del capataz inclinado muy cerca del suyo. En su cara brillaba una sonrisa obscenamente sepulcral.

—Vais a emprender un viaje, querida. Un viaje del que no se regresa.

Escuchó otra risa ahogada que sonó como veneno en sus oídos. La repugnante sonrisa de Quinas se ensanchó.

—A las zonas más profundas del pozo de Charchad. Índigo. ¡Para contemplar, justo antes de morir, el rostro de nuestro señor Aszareel!

Librodot

CAPÍTULO 13

La obligaron a beber de un tazón de hojalata, abriéndole la boca a la fuerza y vertiendo el amargo líquido en ella cuando intentó desasirse. Se necesitaron tres acólitos de Charchad para sujetarla y todavía consiguió escupirles al rostro la mayor parte de la poción; pero, de todas formas, su garganta tragó la cantidad suficiente como para que la droga que contenía surtiera efecto.

El entumecimiento hizo su aparición. Lo sintió primero en manos y pies; luego ascendió despacio por sus miembros hacia el pecho, y aunque ejercitó toda su fuerza de voluntad no pudo hacer nada para frenarlo. Diez minutos después de haberse tomado la poción, la pusieron en pie, y cuando intentó resistirse, sus músculos sencillamente se negaron a responder. Todavía podía mantenerse erguida sin ayuda, pero aparte de esto poseía el mismo autocontrol físico que una muñeca. Cuando sus raptores la arrastraron hasta la puerta de la cabaña, en una parodia grotesca y desgarbada de la acción de andar, sintió que sus facultades mentales también empezaban a fallarle a medida que la droga comenzaba a actuar en su sangre. Un terror enfermizo que le *paralizaba, el* ánima estaba alojado como un parásito en su estómago, pero era incapaz de responder a él; se sentía lejana, como si se contemplara a sí misma desde una gran distancia que aumentaba a cada momento que pasaba. Sin embargo, en otro nivel, sus sentidos seguían siendo penosamente suyos y funcionaban a una velocidad terrible. Y pasando por encima de todo lo demás, en su mente había una sensación de total desolación y remordimiento.

Había fracasado. Arrastrada por emociones que no había tenido la inteligencia de examinar ni controlar, se había dejado atrapar por la mayor de las estupideces: la temeridad; y Némesis había estado al acecho para explotar su insensatez. Debiera haber visto el peligro que contenía el broche de Chrysiva, la correlación entre su apagado brillo plateado y la siempre presente amenaza de su demonio. Y cuando *Grimya* demostró ser más inteligente que ella, debiera haberla escuchado.

Pero el *debiera* y el *si* no le servían de nada ahora. Había despreciado a sus únicos amigos por una furia ciega y vana, y aquella vanidad la había conducido al loco convencimiento de que podía enfrentarse y acabar con el demonio del valle de Charchad sin ellos. Ahora todo lo que podía esperar era una muerte relativamente rápida, y no podía culpar a nadie por su situación; sólo ella era responsable.

En su siniestro reino astral de espinas envenenadas y estrellas negras, pensó Índigo, Némesis debía de estar riendo en aquellos momentos.

La puerta se abrió de golpe, chocó contra la pared de hierro e hizo que toda la cabaña se estremeciera. Una humareda oleosa se arremolinó contra el rostro de Índigo; los ojos empezaron a llorarle y notó un sabor a sulfuro y polvo quemado en la garganta cuando fue empujada al exterior, al horripilante y resplandeciente paisaje nocturno de las minas.

Fue recibida por un atronador caos de sonidos. La mugrienta atmósfera palpitaba con el casi subconsciente tronar de las máquinas, desde las enormes grúas sobre sus elevados pescantes, hasta las grandes palas de las excavadoras y los enormes martillos operados por equipos de hombres sudorosos que atacaban las rocosas paredes. Grupos de esclavos encorvados remolcaban hileras de vagonetas de mineral por una chirriante y ruidosa red de vías; aquellos hombres cantaban mientras trabajaban para mantener el ritmo de sus pasos, entonando un lastimero y quejumbroso canto fúnebre como una saloma de inspiración diabólica. El vapor siseaba y rugía, voces sin cuerpo lanzaban órdenes; en algún lugar, alguien dejó escapar un grito de dolor, de temor o de ambas cosas. Por entre aquella siniestra fetidez centelleaban las antorchas en sus elevados postes, su luz diluida por el humo en informes y fantasmales manchas blanquecinas, en medio de aquel torbellino nocturno.

Arrastraron a Índigo por el desigual suelo. Las lágrimas caían ya a raudales de sus ojos y no podía ver más que lo que tenía justo delante de ella. Pasaron junto al elevado caballete de una de las antorchas, y bajo el repentino resplandor que ésta arrojaba distinguió las formas

Librodot

borrosas de otras figuras que parecían esperarlos.

Alguien que llevaba un látigo y cuyas vestiduras despedían un brillo metálico se apartó de la luz para salir al encuentro de los que conducían a la joven. Se intercambiaron algunas palabras, pero el ruido de fondo las ahogó; el único sonido reconocible fue una áspera carcajada. Luego, unas manos la empujaron hacia adelante con brutalidad; incapaz de controlar sus músculos, cayó cuan larga era entre pies enfundados en botas, pero tiraron de ella al instante para volver a ponerla en pie. Se escuchó el chasquido de un objeto metálico; notó que algo le atenazaba los tobillos y se dio cuenta, con embotada sorpresa, que la estaban atando al extremo de una doble fila de hombres harapientos. Intentó protestar, pero su paralizada lengua sólo pudo lanzar un peculiar lloriqueo que atrajo tan sólo una breve y apática mirada del prisionero que tenía delante.

Se escuchó un nuevo ruido metálico, y un segundo juego de argollas se cerró sobre sus muñecas. Le soltaron los brazos; se mantuvo erguida, aunque a duras penas, guiñando los ojos confusa ante sus torturadores. Se produjo un revuelo entre el grupo de capataces, y entonces apareció Quinas, sostenido por dos de los seres que habían transportado su camilla desde la cabaña.

—Bien, *saia* Índigo.

La familiar y odiada voz se deslizó como un helado cuchillo en la maraña de sus pensamientos. No tenía fuerzas suficientes para volver la cabeza, y alguien tuvo que sujetarle la barbilla y girarla a un lado hasta que sus ojos se posaron vagamente sobre el rostro de Quinas.

—Es costumbre en estos momentos ofrecer la bendición de Charchad a aquellos que están a punto de ser iluminados. —Bajo el ardiente resplandor de la antorcha que se alzaba sobre su cabeza, las deformidades de Quinas le daban un aspecto macabro—. Vuestros compañeros ya han recibido este sacramento; pero parece, por desgracia, que vos. Índigo, no estáis en condiciones de compartir la dicha de los demás.

Ella siguió mirándolo fijamente. Aunque hubiera podido hablar no se le habría ocurrido nada que decir.

Quinas sonrió.

—Parece un poco decepcionante que nuestra despedida definitiva carezca de la ceremonia adecuada, pero he aprendido a tomar estas pequeñas contrariedades con filosofía. De modo. Índigo, que tan sólo me queda deciros adiós. Por última vez. —Hizo un gesto en dirección a los carceleros que aguardaban—. Llevadlos al valle.

Un capataz que iba a la cabeza de la hilera de prisioneros dio un fuerte tirón a la cadena que sostenía, y los hombres empezaron a avanzar tambaleantes. La muchacha fue arrastrada con ellos mientras su cabeza se bamboleaba sobre sus hombros. Por un momento, la infernal escena pareció ladearse cuando ella estuvo a punto de perder el equilibrio; luego, mientras conseguía enderezarse, pudo vislumbrar por última vez a Quinas antes de que éste se diera la vuelta. Su rostro estaba en sombras, fuera del alcance de la luz de la antorcha, y no pudo ver su expresión; sólo el ojo que le quedaba captó un reflejo errante, y resplandeció como el ojo de un demonio reencarnado.

Índigo sintió cómo sus dientes empezaban a castañetear; fue un movimiento reflejo, impulsivo y convulso. No podía hablar, pero cuando la hilera de prisioneros empezó a desplazarse en la oscuridad, sus labios se movieron vagamente para formar una única y silenciosa palabra que sonó como una confusa y desesperada súplica en su mente destrozada. *¿Gr... Grimya... ?*

Antes de que se pusieran en marcha, Jasker le dio a *Grimya* los últimos restos de su comida. La loba protestó diciendo que estaba demasiado preocupada para sentir hambre, pero él insistió. Las provisiones, alegó, se habrían vuelto rancias mucho antes de que ellos estuvieran de regreso, y necesitaban alimentarse de cara a la tarea que les esperaba. El ya había comido todo lo que necesitaba; ahora *Grimya* debía tomar lo que quedaba.

Librodot

Por fin, aunque de mala gana, el animal cedió. Mientras comía, Jasker se dedicó a estudiar detenidamente un pequeño mapa a la luz de una vela; aquel mapa era el resultado de seis meses de exploraciones de los túneles, pozos y galerías que infestaban los volcanes. Con un gran esfuerzo, lo había dibujado sobre un pellejo ahumado con una pasta hecha de hollín y cera aceitosa, y en ningún caso estaba completo: Jasker era muy consciente de que en sus paseos subterráneos no había explorado más que una diminuta porción de la enorme red de túneles. Pero el mapa sería suficiente para guiarlos hasta su destino. Lo que pudiera pasar más allá de aquel punto era un tema en el que prefería no ahondar, consciente de que la cuestión estaría en manos superiores. Pero —y miró de soslayo a *Grimya,* quien, a pesar de sus protestas, estaba lamiendo el plato hasta dejarlo reluciente— si la suerte les daba la espalda y resultaba ser un viaje sólo de ida, al menos se habrían ahorrado la ignominia de morir hambrientos.

Con un suspiro, Jasker dobló el mapa y lo introdujo en un pequeño saco de cuero que se colgó a la espalda. No quería cargarse innecesariamente, pero penetrar en la red de túneles del volcán con las manos vacías resultaría suicida. Había empaquetado, tan sólo, algunas cosas esenciales, como cuerda, velas, un cuchillo, junto con un odre lleno por completo de agua. Se había aprendido de memoria la primera parte de la ruta; ya no había ninguna necesidad de posponer la partida.

Grimya estaba ansiosa por ponerse en marcha, pero se sorprendió cuando, en lugar de dirigirse por el túnel interior de la cueva, Jasker la condujo al exterior, a la calurosa noche, y la hizo subir por un empinado y difícil sendero que no había visto antes. El camino lo formaba una veta de obsidiana, que *se* había fundido adquiriendo la suavidad del cristal y resultaba peligrosamente resbaladiza. La loba se las ingenió valientemente para no perder pie y mantener su ritmo, pero cuando por fin llegaron a la cima estaba casi sin aliento.

Jasker señaló una grieta profunda y oscura en la ladera de la montaña que tenían delante.

—Al otro lado de esa abertura, hay una cueva que conduce a un pasadizo. Allí es donde está el camino que debemos seguir.

A *Grimya* no le gustaban las cuevas. Su elemento natural eran los frescos espacios abiertos de los bosques y las llanuras; el confinamiento la angustiaba, y aunque se había adaptado lo mejor que había podido al claustrofóbico escondite de Jasker, encontraba su atmósfera opresiva. La idea de introducirse por aquella estrecha abertura al interior de una oscuridad sofocante y llena de vapores sulfurosos hacía que su corazón latiera a una velocidad muy poco agradable. A pesar de su determinación de ser valiente, tenía que admitir que sentía miedo de lo que les esperaba más adelante. Hubiera dado mucho por no tener que continuar aquel viaje, pero se quitó la idea de la cabeza, con un supremo esfuerzo, incluso antes de que acabara de tomar forma. Por el bien de Índigo, debía entrar.

Jasker se había agachado ya y se internaba en aquellos momentos por la grieta. *Grimya* levantó la vista para contemplar el titánico cono de la Vieja Maia que se alzaba hacia el maligno resplandor del firmamento, y los pelos del lomo se le erizaron. La mayor y la más vieja de las Hijas de Ranaya, un gigante dormido pero letal. Y ellos iban en busca de su corazón.

Un apagado grito, que surgía de la grieta, le indicó que *el* hechicero había conseguido pasar. *Grimya* sacudió todo el cuerpo, de la cabeza a los pies, en un intento por deshacerse de algo más que el pegajoso calor de la noche; luego se aplastó contra el suelo y franqueó la abertura en pos de Jasker.

Anduvieron durante un tiempo incalculable en una oscuridad casi total. En un principio, Jasker había sacado una vela de su saco y había intentado encenderla; pero por el túnel zumbaban y resonaban extrañas corrientes de aire caliente, y la vacilante llama se negó a permanecer encendida durante más de algunos minutos. Al cabo de un rato, el hechicero abandonó sus intentos de mantener la vela encendida. Por un instante consideró la posibilidad de llamar a una salamandra, una de sus pequeñas hermanas ígneas; pero hacer venir y

Librodot

dominar a aquella criatura precisaría de la utilización de poder, y no quería arriesgarse a reducir sus reservas aunque fuera en una mínima parte. Por el momento, tendrían que apañárselas sin luz.

Resultó un viaje alucinante. El aire olía a sulfuro y sabía a hierro; el bochorno aumentaba a medida que el túnel giraba y se retorcía siempre en sentido descendente. Había momentos en que el techo del pasadizo se elevaba tanto que sus pasos producían atemorizantes ecos; en otros, las paredes se juntaban tanto que se veían obligados a introducirse de lado por aberturas apenas practicables. De vez en cuando, un vago y distante centelleo de luz entre roja y naranja surgía de alguna rendija en la pared del túnel y reflejaba sus sombras por un breve instante sobre la roca, antes de desvanecerse. Asimismo, de algún lugar muy por debajo de ellos brotaba una vibración constante y apagada que ni siquiera el sensible oído de *Grimya* podía escuchar con claridad, pero que ambos sentían en su interior.

A la loba le era imposible ocultar su miedo. El más mínimo sonido, el menor soplo de aire era suficiente para hacerla saltar a un lado y pegarse al suelo, y cuanto más penetraban en la montaña, peor se sentía. Cruzaron una galería natural, avanzando con cuidado por una estrecha repisa que sobresalía por encima de un tremendo y negro precipio; luego se introdujeron en otro túnel, cuya tremenda acústica hacía que sus pisadas resonaran como el avance de un ejército, y siguieron por una cresta de basalto que cruzaba una enorme fumarola. Ésta arrojaba bocanadas de aire caliente y sulfuroso a sus rostros y brillaba con vida propia. Jasker se detuvo varias veces para consultar su mapa, pero se trataba de una mera precaución; la memoria y el instinto estaban demostrando ser buenos guías, y sabía que cada vez se encontraban más cerca de su destino.

El hechicero se daba perfecta cuenta del miedo que sentía *Grimya, y* lo cierto es que lo compartía; aquellos túneles subterráneos no eran lugar apropiado para ningún ser vivo, humano o animal. Lo único que esperaba era alcanzar su objetivo. Había visto el lugar en una ocasión, durante su primera exploración, pero desde aquella visita imprevista no había tenido motivo —no, se corrigió con severidad, no había tenido el *valor*— de regresar. No tenía ningún mérito que se engañase a sí mismo con aquello, pues el temor que sentía era plenamente justificado. Pero ahora que debía enfrentarse a ello otra vez, rezaba en silencio para que durante el tiempo transcurrido ningún suceso natural hubiera convertido el lugar en inaccesible, ya que si así era, sus planes tendrían la misma relevancia que un puñado de polvo volcánico.

Se preguntó lo cerca que estaría Índigo ahora del mortífero valle. Sabía que mucho dependería de si todavía tenía a Quinas con ella. Si el capataz seguía vivo, su presencia aminoraría su marcha y aquello aumentaba las posibilidades de Jasker de llegar a su destino antes de que ella llegara al suyo. Pero si Quinas había sucumbido al agotamiento, o Índigo había simplemente perdido la paciencia y lo había matado, podría ser ya demasiado tarde.

Sin darse cuenta, apresuró el paso, lo cual obligó a *Grimya* a trotar rápidamente para poder seguirlo. Por lo que sabía —y Jasker estaba dispuesto a admitir que tanto sus conocimientos como el mapa podían andar errados—, estaban ahora muy cerca de su meta. El aire del pasadizo por el que avanzaban a toda prisa estaba viciado por los vapores que emanaban del polvo volcánico, las piedras calientes y el metal semifundido: bajo sus pies, y no a demasiada profundidad, las leyes naturales de la geología estaban siendo trastornadas por el descomunal calor procedente del núcleo hirviente del volcán. Intentaba calcular cuánto más deberían seguir adelante cuando de repente las orejas de *Grimya* se irguieron.

—¡Luz! —exclamó con voz ronca—. ¡Ve... o luz!

En la oscuridad del túnel, el hechicero se había concentrado en no perder el equilibrio sobre el desigual suelo, y la loba había vislumbrado el primer resplandor revelador antes de que su mente lo registrara. Ahora, no obstante, sus ojos captaron el débil y vacilante reflejo en la pared de delante.

Habían llegado. Viejos recuerdos volvieron a la vida en la mente de Jasker, y sintió una profunda sensación de ahogo en la garganta que no era provocada por la apestosa atmósfera.

Librodot

Intentó tragar, pero no pudo generar saliva, y se detuvo, con los ojos clavados en el inflamado resplandor mientras apoyaba una mano en la roca que tenía a su lado.

La superficie de la pared estaba caliente, y notó cómo a través de ella vibraba un lento pero insistente latido. La luz que tenían delante iluminaba una curva cerrada del túnel, y justo después de la curva, recordó, el techo se había hundido para crear una pared inclinada de cascotes cuya única salida era una estrecha abertura en la parte superior. Detrás de aquella barrera estaba el final del túnel y su punto de destino.

El hechicero aspiró con fuerza y energía por cuatro veces, en un intento de calmar los inquietos latidos de su corazón. Luego, tras echar una rápida ojeada a su alrededor para asegurarse de que *Grimya* lo seguía, se encaminó hacia la curva del túnel.

Nada había alterado las rocas caídas. La ardiente luz brillaba con fuerza a través de la abertura de la cima, dejando la ladera sumida en profundas sombras y provocando que resultara difícil juzgar las distancias y los ángulos para una ascensión. *Grimya* contempló los escombros indecisa.

—¿Puedes subirla? —preguntó Jasker.

La loba inclinó la cabeza.

—Sssí. Pero... ¿qué es esa luz? ¿Y los ru... ruidos? No son nada... tranquilizadores.

El hombre había estado intentando ignorar los inquietantes ruidos que se incrustaban en su mente desde el otro lado de la barrera, pero la pregunta del animal lo obligó a tomar conciencia de ellos. Si cerraba los ojos y daba rienda suelta a su imaginación —algo que no estaba excesivamente ansioso por hacer— podría fácilmente creer que los discordantes sonidos eran una especie de música sobrenatural, el canto de extraños espíritus en una escala tonal y en una lengua que ninguna mente humana podía interpretar. Peculiares armonías que desafiaban la comprensión, susurros imposibles, estremecedoras cadencias sin tono ni ritmo, que, sin embargo, poseían su propia y espectral integridad. Como era lógico, Jasker sabía que aquellos ruidos eran debidos al desplazamiento de corrientes de aire fortuitas por la enorme red de túneles de la roca; pero la lógica no podía competir contra el efecto de aquellos ecos espeluznantes, ni podía hacer desaparecer la convicción que se había apoderado de él la primera vez que llegara a aquel imponente lugar: creía escuchar la inmensa e inhumana voz de la mismísima Vieja Maia. *Grimya,* que carecía de las deficiencias auditivas del oído humano, debía de estar sintiendo aquella voz en su mismo tuétano...

Le respondió con suavidad.

—No son más que movimientos del aire, *Grimya,* No hay por qué asustarse.

Hubiera deseado poder confiar en sus propias palabras tranquilizadoras cuando inició el ascenso por la pared de cascotes. Las piedras caídas estaban más calientes que la pared del túnel, tanto que no podía sujetarse a ellas durante más de algunos segundos cada vez. Y la ascensión era más complicada de lo que recordaba; los pedruscos sueltos convertían la marcha en algo muy peligroso, y el avance resultaba frustrantemente lento. Pero ya casi estaba a medio camino de la parte superior cuando, percibiendo que algo no iba bien, volvió la cabeza para mirar sobre su hombro y descubrió que *Grimya* no lo seguía. En vez de ello se había dado la vuelta y miraba al lugar por donde habían venido. Sus orejas estaban totalmente echadas hacia adelante *y* alerta, y su postura era tensa.

—¿Grimya?—Una nerviosa impaciencia dio a la voz de Jasker una nota de irritación; si tenían que enfrentarse a la ascensión y a lo que había detrás de ella, no deseaba prolongar la prueba durante más tiempo del estrictamente necesario.

Grimya gruñó, con un temblor inquieto, pero no lo miró.

—¡Grimya! ¿Qué sucede?

La loba volvió por fin la cabeza. Sus ojos, brillantes por el reflejo de la luz, mostraban una expresión fiera y repentinamente ajena a todo aquello, y echó hacia atrás los labios mostrando los colmillos.

—¡Algo vaaa mal!

Una fría mano espectral se cerró en torno al estómago de Jasker.

Librodot

—¿Mal?

—En mi mente. Una alte... alteración. ¡La... essscuché! Pero ahora se ha ido.

Su primer temor irracional de que alguien o algo los había estado siguiendo por el laberinto de túneles desapareció, pero fue reemplazado al instante por otro presentimiento. *En mi mente,* había dicho *Grimya.* ¿Era posible que la loba hubiera captado algún olor psíquico a algún peligro?

Aferrándose a su precario asidero, y sin prestar atención a sus manos que empezaban a chamuscarse, Jasker la instó apremiante:

—Intenta escucharlo de nuevo, *Grimya.* ¡Inténtalo!

—No... puedo... —Sacudió la cabeza con fuerza, como si intentara deshacerse de algún asaltante invisible, y dio un paso atrás, con todo el cuerpo temblando—. No quiere... venir... no. Espera. Es... —De repente levantó los ojos hacia él y esta vez su mirada estaba llena de temor—. ¡Es Índigo! ¡Jasker, es su voz! ¡In... tenta llamar... me!

El hombre se sintió como si la sangre de sus venas hubiera sido reemplazada por agua helada. No era posible; no, a menos que...

—¡Escucha de nuevo! —Su voz se quebró en la última sílaba, y le costó un gran esfuerzo conseguir recuperar algo de coherencia—. ¿Qué es lo que dice? ¿Qué?

—¡No lo sé! No pu-puedo oírla con clari... dad; es como si... —*Grimya* no encontraba las palabras; lanzó un gañido de angustia, luego recurrió desesperada a su primera advertencia—. ¡Algo vaaa maaal!

El hechizo que había encadenado a Índigo a su obsesión y a su manía debía de haberse roto. Por lo tanto, las barreras que la muchacha había alzado entre ella y *Grimya* se habían derrumbado y ahora éstas podían restablecer su contacto telepático. Pero el contacto tenía un defecto, y la loba no había podido interpretarlo con coherencia.

La comprensión penetró en su mente, tan aguda como una cuchillada en el estómago. Sólo una cosa podía haber liberado a Índigo del control de Némesis; y el hedor del aire, la cambiante luz y los lejanos susurros de la Vieja Maia se convirtieron de repente en tan sólo un remoto telón de fondo para el terrible temor que bloqueaba la mente de Jasker.

—*Grimya,* escúchame. —Intentó mantener la voz tranquila, consciente de la facilidad con que la angustia del animal —y la suya propia— podían transformarse en pánico—. Tenemos muy poco tiempo. Debemos seguir adelante y deprisa. Sígueme... ¡Y si quieres a Índigo, no tengas miedo de lo que estás a punto de ver!

El animal le dirigió una mirada desesperada que obviaba la necesidad de más palabras; luego sus garras arañaron la piedra al saltar en dirección a la cuesta.

Completaron la ascensión jadeantes y casi gateando. Jasker se obligó a sí mismo a no pensar más que en el siguiente y precario punto de apoyo, pero, como una lúgubre letanía, se dedicó constantemente a maldecir en silencio su propia autocomplacencia. Sabía que el tiempo iba en su contra; sin embargo, no había hecho más que hablar sobre la urgencia de su causa en lugar de actuar. Ahora, la constatación de cada minuto perdido, de cada segundo desperdiciado, lo impulsó como a un depredador en pos de su víctima, hasta que, con una boqueada que casi le vació los pulmones, consiguió franquear, arrastrándose, los últimos metros que le faltaban para llegar arriba.

Cuando su cabeza alcanzó la abertura, una luz poderosísima le azotó el rostro y un fuerte hedor a sulfuro ardiente atravesó el agujero. Jasker no se detuvo, sino que introdujo el cuerpo por la estrecha salida y pasó al otro lado con un gran esfuerzo.

Sus sentidos se vieron asaltados repentina y violentamente desde todas las direcciones, cuando los sonidos, el calor, los olores y el sabor de antiguos minerales fundidos en su lengua se combinaron todos en un único ataque. Inconscientemente, el hechicero había cerrado con fuerza los ojos al introducirse en la abertura; no quería mirar, necesitaba conservar su última defensa. Pero entonces sintió a su lado la delgada forma de *Grimya* —que también se había abierto paso por el agujero— y escuchó su asustado gemido cuando, sin estar preparada, se encontró con lo que él aún no se había atrevido a mirar.

Librodot

Titubear ahora sería un acto de cobardía. Y con una brusca oleada de amargura, Jasker comprendió que era la falta de valor lo que se había interpuesto durante tanto tiempo entre él y su deber.

¡Ranaya, Madre del Magma, Señora de las Llamas, perdonad mi flaqueza y concededme vuestra bendición!

Pronunció esta letanía con silenciosa desesperación, como un condenado gritaría a las alturas cuando toda esperanza terrena se ha agotado.

Entonces abrió los ojos.

Librodot

CAPÍTULO 14

En su mapa lo había apodado sencillamente «el corazón», ya que desafiaba todo intento racional de definirlo de forma más grandilocuente. Cuando Ranaya había dado a luz a la mayor de sus tres hijas, en una titánica explosión de fuego, humo y magma que sacudió hasta las raíces todos los terrenos circundantes, el poder de esta primera erupción se había abierto paso como un puño gigantesco por entre millones de toneladas de roca, mientras las fuerzas contenidas bajo la corteza terrestre buscaban una salida. El núcleo de la montaña se había derretido durante la violenta embestida, y cuando el demoledor rayo de energía salió disparado hacia arriba en busca de una espectacular libertad, abrió un tremendo pozo vertical a través de la montaña, una vena aorta desde el corazón fundido de la Vieja Maia.

Ningún artista en sus peores pesadillas hubiera podido imaginar la vista que se presentó ante los ojos de Jasker y de *Grimya* cuando salieron del túnel para poner el pie en la red de retorcidas repisas que formaba las paredes de la inmensa fumarola. Por encima de ellos, los muros se alzaban vertiginosamente hacia arriba, agujereados por arcos en forma de bóveda que la roca había formado al solidificarse, cuando el volcán volvió a su estado de letargo. Vetas minerales, fundidas mediante el calor y presiones inimaginables, formaban puentes relucientes entre los arcos; piroxenita, magnetita y horoblenda constituían una enorme tela de araña de tétricos y relucientes colores que vibraban con los espectrales ecos —mucho más potentes aquí, pues no había escombros que los ahogaran— de las erráticas corrientes de aire abrasador que ululaban y silbaban entre su tracería.

Los dedos de Jasker estaban hundidos en el pelaje de *Grimya.* Se aferraba con fuerza a él mientras luchaba por apartarse del terror en el que sus agitados sentidos amenazaban con precipitarlo. Sentía las enormes y ardientes corrientes que ascendían de profundidades inimaginables, como las exhalaciones de un titán dormido, y contuvo un demente y vertiginoso impulso de arrojarse de la repisa a aquellos fuertes vientos, para ser transportado *en* sus corrientes y planear entre las relucientes telas de araña que colgaban sobre su cabeza. Cayó de rodillas —las oraciones que había preparado en silencio para aquel momento las olvidó por completo— y su mano libre se aferró a la caliente piedra de la pared mientras luchaba, o eso le pareció, con todos los músculos de su cuerpo para obligarse a mirar abajo.

Un enorme y borroso espectro de luz se abrió ante él cuando su mirada se dirigió por fin a las profundidades del pozo. Un pausado fuego naranja surcado de blancas lenguas de calor y de los profundos y siniestros tonos rojos del magma ardiente se alzó de un lugar en el que la solidez no tenía significado, donde el calor, las llamas y el lento movimiento de los elementos fundidos eran las únicas leyes que gobernaban. Miraba a lo más profundo de la Vieja Maia; a través de sus huesos y tendones contemplaba su corazón, que latía eternamente. Y mientras clavaba los ojos en aquel lugar inhumano, Jasker sintió en sus propios huesos el murmullo amortiguado y rugiente de la voz de su diosa.

La pared rocosa le había quemado la mano. Se dio cuenta de ello cuando la sensación física se abrió paso por entre el trance en el que había caído. Apartó la mano y se la quedó mirando, sin comprender en un principio el significado de la carne enrojecida y de las ampollas que empezaban a formarse en la base de cada dedo. Cuando recupero la lucidez, pensó al instante en *Grimya;* se volvió y encontró al animal temblando de dolor, las patas bien apuntaladas en el suelo y la boca abierta de par en par mientras jadeaba desesperadamente.

—Jasker... —Su voz se quebró cuando intentó hablarle—. No pu... puedo respirar. Tengo mi... edo. ¡Y do... lor!

—Madre Omnipotente...

Musitó las palabras para evitar que el eco las repitiera en un griterío discordante, e introdujo la mano en su saco para sacar una capa de piel que había guardado junto con sus cosas. Doblada debajo del animal le ofrecería al menos un poco de protección contra el calor. Y agua... Ambos debían beber, antes de que se evaporara la provisión que llevaba. Descolgó rápidamente el odre que colgaba de su hombro. No había traído ningún recipiente, pero con-

Librodot

siguió verter en la boca de *Grimya* la suficiente cantidad como para saciar en gran parte su sed. Cuando ella hubo bebido, se llevó el odre a sus labios... Entonces se detuvo, cuando, con repentina e intensa claridad, se dio cuenta de que había estado a punto de cometer un sacrilegio.

Había llegado a un momento decisivo de su vida. Aquél era el momento para el que se había estado preparando durante mucho tiempo, en el que las diferentes tramas de toda su vida se entremezclaban al fin para formar una única hebra. Su juventud en Vesinum; su desarrollo hasta llegar a la edad adulta y el descubrimiento de que tenía vocación; su matrimonio y la breve y dulce satisfacción que le había ofrecido éste; la espantosa muerte de su esposa; la inexorable ascensión del Charchad... Todos aquellos acontecimientos tan dispares lo habían ido conduciendo a aquel lugar y a aquella oportunidad.

Pensó en Índigo, encadenada a un yugo que él, en el interminable tormento de sus últimos años, comprendía perfectamente, y dispuesta a pagar cualquier precio por liberarse de aquella tortura. ¿Podía él hacer menos de lo que había hecho ella? Jasker no necesitaba contestar a su propia pregunta, ya que en aquel instante de revelación creyó ver el propósito para el que la excelsa mano de Ranaya había unido la maraña de sus destinos.

Señora de las Llamas, Madre del Magma, Hermana del Ardiente Sol. Beber ahora sería fallarle, ya que significaría menospreciar el elemento al que estaba dedicada toda su existencia. Debía confiar en Su poder y en Su energía, ya que si aún quedaba esperanza, Ella la tomaría, la moldearía y le insuflaría vida.

Los dorados ojos de *Grimya* brillaron por la sorpresa que le produjo ver a Jasker echar la cabeza atrás y lanzar una carcajada, un violento repiqueteo de júbilo que las ardientes ráfagas de aire arrebataron y lanzaron a lo alto del pozo de la gran fumarola, para que resonara a través de sus bóvedas. La mano del hechicero se cerró sobre el odre y lo arrojó a las profundidades. Observó con atención cómo caía girando sobre sí mismo, una partícula insignificante en el estremecido aire, describiendo una espiral mientras descendía muy despacio, chisporroteando a medida que el agua se convertía en vapor, en átomos, en nada, al aceptar la diosa de los volcanes la ofrenda y transformarla en fuego.

Jasker rió de nuevo, y *Grimya* vio cómo un tembloroso haz de luz surgía de él para flotar sobre el gigantesco pozo. La luz estalló y adoptó la forma de una reluciente salamandra, que escupió llamas escarlata y lanzó un desafío sobrenatural en dirección a la sencilla y resonante bóveda. Una segunda criatura hizo entonces su aparición a su lado, y luego una tercera; resplandecían a la vibrante luz de la fumarola. Una cuerda de fuego de un color azul blanquecino apareció en las manos del hechicero; la sostuvo bien tensada, las palmas ardiendo a su contacto, luego se volvió hacia la aterrorizada loba que permanecía junto a él.

—*Grimya.* —La voz de Jasker estaba anormalmente tranquila, pero el animal percibió la soterrada nota de locura que *se* abría paso tras aquella fachada. Los ojos del hechicero parecían mirar, agraves de ella, a otro mundo—. Tienes que encontrar a Índigo otra vez, y unir tu mente a la suya. Debes convertirte en el medio a través del cual yo pueda canalizar mi poder, y entre los dos debemos traspasarle ese poder a ella. ¿Comprendes?

Un prolongado escalofrío sacudió el cuerpo de la loba.

—Com... prendo —susurró con voz ronca.

—Ayúdame, *Grimya.* Cuando la energía empiece a crecer quizá no pueda controlarla. No me falles, pequeña, ¡encuentra a Índigo rápido y reza para que pueda oírte!

La cuerda que sujetaba entre las manos llameó lívida cuando se volvió de nuevo de cara a la fumarola, y las salamandras que danzaban en el aire sobre sus cabezas lanzaron un salvaje grito. *Grimya* cerró los ojos, con las orejas pegadas a la cabeza y el cuerpo convulsionado. Mientras jadeaba con una mezcla de dolor y temor, luchó por dirigir su mente hacia Índigo. Su conciencia huyó del pozo, voló por los túneles y sobre las rocas y laderas de la Vieja Maia, buscando, registrando; y, de repente, sintió la temblorosa oleada de otra conciencia lejana que centelleaba por un instante en su camino. Se puso en tensión, concentrándose con más fuerza, y la sensación le llegó de nuevo; esta vez más fuerte, pero distorsionada, como si hubiera

Librodot

perdido la capacidad de concentrarse.

«¡Índigo!»

Su silenciosa proyección mental se mezcló en su cabeza con el ronco canturreo que emanaba ahora de la garganta de Jasker al iniciar éste su conjuro. Una luz ardiente centelleó contra los párpados de *Grimya y,* poco a poco, el canturreo empezó a transformarse en palabras de sílabas vibrantes y arrastradas.

«¡Índigo!», gritó mentalmente *Grimya. «¡Escúchame! ¡Escúchame!»*

De las profundidades, un penetrante y lejano tronar respondió a la insistente salmodia de Jasker. Las salamandras empezaron a entonar un contrapunto, en una octava tan alta que incluso *Grimya* apenas podía oírla. Llena de frenesí, la loba se esforzó por captar y mantener la esquiva conexión con la conciencia de Índigo, que se agitaba trémula fuera de su alcance.

«¡Índigo!»

Lanzó toda la energía que su mente pudo reunir en la llamada, mientras su cuerpo se estremecía por la tensión del esfuerzo. De repente, una pared pareció derrumbarse ante ella, y un poderoso torrente de temor, rabia y desesperación se estrelló contra su conciencia desde el exterior y convirtió sus pensamientos en un caos.

En el corazón de la Vieja Maia el trueno gritó con un vozarrón siniestro. Jasker permanecía con los brazos levantados, el cuerpo envuelto en un resplandor azul blanquecino procedente de la cuerda de fuego que seguía brillando en sus manos. A sus pies, la luz naranja empezaba a adquirir un profundo y violento tono carmesí. La temperatura se elevaba y el viento soplaba en violentas ráfagas por el pozo y rugía por entre las brillantes vetas de mineral, ahogando la letanía del hechicero, mientras que las antiguas fuerzas de Ranaya empezaban a encresparse en su interior.

Y *Grimya,* sin darse cuenta, su mente encadenada y perdida en la de Índigo, aulló a través de la distancia que las separaba al ver, en aquel momento, adonde había ido a parar su amiga y aquello a lo que se enfrentaba.

«¡Es demasiado tarde!»

Cuando llegaron al final del desfiladero. Índigo no pudo hacer otra cosa que mirar fijamente con embotada estupefacción las enormes puertas que impedían seguir adelante. La fila de prisioneros se detuvo tambaleante, pero ella instintivamente intentó seguir adelante, sus reflejos paralizados a todo lo que no fuera la indiscutida aceptación de lo que parecía una caminata interminable; un capataz se dio cuenta de ello cuando las cadenas que sujetaban sus tobillos se tensaron, gritó una furiosa orden para que se detuviera y la correa de un látigo restalló contra su pecho indefenso. Pero la muchacha no sintió el dolor, se limitó a parpadear como un animal que saliera poco a poco de un estado de hibernación y volvió a ocupar su lugar en la fila.

¿Cuánto tiempo habían estado arrastrando los pies hasta llegar a aquel punto? Su sentido del tiempo estaba destrozado; podrían haber transcurrido minutos u horas desde aquella última visión del rostro triunfante de Quinas a la luz de la antorcha. El recuerdo de todo lo que había visto y oído desde entonces no era más que un revoltijo de imágenes fortuitas en su cabeza. Recordaba un camino ancho cuya superficie parecía estar cubierta de cenizas que los pies de los prisioneros levantaban convirtiéndolas en sucias nubes de polvo a cada paso que daban; y había visto una turbulencia resbaladiza y oleosa que, estaba segura, debía de ser el río, ya que corría paralelo al sendero. Luego se había producido un sonido terrible y atronador, que cada vez era más fuerte y la aturdía; finalmente, se transformó en el rugido de los hornos de fundición, cerca de los cuales discurría la carretera. Había sentido el calor de sus imponentes fuegos y había visto las nubes de vapor que se alzaban de los pozos de enfriamiento para espesar y saturar la oscuridad. Había hombres moviéndose entre toda aquella confusión abrasadora y llena de humos y vapores, diminutas figuras empequeñecidas por su entorno; los que vieron pasar a aquellas criaturas condenadas desviaron la mirada rápidamente.

Librodot

Luego, mientras los hornos quedaban atrás, el valle había empezado a estrecharse hasta que no hubo más edificios, ni más máquinas, ni más hombres. El camino de cenizas desapareció e iniciaron una penosa caminata por un empinado desfiladero que ascendía hacia las montañas circundantes por entre dos elevadas cumbres. Ahora, la única luz era el frío resplandor verdoso que iluminaba el cielo sobre sus cabezas, creando anormales sombras cambiantes sobre las piedras. La imprecación lanzada por un capataz para apresurar a los prisioneros resonó extrañamente e hizo que Índigo pensara por un momento que otras voces les gritaban desde los riscos. Entonces, algo enorme, oscuro y anguloso surgió de la noche delante de ellos, y llegaron al final de su camino.

Las puertas, de unos diez metros de altura, sujetas a gigantescas bisagras clavadas en la roca cerraban el desfiladero. No hacía más de cuatro años que habían sido colocadas, pero su superficie de hierro estaba ya ennegrecida y podrida, el metal corroído por el corrompido aire. La barra que las mantenía cerradas prácticamente hubiera soportado cualquier tipo de ataque proveniente del otro lado. Cuando los capataces avanzaron para sacar, con grandes esfuerzos, la barra de sus soportes, la mente lastimada de Índigo comprendió por primera vez lo que debía ocultarse allí detrás.

Volvió la cabeza muy despacio —con un gran esfuerzo era capaz de ejercer un muy limitado control sobre sus músculos— y miró al prisionero que estaba a su lado. Este contemplaba las puertas con lo que parecía una mezcla de reverente temor y resignación; la boca le colgaba entreabierta y un lento hilillo de saliva le resbalaba por la barbilla sin que él pareciera darse cuenta. Delante de él, otro hombre también observaba aquella entrada; el resto concentraba su atención con fijeza en el suelo. Nadie se movía, nadie dejó escapar la menor señal de temor o protesta.

Un fuerte estrépito metálico, que resonó ensordecedor entre los riscos, anunció el sonido de la barra al caer. Mientras el eco se desvanecía y regresaba el silencio, las puertas chirriaron amenazadoras, e Índigo sintió un escalofrío en la base de la espalda. No estaba asustada —la droga la había vuelto incapaz de sentir nada parecido—, pero, por un instante tan sólo, la inquietud se había agitado en su interior como un gusanillo.

Se escuchó un sonoro ruido metálico. El eco retumbó con menos fuerza, ahora, pero aún con la suficiente como para sobresaltarla, y las puertas empezaron a abrirse hacia ellos. Una delgada línea vertical de un violento fulgor verde hizo su aparición y se ensanchó rápidamente, hasta que la joven se vio obligada a desviar la vista; entonces sintió un tirón en las argollas y escuchó el crujir de las piedras bajo el peso de los pies cuando los cautivos empezaron a avanzar hacia la entrada del siniestro valle situado al otro lado.

—¡Tú no!

Una mano se cerró sobre su antebrazo y tiró de ella hacia atrás cuando, demasiado atontada para razonar o discutir. Índigo iba a seguir a sus compañeros de cautiverio. Sin comprender, clavó la mirada en el rostro de uno de los guardas, que se había interpuesto entre ella y los demás. El hombre sonreía, y ella no entendió nada.

—Ansiosa, ¿eh?

Otro de los vigilantes fue hacia ella, soltando unos gruesos cortadores que colgaban de su cinturón.

—Ya le tocará el turno. Pero no con este miserable grupo de gusanos.

El primero de los capataces jugueteó con su amuleto de Charchad, luego hizo un ademán impaciente.

—Acabemos deprisa con éstos; no quiero dejar la puerta abierta más tiempo del necesario.

Su compañero se agachó, y el metal soltó un chasquido cuando cortó las cadenas que la sujetaban a los otros cautivos. La empujaron a un lado con malos modos. La muchacha perdió el equilibrio y se arañó el codo al caer al suelo. Mientras intentaba sentarse, aturdida, vio cómo los capataces conducían a la hilera de hombres hacia el brillante espacio situado entre las dos puertas. Un resplandor frío cayó sobre ellos y los rodeó con una aureola de intensa luz verde; uno —el hombre que había tenido delante en la fila— vaciló por un momento y miró

Librodot

hacia atrás. A la muchacha le fue imposible decidir si su expresión era de lástima o de súplica. Luego, el desfiladero volvió a resonar al cerrarse las puertas detrás del último de los hombres, y éstos desaparecieron.

Los ecos se apagaron y, de repente, la noche pareció inquietantemente silenciosa. Las montañas habían amortiguado el bullicio de las minas convirtiéndolo en apenas un débil murmullo nebuloso en la distancia, y el desfiladero estaba en silencio. Índigo no intentó incorporarse, sencillamente permaneció sentada donde había caído, con los ojos fijos en los capataces que en aquellos momentos regresaban de la entrada.

Sólo eran tres. No había registrado este dato antes, pero ahora, mientras la información se filtraba en su mente, se preguntó por qué los prisioneros habían aceptado su destino tan estoicamente. Si hubieran decidido luchar, sus guardianes se habrían visto totalmente sobrepasados en número; sin embargo, no habían protestado en absoluto. Se habían limitado a penetrar en el valle de Charchad como ovejas ignorantes camino del matadero. ¿Qué les sucedería ahora?, se preguntó. ¿Morirían, rápida y brutalmente, antes de que la enfermedad del valle se deslizara al interior de sus cuerpos? ¿O vagarían por aquel verdoso mundo de pesadilla hasta que la carne se les pudriera en los huesos y se convirtieran en lo que Chrysiva había sido, antes de que la saeta de una ballesta pusiera fin a su sufrimiento?

Al pensar en Chrysiva, la boca de Índigo se crispó en una mueca. No pudo evitar aquel movimiento reflejo, ni la peculiar sensación que le siguió al momento y la empujó a querer hablar. Pero las palabras que buscaba la eludieron. Bastante antes, antes de que los acólitos de Charchad la obligaran a beber su repugnante brebaje, sabía que había recibido una espantosa revelación con respecto a los acontecimientos que la habían conducido a su actual situación, pero ahora no podía recuperar su capacidad de razonamiento lo suficiente para recordarla. Sentía miedo, sí; pero carecía de sentido, como si perteneciera a alguna otra persona y ella lo experimentara indirectamente, ¿Era miedo a la muerte? Eso pensaba, pero no podía recordar por qué la muerte resultaba tan importante.

Unas botas arañaron la roca, y el débil sonido hizo que Índigo se diera cuenta de que había estado a punto de caer en un letárgico trance. Sus ojos volvieron a aclararse, y vio a uno de los capataces de pie junto a ella. Sus compañeros se apoyaron contra la pared del risco, contemplando la escena con hastiado interés.

—Bien, bien. —La puntera de metal de una bota la golpeó en la rodilla; Índigo hizo una mueca, pero fue una reacción lenta—. Todavía en el limbo, ¿eh? —Introdujo la mano en su camisa y la cerró alrededor de algo que llevaba guardado en un bolsillo interior. La muchacha no pudo ver lo que era.

—¿Una última petición antes de que nos abandones?

Uno de los hombres lanzó una carcajada que parecía un bufido.

—Es bastante joven y bonita —gritó—. ¡Te apuesto a que sé qué le gustaría antes de irse!

Una mirada especulativa brilló por un momento en los ojos del capataz. Miró a Índigo de arriba abajo y sus ojos descansaron por algunos instantes en sus pechos y bajo vientre. Luego sacudió la cabeza.

—No merece la pena. Todos nosotros tenemos esposas en casa que saben cómo complacernos y cómo resultar agradables. Ésta no lo haría, ¿y dónde está el placer en eso? Además, es una extranjera. Nunca se sabe lo que puedes pescar con un extranjero. No: seguiremos las órdenes de Quinas y la dejaremos así. —Sopesó en su mano cerrada el pequeño objeto que había sacado del bolsillo, luego añadió—: ¿Sabéis?, casi me da pena.

—¿Pena? —Otro de los hombres se apartó perezosamente de la pared rocosa y avanzó despacio hacia ellos—. ¿Por recibir la bendición de Charchad?

—Tal y como he dicho, es una forastera. Intenta mostrar a uno de fuera la Luz y no la verá; ya lo sabemos. —Se encogió de hombros—. Parece una pérdida de tiempo, eso es todo.

Su compañero había llegado ahora a su lado, y se inclinó para escupir a pocos centímetros de Índigo.

—Te estás volviendo viejo y blando, Piaro. La herejía debe castigarse, ¿recuerdas? Eso es

Librodot

lo que nos dice Charchad. —Posó una mano en el brazo del hombre. Era un gesto de camaradería, pero llevaba implícita una inquietante insinuación—. Por tu bien, y por el de tu familia, no lo olvides jamás.

—No pienso hacerlo. —Entonces Piaro se sacudió algún pensamiento privado—. Los otros deben de haber sido conducidos abajo ya. Acabemos con esto, y todos podremos regresar a Vesinum en la carreta de la mañana y dormir un poco. —Se agachó y, al abrir la mano. Índigo vio que sostenía un pequeño frasco de metal. El tapón saltó con un sonido sordo y desagradable, y Piaro hizo un gesto a su compañero.

—Puede que tengas que sujetarle la barbilla mientras se lo traga. No dejes que se derrame; es el único que tenemos.

Esperaban que ella luchara, pero no lo hizo, ya que se sentía terriblemente sedienta y no veía razón para rehusar un trago si se le ofrecía. Se sintió decepcionada cuando, en lugar de agua, sintió un sabor muy dulce y empalagoso; pero era mejor que nada y lo tragó con avidez.

—¿Qué es lo que hará esto? —preguntó el compañero de Piaro.

—Es un antídoto para la primera droga que le dimos, eso es todo lo que se me dijo. —Se enderezó y guardó el frasco—. Quinas quiere que tenga la cabeza muy clara cuando entre.

—¿Por qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Quizá sea una última lección. —Tenía las manos sudorosas; se las secó sobre los muslos y luego se inclinó para tomar uno de los brazos de Índigo—. Vamos. No tiene ningún sentido que perdamos el tiempo aquí innecesariamente, y el otro lado estará esperando.

El mundo se tambaleó cuando tiraron de Índigo para ponerla en pie, y ésta pensó aturdida: ¿un antídoto? Los dos hombres la arrastraban tan deprisa que apenas podía avanzar con un cierto ritmo. Las puertas se alzaron ante ella, y el tercer hombre se acercó para asir el enorme tirador. Vio la luz. Verdosa y horrible, con un fulgor tan lívido que lanzó una exclamación ahogada e intentó sacudir la cabeza en señal de protesta. La impelían hacia ella, y su cuerpo empezaba a estremecerse a causa de los calambres que sentía al recuperar la sensibilidad.

Una voz se incrustó en su cerebro. Era Piaro, que decía:

—Me gustaría saber qué se ha hecho del perro.

—¿Qué... perro?

Su compañero jadeaba por el esfuerzo. Paralizada por los calambres. Índigo se había convertido en un peso muerto.

—Me dijeron que iba con un perro. Allá, en Vesinum.

«¿Perro?», pensó Índigo. Y algo surgió de su confusa memoria para apoderarse de ella...

El hombre lanzó un gruñido.

—No durará mucho por aquí. Carne fresca, eso es lo que será, para algún bastardo con suerte.

«Grimya... »

El segundo capataz lanzó una imprecación cuando la parálisis de Índigo desapareció de repente y la muchacha empezó a retorcerse en manos de sus enemigos.

—¡Por la Luz, esta zorra empieza a espabilarse! Sujétala bien, Piaro; intenta escapar... —y lanzó un nuevo juramento cuando ella volvió la cabeza e intentó morderlo. Fue un vano esfuerzo, pues sus dientes se cerraron en el vacío; un segundo más tarde una mano se estrelló contra su rostro y la muchacha se apaciguó.

—Déjalo ya —dijo Piaro con aspereza cuando el otro hizo intención de golpearla de nuevo—. ¡Limítate a pasarla al otro lado, y cerremos esas malditas puertas!

Índigo hizo un último esfuerzo por resistirse, mientras el antídoto, que actuaba con rapidez, recorría todo su cuerpo, pero fue demasiado tarde y resultó muy mal coordinado. Una barrera de luz abrasadora le dio de lleno mientras las puertas se hacían a un lado y se elevó por encima de su cabeza. Entonces la empujaron hacia adelante y sintió cómo caía y rodaba por una abrupta pendiente, mientras un inarticulado grito de protesta le arrebataba el aire de los pulmones, al tiempo que las puertas del valle de Charchad se cerraban con un estremecedor

Librodot

sonido a su espalda.

Durante un tiempo —no pudo saber cuánto, y cuando intentó contar los segundos que pasaban, su capacidad *de* concentración se vino abajo en una total confusión—. Índigo permaneció totalmente inmóvil. Los calambres habían dado paso a un hormigueo que recorrió todos sus miembros; el instinto le dijo que el control regresaba con rapidez a su cuerpo, pero no se atrevió a comprobarlo. Y a la vez que los efectos de la droga eran eliminados de músculos y nervios, también su mente se aclaraba, y junto con ella la memoria.

Por un momento se vio consumida por un violento ataque de rabia contra sí misma por la ciega estupidez que la había conducido hasta allí. Pero la sensación desapareció cuando comprendió que nada conseguiría con recriminaciones, y después del enojo vino una extraordinaria sensación de calma. Lo hecho, hecho estaba: el sonido de las puertas al cerrarse tras ella había sido la confirmación definitiva de la inutilidad de los lamentos. Ahora tenía una elección muy clara. Podía abandonar toda esperanza, o podía enfrentarse a lo que tenía ante ella y, mientras le quedara vida y energía, luchar contra ello con todo el poder que poseía.

Índigo no sabía si tendría el valor de poner en práctica las valerosas palabras que predicaba; pero intentó consolarse con el pensamiento de que si su resolución fallaba —como temía que sucedería— ello no afectaría en lo más mínimo su destino. Nada tenía que perder ahora. Quinas había jugado su última carta.

Si tan sólo hubiera podido establecer contacto con *Grimya...*

No. No podía ni considerarlo. En el valle de Charchad estaba fuera del alcance de *Grimya o* de Jasker; y aun *en* el supuesto de que consiguieran llegar hasta ella, no podrían hacer nada para ayudarla, y no quería ser la causa de la muerte de sus amigos, además de la suya propia. Ahora estaba sola. Y sólo había una dirección en la que pudiera ir.

Índigo levantó la cabeza del desigual suelo, y abrió los ojos para contemplar el valle de Charchad.

Estaba mejor preparada de lo que lo había estado la primera vez, pero de todos modos nada podía atenuar la oleada de sorpresa y de nauseabundo horror que la dominó cuando la enorme e incandescente vista apareció ante ella. Desde el risco, el primer lugar desde donde lo había divisado, el valle la había espantado; pero aquello... Le pareció como si su caja torácica se estrechara en su interior, amenazando con aplastarle el corazón mientras sus ojos se clavaban en lo más profundo del enorme pozo. Monstruosas oleadas de luz surgían palpitantes de las profundidades para abrasar las laderas del valle y empaparla en un fuego verde. La piel le escocía, como si se bañara en una solución de algún extraño ácido bastante diluido; las lágrimas fluían a raudales de sus ojos, y mientras contemplaba impotente la ladera situada al otro extremo —donde las sombras se movían y cambiaban, dibujando horrendas formas—, se dio cuenta de lo totalmente insignificante que era en aquel lugar: una partícula diminuta y perdida en un titánico decorado.

Repentinamente el mundo pareció perder todo realismo, y la atenazó una sensación de náusea. La escala era demasiado enorme, el poder demasiado grande: no podría enfrentarse a él, no podría...

Un sonido aislado, muy cercano, hizo su aparición en el rugido remoto y caótico de Charchad, y se abrió paso por entre el pánico que amenazaba con aplastar su decisión por completo. El cuerpo de Índigo se convulsionó con espasmos y se puso a gatas apresuradamente, agazapándose como un animal inquieto mientras sus ojos llorosos intentaban ver con claridad.

Unas figuras borrosas, deformadas por la luz, se movían por la ladera más abajo de donde estaba ella. Por un instante pensó que debían de ser los hombres a los que se había obligado a atravesar las puertas del valle de Charchad, vagando sin rumbo bajo el mortífero resplandor. Pero cuando parpadeó para eliminar las lágrimas de sus ojos y su visión se aclaró un poco, momentáneamente, comprendió que estaba equivocada. Eran sólo dos figuras, y desde luego sus movimientos no eran los de alguien que vaga sin rumbo mientras ascendían la ladera hacia ella. La razón intentó negarlo, pero el instinto le dijo a Índigo que ella era su objetivo.

Librodot

El otro lado estará esperando. Sintió un nudo en el estómago. No podía haber la menor duda ahora: aquellos seres, fueran lo que fuesen, venían a por ella. Empezó a temblar, y un terrible impulso de ponerse en pie y echar a correr pasó por su mente como una exhalación; luego se desvaneció. ¿Correr? ¿Hacia dónde? ¿De regreso a las puertas de hierro, para golpearlas con los puños y pedir que las abrieran? No. Debía enfrentarse a aquello que surgía del infierno para reclamarla. No había ningún otro lugar al que ir.

Un nuevo torrente de luz surgió del torbellino que hervía allá abajo, y un enorme y distorsionado haz luminoso se deslizó sobre las laderas del valle, envolviendo a las figuras que se acercaban en un repugnante arco iris de colores, de modo que Índigo pudo verlos con toda claridad por primera vez.

Los centinelas del risco podían haber sido seres humanos en alguna ocasión: aquellas pesadillas ambulantes no lo habían sido jamás. Aunque su apariencia era una parodia de la forma humana, los planos y los ángulos de sus cuerpos estaban horriblemente desproporcionados, como si debieran su existencia a algún mundo repulsivo diferente de éste del que habían surgido deformes e incompletos. aquellos no eran servidores terrenales de Charchad. Eran las sombras diabólicas que había tras el demonio mortal, la primera progenie del monstruo que se había comprometido a destruir, ¡los auténticos hijos de Aszareel!

Cinco pasos más, seis, siete... Índigo los contó como una criatura que repitiera en silencio la lección, hasta que, sólo a un paso de ella, aquellos seres se detuvieron. Unos ojos blancos, carentes de párpados, se clavaron en los suyos; y cuando se inclinaron para tomar la cadena que pendía de sus muñecas, no protestó, sino que se puso en pie despacio, desviando la mirada de sus rostros distorsionados para contemplar con calma el paisaje de locura que se abría ante ella. Había aceptado lo inevitable, y la aceptación poseía su propio poder narcótico.

Los demonios no hablaron. Quizá, pensó Índigo utilizando una fracción de su mente, carecían de voz. El metal tintineó, sintió un ligero tirón en la cadena y, con la serenidad irreal del sonámbulo, se colocó entre los centinelas e inició la marcha por el largo y empinado sendero que descendía al valle de Charchad.

Librodot

CAPÍTULO 15

—*¡Grimya! ¡Grimya,* abre los ojos! —La voz de Jasker se alzó por encima del creciente tronar de la fumarola, y sacudió la figura inmóvil y acurrucada de la loba—. ¡Vuelve!

Grimya gimió como un cachorro asustado, pero no dio otra respuesta. Jasker dudó incluso de que pudiera oírlo, ya que su mente estaba absorta en el horror que veía en la mente de Índigo. Tenía que romper aquel trance, el animal era el único vínculo, el único.

—¡*Grimya!* —Aguijoneado por un acceso de frustración y miedo, la voz del hechicero se elevó en un rugido que resonó estridente por todo el pozo—. ¡En el nombre de Ranaya, te lo ordeno, mírame!

Un gran estremecimiento recorrió el cuerpo de la loba, y sus ojos dorados se abrieron de golpe. Por un instante su mirada se fundió con la del hombre, y una imagen demencial y distorsionada cruzó por la mente de él. Un cegador resplandor verde, horribles formas que no pertenecían a este mundo, una pendiente traicionera que se hundía en el infierno... Una décima de segundo antes de que la imagen se desvaneciera, Jasker supo que veía el valle de Charchad a través de los ojos de Índigo.

El sentimiento de frustración se redobló, y sintió un incontenible deseo de gritar. La desesperación de *Grimya* había intensificado su poder telepático hasta el punto de romper, por un momento, el bloqueo de su mente, permitiendo que su visión se fundiera con la de ella. Pero ese instante había resultado fugaz e incompleto. Debía retomarlo.

Jasker miró frenético por encima del hombro hacia la fumarola. Vio que la luz se había intensificado hasta adoptar un tono rojo sangre, y palpitaba ahora con el ritmo de un enorme y lento corazón. La Vieja Maia estaba viva: empezaba a despertarse de su sueño, despacio, con firmeza, inexorable; y esperaba. Pero su paciencia se agotaba.

Se asió al pelaje de la loba; su rostro, empapado en sudor, estaba distorsionado por una furiosa energía.

—*¡Grimya,* escúchame! ¡Debes mantener la puerta de acceso abierta en tu mente! ¡Úneme a Índigo, déjame ir hasta ella de nuevo!

Un grito terrible surgió de la garganta del animal; no era ni un aullido ni un gañido, pero poseía un poco de ambos.

—¡Nnno... pu... edo!

—¡Tienes que hacerlo! ¡Inténtalo!

La abrazó, pero en su confusión y angustia la loba se debatió para liberarse de él, y lo arrojó a un lado. No servía de nada: no podía razonar con ella, pero tampoco podía contener aquella fuerza ahora; se había celebrado la invocación y nada podía revocarla. ¡Con *Grimya o* sin ella, debía retomar el contacto!

Jasker se volvió y gateó sobre la repisa hasta regresar al borde del pozo. El ardiente aire rasgó sus pulmones mientras gritaba enloquecido en dirección a la vasta bóveda.

—¡Madre del Fuego, ayudadme y prestadme Vuestro poder! —La desesperación hizo que su voz se quebrara; el eco le devolvió el grito y las salamandras chillaron.

Y en lo más profundo de la tierra, la Vieja Maia lanzó un titánico suspiro.

De la fumarola surgió una potente ráfaga de aire que los sacudió con la misma fuerza que si una pared se hubiera desplomado sobre ellos. Jasker fue alzado del suelo como si se tratara de una hoja seca y se sintió arrojado hacia atrás. Vio cómo *Grimya* iba a estrellarse, entre gañidos, contra los cascotes de la entrada del túnel. Luego la ráfaga pasó, dejándolo tumbado en el suelo boca abajo, con los pulmones sin aire y los ecos de la sacudida resonando en sus oídos.

¡Ranaya lo había escuchado, y le había respondido! Su piel chamuscada se arrugó y agrietó al arrodillarse, pero el dolor no significaba nada. *La Diosa* había hablado. Alzó la cabeza despacio, y se dio cuenta de que el espectro a través del cual contemplaba el mundo había quedado alterado. Rojo, naranja, amarillo; *Grimya,* que ahora había conseguido por fin incorporarse y sacudía la cabeza aturdida, era una sombra rojiza con ojos como tizones. La re-

Librodot

pisa había adoptado el sombrío y llameante tono de la lava fundida. Y él... giró las palmas de las manos hacia arriba, tembloroso, los ojos fijos en su incandescente contorno, viendo a través de ellas las doradas venas que palpitaban bajo la carne, bombeando fuego a todo su cuerpo...

El poder estaba en su interior. Podía sentir cómo germinaba, cómo invadía su ser, y sintió deseos de gritar, reír y llorar. Aquello era lo que había deseado y a la vez temido conseguir, y fue el miedo lo que lo hizo fracasar tantas veces en el pasado. Pero, ahora, el término fracaso no existía para él. El poder era suyo y sabía cómo usarlo.

Se levantó, y sus ojos tenían una expresión ardiente, orgullosa y vengativa cuando se volvió para mirar a la agazapada loba.

—*Grimya* —la voz de Jasker tembló mientras su cuerpo intentaba a duras penas controlar las fuerzas desencadenadas en su interior—. ¿Me ayudarás en lo que debo hacer?

Ella le devolvió la mirada. El corazón le palpitaba con fuerza todavía, debido a la conmoción ocasionada por la poderosa y enfática declaración de la Vieja Maia, pero el poder que había paralizado su mente se había deshecho.

El hombre ya no era un hombre. La figura de Jasker estaba rodeada por una reluciente aureola dorada, y aunque en el interior de su estructura el cuerpo y el rostro permanecían inmutables, la loba percibió los caóticos movimientos de algo gigantesco e inmortal, una energía que resplandecía y corría por la esencia misma del hechicero. *¡Demonio!,* aulló su mente. Pero *Grimya* sabía cómo eran los demonios, y echó a un lado el aviso en el mismo instante en que penetró en su mente. No era un demonio. No era pariente de Némesis, no era algo maligno. No podía darle un nombre, y su instinto no era suficiente para permitirle comprender, pero sabía en lo que Jasker se había convertido. Y sintió cómo la veneración y la piedad brotaban en su interior como una oleada de tranquilidad.

—Jas-ker... —Pronunció su nombre con voz ronca, aunque no pudo por menos que preguntarse si significaría algo para él ahora. Ignorando el calor abrasador que desprendía la piedra y que chamuscaba el suave pelaje de su vientre, se arrastró hacia él. Tenía las orejas echadas hacia atrás, indicando su incertidumbre, pero la cola se agitó en una convulsiva e involuntaria expresión de esperanza—. Sal... sálvala. Salva a Índigo. Pu... edo ayudarte. Puedo. ¡Y lo haré!

—Criatura. —Le sonrió, y el cuerpo de *Grimya* empezó a temblar de forma incontrolada—. Ranaya te bendecirá por lo que harás esta noche. —E, inclinándose, posó una mano sobre la cabeza de la loba.

La Vieja Maia, la primera de las hijas de Ranaya, lanzó un suspiro. Y mientras su magnífica y suave exhalación hacía que la maraña de minerales de la bóveda empezara a zumbar y canturrear como un coro fantasmal, Jasker se volvió hacia la fumarola, los brazos alzados y relucientes en su halo de resplandor sobrenatural. Aunque *Grimya* no podía ver su rostro, su expresión era de éxtasis, de triunfo. Las profundas señales de amargura, odio y privaciones se desvanecieron poco a poco cuando, con ojos repentinamente anegados por las lágrimas, levantó la mirada hacia la parte superior del pozo en dirección al invisible cielo nocturno.

Ranaya, la Madre del Fuego, se agitó en la esencia misma de Jasker cuando éste empezó a hablar.

Las antorchas periféricas empezaban a ser apagadas. Faltaban menos de dos horas para el amanecer, y mientras las potentes sirenas resonaban en la noche anunciando el final del turno de trabajo, las antorchas exteriores empezaron a ser bajadas de sus caballetes para ser apagadas. En los pozos de las minas, los hombres dejaban sus herramientas y apartaban la mirada de las vetas de mineral con silencioso agradecimiento. Aquellos que se demoraran, o que tuvieran que recorrer las galerías y túneles más profundos para alcanzar el mundo exterior, tendrían que salvar las abruptas laderas hasta llegar a los senderos cubiertos de cenizas y al punto de reunión en total oscuridad, se arriesgaban a que un tobillo torcido los obligara a guardar cama y redujera sus ingresos a cero durante los días siguientes.

Librodot

Quinas debía regresar a Vesinum en la carreta de la mañana. No era un medio muy decoroso de transporte para un capataz de su categoría, pero hacer venir un vehículo privado hubiera llevado su tiempo, y sus compañeros estaban ansiosos por ponerlo bajo el cuidado de un buen médico lo antes posible. Le habían instado para que intentara dormir, pero se había negado a hacerles caso, insistiendo con ferocidad en que pensaba esperar el informe de Piaro. Aquél había regresado, por fin, y confirmado que todo había salido según el plan. Ahora, Quinas estaba instalado, como mejor pudieron, en la cabaña del marcador, y no haría falta despertarlo hasta que la carreta estuviera ante las puertas de la mina.

Simein, un fiel devoto de Charchad y miembro de la camarilla de más confianza de Quinas, había decidido ocuparse personalmente de que nada molestara a su amigo y mentor durante las pocas horas que faltaban para la partida de la carreta. Permanecía a pocos pasos de la puerta de la cabaña, observando cómo se apagaban las primeras antorchas y jugueteando con el mango del látigo, que colgaba, enrollado, de su cinto. En su pecho, el amuleto de Charchad pendía de su delgada cadena y brillaba como un diminuto ojo sin cuerpo, más resplandeciente ahora que las luces de la mina se apagaban; el habitual destello de la piedra sagrada arrojaba peculiares sombras angulosas sobre las facciones del rostro de Simein y resaltaba su piel picada y escamada, que era el primer estigma de su iluminación.

Las minas permanecían anormalmente silenciosas. A lo lejos, los hornos de fundición rugían, pero el estrépito más inmediato de las excavadoras y los martillos y del rodar de las vagonetas de mineral parecía apagado, como si la noche lo hubiera envuelto en un enorme y sofocante chal. La luna se había puesto; los únicos haces de luz que destacaban eran los arrojados por las antorchas que permanecían aún en sus elevados postes. Y, aunque no podía decir por qué, Simein se sentía intranquilo.

Levantó la mirada, más allá del grupo de edificios, sobre las pilas de escombros extraídos de las montañas y dejados allí para que se pudrieran bajo el sol abrasador, hasta donde la más alta de las cimas dominaba en silencio sobre la escena. Por un breve instante le pareció ver un resplandor sobre aquella amenazadora montaña, pero después de mirar con atención durante algunos segundos, sus ojos no descubrieron nada y volvió la cabeza de nuevo. Un reflejo de las antorchas; sólo eso. Tenía cosas mejores que hacer que perder el tiempo en tonterías.

En las montañas, donde los hombres habían excavado, a través de infinitas toneladas de roca, una galería de techo muy alto, algo habló con una voz inhumana que hizo retumbar los túneles. El último grupo de mineros que había respondido a la sirena y se dirigía al exterior y a un día o dos de libertad, se detuvo, sintiendo el temblor que sacudía los viejos pasadizos. Se intercambiaron miradas, pero nadie habló. Tales movimientos, en las profundidades rocosas, eran riesgos normales. No había nada raro en aquella nueva manifestación; eran tan sólo los familiares temblores de un gigante dormido, y los mineros dejaron de lado el incidente para concentrarse en sus hogares mientras proseguían su camino.

Fuera, brillaban chispas en la apestosa atmósfera, en la penumbra previa al amanecer. Nadie las advirtió; y nadie prestó atención al nuevo retumbo que añadió un arrítmico sonido de fondo al estruendoso latir de las minas, mientras el turno siguiente se dirigía en silencio y con expresión hosca a cumplir con su trabajo.

Una y otra vez había intentado recuperar alguna sensación de realidad, pero en el aullante torbellino del valle de Charchad, la realidad no tenía significado. Arrastrada por sus diabólicos apresadores, cegada por la impresionante radiación, azotada por vientos rugientes y monstruosos. Índigo luchó por mantener la cordura mientras aquel descenso de pesadilla se prolongaba sin fin. La razón se había desmoronado bajo el ataque de las retorcidas fuerzas que azotaban el valle; la forma y la perspectiva estaban tan desfiguradas que resultaba imposible reconocerlas, de modo que en un momento dado le parecía avanzar por un encrespado mar de cristal líquido y al siguiente flotar indefensa sobre un vacío tan enorme que sus desconcertados sentidos no podían asimilar sus dimensiones. Formas horribles se movían a su alrededor: cosas aladas que parpadeaban en los abrasadores haces de luz; inflados

horrores deformes tambaleándose como espectros por el palpitante resplandor; algo enorme y traslúcido, ondulante... El crepitante ruido de las profundidades del valle se batía constantemente contra su cabeza. Mezclándose con él, se escuchaban voces humanas que aullaban de dolor y otras voces, no humanas, que lanzaban alaridos de furia, satisfacción o de total e incontrolada demencia.

Índigo sabía que sus sentidos no podrían soportar aquel bombardeo durante mucho más tiempo sin que, también ella, se volviera tan loca como los habitantes de aquel valle monstruoso. Luchaba por mantener el control de su mente, pero su dominio empezaba a aflojarse, amenazando con escapar a su control y arrojarla a un estado de disparatada demencia del que no podría regresar. Su cuerpo se había convertido en una llameante estrella de dolor, como si la radiación nacarada le corroyera la carne y la consumiera lentamente; hielo y fuego ardían juntos en sus venas, y cada vez que respiraba sentía una insoportable sensación de asfixia. El valor al que había jurado aferrarse se había hecho trizas ya: empezaba a perder la esperanza, la decisión se debilitaba...

La cadena sujeta a las argollas de sus muñecas se tensó de repente. Índigo se tambaleó y perdió el equilibrio; cayó de rodillas cuando, como adiestradores que quieren evitar que el perro siga andando, sus diabólicos guardas dieron un tirón para detenerla.

Una luz deslumbrante y lívida, más brillante y mortífera incluso que los palpitantes haces que llenaban el valle, estalló ante sus ojos. Lanzó un grito de sorpresa y terror al darse cuenta de que había caído al borde de un pozo cuyas verticales paredes se hundían en un abismo invisible y centelleante. Sintió una oleada de vértigo; sintió cómo manos inhumanas la sujetaban por los brazos y la empujaban hacia adelante; sintió cómo el suelo desaparecía bajo sus pies dando paso a la nada...

Como si el sol hubiera caído a la tierra: el corazón de Charchad, la última fortaleza, el territorio de Aszareel. Índigo gritó una incipiente protesta mientras el mundo se tambaleaba frenético y su bamboleante cuerpo se hundía en el pozo.

Chocó contra terreno sólido con un impacto que cortó de golpe su grito y la dejó sin respiración. Un olvidado y fortuito resto de lógica le hizo comprender con gran sorpresa que había caído de poca altura; no la suficiente para romperse un hueso o atontarla. Y sin embargo...

La piedra sobre la que había caído —si es que todavía era piedra, y no había sido deformada y convertida en algo inimaginable— respiraba, moviéndose debajo de ella, viva y espantosamente ajena a este mundo. Y debajo de la palpitante superficie pétrea, algo gimoteaba una obscena parodia de risa.

La roca se partió en dos. Por entre la cegadora luminosidad vio cómo el suelo del pozo se agrietaba a pocos centímetros de donde estaba ella, y se echó hacia atrás al tiempo que una enorme y espesa oscuridad brotaba de la grieta y se transformaba en una compacta columna que se elevaba por encima de su cabeza. De ella fluía un resplandor negro que tino su piel. Índigo levantó los ojos hacia allí, comprendiendo asombrada que aquello no era una simple manifestación, sino algo consciente.

La columna se estremeció súbitamente, y apareció una hendidura en su palpitante centro. La joven sintió un violento tirón en su conciencia, como si, fuera cual fuese la monstruosa inteligencia que acechaba en el interior de la columna, ésta estuviera proyectándose hacia ella, apoderándose de su mente y haciendo añicos su fuerza de voluntad. Su mirada se vio obligada a dirigirse hacia la fisura que iba ensanchándose; intentó luchar contra aquella coacción y volver la cabeza a un lado, pero la fuerza era demasiado poderosa...

Un ojo sin párpado, de iris blanco y atravesado de venas del color de la carne descompuesta, se abrió en la hendidura y la contempló. Y una voz que carecía de tono y de timbre, pero que no obstante estaba impregnada de la corrupción de la pura maldad, resonó con energía en su mente.

Índigo.

El estómago se le encogió lleno de repugnancia; se llevó una mano a la boca reprimiendo

un espasmo de náusea que amenazaba con dominarla.

TE ESPERABA.

Mientras la voz hablaba sintió como si en su cabeza hubiera gusanos que se retorcieran; imágenes de inmundicia y podredumbre clamaban en su interior, y tras ellas hizo su aparición el miedo. Aquélla era la máxima monstruosidad de Charchad, en cuyas manos Némesis y su propia ceguera la habían entregado. Y aquel horror contenía la corrompida y mutada forma de lo que en una ocasión había sido un ser humano.

Su mente empezaba a desintegrarse. Lo sentía, de la misma forma que sentía cómo se deslizaban los gusanos conjurados por la voz: no se trataba de un violento resquebrajamiento y una caída en picado en la demencia, sino de una lenta pérdida de su sentido de la realidad. Desarmada, indefensa, estaba sola frente a un devorador viviente. Ningún poder del mundo podía ayudarla ahora; estaba condenada. Y frente a esta realidad, su terror perdió de repente su significado.

Índigo se puso en pie despacio, consciente de que el suelo se movía y respiraba bajo sus pies. Sus manos se crisparon como si inconscientemente sujetara y tensara una cuerda invisible entre ellas, y dirigió la mirada hacia el palpitante y anormal ojo que tenía delante.

—Aszareel.

Repugnancia, desprecio, acusación: eran como una nueva droga en sus venas, y la empujaban aún más en dirección a la locura. Agradeció aquella sensación, ya que le ofrecía una ilusión de fuerza.

La obscena voz crujió en su cerebro:

Sí, SOY ASZAREEL, Y AÚN MÁS QUE ASZAREEL. ME BUSCABAS Y ME HAS ENCONTRADO. ¿QUÉ VAS A HACER AHORA. Índigo?

Ella sonrió, sus ojos vidriosos y enloquecidos.

—He venido a matarte.

CLARO. Un sonido parecido a la risa retumbó en algún lugar bajo sus pies. ENTONCES MÁTAME, SI PUEDES. SERÁ INTERESANTE OBSERVAR TUS ESFUERZOS. Y CUANDO SE HAYAN AGOTADO, ME TOCARÁ EL TURNO.

No puedes morir, le había dicho el emisario de la Madre Tierra. Pero un demonio podía infligir cosas peores que la muerte... Índigo bajó la vista hasta sus manos. Bajo el negro resplandor parecían las manos de un cadáver, sombras sin sustancia.

Sombras sin sustancia. Levantó los ojos de nuevo.

—No. He venido a destruir a Aszareel, no a una falsa sombra. —Temeraria, impulsada por el delirante fatalismo que empezaba a reemplazar rápidamente toda apariencia de razón, dio un paso en dirección a la negra columna—. ¡Guarda tus disfraces para tus abyectos esbirros, demonio, y muéstrame tu auténtica forma!

Era una locura, un desafío que no tenía la menor esperanza de llevar hasta su inevitable conclusión, pero a Índigo ya no le importaba. Si tenía que morir sin completar su misión, al menos moriría enfrentándose al demonio en toda su integridad.

El ojo centelleó con colores que no pudo identificar, y Aszareel rió de nuevo. Bajo los pies. Índigo sintió una sacudida que casi la arrojó al suelo.

¡AH! ¿ASÍ QUE TE GUSTARÍA VERME TAL COMO SOY? NADIE HA TENIDO ESE PRIVILEGIO DESDE HACE MUCHO TIEMPO. PERO CONTIGO. Índigo, HARÉ UNA EXCEPCIÓN.

La negra columna empezó a vibrar, como si una enorme fuerza intentara abrirse paso desde su interior, y su estructura empezó a pandearse. El ojo se deformó, hinchándose hasta *alcanzar el* doble de tamaño que la cabeza de Índigo, y un hedor fétido inundó su olfato.

MÍRAME. El aire empezó a espesarse. MIRA AQUELLO A LO QUE TÚ EN TU ARROGANCIA QUIERES ENFRENTARTE. El negro resplandor se intensificaba y la terrible voz no estaba ya sólo en su cabeza, sino que reverberaba a su alrededor, resonando entre las paredes verticales del pozo.

La columna empezó a desintegrarse. Era como contemplar la fusión de un alquitrán apestoso bajo un calor abrasador: el gigantesco pilar perdió su forma, estremeciéndose; luego

Librodot

se derrumbó muy despacio sobre sí mismo, hirviente, burbujeante, apartándose del ojo incorpóreo que continuaba mirándola por entre el miasma. Pero ahora Índigo podía ver que había algo más detrás del ojo: una forma que se materializaba en la lóbrega oscuridad y generaba una enfermiza luminosidad propia. El perfil se reconocía como humano: no obstante, algo en sus dimensiones resultaba espantosamente fuera de lugar...

La forma se solidificó y adquirió perspectiva. Un hombre pequeño y arrugado estaba sentado con las piernas cruzadas en una charca de negros deshechos. No tenía cabello, y allí donde su carne debiera de estar cubierta de piel, escamas blancas con la fosforescente aureola de un pescado podrido brillaban y se agitaban sobre su cuerpo. Su estómago estaba obscenamente hinchado y negras venas se arrastraban por su superficie, palpitando, congestionadas por algo que no era sangre. Un ojo, colocado sobre la desigual cavidad que había dejado su nariz al descomponerse, miraba a Índigo, y en sus gelatinosas profundidades se movía una pavorosa inteligencia de otro mundo.

Y la joven pudo ver más allá de los restos descompuestos y mutados de lo que en una ocasión había sido un ser humano. Contempló una dimensión donde enormes corrientes desnaturalizadas se movían en mares gangrenosos, donde la enfermedad, la necrosis y la podredumbre se arrastraban fuera de primitivos abismos para deformar y devorar cualquier cosa que poseyera vida. Sintió cómo los dedos corrompidos y deformados de una maldad incontrolada rozaban su mente, sintió cómo sus músculos y tendones quedaban bloqueados por una parálisis glacial...

Aszareel sonrió. Una saliva rojiza resbaló de las comisuras de sus labios, y una lengua de sapo, negra y putrefacta, surgió entre los amarillentos raigones que quedaron al descubierto al separar los labios. La sonrisa se ensanchó cada vez más, llegando a extremos imposibles; la deformada cabeza empezó a partirse en dos y, con un siseo de gases fétidos liberados de un cuerpo que llevaba mucho tiempo muerto, la mandíbula del demonio se quebró y una cegadora luz de un verde nacarino surgió de su garganta.

Índigo.

Las dimensiones terrenales no podían contener la voz; ensordeció sus oídos, haciendo añicos su dominio del desesperado desafío que la había mantenido y había golpeado su mente y su cuerpo como una colosal ola.

CONTEMPLA EL ROSTRO DE CHARCHAD, ¡ÍNDIGO, LA QUE QUERÍA MATAR DEMONIOS! ¡MIRA AQUELLO EN LO QUE SE HA CONVERTIDO ASZAREEL, Y TEN POR SEGURO QUE TÚ COMPARTIRÁS SU SUERTE!

La marchita figura alzó una mano. Su brazo creció y se estiró hasta alcanzar una longitud imposible, desafiando a la naturaleza y a la razón para dirigirse por entre la agitada oscuridad en dirección a Índigo. La muchacha intentó echarse hacia atrás, pero no pudo moverse: los pies no la obedecían, algo sujetaba con fuerza su cuerpo... El demonio iba a atraparla. Su mano se había hinchado hasta alcanzar proporciones de pesadilla y vio cómo los dedos se estiraban, cerrándose, doblándose hacia adentro para cogerla y rodearla. Y su forma cambiaba. El deforme ser parecido a algo humano se hacía pedazos y, a través de la cáscara de lo que había sido Aszareel, surgió una inmensidad y oscuridad que violaba las dimensiones para irrumpir en el mundo y dirigirse hacia ella. Índigo se había quedado sin voz, se ahogaba; su cerebro aullaba, pero era incapaz de superar la parálisis, hasta que —finalmente y de forma irrevocable— su cordura empezó a derrumbarse y las últimas barreras fueron demolidas...

En el corazón de la Vieja Maia, el autocontrol de *Grimya* se vio inundado de repente por una oleada de terror. En el mismo instante en que las defensas de Índigo se derrumbaban, el contacto entre ellas se restableció de forma brusca y la loba percibió el flujo del triunfo de Aszareel, el horror y la desesperación de su amiga. Echó hacia atrás la cabeza, aullando por encima de la furia del viejo volcán. Su queja se metamorfoseó en un grito frenético:

—Jas-ker! Jas-ker!

La oleada psíquica de su miedo golpeó a Jasker como un puñetazo y desató un torrente de energía que surgió de lo más profundo de su ser al derrumbarse en su mente el último muro de

Librodot

contención. Por un estático instante fue omnipresente —fue *Grimya,* fue Índigo, fue el hirviente y furioso corazón de la Vieja Maia— y lanzó un alarido de gloriosa locura ante su logro, al sentir cómo el poder corría, arrollador, demoledor, por sus venas en el mismo instante en que la primera y titánica oleada brotaba atronadora de la fumarola en un crescendo de luz y ruido.

—¡Ahora! —Su voz enloquecida ensordeció a la loba—. ¡El poder, *Grimya!* ¡AHORA!

Una barrera de energía se estrelló contra la mente de *Grimya* como la embestida de una catarata gigantesca. Volvió a aullar, con todos los pelos de su cuerpo erizados, y sintió cómo el poder penetraba en su cuerpo, la llenaba, se abría paso a través de ella al convertirse en un canal viviente para la arrolladura furia del volcán. Su grito y el alarido de Jasker se alzaron junto con el ensordecedor sonido de la Vieja Maia.

Y una nueva voz se unió a las suyas, chillando a través de sus mentes unidas, cuando, en el pozo que era el corazón del valle de Charchad. Índigo se encendió.

Librodot

CAPÍTULO 16

«¡Índigo!»

Las voces de Jasker y *Grimya,* y el rugido del volcán estallaron en su mente surgidos de la nada, y lanzó un grito cuando la primera oleada de energía la alcanzó. Una brillante luz roja estalló a su alrededor, llamaradas de fuego astral alzándose en forma de cegadora corona en derredor de su cuerpo; y por entre su salvaje resplandor vio cómo la mano monstruosa de Aszareel retrocedía y escuchó la exclamación de sorpresa del demonio.

¡Poder! Puro, indomable, irrumpió en su cerebro en un único y glorioso instante de revelación. Intentó chillar el nombre de Jasker, un himno de esperanza, de reivindicación, de furiosa alegría; pero la primaria energía estaba descontrolada, y el grito se desgarró en su garganta en forma de mudo alarido fantasmal, que arrancó todo el odio, la furia y la creciente locura de su mente en un instante de puro éxtasis.

Aszareel rugió. Lanzó los brazos hacia el cielo, arañándolo como si quisiera hacer caer el agitado torbellino verdoso del valle sobre ellos. Índigo vio cómo algunas lenguas de fuego prendían en los dedos que se habían extendido para aplastarla. El demonio echó la cabeza hacia atrás con fuerza; un negro y fétido vendaval surgió de su boca en dirección a la muchacha. Ésta se echó a reír salvajemente mientras el torrente de inmundicia chocaba con las llamas que ardían a su alrededor y se evaporaba con un fogonazo. El poder aumentaba, abriéndose paso a paso por entre los efluvios nocivos del pozo; aspiró con fuerza, transportando las enormes energías a su sangre y a su esqueleto, recreándose en ellas...

«¡Índigo!»

La voz era a la vez de Jasker y *Grimya, y* flotaba en el infierno que llenaba la mente de Índigo y también su cuerpo. A través de unos ojos anegados por las lágrimas producidas por el calor, el dolor y la alegría, vio cómo la cosa que era Aszareel se enroscaba sobre sí misma, cambiando de forma; la vio crecer hasta ser cinco veces más alta que ella. Luego se alzó sobre la joven, mientras la nauseabunda esfera del ojo del demonio se volvía primero amarilla y después verde, al tiempo que un resplandor letal empezó a emanar de ella en enormes y palpitantes oleadas.

«¡Toma el poder. Índigo!»

Esta vez era sólo *Grimya* la que aullaba en su mente, y su grito estuvo a punto de quedar eclipsado por un sonido que brotó de dimensiones astrales para penetrar en el mundo físico, un chillido ensordecedor que hizo estremecer las paredes del valle.

«¡Tómalo, ahora!»

El fuego que envolvía a Índigo pasó del rojo a un cegador tono blanco. Sintió cómo se acercaba, lo sintió surgir del corazón fundido de la Vieja Maia: el martillazo que sacudía a Jasker y a *Grimya* hasta penetrar en su cuerpo. No podía contenerlo, las energías eran demasiado fuertes para resistirlas y se dio cuenta de que estaba a punto de ser hecha pedazos...

«¡No intentes contenerlo. Índigo!¡Utilízalo!... ¡Utilízalo!»

Un rayo atravesó el valle de Charchad, desgarrando el malsano resplandor con un poderoso crujido. Se estrelló sobre el ojo de Aszareel, y el demonio lanzó un agudo chillido mientras su cuerpo estallaba en llamas. Se retorció, y su piel putrefacta empezó a ennegrecerse, a chisporrotear al tiempo que un fuego físico saltaba de su rostro a sus brazos y a su obsceno pecho. Sus alaridos se convirtieron en un estridente aullido cuando el fuego astral se apoderó del tumor maligno que había más allá de su forma terrena. Otros gritos se mezclaron con los chillidos de muerte del demonio; voces inhumanas que aullaban de temor, indicando su protesta y su incredulidad, mientras, unidos inextricablemente con su señor, los infernales esbirros de Aszareel eran atrapados en la corriente de fuego y ardían allí donde se encontraban: cosas aladas, horrores serpeteantes y parodias de seres humanos se consumían bajo la embestida de las llamas que atravesaban dimensiones para devorarlos. Índigo oyó su espantoso coro y cayó de rodillas, sacudida por terribles convulsiones, mientras los ecos del poder inundaban el valle de Charchad. Echó la cabeza hacia atrás, arrojando fuera de sí la

Librodot

energía en un último espasmo, y escuchó el grito de Aszareel, sintió cómo se consumía, derritiéndose, muriendo, mientras su pervertida alma se hundía en las últimas agonías de la desintegración...

Entonces una nueva voz resonó en la noche.

En las minas, donde los hombres sudaban en el claustrofóbico laberinto de pozos y túneles, las viejas piedras temblaron y tronaron con ecos que no se habían escuchado en la región durante milenios. Treinta mineros tuvieron apenas unos segundos de tiempo antes de que el techo de la galería donde trabajaban se hundiera y los enterrara bajo diez mil toneladas de roca. Junto a la cabaña del marcador, donde Quinas dormía todavía hasta el momento de la llegada de la carreta de la mañana, el suelo tembló con una gigantesca vibración subterránea que hizo caer uno de los caballetes de las antorchas. Su llameante farol se estrelló contra el suelo en una explosión de chispas. A lo lejos, un alarido atravesó la vibrante atmósfera. Entonces el cielo meridional se iluminó con un resplandor anaranjado, y unos segundos más tarde el primer rugido del volcán que se despertaba ahogó el estruendo de las minas con su gran estrépito.

La Vieja Maia se agitó, un gigante que se despertaba después de siglos de letargo. En su cono, el magma se alzó en refulgente torbellino de energías desatadas mientras la erupción arrojaba al cielo una columna de trescientos metros de fuego, cenizas y roca fundida. Y en el extremo opuesto del valle, las fraguas, lagos y escoriales de los hornos de fundición se vieron iluminados por otra explosión de fuego que surgía de aquel lado; y luego una tercera, cuando las enormes cimas que formaban el triunvirato de las Hijas de Ranaya contestaron a su hermana en aterradora armonía.

En el valle de Charchad, el letal resplandor que había sido la mayor arma del demonio estalló en un instante de terrible y cegador pandemónium, y el cielo se volvió negro mientras se consumían los últimos restos de la ardiente esencia de Aszareel. Índigo sintió cómo el poder la abandonaba con una dolorosa sacudida, y mientras la blanca corona se extinguía se dejó caer sobre el suelo del pozo, brazos y piernas temblando, el cuello convulsionado, los pulmones jadeantes, mientras luchaba por recuperar el aliento, por vivir, por evitar seguir a Aszareel y a su hueste infernal al interior de la frenética vorágine de destrucción que los había succionado de este mundo como hojas secas en un vendaval. Sintió cómo el terreno se inclinaba bajo su cuerpo, escuchó el tronar de la Vieja Maia y de sus hermanas mientras el fuego rasgaba la oscuridad. Y en su mente aturdida y atormentada, oyó la última palabra que Jasker, su amigo, su salvador, el servidor de Ranaya, pronunciaría en el mundo mortal. *«¡¡¡Corre!!!»*

Grimya lo presintió, pero la única advertencia física que tuvo fue la repentina explosión de luz roja en la fumarola, y un sonido que, para su aterrorizada mente, fue como el anuncio del fin del mundo. La repisa sobre la que estaban se estremeció bajo la embestida de la marea de fuego que se alzaba, y un viento huracanado atravesó el pozo y la arrojó al suelo. Mientras luchaba por recuperar el equilibrio, la loba se sintió golpeada por una oleada de calor, y con el pelaje chamuscado y los ojos llorosos vio a Jasker, envuelto en llamas, de pie en el borde del pozo. Tenía los brazos extendidos, como si recibiera a una amante perdida durante mucho tiempo; los cabellos le humeaban y sus manos brillaban mientras la cuerda de fuego que sostenía adquiría un nuevo fulgor. Un poco más allá de su centelleante silueta, las salamandras entonaban una tétrica melodía por encima de la voz de la Vieja Maia.

—¡Corre! —La voz del hechicero tronó en los oídos de *Grimya* al tiempo que el volcán lanzaba su último aviso—. ¡¡¡Corre!!!

Sus ojos ardían en sus cuencas cuando miró por la fumarola, más allá de la corteza terrestre, al corazón fundido del volcán. Y mientras el torrente de magma se alzaba hacia él, tuvo una visión de una multitud de venas subterráneas, de abismos y de túneles que unían a la Vieja Maia con sus hermanas. Y escuchó la inmensa voz de Ranaya, Madre de estas tres vengadoras, origen, inspiradora y verdugo, que rugía desde el centro de la tierra para pronun-

Librodot

ciar su nombre y llamarlo al hogar.

Grimya, cuyos instintos había devuelto a la vida el último grito desesperado del hechicero, saltó en dirección a la boca del túnel y escaló la pendiente de cascotes que llevaba a la estrecha abertura. Al llegar arriba se detuvo y, cuando volvía la cabeza, el primer destello cegador convirtió la figura de Jasker en una silueta, y una columna de fuego sólido subió por la fumarola. En el centro de la llamarada había un rostro gigantesco, de líneas duras y angulosas, y, sin embargo, poseedor de una belleza terrible y serena. Una cabellera de fuego se agitaba a su alrededor como llamaradas solares, y los ojos eran infiernos gemelos. Los resplandecientes labios se movieron, y una voz pareció reverberar a través de la antigua montaña, resonando en la mente de *Grimya* con una fuerza que la hizo lloriquear de temor y asombro.

«Eres el más querido de mis hijos. »

Jasker cayó de rodillas, con los brazos extendidos. Sus cabellos se encendieron y brillaron en una aureola salvaje que casi rivalizaba con el fulgor de la Diosa. Y por un sorprendente instante, *Grimya* vio cómo su forma se alteraba para convertirse en la de un dragón dorado, el cuerpo resplandeciente, las enormes alas agitándose como llamas, antes de que una columna de fuego blanco surgiera de la nada en el lugar donde él estaba y lo engullera.

El trueno retumbó en el pozo, y bajo las patas de la loba los cascotes se agitaron violentamente. De algún lugar en la red de túneles llegó otro estruendo como respuesta al primero. El pánico se apoderó de *Grimya;* no podía asimilar lo que había visto, ni conseguir que sus sentidos actuaran con coherencia. Instinto y sólo instinto despertó sus músculos y nervios, y se retorció mientras los escombros, bajo ella, se estremecían de nuevo, arrojándose hacia la abertura. Cuando la *alcanzó,* la fumarola pareció hincharse y contraerse como una enorme garganta lanzando un suspiro. Y siguiendo a las violentas llamaradas, la lava surgió torrencial del corazón de la Vieja Maia.

Con una energía que no sabía que poseía, las patas traseras del animal lo impulsaron a través de la hendidura, y saltó en dirección al túnel que había al otro lado. El suelo se tambaleó cuando aterrizó sobre él; rodó, se puso en pie de un salto y, con las orejas pegadas a la cabeza, la cola aleteando a su espalda, echó a correr como una centella mientras las primeras oleadas de hirviente y revuelto magma empezaban a abrirse paso por entre la pared de escombros. No tenía ni idea de adonde iba, ni recuerdo consciente de la ruta por la que habían llegado a la fumarola, pero la intuición la impelía hacia adelante, hacia arriba. El calor, cada vez más fuerte a su espalda, era un acicate letal mientras buscaba un camino —cualquier camino— hacia el mundo exterior. Un cataclismo de sonido ensordeció sus oídos, resonando por túneles y galerías; tuvo una fugaz visión de llamaradas enormes, de rocas que se disolvían en magma. Corrió a través de un humo cegador y asfixiante en el que danzaban las chispas como enloquecidas luciérnagas, saltó sobre siseantes arroyos de metales fundidos, huyó frenética atravesando grietas segundos antes de que sus paredes se juntaran para bloquearle el paso. Y por fin se produjo una disminución del calor, sintió el sabor del aire fresco: sucio, pero fresco, no obstante; y aunque sus pulmones y garganta estaban demasiado resecos para dejar escapar algún sonido, deseó gritar y aullar de alegría al darse cuenta de que había llegado a la primera cueva, a través de su pequeña hendidura de acceso.

Se aplastó contra el suelo y se abrió paso por la estrecha abertura, hasta emerger en pleno pandemónium.

Muy por encima de su cabeza, el cielo se había convertido en un demencial mar de negros y rojos mientras el cono de la Vieja Maia vomitaba fuego. Por las laderas superiores del volcán empezaban a bajar ríos de lava, extendiéndose por entre las cumbres como una red de refulgentes arterias. Tremendas explosiones rasgaban la noche, terribles oleadas de calor sacudían las montañas y revolvían la atmósfera en un arrollador caos, mientras a lo lejos las hermanas de la Vieja Maia respondían a su desafío.

Grimya se dejó caer en la pendiente, los costados palpitantes mientras luchaba por recuperar el aliento. Su cuerpo estaba casi paralizado por el dolor y el agotamiento, y en su

Librodot

mente chocaban y se retorcían imágenes en un frenesí incontrolable. *La fumarola, el calor, el increíble poder; Jasker aullando triunfante mientras su cuerpo ardía, el pavoroso rostro de Ranaya; e Índigo, hundiéndose en la locura definitiva al tiempo que el demonio de Charchad se alzaba para matarla...*

La razón regresó con terrible fuerza, y *Grimya* se incorporó de un salto. Por un instante permaneció totalmente inmóvil, la cabeza alzada, intentando proyectar su conciencia por encima de la demencia de la noche.

«¡Índigo!» Todo su cuerpo se estremeció por el esfuerzo de su silenciosa llamada, *«¡Índigo! ¡Escúchame! ¡Si estás viva, escúchame!»*

En su mente no vio más que fuego, y desesperada lo intentó de nuevo.

Un centelleo en el límite del caos de su mente, una chispa de vida, humana, moviéndose, débilmente consciente de su presencia, pero incapaz de tender el puente y ayudarla a establecer la conexión...

—¡Índigo!

Esta vez, *Grimya* gimió en voz alta, aunque el sonido se perdió en el tronar de las Hijas de Ranaya. ¡Índigo estaba viva! La esperanza irrumpió en la mente de la loba, eclipsando su cansancio y terror. Entonces se escuchó un crujido y un retumbo, y a unos tres metros de distancia, la ladera se partió en dos, destruyendo el sendero de obsidiana. Una luz deslumbrante surgió de la grieta, y las llamas aparecieron en la noche al tiempo que la lava se abría paso por entre la fisura. Los ojos de *Grimya* se encendieron al darse cuenta del alcance del peligro en el que ambas, ella e Índigo, se encontraban. Si querían tener la menor oportunidad de escapar de aquel infierno, debía encontrar a su amiga antes de que se acabara el tiempo y los valles fueron engullidos.

Giró sobre sí misma. Sus patas arañaron la roca buscando un punto de apoyo en la traicionera superficie. El aire se volvía cada vez más denso; nubes de ceniza revoloteaban contra su rostro impelidas por bocanadas de aire caliente. Y ante ella sólo tenía un ardiente paisaje nocturno, peligroso y desconocido. El miedo se apoderó del corazón de la loba, pero lo rechazó violentamente, sabedora de que no podía arriesgarse a perder ni un segundo. Saltó hacia adelante como una sombra fugaz, y se alejó corriendo en la agitada oscuridad.

Índigo no deseaba incorporarse. El apestoso polvo del pozo le taponaba la boca y la nariz, y pedazos de roca se le clavaban dolorosamente en el estómago y las piernas; el retumbante tronar era cada vez más fuerte, y podía oler a fuego. Pero aunque sabía que debía levantar la cabeza, cada una de las partes de su mente y cuerpo apaleados protestaba ante tal idea. No quería abrir los ojos y mirar; sólo deseaba permanecer tendida allí donde estaba, el rostro apretado contra el suelo, hasta que el mundo desapareciera o la inconsciencia se apoderara de ella. Y no quería prestar atención a la diminuta y lejana voz de su cabeza, aquella voz que pronunciaba su nombre cada vez con mayor urgencia, suplicándole que *escuchara,* que *oyera.*

Los desesperados intentos de *Grimya* para establecer contacto podrían haber llegado demasiado tarde si el suelo del valle no se hubiera sacudido de repente y con gran fuerza bajo Índigo, haciéndola rodar de lado y sacándola de su semiinconsciencia. Sus manos se agitaron convulsionadas; instintivamente se lanzó hacia afuera para salvarse y recuperó por completo sus sentidos. Se encontró acurrucada en el pozo, con la mirada —entre jirones de humo y la maraña de sus propios cabellos— en un círculo de ennegrecidas cenizas.

Aszareel., Mientras los últimos rastros de estupor se desvanecían. Índigo recordó. El demonio estaba muerto. Jasker lo había conseguido: había despertado el antiguo poder aletargado de la Diosa del Fuego y lo había canalizado a través de su mente justo cuando los últimos fragmentos de su cordura empezaban a derrumbarse. Con Aszareel se habían ido todos los demonios del valle de Charchad: y algo más, algo que aún no podía recordar...

Un titánico fragor interrumpió el caos de su mente, retumbando ensordecedor por el valle. Índigo levantó la mirada frenética, y la comprensión la golpeó como un mazazo. Humo que cubría el cielo, revueltas nubes de cenizas y chispas que caían sobre el valle... El resplandor

Librodot

verde de Charchad había sido destruido, y en su lugar la noche estaba iluminada por tres enormes columnas de fuego. El rugido de una nueva explosión la hizo balancearse hacia atrás, y por un instante quedó bañada en un resplandor rojizo que iluminó toda la escena. Luego, la primera oleada de lava rebasó el borde del valle y se precipitó como una avalancha hacia ella.

La joven se puso en pie de un salto y corrió. La pared del pozo surgió de entre las tinieblas y empezó a trepar. Sus ropas se rasgaron, se hizo un corte en la pierna, pero, por fin, consiguió llegar arriba e incorporarse de nuevo. Del cielo empezaban a caer ahora bolas de fuego de magma incandescente; vio cómo una de ellas cayo donde se encontraba e incendió el sucio humo que flotaba por todas partes. Se apartó de su trayectoria mientras esta iba a estrellarse contra el suelo. Llameantes fragmentos salieron despedidos en todas direcciones y lanzó un grito cuando uno de ellos le dio en el brazo y encendió su manga. Apagó las llamas a golpes mientras seguía corriendo, quemándose la mano y el antebrazo. Más bolas de fuego brillaron en lo alto; las chispas saltaban centelleantes por los aires y le chamuscaban los cabellos. A su izquierda, el río de lava se ensanchaba, aumentando su velocidad y alterando su curso, y ella se desvió a un lado, tomando una ruta más empinada pero que la alejaría de la mortífera corriente. Cenizas ardientes, que en algunos lugares le llegaban hasta los tobillos, le quemaban los pies, y apenas si podía respirar; cada vez que inhalaba, su garganta y sus pulmones se llenaban de humo. Se levantó el borde de la falda para cubrirse boca y nariz, pero daba lo mismo. Medio asfixiada, sin poder ver, ni sabía ni le importaba adonde se dirigía, estaba demasiado desesperada por alejarse del humo y de las cenizas para pensar en algo que no fuera el siguiente paso tambaleante. En una ocasión, le pareció oír voces no muy distantes que la llamaban; se detuvo y resbaló por la pendiente, mientras atisbaba frenética a su alrededor. Pero el humo era demasiado espeso para que pudiera ver nada; los atronadores ecos de la erupción ahogaron cualquier otro grito y ella no tenía aliento para gritar, a su vez, en la oscuridad. Si había otros seres vivos en el valle de Charchad, no tenía la menor posibilidad de ir en su busca y sobrevivir. Se volvió de nuevo hacia la ladera y avanzó a tientas, pendiente arriba.

De repente apareció una abertura en la roca, sobre su cabeza. No era el sendero desde el que había visto por primera vez el valle de Charchad, ni era el lugar donde las enormes puertas de hierro barraban cualquier esperanza de salida, sino una escarpada abertura entre dos de los picos inferiores. Sus bordes resaltaban con fuerza en el llameante cielo. Jadeando. Índigo se arrojó hacia adelante y cayó cuan larga era sobre el espinazo de un empinado y estrecho risco. El impacto liberó sus pulmones de los restos de aire fétido que quedaban en ellos, y boqueó, mareada por las náuseas. Se puso de rodillas con un supremo esfuerzo, levantó la cabeza como pudo y miró al otro extremosa los hornos de fundición y a las minas.

Los valles estaban envueltos en un caos total. Los hombres huían de los hornos y de los lagos de enfriamiento: corrían por la carretera cubierta de cenizas en un intento desesperado por llegar a las puertas de la mina antes de ser engullidos. Algunos podrían llegar a lugar seguro, pero la mayoría no tenía la menor posibilidad, ya que nueve enormes torrentes de lava convergían sobre ellos procedentes de todas partes, zambulléndose desde las cumbres y dividiéndose en cincuenta afluentes que se abrían paso hacia el valle para cortar todas, con la excepción de unas pocas, rutas de escape. Vio cómo una bola de fuego iba a estrellarse en medio de un grupo de hombres que huían; figuras diminutas escaparon de la devastación, retorciéndose y revolviéndose mientras ardían; algunas se arrojaron al río, pero también éste ardía, al haberse incendiado su contaminada superficie. Cabañas, máquinas y caballetes se quemaban; enormes lenguas de fuego azulado brotaban de las aberturas al estallar los gases atrapados en las rocas. Y, enormes y siniestras bajo el cielo, avalares de destrucción, las tres cimas gigantescas de las Hijas de Ranaya vomitaban fuego y lava y atronaban con furia en la noche.

Con ojos llorosos. Índigo apartó la mirada de los horrores que tenían lugar a sus pies. Nada podía salvar a aquellos hombres condenados, y seguirlos hasta el valle resultaría suicida. Debía de haber otra forma de salir...

Librodot

Y de repente, por entre toda aquella confusión, una voz familiar penetró en su mente.

«¡Índigo!»

La joven chilló:

—¡Grimya!

Luego empezó a toser medio asfixiada cuando la sorpresa la hizo tragar una bocanada del apestoso humo. Durante casi un minuto permaneció doblada sobre sí misma; luego, a medida que lo peor del espasmo desaparecía, empezó a mirar enloquecida en derredor suyo, el corazón latiéndole con renovada esperanza. *Grimya* estaba viva, e intentaba localizarla...

«¡Grimya!» Se concentró, furiosa, y lanzó su llamamiento mental con toda la energía que pudo reunir. «¡Grimya, *estoy aquí! ¡Te escucho!»*

Un ensordecedor chillido de la Vieja Maia sacudió los riscos, y a través de él oyó el grito de respuesta de la loba.

«¡Al este. Índigo! ¡Ve hacia el este! ¡Ya te encontraré!»

Índigo no necesitó que le insistieran más. Se puso en pie y se dio la vuelta; tambaleándose, se dirigió por la colina hasta una escarpada pero escalable ladera de guijarros y piedras que conducía a una cima cercana. Las piernas le dolían terriblemente; sus manos, pies y rostro chamuscados le ardían de dolor y parecía como si todo el aire del mundo se hubiera consumido convirtiéndose en cenizas: pero gateó y se deslizó sobre la roca hasta llegar a la piedra más firme del otro lado, y empezó a cruzar la estribación.

Estaba a medio camino de la siguiente loma cuando una llamarada de luz sobre su cabeza le hizo levantar los ojos. Lo que vio casi detuvo su corazón.

La segunda de las hijas de Ranaya era, desde aquí, una violenta pero lejana amenaza detrás de una cadena de riscos. La muchacha se había considerado bastante a salvo, pero las fuerzas liberadas por la erupción habían resquebrajado la ladera sur del volcán y una catarata de magma fundido brotaba fuera de su prisión para fluir por el costado de la montaña. Cayó sobre las cimas que la rodeaban, atravesó barrancos y abismos, y franqueó rocas, abriéndose paso abrasadora en dirección al fondo del valle. Tres ríos de lava diferentes refulgían ahora bajando por las laderas a las que se aferraba Índigo. Y ella estaba justo en su camino.

No podía moverse. El terror tenía clavados sus manos y pies, y su cerebro estaba paralizado; no podía hacer otra cosa que mirar con horror aquel peligro. Podría superar el primero de los devastadores ríos, pero quedaría atrapada entre éste y el segundo. Y si convergían, o si otro afluente más caía en cascada sobre los riscos situados más arriba, entonces se vería aplastada y moriría envuelta en llamas...

Bajo sus pies la roca tembló con una enorme y atronadora vibración. Sin pensar, sin detenerse a razonar. Índigo echó a correr en zigzag, saltando de un punto de apoyo a otro en una desesperada y fútil tentativa de aventajar la avalancha de lava. Sabía que no lo conseguiría; la ladera era demasiado empinada, estaba segura de que en cualquier momento perdería pie y rodaría por la pendiente...

«¡Índigo! ¡Loba!»

Grimya chillaba en su mente, su voz salvaje y frenética. Pero no podía ayudarla; la lava se acercaba; sentía su devastador calor, sentía cómo la temblorosa ladera estaba a punto de ceder bajo ella...

«¡Loba. Índigo! ¡LOBA!»

Con un sobresalto que casi le hizo perder el equilibrio, la joven recordó, y se dio cuenta de lo que *Grimya* intentaba comunicarle. *Loba.* El poder, el poder de cambiar de forma que había aprendido de manera tan cruel e inesperada en el mundo astral de los demonios. Pero no podría hacerlo, no aquí, no ahora; era imposible. No tenía las fuerzas que necesitaba, su mente estaba en desorden; no le quedaban más que unos segundos antes de que la muerte cayera sobre ella. Y aterrorizada, más allá de todo control, abrió la boca y chilló.

El grito se metamorfoseó en un aullido ululante y sintió el cambio como un terrible impacto de energía que surgió de su subconsciente y penetró en su cuerpo. Su equilibrio se esfumó; se tambaleó, tropezó, cayó hacia adelante...

Librodot

Y se encontró corriendo con cuatro patas que la impulsaban sobre la roca, la leonada cabeza baja, las mandíbulas escarlata abiertas. Escuchaba a *Grimya,* a su hermana, a su pariente, que la instaba a seguir mientras corría como el rayo, más deprisa de lo que podría haberlo hecho ningún ser humano, hacia lugar seguro.

Librodot

CAPÍTULO 17

Había humo y calor, y había también violentas llamas que rasgaban la oscuridad. Apenas si podía respirar y el cuerpo le dolía terriblemente, pero siguió corriendo. Había dejado de ser Índigo para convertirse en un *lobo,* un animal, impulsado por instintos que nada tenían que ver con la lógica ni el razonamiento, pero que la impelían hacia el objetivo primordial de la supervivencia. La acometían hedores insoportables, sabores repugnantes abrasaban su boca, pero siguió adelante, hasta que el mundo se convirtió en un torbellino rojo que golpeaba sus sentidos, interminable, demencial.

Grimya la encontró un minuto después de que se desplomara en las estribaciones de un cerro que conducía a las cumbres situadas más al este. Aunque la roca estaba caliente, y de vez en cuando se estremecía como respuesta a los lejanos temblores de los volcanes, los ríos de lava no habían alcanzado aquellas laderas; allí estaban a salvo.

Índigo estaba en el suelo, con las patas completamente estiradas y la cabeza torcida a un lado. Sus ojos se habían vuelto vidriosos a causa del agotamiento y la lengua colgaba fuera de su boca mientras intentaba respirar; su pelaje chamuscado estaba cubierto de un gruesa capa de cenizas, y cuando *Grimya* intentó reanimarla, apenas consiguió levantar el hocico unos centímetros.

No podían quedarse en el cerro. Faltaba poco para el amanecer; el sol no podría atravesar la espesa capa de cenizas y humo que flotaba ahora sobre todo el valle, pero cuando saliera, el calor —casi insoportable ahora— mataría a todo ser vivo que no hubiera encontrado refugio. *Grimya* había descubierto una cueva a poca distancia; era pequeña, pero les serviría. Obligó a Índigo a alzarse, mordisqueándole el lomo y el cogote hasta que se levantó tambaleante. Sus pensamientos resultaban incoherentes; aunque ella también estaba casi completamente exhausta, sabía que, sola, su amiga no habría sobrevivido mucho más, y en silencio dio las gracias a la Madre Tierra por haberla podido encontrar a tiempo.

Ríos de fuego rojo como la sangre surcaban el cielo mientras las dos lobas avanzaban penosa y lentamente por el cerro para alcanzar un sendero, cubierto por varios centímetros de ceniza, que serpenteaba por la ladera de la montaña. La cueva era poco más que una hendidura en la roca, pero la ceniza no había penetrado en su interior y estaba relativamente limpia de humo. *Grimya.* persuadió a Índigo para que entrara y la observó con ansiedad mientras ésta se dejaba caer en el suelo.

—Podemos des... cansar a... salvo. —Le habló en voz alta, no muy segura de que su amiga pudiera oír su voz telepática—. Hasta qu... que nos... recu... peremos.

Índigo se estremeció. Por un instante su figura pareció flotar estrambóticamente entre lo animal y lo humano. Luego suspiró, y *Grimya* se encontró contemplando el cuerpo acurrucado de una muchacha que, quemada, chamuscada, con la ropa echa pedazos y agotada hasta extremos insospechados, se había hundido ya en un sueño parecido a un estado de coma.

La loba volvió la cabeza en dirección a la entrada de la cueva. Las chispas seguían danzando en el aire allí fuera, y avanzó despacio hacia la abertura para contemplar aquella noche de locura. El tronar, pensó, parecía haber menguado ahora, y la furia de las erupciones disminuía, como si las Hijas de Ranaya hubieran desatado ya toda su cólera. Se estremeció intentando no recordar las cosas que había visto aquella noche, el miedo, el horror y el dolor. También ella debiera dormir, pero antes de descansar quería contemplar por última vez el mortífero valle en el que Índigo había estado a punto de perecer, y las ruinas del maligno poder por el que Jasker había sacrificado su vida con tal de destruirlo.

Sintió un fuerte deseo de aullar que hizo que sus costados y lomo temblaran. Y aunque sus pulmones apenas tenían fuerzas suficientes para aspirar aire, levantó el hocico hacia el cielo y lanzó su grito nocturno a las invisibles estrellas. Era su propio réquiem por Jasker, y aunque sabía que no era el adecuado, le proporcionó un cierto consuelo.

El aullido se apagó en un débil gañido, y *Grimya* se lamió el hocico. Un vagabundo remolino de humo se le metió en los ojos; parpadeó para aclarar su visión, luego volvió la

Librodot

mirada a través del mar de cumbres hacia el último pico elevado que marcaba los límites del valle de Charchad.

No había valle. En lugar de ello había un dentado boquete allí donde un enorme risco se había partido en dos. Y más allá de los destrozados restos del risco, reluciendo ahora no con el fulgor verdoso de la radiación sino con los oscuros y abrasadores tonos rojos y dorados de las llamas, el valle de Charchad y todos los horrores que contenía permanecían enterrados bajo incalculables toneladas de piedra y magma que se enfriaba lentamente.

Jasker avanzaba hacia ella. Su figura estaba envuelta en una cálida luz difusa, como el resplandor del fuego de una chimenea, y parecía andar no sobre terreno sólido sino sobre una nube de humo que se arremolinaba alrededor de sus pies.

Índigo se incorporó. Su cuerpo parecía ligero e irreal; sentía una sed terrible, pero aparte de esto su única sensación era la de una extraordinaria paz. Todavía estaba oscuro, la única luz provenía de la aureola que rodeaba a Jasker, y extendió una mano hacia el hechicero.

—Jasker? Pensé que...

Pero no pudo terminar, ya que no sabía qué era lo que necesitaba decirle.

Él le sonrió, y sus labios se movieron como si le contestara, pero ella no escuchó ningún sonido. Y sus ojos, observó, no eran los ojos de un hombre mortal, sino calmados y nebulosos pozos de un color entre naranja y oro.

Entonces comprendió cuál había sido la suerte de Jasker, pero no quería aceptarlo y no acababa de resignarse a hacer la pregunta que se lo confirmaría más allá de toda duda. El hechicero sonrió de nuevo, y su aspecto empezó a cambiar. Los cabellos canos se oscurecieron hasta volverse negros, el rostro demacrado se suavizó, rejuveneciéndose y volviéndose de repente desgarradoramente familiar, hasta que Fenran, su propio amor, la contempló desde el halo de luz. Sólo los vacíos ojos dorados permanecieron inmutables: y entonces la voz de Jasker habló a su mente con suavidad y afecto.

«Estoy con mi Señora ahora. »

El halo empezó a disolverse. Se desvaneció, como ascuas que se enfriaran lentamente, hasta que el rostro que pertenecía a la vez a Jasker y a Fenran se diluyó con las suaves sombras y desapareció.

—¿Fenran... ? —musitó Índigo—. Jasker... ?

Sólo el eco le respondió. La oscuridad era total y se sintió abandonada. En aquel momento una voz a su espalda pronunció su nombre, y, con el corazón palpitándole con irracional esperanza, se dio la vuelta.

Una alta y elegante figura estaba de pie tras ella, claramente visible, incluso en la aterciopelada oscuridad. Índigo contempló el rostro severo y hermoso, el ondulante cabello del color de la tierra removida, los ojos lechosos que la miraban inmóviles con una inhumana mezcla de objetividad y compasión. Y recordó Carn Caille y al ser resplandeciente que había ido a verla después de la batalla, y un claro del bosque donde la nieve caía con silenciosa intensidad y donde su auténtica búsqueda había dado comienzo.

Ella dijo, entonces, y sus palabras fueron a la vez un desafío y una súplica:

—El demonio ha muerto.

El emisario de la Madre Tierra, su mentor, su juez, no respondió, y el miedo se aferró al corazón de Índigo.

—Lo hemos matado. —Su voz se elevó aguda, chillona—. Lo hemos destruido. ¡Está muerto! —El miedo amenazó con convertirse en pánico—. ¿No es... ?

Una triste sonrisa apareció en los labios del ser.

—Sí. Índigo: está muerto. Esta pesadilla se ha acabado ya, y es hora de que se inicie otra.

La muchacha inclinó la cabeza mientras un desordenado torrente de emociones se agitaba en su interior. Alivio, pena, amargura... y, presidiendo todo ello, un cansancio que llenaba de desconsuelo su alma. El emisario bajó los ojos hacia la enmarañada corona de sus cabellos y dijo:

Librodot

—Has aprendido mucho, criatura, y eres más fuerte ahora. Intenta obtener consuelo de ello, ya que aligerará tu carga cuando llegue el momento.

Índigo sintió cómo las lágrimas empezaban a deslizarse por sus mejillas, y las secó con la mano. No lloraría, pero tenía que aflojar el tirante nudo de dolor que sentía en su interior, debía dar alguna expresión a sus emociones. Levantó los ojos y dijo, lastimera:

—Pensé... Vi a Fenran. Esperaba... —Pero las palabras no querían salir, porque sabía que aquella esperanza era infundada.

La voz del ser resplandeciente sonó llena de dulzura.

—Con cada victoria que obtienes, el tormento de Fenran se ve ligeramente aliviado, ya que las fuerzas que lo retienen se debilitan. No lo olvides. Índigo, y ten fe.

La joven volvió a bajar la mirada. Sabía que debiera hallar consuelo en las palabras del emisario, pero resultaba duro, muy duro.

El ser prosiguió:

—Despierta ahora, criatura. Es hora de ponerse en marcha.

—Yo...

Acalló su lengua al darse cuenta de que no había más que oscuridad allí donde había estado el resplandeciente ser. Las tinieblas se estremecieron, relucieron. Abrió los ojos y se encontró frente a una débil y sulfurosa luz diurna que se filtraba, a través de la entrada, hasta el interior de la cueva.

«¡Índigo!»

Algo cálido y del género de los mamíferos se colocó rápidamente a su lado. La muchacha contempló ante ella los ojos ambarinos de *Grimya.* Las lágrimas aparecieron de nuevo y arrojó los brazos alrededor del cuello de la loba; la abrazó con fuerza, incapaz de hablar durante algunos minutos, hasta que al fin la sofocante intensidad de sus emociones disminuyó un poco y se sentó de nuevo.

Grimya frotó su hocico contra el rostro de ella.

«Has estado durmiendo durante mucho tiempo», dijo preocupada. *«Me parece que las dos hemos dormido, ya que recuerdo que sucedían muchas cosas extrañas, pero tengo la impresión de que deben de haber sido sueños. »*

—¿Cuánto... ? —La garganta de Índigo estaba hinchada y reseca, y la voz se le ahogó cuando intentó hablar; lo probó de nuevo—. ¿Cuánto tiempo?

«No lo sé. Los truenos se apagaron hace mucho tiempo, muchos días, creo, y las rocas de fuego y las cenizas ya no caen. Pero el sol aún no ha dispersado las nubes. »

Índigo recordaba muy poco de aquellas últimas y enloquecidas horas. El recuerdo regresaría, estaba segura, pero no aún; y se alegraba de aquel pequeño respiro.

—Aszareel... —dijo—. Está muerto, *Grimya.*

«Lo sé. » La loba se lamió el hocico, como hacía a menudo cuando se sentía preocupada o confusa—. *«El... ser brillante me lo dijo. »*

—¿El ser brillante?

«El que vino a nosotras en el bosque de mi tierra natal y me concedió la bendición. Lo volví a ver en mi sueño. »

Así que el emisario no se había olvidado de *Grimya...* Y, de repente, la joven sintió el resurgir de una vieja amargura al recordar aquel lejano encuentro. Una bendición, decía *Grimya.* ¿Qué clase de bendición era enfrentarse a un futuro infinito bajo la sombra de su misión, sin envejecer, sin cambiar, destinadas a vagar por el mundo hasta que los siete demonios que ella había liberado fueran finalmente suprimidos? El animal no tenía ningún crimen que expiar, y tampoco ningún amor perdido que intentar recuperar. Sin embargo, había abandonado su hogar y todo lo que conocía para compartir la carga de Índigo: y la había conducido a esto...

La tranquila voz mental de la loba interrumpió sus lúgubres pensamientos, y comprendió que había leído lo que pasaba por su mente.

«¿Piensas que mi respuesta sería diferente, si se me ofreciera la bendición de nuevo? No

cambiaría. Soy tu amiga. Índigo, y adonde tú vayas, yo iré. »

—Me avergüenzas, *Grimya.* Tu fe es mayor que la mía.

«No lo es. Quizá sea más sencilla, ya que la forma de ser de los humanos me recuerda muy a menudo a un árbol de ramas enmarañadas. Pero no mayor. Tú lo sabes. En el fondo de tu corazón, lo sabes. »

¿Era así?, se preguntó Índigo. Pensó en Fenran: *Con cada victoria que obtienes, su tormento se ve ligeramente aliviado,* había dicho el emisario, y se dio cuenta de que *Grimya* tenía razón. Sí que tenía fe. Y, a lo mejor, como creía la loba, la fe era suficiente...

La muchacha se puso en pie despacio, y anduvo vacilante hacia la entrada de la cueva y hacia la mañana anegada en sucio humo que había al otro lado. Su cuerpo había sido maltratado hasta el límite de su resistencia. Sin embargo, todo lo que sentía era una embotada sensación de dolor. Tenía sed, pero era una sed soportable, aunque tanto *Grimya* como ella ya debieran de estar muertas por la falta de agua. La inmortalidad, al parecer, poseía sus irónicas compensaciones...

Llegó a la entrada, y salió a la ladera de la montaña. Estaban cerca de la cima de un pico elevado, y a través de las nubes de azufre distinguía la cordillera que se extendía en todas direcciones. Ennegrecidas por la ceniza, vacías, silenciosas, las cumbres se alzaban por entre la fantasmal luz como imágenes de una pesadilla. No se oía ningún sonido procedente de las minas, y no había ningún resplandor verdoso que ensuciara el cielo con su corrompido fulgor. Sólo se percibía una tenue luz en la distancia, un parpadeo de fuegos rojo anaranjados, mientras veteados ríos de magma todavía fundido se movían con lentitud por los arrasados valles.

¿Cuántos habían muerto en aquel infierno? La venganza de la Diosa del Fuego no había hecho distinciones entre los culpables y los inocentes; aunque se había erradicado del mundo un terrible mal, el precio de la victoria era feroz. E Índigo supo que los fantasmas de aquellas víctimas se pasearían por sus sueños durante mucho tiempo.

Escuchó el suave sonido de las patas de *Grimya* sobre la piedra, y al bajar los ojos vio a la loba erguida junto a ella.

«Tenía que ser así», dijo el animal, y sus ojos estaban llenos de pesar. *«Sin todo esto, no hubiera podido acabarse con el dominio del demonio, y la enfermedad y el sufrimiento hubieran continuado eternamente. »*

—Lo sé.

Índigo recordó a Chrysiva, y el tormento que la inocente criatura había soportado mientras esperaba la llegada de la muerte. Pero en su actual estado de ánimo, le resultaba difícil consolarse con el hecho de que ya no habría más víctimas como ella.

«Creo que Jasker lo comprendió», siguió *Grimya. «El sabía lo que significaría la venganza de la diosa. Pero sabía también que no existía ninguna otra forma de salvar a su tierra y a su gente. »* Parpadeó. *«Creo que debe de haberlos amado mucho. »*

Las lágrimas afloraron a los ojos de Índigo y enturbiaron la deprimente vista que se ofrecía ante ella. Sí; Jasker había comprendido: sabía cuál debía ser el sacrificio, y por su diosa, y por aquellos cuyas vidas estaban siendo destrozadas por el horror que habitaba en el valle de Charchad, había estado dispuesto a convertirse en parte de aquel sacrificio.

Repuso en voz baja:

—¿Me hablarás de Jasker, *Grimya?* ¿Me contarás cómo murió?

«Te lo contaré. Pero, no aún. No creo que pudiera encontrar las palabras. »

—No. Aún no.

Índigo se secó los ojos, y durante unos instantes contempló el revuelto cielo. Allá en lo alto, una débil mancha de un color más claro se proyectaba por entre las nubes de ceniza, y comprendió que se trataba del sol, perdido todavía detrás del espeso manto, pero dispersando —despacio pero inexorable— la lóbrega oscuridad para traer de nuevo la luz a la tierra. Y volvió a escuchar las palabras que el hechicero, que había probado ser un amigo auténtico e inquebrantable, pronunciara en su mente durante su sueño.

Librodot

Estay con mi Señora ahora...

Deseó haberlo podido llorar en la forma adecuada, con música y una elegía para despedir a su espíritu en su último viaje. Pero su arpa, junto con todas sus posesiones materiales —excepto la ballesta y el cuchillo, que los secuaces de Quinas le habían quitado— estaban enterradas bajo una montaña de escombros y lava en las ruinas de la caverna de Jasker. El pensamiento le hizo sentir ganas de llorar otra vez. Llorar por el arpa era vergonzoso, cuando había mayores pérdidas que soportar; pero había sido muy valiosa para ella, pues se trataba *de* un regalo de Cushmagar, el bardo ciego que fue a la vez su tutor y su mentor, y el único lazo de unión que le quedaba con el hogar que había perdido.

Índigo lanzó un suspiro, y apartó la mirada de la lejana mancha de luz para dirigirla ladera abajo, donde unas apenas perceptibles sombras empezaban a rozar las rocas. Y lo que vio allí la dejó atónita y sin respiración.

Su arpa. Estaba intacta, sin el menor rasguño, sobre el sendero cubierto de ceniza, y las cuerdas temblaban con la más débil de las vibraciones, como si tan sólo hiciera unos segundos que la había depositado allí. La joven la miró asombrada, convencida de que debía tratarse de un espejismo, una ilusión producto de su cansada mente. Pero la imagen del arpa no se desvaneció ni vaciló, y de repente se encontró bajando a trompicones la cuesta y llegando al sendero. Cayó de rodillas junto al instrumento, sin prestar atención a las nubes de ceniza que se alzaron perezosas a su alrededor. Por un terrible instante no se atrevió a extender la mano para tocar el precioso instrumento, temerosa de encontrar tan sólo el vacío y el eco de una ilusión: pero entonces sus dedos *se* agitaron temblorosos, casi en contra de su voluntad, y percibió la suavidad de la madera pulida bajo ellos.

El arpa era real. Las cuerdas dejaron escapar un dulce sonido melancólico cuando las pulsó, y mientras los ecos del acorde resonaban suavemente por las montañas supo que aquel pequeño milagro era urja señal y un tributo del emisario de la Madre Tierra, un símbolo de esperanza en un lugar que no había conocido más que desolación.

Mientras las últimas notas del arpa se desvanecían, el rostro preocupado de *Grimya.* apareció sobre su cabeza, intentando ver en la semioscuridad.

—¿Índigo? —llamó la loba en voz alta.

Ella no pudo responderle. Estaba doblada sobre sí misma, con el instrumento entre sus brazos. Las lágrimas se derramaban sobre la madera pulida y las cuerdas relucientes, mientras lloraba por Jasker, por Chrysiva y por tantos otros cuyos nombres y rostros jamás había llegado a conocer. *Grimya* la observó con angustiada piedad, pero contuvo el instinto de correr hacia ella e intentar ofrecerle algo de consuelo. Sabía que durante algunos minutos. Índigo necesitaba aliviar su dolor a solas. La loba lanzó un suave gañido, luego se retiró al interior de la cueva y se tumbó con el morro entre las patas delanteras, mirando al exterior sin ver e intentando no pensar en todo lo que había sucedido. Por fin, la muchacha levantó la cabeza y supo que la tormenta había pasado. Sus lágrimas se secaban, y aunque la garganta y los pulmones estaban sofocados y su corazón parecía como vacío, se sentía extrañamente tranquila. Mientras se ponía en pie, tomando el arpa con mucho cuidado entre sus brazos, pensó que quizás, al igual que la asolada tierra que la rodeaba, también ella había sido purificada; y que después del dolor, le llegaría la paz, en cierto modo.

Levantó los ojos en dirección a la cueva. *Grimya* apareció al oír su dulce llamada mental y echó a correr montaña abajo hacia ella. La loba presionó su cabeza contra el muslo de la joven, sin hablar, transmitiendo con su contacto un sentimiento que no podía expresar con palabras.

Las borrosas sombras eran cada vez más largas; tras el dosel de nubes el sol empezaba a deslizarse hacia el oeste. Índigo se llevó una mano al pecho, percibiendo la familiar forma de la piedra-imán que colgaba en su bolsita, y recordó las palabras del emisario de la Madre Tierra. *Esta pesadilla se ha acabado ya, y es hora de que se inicie otra...*

Sacó la bolsa y depositó el pequeño guijarro sobre la palma de la mano. Diminuto, intensamente brillante bajo la tenebrosa luz, la dorada mota relucía en el corazón de la piedra

Librodot

y señalaba en dirección este. Siguiendo el sendero y más allá de la última colina, lejos de las montañas, de la devastación y de las sepulturas anónimas de tantas personas, hacia el distante mar y hacia una nueva búsqueda.

¿Cuánto tiempo tardaría esta vez?, se preguntó. ¿Cuántos años más debería vagar y buscar hasta que un nuevo demonio proyectara su sombra sobre otra tierra y ella debiera enfrentarse de nuevo a las consecuencias de su estúpida y temeraria acción?

Incluso la Madre Tierra, en Su sabiduría, no conocía la respuesta a tal pregunta. Índigo suspiró y se estremeció como si se deshiciera de un fantasma propio. Luego bajó la mirada hacia *Grimya.* Los dorados ojos de la loba se encontraron con los suyos, y el animal dijo con suavidad, mentalmente:

«No hay motivo para permanecer aquí por mas tiempo. Lo mejor será que prosigamos nuestro camino y dejemos que este lugar cure sus heridas. »

«Si. »

También Índigo se comunicó en silencio, pues no quería mancillar la quietud que había descendido sobre el lugar. Se giró para contemplar por última vez el arrasado paisaje que se extendía a sus pies. Todavía flotaban nubes de ceniza sobre la desolada vista, y las relucientes venas de lava —arterias que transportaban la sangre de los ahora inactivos corazones de la Vieja Maia y de sus hermanas— avanzaban despacio y aparentemente sin rumbo por el valle que antes había temblado bajo el estruendo del trabajo humano.

¿Una victoria? Quizá. Pero la corona del vencedor era una corona de amargura, y no habría gloria en sus sueños.

Índigo suspiró, tan bajo que ni siquiera *Grimya* la oyó:

—Adiós, Jasker. Ojalá encontréis la paz que se os negó mientras vivíais.

Luego se colgó el arpa al hombro y, con la loba andando a su lado, volvió la espalda a aquella tierra asolada y empezó a caminar despacio, fatigada, por el sendero que se elevaba suavemente en dirección al lejano destello de las primeras estrellas que empezaban a aparecer por el este.

La ceniza que seguía cayendo del cielo, sin parar y en silencio, cubrió sus pisadas como los granos que caen implacables en el interior de los relojes de arena. Al cabo de unos minutos, no quedaba la menor señal de que algún ser vivo hubiera pasado por allí, excepto un último rastro que sólo el observador más agudo no hubiera pasado por alto. Y poco a poco, la suave, oscura e implacable lluvia iba enterrando también aquel diminuto objeto, como sí le concediera, por fin, su propia solitaria y eterna sepultura.

Se trataba de un broche de estaño de tosca confección...

Librodot